

# LUIGI GIUSSANI

## ¿SE PUEDE VIVIR ASÍ?

UN ACERCAMIENTO EXTRAÑO A LA EXISTENCIA CRISTIANA



EH

ENCUENTRO

RELIGIÓN

**LUIGI GIUSSANI**

# **¿Se puede vivir así?**

**Un acercamiento extraño a la existencia cristiana**

Título original

*Si può vivere così?*

*Uno straneo approccio all'esistenza cristiana*

© 1994 Fraternità di Comunione e Liberazione © 2ª edición, febrero 2007

Ediciones Encuentro, S. A., Madrid

Traducción

María Puy Alonso / José Miguel Oriol Revisión

Carmen Giussani / Mª Ángeles Martínez

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - [www.o3com.com](http://www.o3com.com)

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a: Redacción de Ediciones Encuentro

Ramírez de Arellano, 17-10.<sup>a</sup> - 28043 Madrid Tel. 902 999 689

[www.ediciones-encuentro.es](http://www.ediciones-encuentro.es)

## **INDICE**

*Págs.* [Nota introductoria .....](#) [11](#)

### [INTRODUCCION](#)

[Cuando empezar es razonable .....](#) [19](#)

### [PRIMERA PARTE](#)

#### [FE](#)

[Capítulo Primero.–LA FE .....](#) [27](#)

1. Un método de conocimiento que compromete a la razón ....	27
Conocimiento directo y conocimiento indirecto .....	27
Conocimiento por fe .....	29
Un método fundamental para la cultura y la historia .....	31
Una premisa decisiva .....	32
Invitación a la oración.....	35

Retomando algunos pensamientos.....	35
-------------------------------------	----

2. El dinamismo de la fe.....	38
La credibilidad del testigo.....	39
El comienzo de un hecho nuevo en el mundo .....	41

La fe: Asamblea.....	52
----------------------	----

Capítulo Segundo.–LA LIBERTAD .....	63
-------------------------------------	----

Los cinco pasos de la fe .....	63
--------------------------------	----

1. Qué es la libertad .....	65	La experiencia de la
satisfacción.....	66	La trayectoria de la libertad .....
	67	

<u>2. Cómo se mueve la libertad</u> .....	69	3. Las condiciones de la
libertad .....	72	La compañía .....
.....	75	Invitación a la oración .....
		Síntesis .....
		77

La libertad: Asamblea .....	78
-----------------------------	----

Capítulo Tercero–LA OBEDIENCIA .....	103	1. La consecuencia
--------------------------------------	-----	--------------------

razonable de la fe.....	103	La obediencia nace como actitud razonable
.....	104	El contenido de la palabra seguir.....
.....	109	Por eso Dios lo ha glorificado
.....	111	Lo razonable de seguir.....
111		
2. La verdadera obediencia es una amistad .....	112	Seguir a uno que va por delante
de ti.....	112	Seguir: comprender e imitar.....
.....	113	La obediencia, gesto
del yo .....	114	El verdadero seguir es amistad .....
.....	115	Síntesis
.....	117	

La obediencia: Asamblea .....	118	Conclusión: de la fe a la
obediencia .....	126	

## SEGUNDA PARTE ESPERANZA

Capítulo Cuarto.–LA ESPERANZA.....	133
------------------------------------	-----

1. Certeza del futuro .....	136	Una posesión dada de antemano
.....	140	Seguros del cumplimiento.....
2. El dinamismo de la esperanza .....	142	El deseo
.....	142	La certeza del cumplimiento .....
144El sueño y el ideal .....	144	Una petición que invade
todo.....	146	

3. Hacia la posesión de un bien arduo.....	147	Certeza y
--	-----	-----------



deseo.....	148	El deseo de un bien arduo .....	
149La incertidumbre inevitable .....	149	Lo opuesto a la paciencia .....	
.....	155	El testimonio .....	155

[La esperanza: Asamblea .....](#) [157](#)

[Capítulo Quinto–LA POBREZA .....](#) [187](#)

[De la esperanza a la pobreza .....](#) [187](#)

1. No esperar la felicidad futura de una determinada posesión presente

..... 188Por la certeza de que «Dios cumple» somos

libres frente a las cosas .....

189Leticia..... 190Libre porque no te falta  
nada..... 193

[2. La pobreza, ley del dinamismo del conocimiento .....](#) [195](#)

[Capítulo Sexto–LA CONFIANZA .....](#) [199](#)

[El itinerario de la fe a la confianza .....](#) [199](#)

[1. La confianza es confiarse a uno.....](#) [203](#)

[2. Los corolarios de la confianza.....](#) [205](#)

3. El mayor banquete de la historia de la casa ..... 208Misión y alegría

..... 209Generador de un pueblo ..... 209

[4. Conscientes del tiempo .....](#) [211](#) [La confianza:](#)

[Asamblea .....](#) [218](#)

[TERCERA PARTE](#)

[CARIDAD](#)

[Capítulo Séptimo.–LA CARIDAD.....](#) [233](#) 1. La intimidad de una

presencia que la fe reconoce .....234Sin «razones» .....

235La razón de la caridad..... 2362. Caridad: Don conmovido de uno  
mismo..... 236La conmoción nace de un juicio..... 243

[3. «Perfectos como vuestro padre» .....](#) [244](#) 4. La moral es imitar a

Dios en la caridad .....247Al proceder de Dios, la ley del yo es el amor.....

248Don de sí hasta el fondo ..... 250Moverse por el otro

..... 250Para hacer que sea, para salvar ..... 251Un tipo  
de vida distinta ..... 252

[La caridad: Asamblea .....](#) [254](#)

[Capítulo Octavo.–EL SACRIFICIO.....](#) [273](#) 1. El valor del

sacrificio .....274Watershed

..... 274Por el pecado original ..... 2792.  
En qué consiste el sacrificio ..... 279

3. El sacrificio más verdadero es reconocer una presencia .....281Tristeza y

petición..... 2824. El carisma y el sacrificio de la fe .....  
283

[El sacrificio: Asamblea .....](#) [287](#)

<a href="#">Capítulo Noveno.–LA VIRGINIDAD .....</a>	<a href="#">297</a>
<a href="#">1. Llamados para una tarea .....</a>	<a href="#">297</a>
2. A través del sacrificio, el ciento por uno .....	299El sacrificio de la reacción inmediata .....
299Un anticipo de la ternura eterna .....	300
<a href="#">La virginidad: Asamblea .....</a>	<a href="#">302</a>
Apéndice 1	
<a href="#">Algunas notas para la lectura.....</a>	<a href="#">315</a>
Apéndice 2	
<a href="#">Del Estatuto de la Asociación Eclesial Memores Domini .....</a>	<a href="#">317</a>

## NOTA INTRODUCTORIA

Nos encontramos ante un libro peculiar, una especie de «novela», como dijeron espontáneamente los primeros que leyeron las pruebas. En él el descubrimiento de la vida como «vocación» no se produce por deducción, sino porque muestra una experiencia vivida conforme a la razón iluminada por el Misterio.

Se trata del itinerario recorrido durante un año por don Luigi Giussani, en diálogo con un centenar de jóvenes, decididos a comprometer su vida con Cristo en una forma de dedicación total al Misterio y a su destino en la historia: la Iglesia la llama «virginidad».

Semana tras semana se fueron desarrollando los principales contenidos de la fe cristiana y sus razones humanas: primero, a través de una propuesta que nacía de la experiencia del autor, y luego, mediante el apasionante juego de preguntas y respuestas que la propuesta suscitaba en los jóvenes, quienes eran conducidos así a tomar conciencia y determinación respecto de su experiencia humana.

En la forma del libro se ha querido mantener enteramente el tono y el estilo de las reuniones semanales, ya que testimonian un modo de afrontar el tema de la vocación – vista como el problema humano por excelencia–, y también la madurez de convicción y de afecto que ésta puede suscitar.

El libro no pretende ser un desafío al sentido común ni, por tanto, un acto de presunción. Nacido como «transcripción» fiel de coloquios y diálogos, constituye, por ello, un test o, mejor, un testimonio transcrito palabra por palabra, en su aspecto material más inmediato, de **cómo se puede concebir la fe cristiana como algo interesante**, más aún, como el destino de la vida. En este sentido la repetición de ideas y fórmulas tiende a que psicológicamente la memoria se impregne de ellas, con el fin de que retenga algo que, con el paso del tiempo, se comprenderá, **hasta llegar a descubrir sus razones**.

Nota introductoria

El libro puede concebirse como un relato ejemplar en el que la espontaneidad, la lealtad y la seriedad al considerar la propia existencia llegan a hacer incluso sugerente algo que la mentalidad común, o bien olvida por completo y desestima, o mira con cierto temor abstracto.

## ¿SE PUEDE VIVIR ASI?

*La gente no parte de discursos,  
sino del impacto que produce una presencia*

## INTRODUCCION

### CUANDO EMPEZAR ES RAZONABLE

Hoy empezáis algo que todavía no conocéis. Por eso es justo comenzar pidiendo a Dios que nos ayude, porque se trata de un camino que no conocemos. Puede que sintáis un deseo confuso de este algo nuevo, pero no es suficiente; por tanto es necesario pedir que el deseo se vea iluminado y secundado. Pero, si no conocéis todavía este camino, si no conocéis lo que empieza en vuestra vida, ¿por qué empezáis? A ver, si no lo conocéis, ¿por qué lo empezáis?

*Porque lo que he visto hasta ahora es suficiente para empezar.\** A mi parecer es una respuesta muy justa y razonable, pero quizá se podría describir o puntualizar en términos aún más claros, más conscientes formalmente. Lo que él ha dicho puede querer decir: «Ha habido algo por lo que he querido empezar». Y, a mi entender, ésta es justamente la respuesta: es la suya, pero simplificada. Empezamos algo que no conocemos. ¿Por qué lo empezamos? Porque ha habido algo por lo que nos sentimos motivados a empezar. Este «algo», ¿qué ha sido? Para mí, ya lo sabéis, fue mi maestro de quinto de Básica, centurión de la milicia, quien preconizó que sería cardenal. Se acercó a mi banco, yo estaba en la primera fila, y me dijo: «Oye, tú eres inteligente, si vas al seminario y estudias para ser cura, ¡te harán cardenal!». Así empezó para mí la razón por la que tomar este camino (está claro que no por el cardenalato, que ni siquiera sabía qué era...). Dios a veces es hasta guasón –aquella vez realmente lo fue– porque yo nunca había pensado en ello; mi pobre padre era un socialista empedernido y contrario, mi madre era una pía mujer de pueblo que, enseguida, se sintió dudosamente feliz, pero yo quise ir con insistencia aunque nunca se me había ocurrido antes: ¡ni siquiera iba al *oratorio*!<sup>1</sup> Del mismo modo a cada uno de vosotros os ha sucedido algo: habéis tenido un encuentro. La palabra encuentro es la que describe más genéricamente ese suceso y es, por tanto, la más útil para expresar todos los casos, porque también lo que me pasó con mi maestro Fossataro en quinto de Básica fue un encuentro: había estado con él todo el año, y sólo hacia el final de curso tuvo lugar aquel encuentro. Cada uno de vosotros ha tenido un encuentro, algo por lo que habéis dicho: «Empiezo».

Este «algo» puede haber sido un grito de don Giorgio, el ejemplo de algún amigo o amiga vuestra, un pensamiento que habéis tenido; pero no tanto un pensamiento, sino la reacción ante alguna cosa, bonita o fea, portadora de muerte o de vida, de alegría o sufrimiento.

¿No estáis de acuerdo en que no hay ninguno de vosotros que esté aquí a quien no le haya pasado algo que le ha hecho decir: «Empiezo»? Algo... Y por eso, aun no sabiendo el camino, aun no conociendo ese «algo», lo habéis emprendido. Pero también porque debéis admitir que ésta es una norma general: antes de conocer algo, para poderlo conocer, hay que empezar.

Pero aquí no se trata de simple curiosidad, ni tampoco de una investigación científica. Se trata de dedicar la vida, se trata de un compromiso de por vida y, por tanto, no puede tratarse de una simple hipótesis: «Veamos si...». Es algo más que «veamos si...», se trata de algo persuasivo, una persuasión que aparece a lo lejos. Es como entender que ahí dentro debe existir, que existe, algo hermoso, justo; percibir que allí dentro hay una plenitud que encontrar, aunque no se sepa explicar las razones de ello. Y entonces uno empieza, decide empezar; no por curiosidad, ni tampoco por una investigación científica, no por un «veamos si...», sino porque ahí dentro debe estar la cuestión, tiene que estar ahí.

Fijaos, me acuerdo del 2 de octubre... El maestro me había hablado de ello a primeros de junio o a finales de mayo y el 2 de octubre de aquel año de 1933 (¡pensad en qué rincón del corazón de Dios estabais vosotros!), hice mis maletas y paquetes y me fui con mi madre al seminario. Pero, ¡quién habría imaginado aquella tarde –en aquel inmenso dormitorio donde por la noche estábamos 150 acostados– la discusión entre mi madre y la madre del compañero de al lado a propósito de si era mejor poner el edredón o una manta ligera! «A primeros de octubre todavía hace calor», dijo la otra, y mi madre respondió: «No, yo creo (¡y tenía razón mi madre!), creo que ya hace fresco». Y me puso el edredón; ¡menos mal que me puso el edredón! Después nos reunimos todos por la noche y a mí me entraron ganas de llorar. Ya no me acuerdo si lloré o no; pero años después sí que lloré, cuando me fui de mi casa con cinco años más. ¡Y pensar lo que ha nacido desde aquel día, todo lo que ha surgido...!

Realmente la vida no es nuestra. No, ¡no escribáis eso, es un error! La vida es algo nuestro, pero su consistencia, su desarrollo, no es nuestro, aquello de lo que está hecha nuestra vida no nos pertenece. La vida es tuya, pero aquello de lo que está hecha no es tuyo. No eres tú quien decide cómo debe ser la jornada de mañana; te puede suceder cualquier cosa... Como aquel año en el que había un compañero mío, que procedía de un pueblo del lago Maggiore, por quien sentía un gran afecto; todavía me acuerdo que se llamaba Edo, Edo Malnati (teníamos diez años). Enfermó de improviso, una tisis fulminante, y en un mes murió. «La vida es mía», entonces no podía razonar así; pero uno lo siente así, incluso sin razonar de este modo. También vosotros emprendéis este camino sin razonar el porqué, el cómo, pero sintiendo, sintiendo algo que es para vosotros.

En este sentido el gesto que estáis haciendo no tiene un valor hipotético, es decir, no es

un «veamos si...», sino que es profundamente razonable, porque lo que entendéis que debe haber aquí dentro es algo que corresponde profundamente a la existencia de vuestro corazón, a la sed y hambre de vuestro corazón, al destino de la vida. Por eso os vincula; lo que hoy empieza os vincula a la orilla última en la que atracaréis vuestro barco cuando llegue la hora; pero os vincula también al mundo entero, en el que penetraréis cada día más; porque la necesidad de penetrar cada vez más en la relación con la gente, con toda la gente que encontréis, es una característica de este camino: primero con los más cercanos, pero luego a través de los cercanos, con los cercanos de los cercanos, y luego con los cercanos de los cercanos de los cercanos... seguid ensanchando el círculo, ensanchad el círculo hasta llegar al mundo entero. Es el abrazo al mundo, una pasión por el mundo.

En resumidas cuentas, la razón por la que empezáis no es algo hipotético, justamente porque estáis comprometiendo vuestra vida en ello, estáis poniendo en juego vuestra vida, y la vida sólo se puede poner en juego cuando se intuye o se presiente una respuesta a lo que la vida quiere: la vida está hecha para la felicidad. En este camino, a medida que lo recorráis, estáis destinados a encontrar, a descubrir y a comprender aquello para lo que está hecha vuestra vida. Por eso es razonable empezar, porque es razonable todo lo que corresponde al deseo de la vida.

Desgraciadamente hay muchos de vosotros que ni siquiera habéis leído el primer volumen de la Escuela de Comunidad,<sup>2</sup> sin embargo, la Escuela de Comunidad<sup>3</sup> nos ha entrenado, o nos debería haber entrenado y preparado para este paso. La Escuela de Comunidad no está hecha para quienes tienen la vocación a la virginidad; pero no hay nada que prepare mejor al camino de la vocación a la virginidad que la Escuela de Comunidad.

Es razonable que hoy hayáis empezado, porque ha sucedido algo que os ha hecho presentir que la exigencia de vuestro corazón –la exigencia de felicidad, de justicia, de verdad y de belleza que tiene el corazón– encontrará respuesta en este camino. Y lo razonable es la respuesta a la exigencia del corazón. ¿Cuándo algo es razonable? Cuando corresponde a las exigencias del corazón. Por eso, si habéis intuido que en este camino podéis encontrar la respuesta a las exigencias de vuestro corazón, es razonable tomar este camino, aunque todavía no lo conozcáis.

Lo de hoy es como plantar una semilla en la tierra. La semilla se confunde con el resto de los elementos de la tierra: una semilla parece parte de la tierra. Si plantáis una semilla en tierra, la cubrís y volvéis a mirar tres días después, la confundiréis con la tierra que la rodea, porque es como un poco de tierra. Del mismo modo el día de hoy es un día como los demás, es más, es un poco más cansado que los demás... es como el resto de los días, pero es como una semilla dentro de la tierra de todos los días. A medida que desarrollemos lo que hoy empezamos a decir, encontraréis algo que crece, y ya no habrá una piedrecita, sino algo que brota con dos hojas, después con cuatro hojas, luego con más y quizá llegue a ser una gran planta: está destinado a convertirse en una gran planta. ¡Qué valor se requiere para sostener la esperanza de los hombres! Porque lo que emprenden los hombres, lo emprenden sinceramente; lo emprendéis sinceramente, con



algún que otro resquicio de *paresse*, con algún que otro resquicio de pereza; pero lo empezáis sinceramente. ¡Qué valor se requiere para sostener el desarrollo de esta esperanza, para alimentar esta espera!

Tenía muy claro lo que quería deciros, pero me siento un poco abrumado porque es como si quisiera lograr conduciros, como la madre que toma de la mano al niño y le hace dar los pasos. Quisiera conduciros paso a paso, dando un paso tras otro, de manera que el segundo lo deis más persuadidos que el primero, el tercero más que el segundo y el cuarto más que el tercero... pero es una progresión difícil de mantener.

\* La cursiva señala las intervenciones y las preguntas de los jóvenes o de personas distintas del autor.

<sup>1</sup> En la diócesis de Milán, el término italiano *oratorio* designa el lugar y las actividades del grupo de jóvenes de cada parroquia.

<sup>2</sup> L. Giussani, *Curso básico de cristianismo. I/El sentido religioso*, Ed. Encuentro, Madrid 1993.

<sup>3</sup> Con respecto a la Escuela de Comunidad véase Apéndice 1, pág. 315.

De cualquier forma ya hemos comentado el primer paso. ¿Cuál es ese primer paso? Aquello que hace razonable el estar aquí.

Es razonable que hayáis venido. ¿Por qué es razonable? Decimos que algo es razonable cuando corresponde a las exigencias del corazón. En último término las exigencias del corazón consisten en la exigencia profunda de felicidad, de plenitud y de felicidad, de perfección y de felicidad, en la exigencia del destino para el que estamos hechos. Hay algo que nos ha hecho decir (¡sin decírnoslo!), que nos ha hecho sentir que el destino para el cual está hecho el corazón, las exigencias del corazón, las exigencias más verdaderas de la vida podrían encontrar respuesta en este camino, que esta correspondencia se da en este camino. Por eso es razonable que hayáis dicho: «Yo pido entrar»; es razonable haber dejado hoy vuestra casa, donde podríais haber dormido tres horas más... ¡y digo dormido porque ahora, en mi actual circunstancia, es mi ideal! Habéis dejado vuestra casa y os habéis molestado en venir hasta aquí, habéis hecho el esfuerzo de venir aquí y ahora estáis haciendo el esfuerzo de realizar cosas, de interesaros por cosas a las que estáis habituados por ciertos hechos previos como, por ejemplo, las reuniones de la *verifica*<sup>4</sup> o la oración en común... pero es algo más pesado que ir a ver un partido de fútbol, por ejemplo a San Siro, o mejor aún, que quedarse en casa en el sofá viendo el partido por la televisión.

<sup>4</sup> Se trata de encuentros con jóvenes que quieren tomar en serio la hipótesis de dedicación a Dios en la virginidad.

## PRIMERA PARTE

## FE

### Capítulo Primero LA FE

#### 1. Un método de conocimiento que compromete a la razón

Imaginemos que digo: «Pero, ¿no está Anna?». Y Carlo me responde: «La he visto ahí detrás». Yo no la veo porque soy bajo y estoy sentado, pero digo: «Vale, está», y la marco en la lista. ¿Es razonable actuar así? Sí, porque es justo que me fíe de Carlo. Imaginemos ahora que no fuese Carlo y se tratase de un enemigo que me ha incendiado la casa, me ha robado el dinero, ha hablado mal de mí y no puede verme, no puede soportarme... Si viene y me dice que Anna está, todavía dudo más de que esté, no puedo fiarme. Tengo razones para fiarme de Carlo; pero no las tengo para fiarme de ése. El fiarse provoca un conocimiento mediado, un conocimiento que se alcanza por una mediación, por medio de un testigo.

### Conocimiento directo y conocimiento indirecto

¿Cómo llegas a entender que algo corresponde a las exigencias de tu corazón? ¿Cómo llegas a comprenderlo? Comparándolo; lo comparas con tu corazón. ¿Cómo realizas esta comparación? ¿Qué clase de acto es? Es un juicio: uno reconoce que ese algo corresponde a su corazón, que le corresponde. Lo reconoce, se trata de un reconocimiento.

«Esto es una piedra»: es un reconocimiento que técnicamente se llama juicio, se produce como juicio, tiene forma de juicio.

«Anna no está»; pero Carlo viene y me dice: «No, mira, yo la he visto allí al fondo». «¡Ah, vale! –respondo–, entonces la marco». Esta certeza nace como la anterior, nace también de un reconocimiento. Reconozco que lo que me dice es verdad; es un reconocimiento.

¿Cómo se llama el proceso por el cual uno sabe que existe algo porque se lo dice otro? Supongamos que Nadia y yo somos compañeros de colegio. Un día se termina el colegio, yo me voy por mi camino y ella se va por el suyo. No nos volvemos a ver; pasan años y años. Un domingo por la tarde, tengo que tomar en el aeropuerto de Fiumicino un avión para ir a Buenos Aires y subo al avión que llega desde Beirut. Subo al avión y me la encuentro al lado. «¡Nadia! ¡Vaya, Nadia! ¿Pero qué haces aquí? ¡El mundo es un pañuelo! ¿De dónde vienes?». «Vengo de Beirut». «¿De Beirut? ¿Y qué es de tu vida?». «Trabajo en una compañía de seguros». «¿Y vives sola?». «No, tengo familia. Tengo seis hijos». «Pero, ¡cuántas cosas haces! ¿Y cómo están tus hijos?». «¡Fenomenal!». «¿Quieres un cigarrillo?». En un determinado momento dice: «¿Te acuerdas de Carlo?». «¡Ah!, el tipo más divertido de nuestro grupo, el que más hablaba y hacía bromas a los profesores. Sí, aquel loco, ¡quién sabe qué habrá sido de él! Hace veinte años que no lo veo». «Pues fíjate, la última vez que estuve en Sao Paulo –el avión hacía escala en Sao Paulo antes de llegar a Buenos Aires– salgo del aeropuerto para buscar un taxi y allí estaba también él, Carlo, esperando un taxi». «¿Qué ha sido de él? ¿Ha sentado la cabeza?». «Sí, sí, ha montado una gran empresa, ha sentado la cabeza; ninguno de nosotros lo habría imaginado. Se ha hecho muy rico, tiene negocios por todo el mundo. Además, desde que nos encontramos, nos vemos muy a menudo porque nos ponemos de acuerdo, buscamos conexiones de vuelo; tomo este vuelo en vez de otro para poder

verlo». El avión aterriza en Sao Paulo y me despido de ella. Nadia se queda en Sao Paulo y yo sigo a Buenos Aires. Bajo en Buenos Aires y, ¿a quién me encuentro allí? (No es una improvisación, se trata de una persona a quien de vez en cuando me encontraba.) Me encuentro a otro compañero que se llama Guido y que vende en toda Europa tabaco del Paraná, argentino y brasileño. También a él le iba bien, muy bien, era la época en la que el tabaco tenía mucho éxito.

Me encuentro con él y le digo: «Hola Guido. Oye, ¿te acuerdas de Carlo?». «¡Hombre, que si me acuerdo!». «¡Pues figúrate, se ha casado, ha fundado una gran empresa, tiene negocios por todo el mundo... y se ha convertido en un pez gordo! Y además está muy bien, ha sentado cabeza». «Me alegro», dice Guido, «yo habría jurado que perdería la cabeza del todo, esa cabeza loca que tenía. Me alegro. Pero, ¿dónde podría encontrarlo?». «Va siempre a Sao Paulo. Allí tiene su centro de actividad para Sudamérica. Intenta buscarlo en la guía de Sao Paulo».

Yo le hablo a Guido de Carlo, a quien no veo desde hace veinte años. Le cuento lo que me ha dicho Nadia como si lo hubiera visto. ¿Me seguís? Como si hubiera visto a Carlo, como si hubiese seguido su vida con detalle.

¿Qué es lo que ocurre? Ayudémonos con un dibujo:

Fig. 1.–El conocimiento a través del testigo

## **A B C D**

Yo soy A, Nadia es B. Al entrar en relación con Nadia, que se sienta junto a mí en el avión, oigo hablar de Carlo (C). Más tarde, al encontrarme con Guido (D), le digo lo que Nadia me ha contado como si yo lo hubiera visto. Yo veo a Nadia, la oigo hablar, la conozco bien, sé si puedo fiarme o no de ella, me fío, sé que debo fiarme. No me habla sin ton ni son, me cuenta todos los detalles, además ha sido compañera mía... pero a Carlo no lo veo desde hace veinte años, y yo le hablo a Guido de Carlo como si lo hubiera visto ayer, como si yo lo hubiera seguido durante esos veinte años, cuando ha sido Nadia quien lo ha seguido durante todo ese tiempo. ¿Me entendéis? Ésta es una relación racional, razonable, indirecta.

Hay una palabra para nombrar un factor que lleva al conocimiento de algo a través de sí: no directamente, sino a través de él. ¿Cuál es? Testigo. Yo sé de Carlo a través del testimonio de un testigo. Son dos modalidades distintas: el reconocimiento entre A y B, al ser directo, es como una evidencia, una evidencia ante mis ojos, ante mi conciencia. Entre A y C el conocimiento de C se apoya por entero en B.

Conocimiento directo y conocimiento indirecto: el primero se llama también «experiencia directa», y el segundo es una «experiencia indirecta», pues se conoce la cosa a través de un intermediario que se llama testigo.

Conocimiento por fe

¿Cómo se llama este segundo tipo de conocimiento? Fe. Se llama fe. Lo que A llega a saber de C, de una manera tan segura que se lo dice también a D, lo sabe a través de B, a través de un testigo. Es un conocimiento indirecto llamado conocimiento por fe: el conocimiento de un objeto o de una realidad a través del testimonio, de un testimonio dado por un testigo.

¿Está claro hasta aquí? Una cosa es que vea yo, pero ¿cómo puedo estar igualmente seguro de lo que me dice Nadia? Si tengo razones adecuadas para fiarme de ella. Si tengo razones adecuadas para fiarme de Nadia y no me fío, cometo un acto no razonable, es decir, que va contra mí mismo. Si tengo razones adecuadas para fiarme de Nadia, es razonable que me fíe de ella. Por eso, si hay razones adecuadas para fiarme de ella, es justo que, en consecuencia, acepte y reconozca lo que Nadia dice, porque si no tengo razones para desconfiar de Nadia y desconfío, actúo contra la razón.

Se llama fe, conocimiento por fe, al reconocimiento de la realidad a través del testimonio que da una persona, llamada por eso justamente testigo. Se trata, pues, de personas, es un problema que se da sólo entre personas. Es un conocimiento de la realidad que se produce a través de la mediación de una persona fiable, en la que puedo confiar de manera adecuada. Yo no veo la cosa, veo sólo al amigo que me dice aquella cosa, y ese amigo es una persona fiable: por eso lo que él ha visto es como si lo hubiese visto yo. ¿Habéis entendido esta frase? Lo que él ha visto es como si lo hubiese visto yo. Dado que me puedo fiar de él, que sé que me puedo fiar, lo que él ha visto es como si lo hubiese visto yo. Por consiguiente la fe, en primer lugar, no es sólo aplicable a temas religiosos, sino que es una forma natural de conocimiento. Una forma natural de conocimiento indirecto, ¡pero conocimiento!

El hecho de ser un conocimiento indirecto deja intacto el problema de la certeza. Si es un conocimiento indirecto, pero yo me puedo fiar verdaderamente, entonces estoy seguro de ello. Como cuando mi madre me dijo una vez, al volver a casa: «¿Sabes lo que ha pasado en el cruce con la calle General Cantore? Un chico iba en moto como un loco, y por el otro lado llegaba otro también en moto; han chocado y los dos han muerto». Yo, como conocía a uno de ellos, lo sentí mucho, comí corriendo, volví al colegio y les dije a los alumnos: «Tened cuidado cuando vayáis en moto, porque acaba de matarse un amigo mío». Yo no había visto nada, me lo dijo mi madre. No tenía ningún motivo para dudar de ello y sí todos los motivos para afirmarlo, así que fui a decírselo a mis alumnos como si lo hubiera visto yo.

La fe es, por tanto, un método natural de conocimiento, un método de conocimiento indirecto, es decir, un conocimiento que se produce a través de la mediación de un testigo. Por eso se llama también conocimiento por testimonio. No se trata necesariamente de cuestiones religiosas; estoy hablando del conocimiento que sirve para pesar la fruta o para dividir el kilómetro en mil metros, de la razón que se aplica a las matemáticas, a la física... a todo, de la misma razón. La razón utiliza muchos métodos;

para conocer una cosa que está aquí, me hace venir hacia aquí, para conocer una cosa que está allí, me hace ir hacia allí... es decir, cambia de camino, cambia de sistema; pero conozco con certeza que allí hay una columna y conozco con certeza que aquí está una queridísima amiga.

La razón es algo vivo que, por eso mismo, tiene su propio método, tiene un modo propio, desarrolla un dinamismo característico para conocer cada objeto. Tiene también un dinamismo para conocer cosas que no ve directamente o que no puede ver directamente; las puede conocer a través del testimonio de otros: es el conocimiento indirecto por mediación.<sup>1</sup>

Un método fundamental para la cultura y la historia

Perdonad, ¿es más importante la evidencia o este conocimiento mediado por el testimonio? Eliminad el conocimiento por mediación y tendríais que eliminar toda la cultura humana, toda, porque toda la cultura humana se basa en el hecho de que unos empiezan a partir de lo que otros han descubierto y así avanzan. Si no se pudiese actuar así, razonablemente, el máximo exponente de la razón, la cultura, no podría existir.

Si no existiese este método, no sabríamos cómo movernos; mejor, uno sabría cómo moverse, ¡pero en un metro cuadrado! Por el contrario, con este tipo de conocimiento podemos movernos en el mundo entero.

La cultura, la historia y la convivencia humana se fundan en este tipo de conocimiento que se llama fe, conocimiento por fe, conocimiento indirecto, conocimiento de una realidad a través de la mediación de un testigo.

*No he entendido por qué también la convivencia humana se funda en el conocimiento por fe.*

Perdona, ¿cómo puedes fiarte, cuando vas a comprar el pan, de que no le hayan puesto veneno, si no es por el hecho de que miles de personas han ido siempre allí? Es la suma de la fiabilidad que te producen todas esas personas lo que te hace ir allí tranquilamente. Si yo te viese con la cesta de la compra a un paso de la panadería, te encontrase allí temblando y te dijera: «Amiga mía, ¿qué estás haciendo?». «Tengo que ir a comprar el pan». «¡Pues entra!». «¿Y... si le ponen veneno?». Yo diría: «Espera, voy a llamar a la Cruz Roja».

Una premisa decisiva

¿Por qué os he dicho esto? Porque todo aquello que penetraremos con la mirada y profundizaremos con el afecto, todo aquello sobre lo que vamos a construir, está definido por la palabra fe, es el campo de la fe, es decir, la realidad mirada y tentativamente vivida en la fe. Aquello de lo que os voy a hablar tiene que ver con la fe. Pero nuestra fe, la fe sobre la que va a desarrollarse todo nuestro trabajo tiene el mismo



sistema que el que he comentado: el conocimiento de una realidad por mediación. Una realidad que no ves y que conoces a través de la mediación. Pero la palabra fe no se aplica ni se usa sólo para este campo. La palabra fe indica un método que la razón vive y utiliza, por naturaleza, a lo largo de toda su vida.

Nosotros vamos a usar y desarrollar la palabra fe en un sentido particular, al nivel más importante entre todos los niveles importantes de la vida: el nivel más alto de la vida, el que concierne al destino.

Si yo os engañara os estaría tendiendo una trampa, iría contra vuestro destino; pero si hablo para ayudaros, es para ayudaros a caminar hacia vuestro destino. Lo que interesa en el diálogo entre nosotros es tu destino y el mío, y el del otro y el del otro... El destino, ¿quién lo ve? ¿Quién lo ha visto? ¿Quién ha sacado el paraguas porque llovía y, caminando por la acera con la gabardina nueva, blanca, de esas que sientan bien, encuentra en un punto determinado, después de treinta y cuatro pasos, el destino? ¡No lo puede encontrar! No puedes ver el destino. El destino por su naturaleza es Misterio.<sup>2</sup>

*¿Se puede decir que el método de la fe es el que más exalta la razón?* ¡Perfecto! En ningún caso se pone en juego tan a fondo la razón, de un modo tan vivo y poderoso, como en el caso de la fe, como en el método de la fe.

¿Por qué? Porque A, para fiarse de B, debe comprometer toda su persona: no sólo una parte de su cabeza, como, por ejemplo, cuando se razona con las matemáticas. En este caso, en cambio, están implicados todos los engranajes de la cabeza y sus conexiones con el cuerpo y el alma: es mi yo quien confía en Nadia, soy yo. Y cuando digo «yo» quiero decir razón, ojos, corazón, todo.

Por eso la observación de nuestra amiga es muy oportuna; ella dice que nunca se exalta tanto la razón como en este caso. ¡Seguro! No se deja a un lado la razón, se la exalta. La razón se conecta estrechamente con toda la realidad orgánica del yo. Tanto es así que si el yo fuese malvado, por ejemplo, le costaría mucho más fiarse y conocería muchas menos cosas. Si se tratase de un yo patológico, le costaría fiarse, no lograría fiarse y conocería muchas menos cosas.

Es un proceso en el que se requiere que todo el organismo del yo colabore; es el yo «comprometido con». Este gesto, que permite a la razón conocer porque se fía de otro, implica una razón más completa, una razón en conexión con todos los demás aspectos de la personalidad. Si yo te digo: «¿Sabes?, ¡he visto una cosa preciosa!», y a ti te duele la tripa y estás ahí retorciéndote, dirás: «Sí, sí, sí...», pero después no te volverás a acordar de lo que te he dicho, porque te duele demasiado la tripa para prestar atención a lo que te digo; no estás atento y por eso no entiendes. Para entender no tendrías que tener dolor de tripa, tendrías que encontrarte en una situación personal más ordenada, en un orden más natural, pues así estarías más clara y tiernamente implicada con los demás factores. En el colegio desafiaba a los alumnos citando el proverbio: «Fiarse es bueno, desconfiar es mejor». No hay ningún proverbio más estúpido que éste. Mirad, si en una clase hay un

profesor o una profesora agudos, inteligentes, realmente inteligentes, comprenden enseguida de qué se trata, comprenden enseguida y saben dar más fácilmente un juicio adecuado sobre tal o cual alumno.

A quien “se tiene” más a sí mismo, a quien mejor se conoce, a quien más se posee, es decir, tiene su yo más orgánicamente unido, a quien es más uno, a la persona en la que todo está en su lugar, le cuesta mucho menos saber si fiarse o no del otro. Quien, por el contrario, tiene una patología, no se fía jamás de nadie, no logra fiarse de nada, se separa de la vida. Los casos pueden tener miles de graduaciones, miles de grados de gravedad, pero en todos sucede lo mismo: se cortan los lazos con la vida.

En el método de la fe la razón se compromete de un modo mucho más rico y poderoso que en todos los demás métodos de conocimiento, porque los demás modos son parciales, se refieren a un determinado objeto: un hombre que lo sepa todo sobre la mosca y escriba un tomo de 1.500 páginas describiendo todas las posibles variedades de mosca, que sea Premio Nobel de la ciencia, pero no entienda una palabra acerca de su mujer, y sus hijos le odien porque los trata mal, es un pobre hombre, no un Premio Nobel, porque su mujer y sus hijos necesitan que tenga una razón naturalmente completa y en paz; él es muy sabio en un segmento de la realidad, en un fragmento de la realidad que, entre otras cosas, es muy pequeño: la mosca, el fenómeno de la mosca. Lo sabe todo sobre este tema; pero no sabe nada de su destino ni de la situación de los demás. Es un pobre desgraciado, aun siendo Premio Nobel.

Como aquel profesor de Química del que siempre hablo, que hace muchos años, en una discusión entre profesores universitarios, entró a bocajarro diciendo: «Mirad, si yo no tuviera la Química me mataría». Tenía mujer e hijos. Más inhumano que esto no hay nada. No puede ser razonable, y, sin embargo, era un gran químico.

Mi madre no era una gran química, no estudió Química, pero ¡cómo trataba a mi padre en cada detalle! ¡Cómo nos trataba a nosotros sus hijos...! ¡Dios mío, cómo me gustaría ser así! Era una mujer inteligente para todo lo que ocurría en casa; y era una mujer inteligente por cómo hablaba de lo que leía en los periódicos.

He puesto como premisa lo más decisivo. Vamos a hablar de algo que es objeto de fe: hablar de Cristo, del alma, del destino, del Misterio, es hablar de la fe. El contenido de todo lo que vamos a decir no se ve, y, sin embargo, se puede conocer a través de un testimonio, por medio de testigos.

Por eso, lo que haremos juntos en esta hora de lección o de discusión se apoyará por entero en la razón con su dinamismo característico llamado fe, se apoyará completamente sobre la razón en cuanto que es capaz de fe, pues la fe es la capacidad suprema de la razón. Suprema, porque sin ella no existiría lo humano: no existiría la historia, no existiría la cultura, no existiría la convivencia, y por eso tampoco existiría el conocimiento del destino.

¿Me he explicado? Hemos hablado de ello porque vamos a hablar a este nivel. En primer lugar, hablaremos de la fe tal como se usa corrientemente, es decir, como

reconocimiento de un contenido invisible de la realidad (la realidad en su aspecto invisible); y, en segundo lugar, de cómo a través de la razón se alcanza este contenido con un método característico que se llama método de fe, conocimiento a través del testimonio.

Si volvéis a leer el primer volumen de la Escuela de Comunidad, encontraréis esta observación capital en la tercera premisa: cuanto más moral es uno, más capaz es de fiarse, y cuanto menos moral es, menos capaz de fiarse; porque la inmoralidad es como una esquizofrenia o una disociación psíquica<sup>3</sup>. Tanto es así que los más inseguros son los jóvenes, quienes en un momento determinado –puesto que es necesario en la vida tener certeza– admiten como certeza su propio antojo, se fijan en lo que es más fácil como camino para tener certeza, en lo que parece más fácil; y lo que no se ve parece que no existe. Y puesto que lo que existe es lábil, efímero, todo es nada. En el fondo ésta es la filosofía de todo el mundo hoy.

<sup>3</sup> Cfr. L. Giussani, *El sentido religioso*, o. c., pp. 41-42. Invitación a la oración

Por eso termino diciendo que no podemos ponernos a discutir de estas cosas sin que en nuestro corazón, algo del corazón, rece, pida la luz, el afecto y la sinceridad al misterio del Ser, la sencillez de decir sí a lo que es verdadero y de decir no a lo que no lo es.

Es necesario pedir a Dios que lleguemos a ser verdaderamente morales, para poder decir sí a lo que es positivo y decir no a lo que es negativo. Hace falta pedir a Dios, porque el hombre es malvado, y, por serlo, dice que no incluso a la evidencia.

Si a un niño caprichoso le pones delante un vaso y le dices: «¿Verdad que es un vaso? Carlino, di que es un vaso. ¿Es un vaso?». «¡No!». «¿No es un vaso?». Dice que no porque es caprichoso. Esta es la postura que adoptan los hombres ante el significado de la vida. La palabra “destino” indica el significado de la vida. De hecho, la palabra griega equivalente indica el significado último, el destino como significado, *eimarméne*.

He intentado, al menos, aclarar las cosas y llamar al pan, pan, y al vino, vino. Sabéis de lo que queremos hablar, a través de qué instrumento racional hablaremos de ello y quién soy yo: un testigo, un mediador, como el resto de vuestros compañeros mayores. Quien está con vosotros

–porque quien tiene la responsabilidad última le ha puesto ahí–, es como si fuese yo mismo, es un testigo, un mediador, fiándose del cual se llega a la verdad, a una verdad que, de otro modo, nunca se llegaría a afirmar con certeza. Se trata del destino; si esto que no se ve constituye el destino y el significado de la vida, no llegar nunca significaría arruinar la vida.

No se puede construir si no es sobre roca, sobre lo que es cierto. Sin certeza no se construye nada. Sí, se puede construir el pequeño acto cotidiano, pero sin la osadía de

reconocer en otro fenómeno, en otra acción una presencia amiga a quien poder decir: «Estamos juntos: ¡Avancemos más! ¡Subamos esta montaña! ¡Caminemos más hacia el fondo!». Y uno que no tiene certeza, y que por esto no construye nada, se queda allí tembloroso sobre sus dos piernas hasta que –temblando, temblando, temblando– cae en tierra y muere. Muere. ¡Hombre, os deseo que sea lo más tarde posible!, pero muere; y que sea tarde o temprano, no importa mucho.

### ***Retomando algunos pensamientos***

No hay nadie a nuestro alrededor que acepte reunirse y estar en silencio un momento a la semana. La semana es el metro, la medida fundamental de la expresión del hombre. ¿Cuál es la expresión del hombre? El trabajo. El trabajo es la expresión del hombre en cuanto representa la relación activa que se establece entre el yo –yo que vivo, imagino, pienso, siento, y obro según lo que pienso y siento– y la realidad. Mediante el trabajo el hombre usa la realidad, usa el tiempo y el espacio y crea su vida. Será juzgado por lo que haya creado. Durante la semana –que es la medida fundamental del trabajo, es decir, de la expresividad de la persona–, no hay un minuto dedicado a pensar en el propio destino, en aquello por lo que se trabaja y, por tanto, se vive; «se vive» en el sentido más concreto del término, es decir, se sufre, se goza, se usan las cosas y se crea lo que se considera más justo, más bello. Resumiendo: la palabra “destino” domina la vida, como el rostro domina la figura de una persona, ¡y no hay nadie que piense en ello! La prueba más grande de que el destino, por el contrario, nos apremia –pensar en el destino, reflexionar sobre el destino de nuestra existencia– está en el hecho de que nos reunimos aquí el sábado. Lo que está en juego en el modo en que nos tratamos y os tratáis, es decir, el contenido de este camino, con sus argumentos y sus actitudes, es el temor y temblor ante el destino, es el deseo del destino y la espera de un destino gozoso.

Recordemos siempre, cuando leamos la *Hora intermedia*,<sup>4</sup> o cualquiera de las *Horas*, cuando recemos, cuando comulguemos, cuando nos confesemos –que puede ser al menos una vez cada 15 días–, que lo que determina ese acto es la pasión y la preocupación por nuestro destino. Os pido que me digáis si existe otro fin más noble, otro objetivo más digno que éste, más humano, y si es humano vivir sin pensar en esto.

¡Cuántas veces hemos puesto este ejemplo! Si vieses a alguien correr por la calle y lo notaras enajenado, confuso, y lo parases diciéndole: «¿Qué haces? ¿Qué buscas? ¿Adónde vas?» y él respondiese: «¡No lo sé!». «¡Pero si vas corriendo!». «Corro». «¿Y por qué te das la vuelta y cambias de sentido?». «Me doy la vuelta...», sería de locos. Si uno hablara así en serio, significaría que no está en sus cabales. Sería de locos; es de locos vivir sin pensar en el propio destino. En el caso de los animales no sería de locos porque no son capaces de ello; pero para el animal hombre es de locos. Sin razón... la razón del vivir es el destino.

Cuando leáis la *Hora intermedia*, cuando leáis las *Horas* o recéis de otra forma, debéis estar atentos: siempre hay una palabra o una expresión que impacta tu conciencia por el sentido que tiene, en la que puedes detenerte para escudriñar su significado. Hay una palabra que te impresiona más: fíjate en ella. Cuando empecéis a decir: «Dios mío, ven en mi auxilio», quizá, al pronunciar estas mismas palabras o al leer lo que sigue –no todo, pues en muchos momentos estaréis distraídos–, lo que leáis tendrá, sin duda, alguna palabra que os puede impactar. Por ejemplo, ahora a mí me ha impactado, mientras estaba allí al fondo siguiendo con vosotros la *Hora intermedia* –¡y pensad la de miles de veces que he leído este salmo!–: «Dichoso el que es fiel a sus preceptos y lo busca de todo corazón».<sup>5</sup> “Dichoso” significa “alegre”, que tiene un ánimo distinto de los demás. «El que sigue sus preceptos», ¿qué son “sus preceptos”? Es el orden de la realidad; la gravitación universal es uno de sus preceptos, la gravedad terrestre es un precepto suyo, que las plantas crezcan derechas, que crezcan de determinada forma – porque también hay plantas que crecen torcidas– es un precepto suyo. La palabra “precepto” indica que la realidad tiene un designio, un orden; «dichoso el que es fiel», el que se adhiere a las cosas como naturalmente, originalmente, es decir, divinamente, están planteadas. Dichoso quien busca con todo el corazón estos preceptos, este significado de las cosas, esta forma de las cosas.

#### <sup>4</sup> Orden de oración oficial en la Iglesia.

Ya os he contado el episodio de aquel profesor que en una discusión dijo: «Si no tuviese la Química me mataría». Era un poco trágico, demostraba su limitación de manera algo trágica; pero es cierto que cuando estudiaba la Química, cuando se dedicaba a la Química, se sentía aliviado. Uno de los motivos por los que no debería haber parado es que el hombre parado es un pobre desgraciado; no ya por el dinero, sino psicológicamente. Era justo que aquel profesor de Química se sintiera más cordial con la existencia cuando estudiaba la Química, pues la Química forma parte de “sus preceptos”, y buscaba con todo el corazón los preceptos de Dios, porque el aspecto químico de la realidad es parte del designio de Dios y buscar con pasión sus leyes es algo bello. En este sentido cualquier trabajo real es algo bello.

«Dichoso el que es fiel a sus preceptos y lo busca de todo corazón»; pero es diferente decir «sus preceptos» a «lo busca de todo corazón». A Dios, al Misterio del que estamos hechos, se le encuentra dentro del designio de las cosas; si se es fiel a su designio, ahí dentro se encuentra algo distinto.

Entonces: «Aparta mis ojos de las cosas vanas, hazme vivir según tus caminos». «Aparta mis ojos de las cosas vanas», del aspecto efímero y, por tanto, engañoso de las cosas; líbrame del engaño de las cosas. Se puede mirar la realidad de Dios de tal modo que ésta no aparezca en su verdad. Por eso, Señor, líbrame del engaño de las cosas, no me dejes mirar las cosas con engaño. Decir que se quiere algo que se desea, ya que si no uno no sería feliz, es una mentira, porque incluso teniéndolo no lo sería. «Hazme vivir según tus



caminos», es decir, hazme ser cada vez más fiel a las cosas tal y como Tú las haces, haz que las persiga y use conforme al designio con que Tú las has hecho, y entonces seré más feliz.

<sup>5</sup> Cfr. Sal 118.

Nuestras meditaciones pretenden responder a estas dos peticiones que hemos hecho inconscientemente durante la *Hora intermedia*; sin duda, la mayoría de nosotros –todos– las hemos hecho inconscientemente; yo no –por casualidad–, pero todos vosotros las habéis formulado de forma inconsciente.

Las meditaciones que vamos a hacer los sábados y que vosotros retomaréis durante la semana junto a vuestros amigos mayores para intentar entenderlas, estudiarlas y hacerlas vuestras, quieren ser un intento de limitar el engaño en nuestra vida, de aumentar la obediencia al designio de Dios en nuestra vida; y por eso pretenden ser una ayuda para que haya leticia\* en nuestra vida, una mayor leticia en nuestra vida. Y éste será también un síntoma de la verdad con la que seguimos: si el seguir nos hace estar más alegres o no.

## 2. *El dinamismo de la fe*

¿Os acordáis de qué hablamos la última vez? Del método y de la fe. ¿En qué sentido método? Método quiere decir «modo de hacer algo». La fe es un modo de conocimiento.

¿Quién conoce? Mi razón. Se llama «razón» a esa energía característica del hombre mediante la cual el hombre conoce. Pues bien, la fe es un método –un modo– de la razón, un modo de conocimiento de la razón o, dicho de una manera más breve, un método de conocimiento. ¿Qué método de conocimiento es? Es un método de conocimiento indirecto. ¿Por qué es indirecto? Porque está mediado, filtrado, puesto que la razón se apoya en un testigo; no ve directamente, inmediatamente el objeto, sino que viene a saber del objeto a través de un testigo.

Y decíamos que este método es el más importante de todos los métodos de la razón, mucho más que la evidencia, que se basa en los sentidos, y mucho más que la ciencia, que se basa en el análisis y la dialéctica.

Los demás métodos de la razón utilizan únicamente una parte del hombre; este método, sin embargo, el método de la fe, compromete al hombre por entero. ¿Por qué? Porque hace falta fiarse de un testigo.

### \* Nota del traductor

Dada la imposibilidad de traducir adecuadamente al castellano el término italiano *letizia* (del lat. *laetitia-ae*) utilizado por el autor, hemos optado por el término “leticia”, utilizado en nuestro castellano antiguo con idéntico origen etimológico y semántico.

Para fiarse adecuada y razonablemente de alguien es necesario poner en juego toda la lealtad de la propia persona, es necesario aplicar nuestra agudeza de observación, es necesaria una determinada dialéctica, es necesaria la sinceridad del corazón, es necesario que el amor a la verdad sea más fuerte que la antipatía que, por ejemplo, pueda surgir, es necesario un amor a la verdad. Para ello tiene que comprometerse toda la persona, mientras que para hacer una instalación eléctrica en una habitación no es necesario que estén implicados todos los factores de la persona. Por eso la fe es un método de conocimiento que compromete, en su acontecer, a la totalidad de la persona y resulta ser el método más digno, más valioso. De hecho, si no fuera por el uso de este método no podría existir la convivencia humana, no podría haber desarrollo de la convivencia como existencia social, ni en una sociedad pequeña como la familia ni en la sociedad en su conjunto.

¿Cuál es el método de conocimiento habitual? La convivencia se apoya por entero en el método de la fe. ¿Qué ocurriría si no nos fiáramos los unos de los otros? De hecho, donde faltan estas cosas, donde ya no resultan naturales, la gente se pasea navaja o pistola en mano, y nadie puede fiarse de nada.

Por lo tanto, la convivencia humana, la cultura (la cultura es el desarrollo del conocimiento, y tú desarrollas el conocimiento si, fiándote de los descubrimientos que te dan quienes te preceden, añades tu propio descubrimiento, de forma que quien viene tras de ti, fiándose de lo que tú le das, añade a su vez su propio descubrimiento), la sociedad (la existencia de la sociedad), la historia (la continuidad de la sociedad, la sociedad que camina), la convivencia y la historia, la cultura, se basan todas en este método: el método de la fe.

¿Qué os ha sorprendido más la última vez? El oír hablar de fe sin que Dios, ni la Virgen, ni los santos tuvieran que ver con ello, y que se hablara de la fe como un aspecto de la razón, como el aspecto más importante del uso de la razón. ¿Por qué el más importante? Porque sobre ella se fundan la convivencia, la historia y la cultura; pero, sobre todo, porque este método supone poner en juego la totalidad de la persona.

### La credibilidad del testigo

Todo esto deberíais ya saberlo –aunque no es así– al haber estudiado la Escuela de Comunidad, cuyo primer volumen decía también cuándo puede uno fiarse razonablemente de otro. Porque es posible fiarse de otro irracionalmente, como sucede de forma habitual: muchos son reacios y rebeldes ante las cosas más justas y, sin embargo, están dispuestos a dejarse arrastrar y engañar, con una confianza necia en quienes los guían, en los periodistas, en la televisión.

¿Cuándo puede fiarse uno verdaderamente del testigo? El único problema verdadero es éste: ¿Cuándo se puede fiar uno del testigo? Porque si la fe es conocimiento a través de

un testigo, y el testigo te engaña... El texto de Escuela de Comunidad pone un ejemplo humorístico. Supongamos que Teresa, persona muy dialéctica y razonable, está dándose una vuelta por la calle, llena de problemas relacionados con su casa o con sus amigos, y no se da cuenta de que viene hacia ella un hombre con un sombrero de ala ancha, sin lo del medio, únicamente con el ala, un ala más grande de lo normal, con barba tan sólo en mitad de la cara, que lleva una gran capa llena de agujeros, con zapatos de los que salen los dedos de los pies, y mientras se acerca a ella le para y le dice: «¡Señorita!». «¿Qué quiere?» (cree que es un pobre que busca limosna y se echa la mano al bolsillo). Pero el otro dice: «No, no. ¿Sabe lo que ha ocurrido?». «No, ¿qué ha pasado?». «Han matado a Clinton». Ella, que aunque no le interesa mucho la política pero hasta ahí llega, contesta: «¡Qué horror!», porque piensa, justamente, que, cuando pasan estas cosas, es que la sociedad no va bien y que puede pasar de todo. Entonces le dice: «Le agradezco que me haya dado esta noticia». «Hasta luego». «Hasta luego». Ella continúa por su camino pensando: «¡Dios mío! ¡Han matado a Clinton...! ¿Quién habrá sido? ¿Habrá sido uno de Haití, de Santo Domingo, de derechas, de izquierdas? ¿Qué pasará ahora? El Embajador de los Estados Unidos en Italia –figura muy importante para la política italiana–, ¿será del partido de los que lo han matado o será de la oposición? El que lo ha matado, ¿tendrá simpatía por la Iglesia, mantendrá las relaciones diplomáticas con la Santa Sede o no?». Una persona inteligente como ella se haría todas estas preguntas; sin embargo, se equivoca. ¿Por qué se equivoca? Porque se ha fiado de aquel siniestro individuo, de aquel pobre individuo, de aquel evidente loco, a quien ha visto por primera vez en la calle y que le dice algo sin pies ni cabeza. De hecho, si va corriendo a comprar el periódico del día la noticia no estará.

Esto equivale a decir que se puede tener confianza de un modo que no es razonable o, por el contrario, de un modo razonable, de manera inadecuada o de manera adecuada. ¿Cuándo es correcto fiarse de una persona? Cuando aquella persona sabe realmente lo que dice y no pretende engañar. Son dos categorías tan viejas como toda la filosofía escolástica, pero son de sentido común: yo me puedo fiar si estoy seguro de que el individuo en cuestión sabe lo que dice y no pretende engañarme.

El problema es cómo alcanzar esta certeza. Si hubieseis estudiado la Escuela de Comunidad, os acordaríais de la tercera premisa, la que habla de la moralidad.<sup>6</sup> Si uno es moral alcanza la certeza, si uno no es moral no alcanza nunca la certeza, o bien la alcanza de una manera no razonable, se fía de quien no debe fiarse.

Desde un punto de vista racional está claro que uno, si alcanza la certeza de que una persona sabe lo que dice y no quiere engañarle, entonces, lógicamente, debe fiarse, porque si no se fía va contra sí mismo, va contra el juicio que ha formulado, según el cual aquella persona sabe lo que dice y no pretende engañar. La confianza es un problema de coherencia, de coherencia con una evidencia de la razón, una evidencia alcanzada directamente o a través de un testigo, de una manera inmediata o como

consecuencia de la convivencia. Por ejemplo: subes al tren –nunca sabes con quién puedes encontrarte en el tren–, hay tres personas en el compartimento y tú estás allí callado, atento a tu cartera y callado. Pronto se empieza a hablar y comprendes que se trata de tres buenas personas, de tres personas llanas y buenas, entonces te fías y dices: «Me voy un momento», y dejas allí tu monedero con el dinero. Y en efecto, cuando vuelves, lo encuentras allí... ¡quizá porque no ha habido ninguna parada!

El comienzo de un hecho nuevo en el mundo

Hemos dicho que el único motivo por el que se recorre este camino es Cristo: dado lo que significa este camino no existe ningún otro motivo suficiente. Y Cristo es el objeto total de nuestra fe. ¿Cómo podemos conocer a Cristo de tal modo que podamos apoyar en Él todo el sacrificio de la vida? También los que no tienen esta vocación deberían plantearse el problema, ya que tarde o temprano se topan con él; queriéndolo o no, todo el mundo llega allí, tiene que llegar. ¿Qué importa si todo te va bien, pero al final pierdes tu alma, compares ante mí con el alma sucia? ¿Qué has obtenido? Has perdido la vida.

¿Cómo se puede conocer a Cristo? Evidentemente, de los métodos usados por la razón que hemos señalado, se aplicará en este caso el de la fe. A Cristo no lo conocemos directamente, ni por evidencia, ni por el análisis de la experiencia.

a) *Un encuentro* . Quiero que leáis la página en la que se plantea este problema –¿Quién es este hombre? Dice ser el Mesías; ¿es verdad o no? Dice ser el salvador del mundo, el libertador del hombre y del mundo, dice ser Dios, ¿es verdad o no?–, volved a mirar la primera página en la que se plantea. Ya deberíais haber vuelto a leer esa página, muchas veces, sobre todo al ver el segundo volumen de la Escuela de Comunidad; pero como la Escuela de Comunidad no os ha servido de nada o de casi nada, porque no la habéis estudiado, no la habéis comprendido, no la habéis retenido, ni habéis pedido a Dios que os la hiciera vivir, la Escuela de Comunidad<sup>7</sup> de hace dos años se ha perdido en el aire. Gracias a Dios tenemos todavía esta ocasión para retomarla.

<sup>6</sup> Cfr. L. Giussani, *El sentido religioso*, o. c., pp. 37-48.

¿Cuál fue el primer instante de la historia, el primer momento, en sentido cronológico, de reloj –el reloj no existía, pero si hubiera existido lo habría señalado–, el primer instante en sentido cronológico en que se planteó este problema? Es un pasaje en el que se habla de los dos primeros hombres, jóvenes hombres, en cuyo corazón entró una impresión nueva: le oyeron decir a alguien que hablaba delante de ellos cosas de otro mundo, más concretamente, las cosas que hemos apuntado antes, cosas que a ellos no les resultaban del todo extrañas, porque en la historia de su pueblo eran habituales: todo su pueblo esperaba al Mesías, el pueblo entero esperaba a un libertador, a quien liberase al pueblo, a todo el pueblo. Por eso aquellas palabras no resultaban del todo incomprensibles para su mentalidad; pero oírse las decir a alguien que estaba delante de

ellos, sentado delante de ellos, que les había invitado a su casa... Los había invitado porque ellos le habían dicho por el camino: «¿Dónde vives?», porque lo estaban siguiendo con curiosidad.

Juan el Bautista había visto a un hombre irse, e iluminado de improviso por el Espíritu – era un profeta, por eso tuvo esa intuición–, se puso a gritar: «He aquí el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo». Toda la gente que estaba allí no le hizo ni caso, porque estaban acostumbrados a que irrumpiera, de vez en cuando, con alguna que otra extraña expresión. Sin embargo, dos de los que estaban allí vieron al hombre a quien él señalaba y entonces se alejaron también ellos y lo siguieron, espionaron sus pasos. Los dos eran sencillotes, los más sencillos de los que había allí; era la primera vez que iban, y por eso eran los que estaban más atentos, tan atentos como los niños cuando se ven cautivados por una historia, con la boca abierta.

Siguieron sus pasos y aquel hombre, sintiéndose espiado, se dio la vuelta: «¿Qué queréis?». «Maestro, ¿dónde vives?». «Venid y lo veréis». Aquellos dos se quedaron toda la tarde oyéndolo hablar, viéndolo hablar.

No entendían nada de lo que decía, pero el modo en que lo decía era tan persuasivo, era tan evidente que aquel hombre decía la verdad, que casi ni siquiera podían retener sus palabras. Se fueron y a la primera persona que se encontraron le dijeron: «Hemos encontrado al Mesías»; repitieron palabras suyas cuyo verdadero sentido no comprendían; pero, de cualquier modo, las repitieron, porque estaban ya en el oído de la gente.

<sup>7</sup> Cfr. L. Giussani, *Curso básico de cristianismo.2/Los orígenes de la pretensión cristiana*, Ed. Encuentro, Madrid 1991, pp. 59-64.

El momento en que por primera vez se planteó el problema de quién era Jesús fue el primer instante en que entró en el mundo el problema de la fe; no ya la fe como simple método de la razón, sino como método de la razón aplicado a algo supra-racional, que está por encima de la razón, impensable, inconcebible: la fe como método de la razón aplicado a algo inconcebible, porque todo lo que aquel hombre decía era inconcebible<sup>8</sup>.

El segundo capítulo del Evangelio de Juan termina diciendo: «Ante aquel milagro creyeron en Él sus discípulos». (Era el milagro de la transformación del agua en vino) ¿Cómo es posible? ¿No habían creído ya en Él en el capítulo anterior? De hecho, éste es un estribillo que se repite en el Evangelio. Cuando tiene lugar un gran milagro, vuelve el estribillo: «Sus discípulos creyeron en Él». Esta repetición, de manera muy acertada, no sólo no es inútil sino que confirma la verdad de lo que se está diciendo, de lo que dice el Evangelio, porque es el juego con el que profundiza la certeza en nosotros.<sup>9</sup>

Un chico frecuenta a una chica y comprende que, además de agradable, es buena, se



puede fiar de ella; empieza entonces a hacerse amigo suyo porque quiere casarse con ella. Pero no es sino con el paso de los meses, con el paso de los años, como se hace más profundo el sentimiento de persuasión –pues no es siempre igual y monótono, sin novedad–, hasta que llega a ser tan claro que decide casarse con ella: «El 24 de diciembre nos casamos». Él estaba convencido desde el primer momento; pero no le dice en ese primer momento en que está convencido: «Nos casamos el 24 de diciembre». Su primera impresión se profundiza al frecuentarla. Está seguro desde el principio, pero es una certeza que se hace cada vez mayor, y cuando llega a ser grande, madura, se convierte en fundamento de la vida. Lo mismo le ocurrió a aquella gente.

¿Cuál es, por tanto, la característica de este hecho? ¿Cuál es la primera característica de la fe en Cristo? ¿Cuál fue, para Andrés y Juan, la primera característica de la fe que tuvieron en Jesús? Ellos conformaron con Él toda su vida, y, por esta razón, estamos nosotros aquí, ahora; nosotros estamos aquí por ellos. Si ellos no lo hubieran seguido tampoco nosotros ahora estaríamos aquí. ¿Cuál es, pues, la primera característica? ¡La primera característica es que se trata de un hecho!

<sup>8</sup> Jn 1, 35 ss.

<sup>9</sup> Cfr. L. Giussani, *Los orígenes...*, o.c., pp. 65-76.

¿Cuál es la primera característica del conocimiento? Es el impacto de la conciencia con una realidad. Si no hay una realidad es un sueño, no es un conocimiento. ¿Me explico o no? Era un hecho, un hecho que tenía la forma de un encuentro. El encuentro es la modalidad en la que se da un hecho determinado: comer *polenta* no es un encuentro, y, sin embargo, es un hecho. ¡Esto no era comer *polenta*, sino tener un encuentro! Un encuentro es un hecho. La primera característica de la fe cristiana es que parte de un hecho, de un hecho que tiene la forma de un encuentro.

*b) Una Presencia excepcional.* ¿Cuál es la segunda característica? La segunda característica es la excepcionalidad del hecho. Juan y Andrés estuvieron allí durante dos horas con la boca abierta viéndolo hablar. Para que la fe alcance su objeto es necesario que este objeto se presente de un modo excepcional. La fe parte de un hecho, un hecho que en última instancia tiene la forma de un encuentro. La fe parte de un encuentro que es un hecho, que es una realidad: la razón siempre parte de lo real.

La segunda característica es que se trata de un hecho que no es normal, de un encuentro que está fuera de lo normal; es un encuentro, es decir, tiene un carácter excepcional que es lo que hace que se tome en cuenta.

Imagínate que vas en un tranvía y el conductor es un tipo normal, te abres paso y vas adelante porque te gusta ir ahí en el tranvía. Estás mirando al conductor que hace tra-trac, tra-trac... usando la manivela. No vuelves a casa diciendo a tu mujer: «¡Sabes, he tenido un encuentro!». «¿Qué encuentro?». «Con el conductor del tranvía».

Pero en cambio supongamos que, mientras estás ahí con el conductor, éste frena el tranvía de golpe porque se le ha cruzado uno corriendo, abre la portezuela y le grita: «¡Cabrón!». Aquel corre detrás del tranvía y se sube en la siguiente parada. Se abre paso, va adelante y se pone cerca de ti y del conductor, el cual empieza a temblar un poco mientras que el otro le dice: «Perdone, pero ¿por qué me ha llamado “cabrón”? ¿Cómo ha podido usted saber que yo soy un cabrón?». El conductor le dice: «Perdóneme, pero me ha asustado tanto que usted pasara de repente por delante, que lo he dicho como invectiva... pero, ¡también usted debería prestar más atención!». «No, no, usted tiene razón, yo soy un cabrón. Porque, mire usted, yo me casé. Luego me fui a Inglaterra, a Londres, para trabajar durante dos años, y cuando volví mi mujer tenía un niño. ¿Qué habría hecho usted en mi lugar?». El conductor hace un gesto y el otro continúa: «¡Pues me quedé con él! Pobre niño, él no tenía la culpa, así que me quedé con él. Sólo que el niño creció y hubo que mandarlo primero a la guardería... y mi mujer dice: “Mandémoslo con las monjas para estar más tranquilos”. ¿Qué habría hecho usted en mi lugar? Yo le dije: “¡Mandémoslo con las monjas!”. Y después de la guardería llegó la Escuela Básica, y mi mujer me dijo: “Dejémoslo ahí con las monjas”. ¡Con lo que me cuesta! Me cuesta mucho, me cuesta un ojo de la cara, usted sabe cuánto cuestan los colegios privados... pero lo dejé con las monjas. Después de la Escuela Básica, la Escuela Media también con las monjas... ¿qué quiere que le haga?, soy demasiado bueno de corazón y lo dejé allí con las monjas, pagando, ¡pagando un ojo de la cara! Y mi mujer... ¡Que no se lo merece! Acabada la Escuela Media, mi mujer me convence: “Que vaya a la Escuela Superior”. ¿Qué habría hecho usted en mi lugar? Yo lo llevé al colegio... y a un colegio privado, ¡eh! Así que... ¡cuánto me ha costado este hijo! ¡Pero la semana pasada ya no lo podía creer! Me dijo mi mujer: “Mira, ha terminado muy bien el colegio. Mandémoslo a la Universidad”. “¡Ah no, eso sí que no!”, salté. “¡Hasta aquí hemos llegado! ¡¡¡Porque el hijo de una ‘buena mujer’ como máximo puede llegar a conductor de tranvías!!!”». Los tres o cuatro que estábamos allí escuchando nos echamos a reír... Más tarde cuando llego a casa le digo a mi mujer: «¿Sabes?, ¡hoy he tenido un encuentro curiosísimo!». ¿Es correcto, sí o no? Porque es un tanto excepcional encontrarse con algo así.

Segunda característica del acto de fe: el hecho del que parte, el encuentro, tiene algo de excepcional. Pero, prestad atención: ¿cuándo puede decirse que algo es excepcional? Realmente esta observación no sé si es más bien dramática o cómica –amigos, la naturaleza, al estar creada por Dios, es capaz de ser a veces cómica– porque nosotros sentimos que una cosa es excepcional cuando corresponde a las exigencias más profundas por las cuales vivimos y nos movemos.

Hay exigencias profundas que dan finalidad al vivir, al razonar, al moverse: algo es excepcional cuando corresponde al criterio por el que se vive y se juzga todo, cuando corresponde a los criterios con los cuales se vive la vida –o se querría vivir–, cuando corresponde a los deseos más profundos del corazón, cuando corresponde a lo que la

Escuela de Comunidad llama «experiencia elemental»,<sup>10</sup> a las exigencias más profundas del corazón, es decir, aquellas con las que se vive y se juzga todo, cuando corresponde a las exigencias más naturales y completas del corazón, cuando realiza lo que la vida espera, entonces es excepcional.

Para que un encuentro sea excepcional debe corresponder a lo que tú esperas. Lo que esperas debería ser natural, pero es tan imposible que suceda que, cuando sucede, resulta excepcional. ¿Me entendéis o no?

Encontrarse con un hombre excepcional significa encontrar a un hombre que corresponde a lo que tú deseas, a la exigencia de justicia, de verdad, de felicidad, de amor... y esto debería ser natural, pero nunca sucede, es imposible, inimaginable. Para que un hombre, para que un encuentro, pueda ser una respuesta a nuestro corazón, al fin para el que vivimos y juzgamos todo, al criterio con el que vivimos y juzgamos todo, tiene que ser excepcional. Comprenderéis que, en este sentido, excepcional equivale a divino: divino, porque la respuesta al corazón es Dios. Algo verdaderamente excepcional es algo divino, lleva dentro algo divino. De hecho, si no lleva realmente a Dios, se marchita.

<sup>10</sup> Cfr. L. Giussani, *El sentido religioso*, o. c., pp. 17-20.

Por tanto, la segunda característica de la fe cristiana, de la fe en Jesús, es que parte de un encuentro excepcional: que corresponde al criterio por el que vivimos y juzgamos todo, que corresponde a ese criterio de un modo inconcebible, nunca imaginado, nunca visto, nunca encontrado, un encuentro así nunca lo había tenido, un encuentro así era imposible.

Mirad que es fundamental el modo de leer el primer capítulo del Evangelio de Juan. Para Andrés y Juan, que estuvieron allí mirando hablar a aquel hombre, era inconcebible, nunca imaginado. Y, más tarde, toda la gente diría lo mismo: «Nadie ha hablado nunca como este hombre»; «Este hombre sí que habla con autoridad».

He subrayado sencillamente que lo excepcional es sinónimo de lo divino: algo divino y por ello no imaginado, inimaginable, nunca experimentado.

c) *El estupor*. Tercera característica. El hecho del que parte la fe en Cristo, el encuentro del que partió la fe de Juan y Andrés –produciendo en ellos una impresión absolutamente excepcional, el presentimiento de algo sobrehumano, nunca imaginado, inimaginable– despertó en ellos un gran estupor. Tercera característica: el estupor.

Pero el estupor es siempre una petición, al menos secreta. El estupor esconde dentro de sí una petición profunda que toca las fibras más íntimas de nuestro ser. De hecho, cuando dos o tres meses más tarde volvieron a ver a aquel hombre, a aquel hombre...

Después de esa primera tarde, Juan y Andrés lo veían a menudo. Un día fueron a Cafarnaúm al mercado y vieron a mucha gente que estaba escuchando a Jesús. A mediodía Él se retiró a una casa donde le invitaron a comer, pero la gente estaba en la puerta, agolpada, y Él no lograba separarse, era como alguien a quien le disgustara separarse. Mientras estaba hablando –tenía delante a los fariseos, a los jefes de la sinagoga, que estaban allí para sorprenderlo en falta; después de un mes o dos estaban ya alerta porque la gente se interesaba demasiado por Él– llegaron dos con una camilla sobre la que yacía un pobrecillo, paralítico desde hace veinte años, todo contrahecho, y pidieron a la multitud que los dejara pasar (como la Cruz Roja cuando pita por la calle y la calle está abarrotada), pero la gente no se movía. Entonces fueron detrás de la casucha que, como era común en aquellas casas, tenía el techo de paja y barro, arrancaron la paja, echaron abajo un trozo de techo y lo bajaron por el hueco, a sus espaldas.

Jesús se dio la vuelta... el hombre que les había provocado aquella impresión, que les había hecho llegar a casa diciendo: «¡Hemos encontrado al Mesías!»». Y el mayor de aquel grupo de pescadores, Natanael, se había mostrado escéptico; entonces Felipe, otro de ellos, le había dicho: «¡Ven a ver! ¡Ven a verlo!»». Él fue a verlo, y mientras se acercaba, aquel Jesús de Nazaret le dijo: «He aquí a un verdadero israelita en el que no hay engaño». Entonces Natanael había hecho un gesto como para retirarse, defendiéndose («¡Este me quiere engañar! No me conoce, ¿cómo puede decir eso de mí?»). «Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas bajo la higuera, yo te he visto». «Rabbí, ¡Tú eres el Mesías!»». Y San Juan ni siquiera menciona lo que había ocurrido. Era algo obvio, que todos sabían, una oración, un gesto bueno; el hecho es que Natanael sintió que lo había visto, cuando no lo había visto ni siquiera de lejos. «Rabbí, ¡Tú eres el Mesías!»»...

Pues bien, aquel hombre, Jesús, siente que bajan a sus espaldas al paralítico, se da la vuelta y se dirige a él con una intervención espectacular, y muestra el nexo entre la debilidad física –causada por la larga enfermedad– y la debilidad moral (la enfermedad siempre conduce a una debilidad también moral, como más tarde dirá *La imitación de Cristo*: «Son pocos los que por la enfermedad se hacen mejores», *pauci ex infirmitate meliorantur*;<sup>11</sup> pero esto es un dato psicológico). Cristo, agudamente, apenas lo mira, le dice: «Confía, tus pecados te son perdonados». «¿Cómo? –piensan los fariseos que están allí presentes, mirándose sin hablar– ¿Quién puede quitar los pecados más que Dios? Éste blasfema». Y Jesús, apenas ha terminado de hablar, deja de mirar a aquel y se fija en ellos: «Escuchad, ¿es más grande decir a este hombre “Tus pecados te son perdonados”, o decirle: “Levántate y anda”? Pues para que sepáis que tengo el poder de perdonar los pecados, yo te digo: “Levántate y anda”». Y aquel se levantó y se puso a andar después de veinte años.

Imaginaos a la gente siendo testigo de estas cosas, siendo espectadora de estas cosas durante un mes, dos meses... todos los días, durante un año, dos años... todos los días.

Otro día, por ejemplo transcurridos seis o siete meses, medio año, estaban con Él en una barca –leed este fragmento en Mateo 8, 23-27–, porque de vez en cuando iban a pescar juntos. Se desencadena una tormenta terrible. Él estaba tan cansado que ni siquiera se despertaba, estaba a popa y dormía. La barca ya estaba llena de agua, hacía agua por todas partes, estaban a punto de naufragar. Entonces uno de ellos va a Jesús y le dice: «¡Maestro, nos hundimos: sálvanos!». Y Él responde: «¿Por qué teméis, hombres de poca fe? Después de todo lo que he hecho, si estáis conmigo, ¿por qué seguís teniendo miedo?». Entonces ordenó al viento y al mar y de pronto se hizo una gran bonanza. Aquellos hombres –atemorizados, dice el Evangelio, espantados– se decían entre ellos (imaginad cómo se hablarían: en voz baja, lejos de Él): «Pero, ¿quién es este hombre?».

<sup>11</sup> Tomás de Kempis, *La imitación de Cristo*, B.A.C, Madrid 1975.

Ellos, que sabían de dónde venía, conocían a su madre, habían estado incluso en la boda con Él... lo sabían todo de Él, sabían bien quién era; pero su modo de actuar, de comportarse, era tan excepcional, que sus amigos, no pudieron dejar de decir: «¿De dónde viene éste? ¿Quién es éste a quien hasta el viento y el mar le obedecen?». Tenía una excepcionalidad tal... Porque la excepcionalidad hasta cierto punto puede ser explicable, puede tratarse de un golpe de fortuna, pero allí había un nivel de excepcionalidad tal que les dictó –a ellos que lo conocían, que habrían podido decir todo sobre Él porque lo acompañaban desde hacía meses– esta extraña pregunta: «¿Quién es éste?». Era inexplicable. Es imposible concebir a alguien que actúe así.

Y dos años después sus adversarios, los fariseos, le hicieron la misma pregunta: «¿Hasta cuándo nos vas a tener con el alma en vilo? ¡Di quién eres y de parte de quién vienes!». Pero bueno, ¡lo tenían allí, inscrito en el registro de Belén! Sin embargo, era tal su excepcionalidad que dijeron: «Di quién eres y de parte de quién vienes». Ya no podían soportar semejante exageración. La exageración de aquella Presencia les era insoportable, ya no podían tolerar aquella excepcionalidad sin límites.

La excepcionalidad es, pues, sinónimo de correspondencia a lo que el corazón desea, a los criterios con los cuales juzga la vida; la excepcionalidad es sinónimo, en último término, de algo divino. Esto fue lo que impresionó a sus amigos en la barca y esto fue lo que aterrorizó a sus enemigos los fariseos: una excepcionalidad que suponía algo divino y que provocaba un estupor inevitable.

d) *¿Quién es éste?* Cuarto factor. La fe empieza, exactamente, con esta pregunta: «¿Quién es éste?». En ese momento se plantea el problema de la fe, y la respuesta a esa pregunta es la respuesta de la fe: unos dirán que sí y otros que no.

Cuando sus adversarios los fariseos le preguntaron: «¿Hasta cuándo vas a tenernos con el alma en vilo? ¡Di quién eres y de parte de quién vienes!», cuando le hicieron esta pregunta, plantearon el problema de la fe en aquel hombre.



Siento haberme extendido. Por eso sólo podré esbozar –y lo contaremos el próximo día de retiro– el episodio del Evangelio que sintetiza todo esto: cuando Jesús da de comer a cinco mil personas... En aquel momento toda la gente, pierde la cabeza –¡tratándose del bolsillo!– y quieren proclamarlo rey: «Éste es el que tenía que venir, éste es el que va a convertir nuestra vida en Jauja y nos va a dar el poder sobre el mundo». Entonces Él escapa, huye, pero ellos –al día siguiente era sábado– imaginan que puede estar en la sinagoga de Cafarnaúm y, de hecho, allí estaba. Rodean todo el lago para volver a encontrarse con Cristo. Él está en la sinagoga diciendo: «Vuestros padres comieron el maná y murieron; mi palabra es como el maná, pero quien coma de mi palabra ya no morirá». Y toda la gente se queda extrañada por este modo de hablar, aunque ya estaba algo habituada. Mientras estaba hablando así se abre de par en par la puerta del fondo y entra en oleada toda la gente que había hecho el periplo del lago, que andaba buscándolo. Lo buscaban por un motivo equivocado, porque les había quitado el hambre, pero lo buscaban.

Entonces Él se quedó como embargado por la emoción ante aquella gente que lo buscaba, porque Jesús era un hombre. Las ideas le venían como nos vienen a nosotros: a través de las circunstancias, de la experiencia. Se conmovió, y de pronto le vino a la cabeza lo más grande que le habría de venir en la vida: cambia el sentido de las palabras que estaba usando y les dice: «Vosotros me buscáis porque he saciado vuestra hambre con pan. Yo os daré mi carne para comer [no mi palabra –como había dicho hasta entonces–], os daré mi carne para comer, os daré mi sangre para beber». Los fariseos tienen por fin la excusa; los intelectuales y periodistas tienen por fin la excusa: «Está loco. Está loco. Está loco». Y hacen correr la voz de que está loco: ¿cómo puede uno dar a comer su propia carne?

Él, cuando decía algo que escandalizaba porque la gente no lo entendía, normalmente no lo explicaba, sino que lo repetía: «En verdad, en verdad os digo: el que no coma mi carne y no beba mi sangre no podrá tener vida dentro de sí». Entonces el murmullo se convirtió en griterío cada vez más fuerte y retumbante, y la gente decía: «Está loco, está loco», incitada por los fariseos. Todos salen, de modo que la sinagoga –que era tan grande como este salón más o menos, para quien la haya visto– se vacía y quedan allí sus *aficionados*, los de siempre; en silencio. Y en la penumbra de la tarde es Jesús quien rompe el silencio y dice: «¿También vosotros queréis marcharos?». No retira lo que ha dicho: «¿También vosotros queréis marcharos?».

Pedro, entonces –y este punto sintetiza, como dije antes, todo el dramático manifestarse de Cristo y el surgimiento de la fe en el mundo; es el momento en que la fe en Cristo entra en el mundo, y durará hasta el final del mundo– Simón Pedro, con su vehemencia habitual le dice: «Maestro, tampoco nosotros comprendemos lo que dices, pero si nos alejamos de ti, ¿adónde iremos? Sólo Tú tienes palabras que explican la vida. Es imposible encontrar a otro como tú. Si no creo en ti, ya no puedo creer a mis ojos, ya no puedo creer en nada». Es la gran, verdadera, real alternativa: o todo termina en nada –

nada de lo que amas, nada de lo que estimas, nada de ti mismo y de tus amigos, nada del cielo y de la tierra, nada, todo es nada porque todo termina en cenizas— o bien ese hombre tiene razón, es lo que dice ser. Por eso Pedro le dijo: «Tú sólo, sólo Tú lo explicas todo», y eso significa que eres quien vuelve a poner en pie todo, quien hace ver las conexiones entre todas las cosas, quien hace que la vida sea grande, intensa, útil y deje entrever su eternidad. El Evangelio de Juan en su capítulo 6, versículos 66-68, representa verdaderamente el culmen de toda la dialéctica que hemos descrito antes.

*e) La responsabilidad ante el hecho.* Último punto: la respuesta. Amigos, en cualquier acto verdaderamente humano, pero sobre todo, cuando el acto humano está frente a su destino... ¿cuál es la característica suprema del acto humano? Acordaos de Péguy: Dios nunca obliga a nadie. ¡La libertad!

Frente a esto que está tan claro —«Si no creo en ti no puedo creer a mis ojos», ésta es la esencia de la postura de Pedro—, ante la pregunta: «¿Quién es éste?», y, ante la respuesta que da Pedro, uno puede decir sí o no, adherirse a lo que Pedro dice o bien irse como se fueron todos los demás.

La única postura racional es el “sí”. ¿Por qué? Porque la realidad que se nos propone corresponde a la naturaleza de nuestro corazón más que cualquier imagen nuestra, corresponde a la sed de felicidad que tenemos y que constituye la razón del vivir, la naturaleza de nuestro yo, nuestra exigencia de verdad y de felicidad. De hecho, Cristo corresponde a esto, más que cualquier imagen que podamos construir. Piensa en lo que quieras: ¡dime si hay alguien más grande que este hombre tal y como lo describe el Nuevo Testamento! ¡Dímelo, si eres capaz de imaginarlo! No se logra... corresponde a nuestro corazón más que cualquier otra posibilidad que podamos imaginar.

Decir no nunca nace de razones, nace de un escándalo. “Escándalo” es una palabra griega que significa piedra en el camino, obstáculo. El obstáculo en el camino hacia la verdad es una forma de mentira y se llama prejuicio: uno se ha construido, se ha fabricado de antemano su parecer acerca de Él. Cristo es lo contrario a lo que yo querría: yo político, yo enamorado, yo que tengo sed de dinero, yo que quiero llegar lejos, yo que quiero una vida sana. Es contrario a aquello en lo que uno pone su esperanza, de forma inútil, porque no existe ninguna esperanza que luego se cumpla. El “no” únicamente nace del prejuicio.

Esto me dará el gusto de leerlo. Para concluir vamos a leer el fragmento de Juan 11,38-48: «Jesús, profundamente conmovido por la muerte de Lázaro, fue al sepulcro. Era una cueva ante la cual habían colocado una piedra. Dice Jesús: “Quitad la piedra”. Le responde Marta, la hermana del muerto: “Señor, ya huele, es el cuarto día”. Le dice Jesús: “¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?”. Quitaron, pues, la piedra. Jesús entonces alzó los ojos y dijo: “Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Yo ya sabía que siempre me escuchas, pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que Tú me has enviado”. Dicho esto, gritó con fuerte voz: “¡Lázaro, sal fuera!” Y el

muerto salió, atado de pies y manos con vendas, y con el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dice: “Desatadlo y dejadlo andar”. Muchos de los judíos que habían venido a casa de María, viendo lo que había hecho, creyeron en Él; pero algunos de ellos fueron donde los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús. Entonces los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron consejo y decían: “¿Qué hacemos? Porque este hombre realiza muchas señales. Si le dejamos que siga así, perderemos nuestro poder”». Muchos judíos creyeron en Él y algunos corrieron a acusarlo: el mismo hecho excepcional, el mismo encuentro excepcional se convierte en muchos en un sí y en algunos se convierte en un no. No hay razones: no dicen «es una ilusión»... ¡no, no, no!, corrieron a acusarlo: el “no” siempre nace de un prejuicio, del hecho de que Jesús se convierte en escándalo, en impedimento de lo que tú querías.

Como último paso de esta meditación, tomad el segundo volumen de la Escuela de Comunidad, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, y leed la historia del Rey de Portugal: es un símbolo de cómo acontece la fe en el alma humana<sup>12</sup>.

El conocimiento por fe es, realmente, la prueba de la seriedad y de la dignidad del hombre. Decir no a la fe sólo es posible cuando existe un obstáculo, constituido por algo que se querría; que se querría, pero que no coincide con la exigencia original y profunda del corazón, con la experiencia elemental.

<sup>12</sup> Cfr. L. Giussani, *Los orígenes...*, o.c., pp. 77-84. LA FE  
ASAMBLEA

¿Qué se hace en las reuniones en las que no hay lección? *Una asamblea*.  
De acuerdo, se tiene una asamblea. Pero, ¿qué se hace para tener una

asamblea?

*Preguntas.*

¿Preguntas sobre qué, sobre el tiempo?

¡No!

Preguntas sobre lo que se ha dicho. Para preguntar sobre lo que se ha

dicho no basta con hacer la pregunta y ya está, sin sentirla o, al menos, sin plantearla con seriedad. Un compañero mío llamado monseñor Manfredini, que luego sería arzobispo de Bolonia, para alargar las clases en el seminario, levantaba siempre la mano. Solía llevar otro libro, distinto del de clase, para irlo hojeando, y muchas veces levantaba la mano mientras miraba el libro. El profesor le preguntaba: «¿Qué quieres?»; ¡y él no se daba ni cuenta! (Por eso nos encantaba ir a clase, porque nos decíamos: «¡Vamos a ver qué hace hoy Manfredini!»). Pero fue él también el compañero que una tarde, mientras corríamos hacia la iglesia porque llegábamos tarde –la escalera era bastante estrecha– al pasar a mi lado, me agarró violentamente del brazo y me dijo: «Oye, ¡que Dios se haya hecho hombre es algo realmente del otro mundo!». Era uno que hacía bromas en el

colegio, pero que también hablaba así. No me dijo aquello porque hubiera leído la palabra “encarnado”, lo dijo porque había sentido algo; al leer entendía, o sentía, o decía: «Vamos a ver, ¿cómo puedo entender esto?».

Por tanto, no deben formularse preguntas más que refiriéndose a algo que se ha sentido, explicitando sentimientos que se han experimentado. Ello evita dos cosas: primero, que se lea creyendo entender cuando no se entiende (la mayor parte de la gente cree saber qué es el cristianismo y no lo sabe, cree conocer las palabras cristianas y no las conoce); en segundo lugar se evita, sobre todo, el artificio de lo abstracto, hablar abstractamente, que es casi lo mismo que hablar sin ton ni son.

No existe una palabra que nos digamos –justamente porque la hemos aprendido u oído de Cristo, directamente o a través de la Iglesia– que no tenga que ver con lo que vivimos, con la vida, que no se dirija al corazón. Y el corazón es precisamente el lugar de la razón. La razón está dentro del corazón, de otro modo sería como una cometa, como la cometa de Pascoli que se aleja volando (pero vosotros no habéis leído *La Cometa*<sup>13</sup> de Pascoli, así que no insistiremos en la analogía). ¡Qué pena!, ahora ya no se hace aprender nada de memoria; el que no se aprenda nada de memoria se debe a un poder que quiere que aprendáis de memoria lo que él dice. Si por el contrario, aprendierais de memoria un pasaje de Leopardi, el poder podrá decir todo lo que quiera, pero ese pasaje de Leopardi no os dará tregua, no os dejará convertirlos en esclavos de lo que dice la televisión. Estudiar de memoria quiere decir ensimismarse, hacer que pase a formar parte de uno, parte de la propia sangre, una experiencia grande y sumamente humana, que además está expresada con una belleza desconocida para nosotros; significa participar de ello.

<sup>13</sup> G. Pascoli, *Tutte le poesie*, Oscar Mondadori, Milán 1974, pp. 232-233.

*Has hablado del carácter excepcional del encuentro. ¿Cómo es posible no confundir lo excepcional con lo emocionante?*

En un encuentro, lo *excepcional* es la experiencia de una correspondencia entre lo que encuentras –las palabras que oyes, el comportamiento que ves– y las exigencias de tu corazón: una correspondencia al corazón, excepcional respecto a las relaciones habituales. Pero cuanto más excepcional es, más impensable resulta y más te llena de estupor: el estupor de la verdad, *veritatis splendor*; lo que te llena de asombro es el esplendor de la verdad. Entonces, ¿qué es lo excepcional? El encuentro con algo que corresponde de tal modo a tu corazón que te hace decir: «Es imposible, ha sucedido algo que creía imposible». En todas las preguntas que os nazcan, debéis referiros a la primera página del Evangelio de San Juan, imaginándoos a Juan y Andrés mientras Jesús habla y ellos lo miran: «Es imposible que exista un hombre así»; no lo decían pero lo sentían. Cuando se fueron a casa lo comentaron: «Pero, ¡es imposible encontrar un hombre así!»; allí no lo comentaron porque estaban totalmente absortos escuchándolo. ¿Qué es la emoción? La *emoción* es la reacción psicológica ante algo que encuentras –la emoción era el sentimiento de pánico dulcísimo, tierno y sorprendido, que

experimentaron Juan y Andrés– pero que no tiene la nota característica de lo excepcional.

Lo excepcional es una experiencia que lleva dentro algo que no se da en la emoción: el juicio de la cabeza, el reconocimiento por parte de la cabeza. En la emoción todavía no se produce un reconocimiento de la cabeza, un juicio. La emoción es algo que te sucede, que experimentas. La excepcionalidad es algo que experimentas y que juzgas, que piensas: es un pensamiento, o más exactamente, un juicio.

¿Qué es el juicio? Es la comparación entre los criterios de nuestro corazón y la realidad con la que te topas. Los criterios del corazón son principios estables, principios que te hacen juzgar lo que encuentras, y decir: es bello, es verdadero.

Tú sientes algo que es bonito y que es verdadero, pero no lo juzgas todavía, es como un *frissonnement*, una conmoción que te viene; sintiendo eso te entran ganas de llorar: esto es la emoción. Sin embargo la excepcionalidad conlleva un juicio, pues dices: «No puede haber nada más grande que esto, nunca me he encontrado con nada parecido».

¿Queda claro?

*Yo no he comprendido todavía bien la palabra «correspondencia» entendida como juicio. Las exigencias no parecen tan claras, sobre todo, en las relaciones personales.*

Las exigencias están clarísimas. Lo que no está claro es cómo las aplicas, no está claro cómo aplicarlas y cómo usarlas. ¿Qué utilizas para juzgar? Las exigencias que llevas dentro; si usas otra cosa te alienas, juzgar se convierte en una alienación; si usas otros criterios serán los de la cultura que te rodea y eso quiere decir que estás alienada, que eres esclava de los criterios de los demás.

Los criterios están siempre bien claros y están dentro de ti: se llaman corazón, exigencia de felicidad, de verdad, de bondad. Tengas el sentimiento que tengas hacia quien encuentras, estas exigencias las tienes dentro y debes aplicarlas.

¿Corresponde este encuentro a mis exigencias de felicidad, de verdad, de belleza y de bondad? Puede que haya un camino que recorrer. Puedes decir enseguida que sí por impulso, y entonces la emoción tiende a convertirse en juicio. Para toda la gente hoy es así: la emoción equivale al juicio (me gusta, no me gusta). Ello significa el fin del hombre, el prevalecer, el predominio, en él, de la bestia, del animal.

La emoción es una reacción psicológica o, mejor, psíquica, que debe ser juzgada. «¡Qué hermosa lechuga!», y, sin embargo, se trata de una planta venenosa que se parece a la lechuga; de hecho, hay un cartel puesto por el Ayuntamiento que dice: «planta venenosa». Si no miras a tu alrededor y no estás atento... pero sólo estarás atento si sabes de antemano que hay algo peligroso; si no lo sabes no estarás atento. Jesús ha venido justamente para decirnos: «Estad atentos, estad alerta».

En cualquier caso, el juicio es la aplicación de los criterios que tienes en el corazón al

objeto que te produce una emoción. Puede ser que se trate de una emoción intensa y favorable. Por ejemplo, te enamoras de un chico: enamorarte de un chico es una emoción que sientes. ¿Es justa porque la sientes? La sientes, ¿y qué haces? La emoción que sientes por este chico, ¿corresponde al destino que te ha dado Dios o no? ¿Corresponde a la llamada, a la vocación que Dios te ha dado? Y, por tanto, ¿corresponde al camino de tu felicidad? Porque el camino de la felicidad es el destino al que Dios te ha llamado, es la vocación a la que Dios te ha llamado, es la tarea que Dios te ha confiado.

Después de decir misa de once en una iglesia de Milán, fui a la sacristía —era una sacristía muy pequeña porque la iglesia había sido bombardeada—; entró una mujer pálida, a la que nunca había visto antes, con una niña en brazos, y me dijo: «Padre, mi marido se ha ido de casa esta mañana». Como me pilló de improviso le dije: «¿Cómo? ¿Y por qué se ha ido?». «Se ha ido porque se ha enamorado de su secretaria». «Pero, ¿habéis reñido?». «No, no, es más, se ha ido llorando, y diciendo: “Siento mucho el dolor que te causo, estoy muy disgustado, pero tengo que hacerlo, ¡estoy enamorado!”». Y tomaba a la niña en brazos y no dejaba de besarla —¡fijaos hasta qué punto se puede llegar!—, atormentado porque tenía que dejar a la niña; pero tenía que hacerlo porque estaba enamorado». Este es el emblema de la emoción erigida en juicio. ¿Me explico? De la emoción erigida en criterio para obrar, sin juicio.

¿Qué quiere decir juicio? Tú estás enamorado, te has enamorado de la secretaria, como puede sucederles a muchos —como especialmente ahora les sucede a todos—; ¿corresponde ésto al designio que Dios ha trazado sobre tu vida y, por tanto, corresponde al camino de tu felicidad, o no? Veamos: estás casado, y tienes una hija; por eso, si abandonas a tu mujer y a tu hija traicionas la tarea que Dios te ha confiado y dejas de estar en el camino de la felicidad. Y a pesar de que te parezca felicidad escaparte con la secretaria, a pesar de que te parezca que eres más feliz así, es lo contrario, te lleva a lo opuesto: estás loco. El caso citado es claramente de locos, pero indica una actitud generalizada. El motivo que los hombres de este mundo aducen para cometer todos los errores es de este género, más o menos enmascarado: una emoción que no es juzgada. El camino hacia el destino no estaba descrito, ni mucho menos a salvo, por el enamoramiento que sentía aquel pobre desgraciado por la secretaria, sino por ser fiel a su mujer y a su niña, es decir a la vocación y a la tarea que Dios le había encomendado. Habría supuesto un sacrificio enorme; pensad qué sacrificio habría supuesto para aquel hombre renunciar al impulso de escapar con su secretaria y quedarse con su mujer y su hija... Es un sacrificio que hay que hacer hasta morir... se debe hacer hasta morir, porque, «¿de qué te vale conseguir todo lo que quieres si te pierdes a ti mismo?»,<sup>14</sup> decía Jesús.

El juicio es notar la correspondencia con las exigencias del corazón. Las exigencias de nuestro corazón —las fundamentales, las que se mantienen siempre— indican el nexo con el destino, nuestra relación con el destino, la relación con Dios. Si tú vas en contra de estas exigencias, si vas contra el designio de Dios, contra la voluntad de Dios, contra la

ley de Dios, entonces vas contra las exigencias del corazón. Por eso no puede existir un sentimiento que permanezca humano si no se juzga.

<sup>14</sup> Cfr. Mt 16, 26.

La emoción es una reacción. La correspondencia es un juicio que compara la emoción que se despierta en nosotros con las exigencias del corazón que describen el camino hacia el destino. Se juzga una emoción cuando se afronta comparándola con las exigencias del corazón, las que expresan el criterio último que debemos seguir, que es la voluntad de Quien nos ha hecho y nos espera al final, que describen el camino hacia el destino. Ya el Evangelio dice: «El que quiera su vida la perderá», el que está apegado a su emoción, a su modo de sentir, se perderá.

*¿Qué significa que el “sí ” dado a Cristo implica la totalidad de mi persona? Porque, aunque me resulta evidente que es razonable estar aquí, muchas veces me siento dividida, a mi afecto le cuesta adherirse.*

Mi casa se encuentra en una determinada ciudad, edificada sobre una hermosa colina, en un lugar precioso: se ve incluso el mar, las montañas... ¡tiene de todo! Yo estoy expatriado y tengo que volver a mi casa. ¿Qué tengo que hacer? Un camino; tengo que recorrer un largo camino para llegar a mi casa. Del mismo modo, para ver a Cristo en cada cosa, amiga mía, tienes que hacer un largo camino. Empieza. Empieza por preocuparte, cada mañana cuando te levantes, de pensar en Cristo lo más frecuentemente posible durante el día. Pero no debe ser un propósito tuyo, tiene que ser una petición: «Señor, ven hoy a mi mente con frecuencia», «Ven, Señor Jesús», dice la Biblia. Te preparas para ir al colegio o al trabajo con el deseo de pensar en Él con frecuencia.

¿Qué quiere decir pensar en Él con frecuencia? Pensar en Él, por ejemplo, imaginándote como Juan y Andrés ante aquel hombre mientras hablaba; o bien juzgando lo que tengas que juzgar, el comportamiento de los demás, a partir del hecho de que Dios se ha convertido en una presencia, que está presente para ti, que está presente para todos y nadie lo sabe, y apenarte al pensar que nadie lo sabe. Esto, con el tiempo, nos hace madurar en todo.

Éste es el valor de la compañía, especialmente de quien ya ha recorrido camino dentro de ella y te lo recuerda. La verdadera amistad es la que te recuerda el pensamiento de la gran Presencia, de Cristo, de tal modo que llene cada vez más tu tiempo. Por eso los que iban con Cristo se reunieron entre ellos; ni siquiera se conocían, pero se hicieron amigos. No existe razón mayor que ésta que nos convierta en amigos, porque si tengo simpatía por alguien o vivo una preferencia, es precisamente el pensamiento de Cristo lo que la hace estable, la hace estable para mí.

Como siempre digo a los universitarios: amigo mío, la chica a la que quieres, ¿de qué



está hecha? No va a estar hecha de *polenta*, de cenizas o de oro... Piensa un poco: quiero a una chica que es de oro... ¡Dios mío, aunque fuera de platino! Amigos: Juan y Andrés cuando estaban ante Cristo comprendían que era otro mundo lo que se les desvelaba, ¡era otro mundo! Lo que nos permite vivir, lo que nos hace hombres, la fuente de felicidad y de paz, la fuente del atractivo y de la creatividad, ¡es otro mundo! Tenemos que abordar este otro mundo. Dios nos ha empujado hasta el umbral, nos ha empujado hasta su linde: hay que sobrepasar esta linde y entrar; porque vivir es entrar en el mundo verdadero; de hecho las cosas pasan a ser cien veces más hermosas. También la chica que quieres está hecha de Otro, está hecha de Cristo —«Todo consiste en Él»<sup>15</sup>—, las montañas, el cuerpo de esta chica está hecho de Otro, porque por sí sola no sería nada, nada.

¿Quién ha hecho que la encontraras? El Señor del tiempo, el que es dueño del tiempo, el Señor de la historia. ¿Quién te la da para siempre? Él, que asegura la eternidad en la relación, sin la cual uno, o no lo piensa (y entonces es tonto) o se muere, se ahoga. Porque si tú te imaginas que una relación querida va a acabar, este fin se convierte en un muro delante de tus ojos, que se acerca, cada vez más, hacia ti, hasta ahogarte: esa presencia te ahoga, es desesperante. Y no sólo desespera al superficial, al bruto, al distraído, ¡a todos los hombres, en definitiva! ...Por eso la mayor necesidad que tienen todos es la de oír ruido, y el mayor horror que sienten es el del silencio, porque el silencio hace aflorar con claridad estas cosas.

Así pues, percibir en todas las cosas —en todo, desde las hojas de los árboles hasta los cabellos de la persona a la que quieres— la presencia del Misterio que se ha hecho hombre de carne y hueso, es decir, la presencia de Cristo («Estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo»<sup>16</sup>), percibirlo hasta que llegue a ser *habitus*, como dice Santo Tomás, costumbre, habituarse a verlo en todo es una historia que Dios ha empezado en ti: pide a la Virgen que no la traiciones, que te mantengas fiel a esta historia.

La ayuda para vivir esta historia es la petición a Dios, cuando te despiertes, cada mañana al levantarte. Por eso insisto en el *Angelus* —tenéis que habituaros a rezar siempre el *Angelus* —, porque recuerda el punto en el que todo empezó, recuerda el punto en que empezó lo que en ese momento, mientras lo rezas, está misteriosamente presente. Porque el hombre parte del presente, no puede partir del pasado. Partiendo del presente ve que el pasado confirma este presente y motiva este presente; la fuerza de este presente lo hace capaz de juzgar el pasado. Decid bien el *Angelus*: «Hágase en mí según Tu palabra»: en las relaciones con todas las personas del trabajo, en la relación con toda la gente que he de ver en el tranvía o en la calle, en las relaciones con las cosas, con la lluvia que molesta o con el sol que quema... hay que pedir.

<sup>15</sup> Cfr. Col 1, 17. <sup>16</sup> Mt 28, 20.

Para ello existe una ayuda humana: la compañía. Pero no cualquier compañía, sino la

compañía formada por personas llamadas a buscar como tú. Entonces comprendes, entiendes que esa compañía es la única realidad verdaderamente humana, totalmente humana, que existe en el mundo. El resto del mundo es humano porque lleva en sí una gran herida que pide a gritos ser curada, una gran soledad que pide verse sorprendida por una luz, por una protección que venga de otros seres humanos. Entonces el compañero se convierte verdaderamente en otro yo, y nace, entre extraños como nosotros, un afecto mayor del que se tiene por una madre y un padre, y que llega hasta la emoción. Porque el juicio de correspondencia madura hasta identificarse con la emoción. Hay una emoción ante la compañía que Dios te ha dado para el camino descubierto, para el camino de la vocación, que alcanza una emoción mayor que la que sientes por tu padre y tu madre, como dice el Santo Evangelio, no porque te olvides de ellos, sino porque aprendes a comprender que lo importante de tu padre y de tu madre es que han colaborado de algún modo en este camino –por ejemplo, al hacer que nacieras–, de modo que si fuesen (perdonad la hipótesis) dos delincuentes, los amarías como amas a tus compañeros. ¡Otro!

*El reconocimiento de esta correspondencia no siempre es inmediato. A mí me supone a menudo esfuerzo y sacrificio. Por ejemplo, en el trabajo, reconocer que hay incluso que trabajar menos para dar tiempo y espacio a Cristo, supone un sacrificio. Quería saber si es justo sentir esta dificultad.*

El reconocimiento es siempre un alivio, como salir de un tunel oscuro a la luz del sol: es siempre una luz y es siempre una alegría, siempre es una seguridad. Por el modo en que se plantea tu vida y la del mundo, aplicarlo resulta fatigoso, es un sacrificio inevitable.

Nota bene. La aplicación del juicio de correspondencia, la aplicación del recuerdo de Cristo nunca puede coincidir con la disminución de tu deber. No debe coincidir, por ejemplo, con la reducción indebida, desleal, no ordenada, de tu trabajo: tu trabajo, tienes que hacerlo todo. Es algo que se insinúa en tu modo de trabajar, mientras trabajas; con el paso del tiempo te resultará habitual. Igual que al tomar este vaso para beber veo por el rabillo del ojo que a mi derecha se encuentra, imponente, Carlo, del mismo modo Cristo se convierte en una presencia que ves por el rabillo del ojo, una presencia continua... pero con el tiempo. Amigos, estamos empezando, y ¿qué hace razonable empezar? La búsqueda de lo que corresponde a las exigencias del corazón (y no existe casi ninguna filosofía, ninguna propuesta de vida, ninguna emoción en la vida, que empiece dando cuenta de esto, que es lo más sustancial para la razón).

La correspondencia a las exigencias del corazón, o es capaz de desafiar todo, o no es correspondencia: debe ser total. Por eso se establece un camino, pero sólo si se empieza, se encuentra el principio; aunque esto nadie os lo recuerda, nadie; sólo lo llevan dentro vuestro padre y vuestra madre. Cuando un hombre y una mujer se convierten en padre y madre llevan dentro –sin que se den cuenta, sin pensarlo siquiera– la pasión por el destino del niño al que dan la vida: ni siquiera se dan cuenta, pero la llevan dentro. Tanto

es así que si un hijo o una hija deciden tomar un camino contrario al que ellos preveían, ceden tan sólo ante una cosa, la felicidad del hijo. Si ven que su hijo está contento, al principio se resisten, se resisten, se resisten; pero luego ceden. ¡Es una bonita fiesta cuando ceden! Pero, al final, ceden, todos ceden si ven a su hijo contento, porque es imposible no aprobar una situación en la que el hijo permanezca contento durante diez años, ¡es imposible!

*Me ha impresionado muchísimo que el estupor, la petición profunda, sea la tercera característica de la fe, y querría entenderlo mejor, porque siempre había pensado que la petición partía de mí; sin embargo, el estupor es previo.*

Justo: tú no puedes pedir si no te sientes atraída. Hay algo que te atrae, entonces tiendes a ello. Tender significa pedir. Por eso, para tener una tensión, debe haber antes algo que te haga tender a ello, tienes que ser atraída: para tender tienes que ser atraída. Cuando has sido atraída, entonces, pides.

Juan y Andrés no lo conocían, jamás lo habían visto. Lo siguen con temor y se quedan allí toda la tarde *viéndolo* hablar, porque ni siquiera entendían bien lo que decía. Y era tan evidente que aquel hombre decía cosas verdaderas, aunque no las entendieran, que cuando se fueron, repitieron a otros lo que Él había dicho como si hubiesen sido pensamientos suyos. Referíos siempre a esto: Andrés y Juan, viendo hablar a aquel hombre. Cuanto más hablaba, más les sucedía que era natural el deseo de conocerlo, de estar con Él, de seguir escuchándolo. Y este deseo era una petición, era como una petición; brotaba en ellos esta petición: «Haznos estar contigo, sigue hablando, háblanos siempre». Hasta el punto de que en cierto momento, en la sinagoga de Cafarnaúm, Simón dijo claramente aquella frase que permanece para toda la historia: «Si te dejamos, ¿adónde iremos? Sólo Tú tienes palabras que explican la vida».

*Las características que definen la fe pueden utilizarse también para el encuentro. Me gustaría entender más el nexo entre las dos cosas.*

Las características con las que se te revela la verdad de la fe son las mismas con las que te topas cuando tienes un encuentro: el instrumento, el fenómeno por el que tú te acercas a la fe, es un encuentro. Por eso, cuando vais a la iglesia y nos oís a los curas decir homilías de hora u hora y media, hablando sin parar, salís con una carga de resentimiento hacia la fe, no con una atracción por la fe. En cambio, se trata de un encuentro, y, por ello, de algo presente, que tiene lugar ahora. Un encuentro es lo que te hace entender los términos sugerentes, persuasivos, de verdad racional, de fuente de afecto que la fe tiene.

Pero es necesario tener la mayor claridad posible acerca de estas cosas: la fe, de por sí, no es un encuentro. La fe es reconocer que está presente en el mundo, en la historia del mundo, Dios hecho carne, hecho hombre, constituido, por tanto, en factor de la historia, en factor de la realidad presente.

Ésta es la fe. Cuando Jesús le dijo al padre del epiléptico: «Si crees, tu hijo se salvará»,

él le contestó con la frase más hermosa que habría podido responder: «Creo, Señor, ayúdame en mi incredulidad».<sup>17</sup> Con ella afirmaba, al mismo tiempo, su voluntad de creer, la evidencia de que había motivos para creer, y la humildad de su debilidad. Y Jesús ante un actitud así... ¡estaba vencido!

La página más bella del Evangelio es el undécimo capítulo de San Mateo, que recoge la oración de Cristo: «Te doy gracias, Padre, porque has escondido estas cosas a los que se creen inteligentes y se las has revelado a los sencillos. Sí, Padre, porque así lo has querido».<sup>18</sup> Uno le revela su ser a quien es sencillo; a quien está totalmente armado de razones lógicas y criterios intelectuales, no puedes revelarte con sencillez, porque te dice: «Pero, veamos, si..., quién sabe cómo, depende...».

Ésta es la fe. ¿Cómo nace la fe de forma razonable? La fe es un gesto humano y por eso debe nacer de manera humana; no sería humana si naciese sin razones: sería irracional, es decir, inhumana. La fe nace de forma razonable –es decir, llevando en sí misma para el hombre, para cualquier hombre, la evidencia de su consistencia, la evidencia de su razón– cuando nace de un encuentro, del acontecimiento de un encuentro: un encuentro entre la conciencia del hombre –inteligencia, sensibilidad y afecto– y una Presencia humana excepcional.

He querido distinguir, pues, entre definición de la fe –reconocer en la experiencia de la historia humana la Presencia de algo distinto, de un factor que es más que humano y que, por eso, aparece como excepcional– y la descripción de cómo brota. La fe nace y se afirma de manera humana, razonable, y, por tanto, de forma afectivamente perceptible y vivible, de manera creativa, sólo como fruto de un encuentro en el cual la gran Presencia se manifiesta como fuente de una excepcionalidad, de una eficacia tan grande que no podía sospecharse en absoluto. De tal modo que cualquier hombre dice lo que dijeron los apóstoles: «Si no creemos en este hombre, ya no podremos creer a nuestros ojos».

<sup>17</sup> Cfr. Mc 9, 14-28. <sup>18</sup> Mt. 11, 25-26.

No obstante, estas afirmaciones hay que leerlas, releerlas, hablar y volver a hablar de ellas, diez, cien, mil veces: entonces se hacen *mens*, es decir, se convierten en mentalidad, en medida de todo, en entramado y forma con la que se mide todo.

Fijaos en que el trabajo que hacemos cuando nos reunimos, lo que os dictamos, constituye sólo el primer apunte de algo que debe llegar a hacerse claro en vosotros: tenéis que rehacer vosotros el camino, tenéis que comprender los nexos, repasar las relaciones entre palabra y palabra, de tal forma que os resulte claro. En caso contrario, no surgirá en vosotros el hombre verdadero, es decir, el hombre libre de la alienación de este mundo, de la esclavitud de la mentalidad común. Lo contrario de estas cosas es la mentalidad común: la que habéis vivido hasta ahora, la mentalidad con la que tendréis la tentación de vivir todos los días. Pero el *Angelus* que, día a día, diréis por la mañana será como una espada que abre brecha, hará una hendidura en el muro de la mentalidad común y la ensanchará cada día más. Tenéis que retomar estas cosas e intentar entender

los nexos y, sobre todo, tener presente la lógica de la lección con sus cinco pasos fundamentales.

## Capítulo Segundo LA LIBERTAD

### *Los cinco pasos de la fe*

¿Cuáles son los cinco puntos con los que hemos descrito el dinamismo de la fe?

*Primero:* un hecho que acaece y que tiene la forma de un encuentro. El efecto que se produce, y que te hace descubrir algo nuevo, no es fruto de un razonamiento, no es fruto de un itinerario, sino fruto de un encuentro, de un momento que te impacta. Hacía tiempo que un alumno de Guido iba con los nuestros de CL. Fue invitado a la boda de un amigo de Bolonia; y, al salir de la iglesia, le dijo a Guido: «¿Sabes que por primera vez me siento como en casa?». «¿Y eso?». «¡Por primera vez como en casa! Y he entendido por qué se equivoca mi compañero: porque pretende –y estaba hablando del más inteligente de la clase– descubrir a través de un razonamiento, espera lograr un razonamiento que le permita alcanzar la verdad. Sin embargo, la verdad se descubre de improviso, en un momento, en un determinado momento». Es lo que decimos nosotros. Pensad en Juan y Andrés: toda la vida meditando como buenos israelitas sobre los profetas, con todos los defectos y valores de los buenos israelitas; vieron a aquel hombre y, por indicación de Juan el Bautista, lo siguieron. En cuanto empezó a hablar quedaron atemorizados, por cómo hablaba, y más cuanto más hablaba: atemorizados en el sentido de «derribados», derribados en el sentido de vencidos. Lo más bello del mundo es ser vencido por estos encuentros.

Exactamente lo mismo ocurre con lo más hermoso que tiene lo humano, con lo poco hermoso que hay en lo humano: cuando te percatas de haber realizado algo bueno (de haber salvado una vida, por ejemplo, porque se convierte en un percatarse), o cuando te topas con una persona por la cual te sientes querido. Porque nosotros no podemos comprender a Cristo y seguirlo si no atravesamos todos los sentimientos humanos. Sólo siguiendo a Cristo se hacen éstos cien veces más grandes, más verdaderos. No se omite nada, todo se vuelve más verdadero: más verdadero el sentido de su origen, más verdadero el sentido del presente, la finalidad del presente, y más verdadero su destino.

*Segundo:* el carácter excepcional de este encuentro. ¿Qué quiere decir excepcional? Lo excepcional es aquello que corresponde al corazón. Extrañamente lo que corresponde al corazón es algo que no se encuentra nunca: cuando se encuentra, se da un signo de excepcionalidad grandísima. Hasta aquí no se emite el juicio: «Por tanto es Dios». ¡En absoluto! Estamos describiendo lo que Juan y Andrés sentían, lo que percibían a la vez como un juicio.

*Tercero:* esta excepcionalidad crea un estupor. El estupor conlleva siempre una petición secreta: ¿Qué hace para ser así? ¿Quién es éste? ¿Cómo puede suceder esto? Y éste es el *cuarto* punto.

*Quinto:* desde aquí la acción empieza a convertirse en responsabilidad tuya. Hasta este

momento eres agraciado, es una gracia; a partir de este punto empieza tu responsabilidad, empiezas a tener que asentir, a tener que entrar en acción tú. Tú. ¿Qué es el tú humano que entra en acción? La libertad. Ya hemos visto en aquella terrible página, cuando Jesús hizo su mayor milagro –más evidente que esto, ¡imposible!– que muchos dijeron «¡es verdad!» y otros fueron a acusarlo.<sup>1</sup>

Para adherirse basta ser sinceros, afirmar la correspondencia que se experimenta y, por tanto, ser razonables: porque ser razonable coincide con afirmar la correspondencia entre aquello con lo que nos topamos y uno mismo, y nuestro corazón. Para negar es necesario un prejuicio; hay que estar apegados a algo que se pretende defender; si se tiene algo que defender frente a lo evidente y la verdad, no se verá ya la evidencia, no se verá la verdad, pues se estará encarnizadamente empeñado en salvar algo que se quiere salvar. Por ejemplo, a Pasteur, el científico que cambió el curso de la historia humana al descubrir los microbios (un descubrimiento revolucionario en la historia de la medicina), le pusieron todo tipo de trabas hasta el punto de que intentaron meterlo en un manicomio. ¡Hoy lo habrían matado! ¿Quién? Los científicos de la Academia de las Ciencias de París, aquellos que deberían haber entendido mejor que nadie la evidencia de sus descubrimientos. ¡Pero claro!, si sus descubrimientos eran verdaderos, mi cátedra, mi sueldo a final de mes, mi fama... ¡adiós a todo! Al día siguiente tendría que haber subido a la tarima y haber dicho: «Muchachos, ¡hasta ahora sólo os he contado mentiras!», lo cual habría sido humillante. Pues bien, aquellos científicos, para huir de esa humillación, fueron los últimos en ceder, porque estaban apegados a algo anterior, a un prejuicio.<sup>2</sup> Pero yo he usado una palabra que sirve para todo, la palabra «escándalo», que procede de la palabra griega *scandalon*, «tropiezo», «obstáculo», como una roca que cae sobre el camino en la montaña: si la encuentras, tendrás que ir corriendo al pueblo a buscar una grúa. Escándalo es la objeción que deriva de un interés que no se afirma en nombre de la verdad, para buscar la verdad.

<sup>1</sup> Jn 11, 45-46.

### *1. Qué es la libertad*

Ahora debemos comprender bien lo que he llamado la intervención del hombre, tu intervención, es decir, la intervención de tu libertad. Es necesario que entendamos bien qué significa libertad. La esencia del yo humano es libertad, libertad que implica cerebro y corazón, inteligencia y fuerza de voluntad, energía de la voluntad. Sólo comprendiendo qué es la libertad podremos saber cómo usarla.

¿Dónde radica en nosotros la dificultad para tener una idea clara sobre ciertas palabras fundamentales para la vida? Nos resultan difíciles de entender las palabras que definen al hombre, justamente las palabras que definen al hombre frente al animal. ¿Por qué? Porque estamos alienados por la mentalidad común. Normalmente la palabra libertad coincide con hacer lo que a uno le apetece. Y esto es justo, como demostraré; pero no como piensa todo el mundo, porque todo el mundo es superficial al usar la expresión

«libertad igual a hacer lo que te apetece». Pues, ¿qué quiere decir hacer lo que a uno le apetece?

Hay una única desventaja en seguir a Jesús, en ser cristianos, en estar en la Iglesia: la desventaja es que se está obligado a tomar conciencia de todo lo que se hace; la desventaja de tener que ser inteligentes, en resumidas cuentas. Pero no inteligentes en el sentido escolar del término, sino inteligentes en el uso de la inteligencia que, en el fondo, estaba implícito en la frase que siempre repetía Cristo: «Vigilad, estad alerta».<sup>3</sup>

Todos andan sin enterarse y repiten... Ayer íbamos en coche y vimos en mitad de la calle a un chico en bicicleta que iba cantando con la lengua fuera: «¡Ooooooh!»... ¡Un troglodita! La mayoría de los chicos si no son así físicamente –muchísimos son así físicamente, cada vez más–, lo son por dentro: ¡hacen «Ooooooh» por dentro! Repiten las canciones que oyen o, peor aún, mueven simplemente la cabeza... es la reducción más mecánica posible de lo que sienten: ni siquiera repiten lo que oyen.

<sup>2</sup> Cfr. L. Giussani, *El sentido religioso*, o.c., pp. 44-45. <sup>3</sup> Lc 21, 34-36.

La experiencia de la satisfacción

Sin embargo, para entender las palabras que atañen a nuestra vida, ¿qué hay que hacer? Por ejemplo, la palabra justicia, la palabra amor, la palabra felicidad, la palabra vida, la palabra libertad... ¿Qué tenemos que hacer para entender qué es la libertad? Tenemos que partir de la experiencia en la que una persona se siente libre. Hay una determinada experiencia en la que la persona se siente libre y otra en la que no se siente libre.<sup>4</sup> ¿Cuándo se siente libre alguien? Cuando ha satisfecho un deseo.

Pongamos que uno del Grupo Adulto quisiera irse al Caribe (nueve días con el Club Mediterráneo en el Caribe), y le pregunta entonces a Carlo: «¿Puedo ir nueve días al Caribe? ¡Un millón de liras lo pone mi tía y el resto me lo dais vosotros!». Y Carlo, gentilmente, como siempre hace incluso cuando corta, atajándolo gentilmente le dice: «No». Os juro que la persona en cuestión se siente en cierto modo negada, mortificada, casi sofocada, se siente esclava, no se siente libre. Pero si Carlo, en un momento de locura, le dice: «¡Sí, sí, vete!». «¡Ahhhh...!»: se sentirá libre.

Hay que partir de la experiencia: éste es el yugo decisivo. Recordad que el hombre parte sólo del presente, porque el minuto anterior ya no existe, y el minuto posterior todavía no existe.<sup>5</sup> Siempre partimos del presente y del presente como experiencia; de otro modo es un falso presente, es una abstracción. Partimos siempre del presente, por eso ha querido Cristo estar presente a lo largo de toda la historia. Y para llegar a Cristo partimos del presente, tenemos que encontrar a Cristo como presencia; sólo después se entenderá quién es, y se comprenderá también quién era hace dos mil años. La experiencia nos dice que tenemos un sentimiento de alivio y de libertad cuando resulta satisfecho un deseo que tenemos, y nos dice también que cuando un deseo nuestro no se



ve satisfecho (cuando se te niega algo), se produce al menos un instante de opresión negativa, una sensación de esclavitud.

Todos los que se marchan de casa lo hacen por esto. Y todos los que, aun quedándose en sus casas, vuelven por la tarde sin demasiada ilusión (y esto nos afecta a casi todos) es por este motivo: se sienten oprimidos en sus deseos.

Entonces, ¿qué pone de manifiesto esta observación? Que nuestra experiencia –porque el hombre parte de la experiencia; es verdadero lo que parte de la experiencia, hasta el punto de que Dios ha querido comunicarse a los hombres a través de la experiencia carnal, en el tiempo y en el espacio– nos dice que libertad indica ese momento de uno mismo, esa conciencia de sí, en la que predomina el alivio que nos produce la satisfacción de un deseo. Libertad igual a satisfacción, *satisfacere* (satisfacer), deseo satisfecho. En lugar de satisfacción se puede usar una palabra más metafísica: perfección. La libertad es la perfección. En latín *perficere* (cumplir) significa exactamente *satisfacere*: un deseo satisfecho es un deseo cumplido, perfecto.

<sup>4</sup> Cfr. L. Giussani, *El sentido religioso*, o.c., pp. 109-116.

<sup>5</sup> Cfr. L. Giussani, *El sentido religioso*, Ed. Encuentro, Madrid 1981, p. 86.

Amigos: yo deseo ir al Caribe, Carlo me dice que sí y yo contento, feliz y libre, se lo digo a los demás, se lo comunico a los demás: «Pasado mañana me voy». Me voy al Caribe, pero luego vuelvo con la cara larga, peor que antes. «Pero, ¿cómo es posible? ¿No has estado en el Caribe?». «Sí, pero... no sé».

Esta satisfacción, esta perfección, si no es total, si no es totalizante, si presenta alguna fisura por la que se escapa el agua, si tiene algún agujero, si algo queda hueco, no es libertad, sino tristeza: el hueco es la tristeza. Como decía Dante en aquel terceto: «*Ciascun confusamente un bene apprende/ nel qual si queti l'animo, e disira;/ per che di giugner lui ciascun contende*»,<sup>6</sup> el corazón del hombre está hecho así. «Cada cual intuye confusamente un bien [intuye la existencia de un bien, de la felicidad, de la satisfacción] en el cual el alma se complace y lo desea [busca; la búsqueda del hombre es siempre una petición]; y por eso [por ese bien] todos luchan [tiende a, está en tensión, *con-tende* con todos los factores de su vida; *con-tende* implica también al círculo de amistades y la compañía humana; busca alcanzar este bien] por alcanzarlo [*giugner* es el verbo francés *joindre*]».

## La trayectoria de la libertad

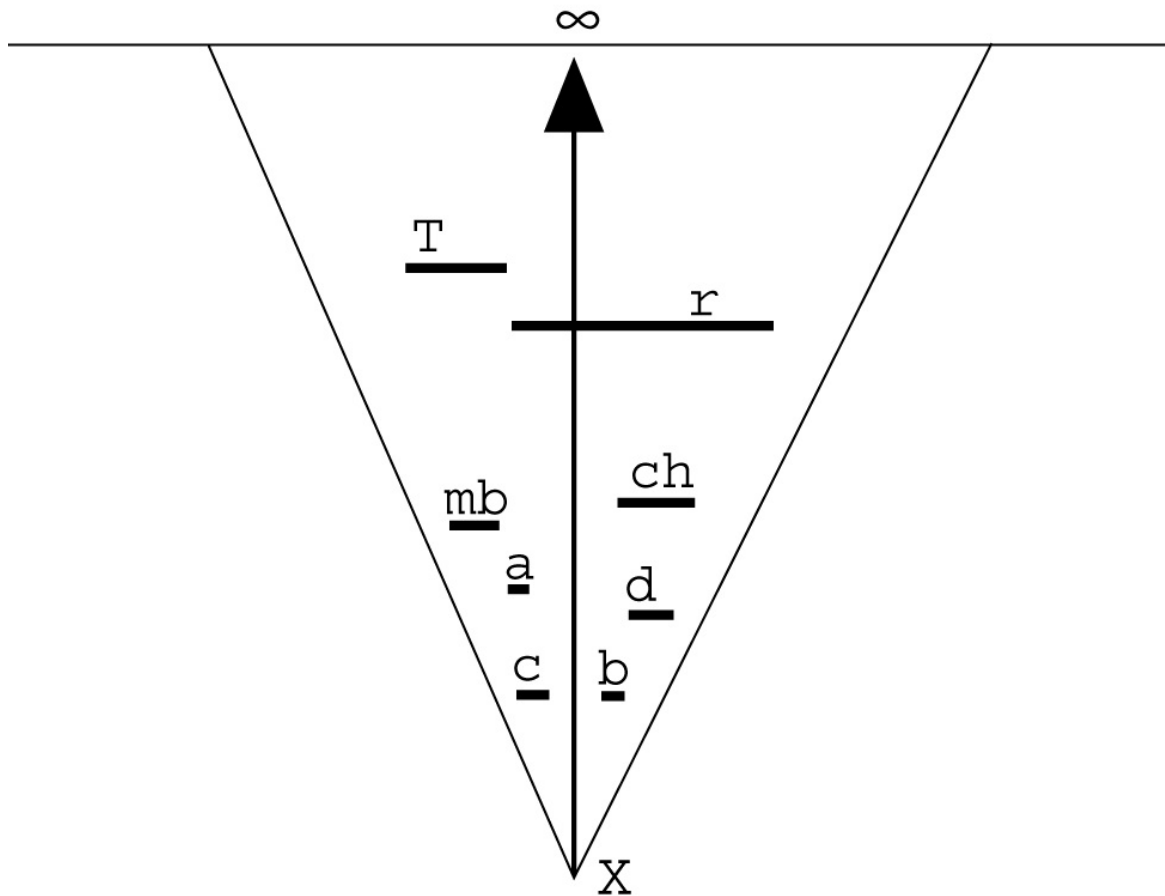
Ayudémonos con un dibujo (Fig. 2). X es el punto desde donde parte el hombre: la existencia empieza aquí.

El hombre tiene un dinamismo que le hace no quedarse nunca quieto. Nunca se da un instante igual a otro. El hombre que se para está perdido (¡es decir, muerto!).

Dibujemos al hombre como un ángulo abierto: el dinamismo del hombre tiende siempre a ir hacia adelante y a satisfacerse cada vez más, a cumplir los deseos que lleva dentro cada vez más. La definición esencial de la palabra libertad –si la libertad es satisfacción y perfección– es, como decía Dante, «*un bien en el cual se aquiete el alma*», el bien en el que todo se resuelve. Este bien en el que todo se resuelve es infinito porque cualquier cosa que el hombre posea le hace decir: «¿Y después?». Alcance lo que alcance, el hombre dice: «¿Y después?». Cualquier cosa de la que el hombre goce... «Lo que ávida aferré, en la mano cerrada se deshizo, como la rosa bajo la bóveda de la eternidad..., y más lo que más me plugo».<sup>7</sup>

<sup>6</sup> *La divina comedia*, en *Obras completas de Dante Alighieri*, B.A.C., Madrid 1956, Purgatorio, canto XVII, vv. 127-129, p. 341.

Fig. 2 La trayectoria del hombre hacia su plenitud. Cuanto más ama una persona, más le importa Cristo, para que le



salve para siempre lo que ama: debemos aceptar a Cristo aunque sólo sea por esta razón. O no se ama nada o bien, cuanto más se ama, más necesario es Cristo para salvaguardar lo que se ama, para mantener aquello que se ama; de otro modo lo perderíamos, pues pasado mañana ya no existirá.

El yo es relación con el infinito (el signo en la figura). Toda la dinámica, todo el

dinamismo del yo se desarrolla y tiende a la perfección, es decir al cumplimiento de sí, cumplimiento que nunca halla en lo que alcanza, como ya escribí en *El sentido religioso*. Pues, siendo el corazón exigencia de verdad, de justicia, de felicidad, en nada de lo que el hombre alcanza se cumple esto. Por eso el hombre tiende a algo que está más allá, siempre más allá, que es trascendente. Nuestra conciencia percibe la existencia de algo distinto, es decir, de Dios, del Misterio, de Dios como Misterio. Por ahora lo dibujamos así: Dios ( ) es la meta a la que tiende el deseo del hombre. La libertad es mayor cuanto más se acerca al . Mejor aún, la libertad es la relación con el , la libertad llegará, pero todavía no está; la libertad llegará cuando el hombre sea feliz. Puesto que la libertad es deseo de felicidad, el advenimiento de la libertad será completo cuando el deseo de felicidad se vea satisfecho. La libertad –dice toda la filosofía de Santo Tomás y el pensamiento de la Iglesia, dice Jesús en el Evangelio– es la relación con el infinito, con Dios, es la realización de la relación con el Misterio. La libertad es la capacidad de alcanzar el destino, es el nexo, la relación con el destino último, la capacidad de alcanzar a Dios que es nuestro destino último. Nosotros vivimos la libertad como una capacidad de algo que debe llegar al final.

<sup>7</sup> O. Mazzoni, *Noi peccatori: liriche 1883-1936*, Zanichelli, Bolonia 1930, p. 72.

La vida del hombre es el espacio delimitado por este ángulo: en **a** la libertad todavía no es completa, en **b** no es completa, en **c** no es completa, en **d** no es completa: sólo será completa aquí ( ). Incompleta quiere decir imperfecta: nosotros vivimos la libertad en estado imperfecto.

Ya que la libertad es experiencia de satisfacción, de plenitud, esta plenitud, esta satisfacción, en su acepción total, acontece en la relación con el Misterio, con el infinito. La libertad, antes de que la relación con el Misterio se realice totalmente, es algo incompleto, inacabado, todavía sin realizar, que se está llevando a cabo. La vida es el camino de la libertad que se está llevando a cabo, que se está realizando, pero es una libertad imperfecta.

2. *Cómo se mueve la libertad* Ahora tenemos que ver dos ideas fundamentales.

a) *A través de las criaturas*. En primer lugar, ¿cómo se mueve este dinamismo de la libertad que está aquí dentro (X)? Si la libertad es relación con el infinito, ¿cómo podrá moverse? Es necesario que el infinito la alcance para solicitarla. Como alguien que está durmiendo: tienes que ir hasta donde está y llamarlo. ¿Qué hace el infinito para llamarme, para llamar a la libertad? ¿Cómo se mueve la libertad? Las enzimas se mueven cuando hay hambre, cuando hay un estímulo que las provoca. ¿De qué forma se convierte Dios en estímulo que mueve al hombre? A través de las criaturas. Las criaturas son el modo mediante el cual el infinito se hace presente al corazón del hombre y le despierta la sed de sí, le despierta la exigencia de felicidad, de justicia, de verdad, de amor. Las exigencias de justicia, de verdad y de amor se ponen en marcha a través del

estímulo que nos viene de la criatura, ese trocito de tiempo y de espacio, ese fragmento (**a, b, c, d...**) a través del cual nos toca el Misterio infinito, porque todas las cosas son signo de Dios.

Por ejemplo, llegados a este punto nos encontramos con una montaña, el Mont Blanc (**mb**), y el hombre —el dibujo debería hacerse en dos planos, pero no pasa nada— al ver el Mont Blanc, dice: «¡Qué bonito! ¡Si pudiera relacionarme con aquello que ha hecho esto! ¡Abrazar el Mont Blanc!». Con el tiempo el chico crece, y después de haber visto el Mont Blanc ve «la montaña blanca»: ve a la chica (**ch**). ¡Y la chica lo atrae más que el Mont Blanc!

Por tanto, primero: la libertad, el dinamismo de la libertad entra en acción, porque es impactado por las criaturas (lo tocan más o menos según la criatura le corresponda más o menos), porque sigue el modo en el que Dios se le presenta, y se le presenta en el signo de las cosas.

Pero esto requiere, ciertamente, una condición: requiere estar atentos, ser sinceros. ¿Entendéis por qué Jesús dice: «Bienaventurados los pobres»? ¿Entendéis por qué Jesús ama a los niños y los pone como ejemplo? Es necesario no tener prejuicios, es decir, estar ante las cosas y sentir el reclamo de su originalidad, de su pureza: «Te doy gracias, Padre, porque has hecho entender estas cosas no a quienes creen ser alguien, sino a los sencillos».<sup>8</sup> Sencillo es quien llama al pan, pan y al vino, vino.

¿Qué es lo contrario de esto? La mentira. La mentira está en contra de la libertad; lo contrario de la libertad es la mentira. Tanto es así que el pecado, que es lo contrario de la libertad, se identifica en el Evangelio de Juan con la mentira: el pecado es una mentira. ¿Cuál es la verdad de esta **ch**? Su relación con el infinito: **ch** es un trocito que me representa al infinito. Esta **ch** es un trocito que me representa al infinito más que **mb**.

*b) La libertad imperfecta.* Y ahora, ¿qué sucede? Supongamos que la libertad sea una locomotora, un caballo, un avión, un medio de transporte cualquiera. Llega aquí (**mb**) y dice: «¡Qué bonito!»; se para a alabar a Dios porque ve el Mont Blanc. Y cuando llega a este punto (**ch**), se siente atraído por él.

Supongamos ahora que éste del que estoy hablando (**X**) es médico en Tanganica, porque le ha atraído la idea de ir de misión a Tanganica (**T**), ha consagrado su vida y se ha hecho fraile para ir a Tanganica. Aquí tenéis que hacer trabajar más a vuestra imaginación. Viviendo como fraile en Tanganica, conoce a una rubia (**r**). ¿Me seguís? (Por eso necesitaríamos el segundo plano: como si **T** y **r** tuvieran lugar al mismo tiempo).

<sup>8</sup> Cfr. Mt 11, 25.

Mientras está en Tanganica trabajando, ya con los votos perpetuos, al conocer a la rubia, dice: «La rubia me atrae más que ser fraile. Entonces, como la rubia me satisface más, tengo derecho a irme con la rubia». Como el marido de aquella mujer (¡pobrecilla!). Si le atraía más la secretaria, ¿por qué no se iba a ir con ella? Pues, porque en el designio de su vida, el Misterio de Dios le había pedido una tarea, le había dado esta vocación, aunque le hiciera conocer a aquella otra mujer. ¿Cuál es la ley fundamental? La ley fundamental es que tienda hacia aquí ( ): que tienda a su destino. Si la ley es tender al destino ( ), **T** está más cerca, le haría estar más cerca que **r**, le haría caminar más. ¿Me explico? Pero **r** le atrae más. **T** corresponde más a las exigencias de su corazón, a pesar de lo que parezca, porque la exigencia del corazón es la felicidad total, es el destino; pero la mayor emoción viene de aquí, de **r**, y entonces uno cede a la emoción que siente y se desvía hacia aquí. Evidentemente, perderá el camino. Éste es el concepto de pecado. La posibilidad del pecado está implícita en el dinamismo de la libertad: elegir ante una criatura aquello que satisface más de una manera inmediata, en lugar de relacionarse con ella para tender más al destino para el que hemos sido hechos. El pecado es desbordarse, salirse del cauce que nos lleva hacia el destino, para detenerse en algo que, en ese momento, interesa más. ¿Queda claro? Bueno, ya volveréis a pensar en ello.

Pero, ¿por qué la libertad puede cometer este error? Si reflexionase, si fuese como Sócrates o Séneca, si fuese un gran estoico o un gran filósofo, ¿no cometería este error? ¡Sí! También ellos lo cometían. Todos cometen errores; todo el mundo comete pecados de una manera u otra. ¿Por qué es así la libertad? Porque aún no es perfecta. Sólo cuando la libertad llegue hasta aquí ( ), al encontrarse ante su objeto pleno, no podrá ya elegir, ya que será perfecta, estará totalmente satisfecha, no podrá tener la tentación de elegir otra cosa. Pero ya he comentado la segunda cosa importante: al estar en camino hacia el destino, la libertad imperfecta puede equivocarse. Pecar significa desfallecer, *amartànein*, fallar en el camino y tomar otro; como en un desierto: si la caravana pierde la brújula, perderá el rumbo.

La libertad es imperfecta, y precisamente porque es imperfecta puede elegir algo que no sea adecuado. La capacidad de elección es lo propio de una libertad en camino, no de una libertad ya perfecta. La elección no pertenece a la definición de la libertad: la libertad es satisfacción total. El error, la posibilidad de error, pertenece a una libertad que no es libre todavía, que no es todavía libertad, que no ha alcanzado aún la satisfacción total. Por eso se llama defecto. En latín *deficere* significa desfallecer, como cuando uno sufre un colapso, una hipoglucemia repentina grave: la tensión le baja de golpe y entonces desfallece. Es la descripción del pecado. El error consiste en esto: en el atractivo o la emoción que suscita una criatura que ejerce una influencia inmediatamente más fuerte que otra cosa que haría avanzar más la libertad, que le haría caminar mejor. El error no es el atractivo que se siente; el error es preferir este atractivo al atractivo más débil, pero más activo y seguro para caminar hacia ese destino que, a través de algo, se había insinuado, propuesto, al corazón.

La vocación, es decir, el designio total de Dios sobre vuestra vida, os propone al comienzo cosas que, por su propia naturaleza, normalmente resultan menos atractivas que las discotecas, las chicas, la compañía tal y como la viven vuestros compañeros (incluidos los del movimiento); pero, si seguís estas cosas, a través de ellas, caminaréis hacia vuestro destino. Cuanto más caminéis, más atractivas os resultarán las cosas que representan vuestro destino: cuanto más caminéis, más magnífica será la vocación.

Es lo contrario de lo que sucede con las cosas mundanas: el atractivo tiene su momento culminante al principio, pero después se acaba. ¿Me seguís o no? Hay que repetir estas cosas cien veces; o uno las descubre en su experiencia o, si se las enseñan, tiene que repetirlas mucho para descubrirlas en sí mismo, hay que repetírselas para llegar a comprenderlas.

El dinamismo de la libertad es provocado por las criaturas. Por eso *omnis creatura bona*,<sup>9</sup> como decía San Pablo: cada cosa es un bien, porque cada cosa te remite al Creador, cada cosa, todo, aunque pueda haber una de ellas que te atraiga más. Si tienes que elegir entre ésta y otra cosa que te atrae menos, pero que te hace avanzar más hacia el destino, te verás razonablemente obligado a seguir la segunda, no la primera. Si no lo haces cometes un error: esto es el pecado. Ello sucede porque la libertad todavía no es perfecta, tanto es así que debe ser estimulada por las criaturas, tanto es así que puede equivocarse. Aún no es perfecta; es una libertad en camino. La libertad de elección no es la libertad, es una libertad imperfecta. La libertad será perfecta, plena, cuando esté frente a su objeto, el que la satisface totalmente; entonces será plenamente libre, será totalmente libertad.

### *3. Las condiciones de la libertad*

Pero, amigos, como *nota bene* final, si uno siente un mayor atractivo por otra cosa, y Dios sin embargo le quiere aquí, para poder renunciar a la atracción y venirse aquí, ¿qué será necesario?

*a) La conciencia del destino.* Primero: una conciencia clara del destino, el amor al destino. Nos equivocamos si perdemos de vista el destino. <sup>9</sup> 1 Tm 4, 4.

Todos, en un cien por cien de los casos, viven así. Debemos estar atentos, porque también nosotros vivimos así. Lo terrible es que se vive conforme a un criterio que está en contra del hombre, que es inhumano. Aparenta otra cosa, y todo el mundo dice: «Es justo, es cómodo, es para tu provecho, te interesa, ¡entonces hazlo!». ¡No! Porque el destino de la vida no es lo que nosotros queremos, es el misterio de Dios, la conciencia del Misterio, la conciencia del destino.

*b) El gobierno de uno mismo.* Segundo: se requiere una fuerza para arrancarse, una fuerza para separarse de ese atractivo, de modo que tú pongas tu energía en caminar

hacia el destino. Esto se llama mortificación, capacidad de mortificación o de penitencia. Penitencia, que en griego se dice *metànoia*, significa «cambio de dirección»: en lugar de ir hacia aquí, que te atrae más, debes hacer un esfuerzo para cambiar de dirección, para cambiar la *mens –nous*, en griego—, para cambiar la decisión que debes tomar.

### La compañía

Por tanto, conciencia del destino –sentido religioso– y energía para dominarse a sí mismo –gobierno de uno mismo–, cuyo aspecto más crítico se llama mortificación o penitencia. Decidme si estas dos cosas son posibles para una persona aislada. El valor más externo y evidente, más inmediato, que tiene la compañía, es que te remite al sentido religioso, al destino...

Amigo, estas cosas no te las dice ni tu madre; el reclamo al destino y el reclamo al gobierno, al dominio de ti mismo: tú te gobernarás según la conciencia que tengas del destino. Esto implica siempre un desgarró, una herida. El término cristiano para decirlo es la palabra penitencia o mortificación. Mortificación significa que parece muerte, parece renuncia, ¡pero no lo es! Porque si uno escoge esta **T**, verá luego a **r** con otra luz, no la perderá; la verá bajo la luz permanente, eterna, verdadera y eterna; y amará con un amor verdadero y eterno. Ya no la pierde, es más, otro la perderá, pero él no. ¿Me habéis entendido?

He querido detenerme en el problema de la libertad, porque la fe, al referirse al acontecimiento del Misterio hecho hombre, que se hace un hombre entre los demás... Jesús era un hombre entre otros, era un hombre que caminaba entre las casas, era un hombre que andaba por los senderos, era un hombre entre la multitud de Jerusalén, era un hombre entre los demás. Pensad en Juan y Andrés: desde que encontraron a aquel hombre, volvieron a casa con su mujer y sus hijos, siguieron pescando –hasta en el último capítulo de San Juan se habla de la pesca nocturna–, continuaron yendo a la sinagoga con los demás, a Jerusalén, iban de paseo... hacían todo igual que antes, pero ya no como antes; entre sus personas y lo que hacían se erguía una figura que llevaban dentro de sí: aquel hombre. Estaba entre sus ojos y lo que veían, entre su corazón y lo que hacían, en todo, ¡en todo!

¿Con qué tiene que ver este ? ¡Con todo! Con el pelo... «Hasta el último cabello de vuestra cabeza está contado»,<sup>10</sup> dijo. Es lo más bello que dijo, porque no hay nada que describa la presencia contingente, banal, concreta, material, efímera, como un cabello que cae de la cabeza. O, también, la mirada con la que hablaba de la flor del campo y del pájaro que cae, y, sobre todo, del hijo del hombre, del niño: «¡Ay de quien escandalice a un niño! Valdría más que le colgaran al cuello una de esas piedras de molino y lo echaran al mar».<sup>11</sup> Hacer daño a un niño, tanto en sentido material como moral: todo el mundo evita hacer daño a los niños en sentido material, pero en sentido moral todos les hacen daño; no les importa, incluso a sus padres. Nadie ama más que aquel hombre:



«Tomó en brazos a un niño y lo estrechó» y dijo aquella frase. Ante una escena como ésta no hay posibilidad de imaginar un mayor amor al hombre. Una madre –la madre de aquel niño, si tenía la mirada suficientemente abierta–, no se habría sentido suplantada, sino espectadora de un amor a su hijo mayor que el suyo.

La llamada de Jesús implica siempre la entrega a una comunidad; la pertenencia a Jesús siempre coincide con la pertenencia a una comunidad. Estas comunidades son como los brazos de Cristo para aquel niño, como la mirada de Cristo que cuenta los cabellos de la cabeza, como Su mirada que advierte el pájaro que cae o la flor del campo, como la poderosa energía con la que Jesús resucita al adolescente muerto, hijo de la viuda de Naín. Pero, ¿qué pretendía Jesús antes y después de aquello? Jesús quería resucitar el alma de aquella mujer: «Mujer, ¡no llores!».

La comunidad es literal y físicamente Jesús que está haciendo estas cosas, Jesús presente: entonces aprendes en la comunidad qué es tu destino. Y, en ella, Él te da la fe, te sostiene en la fe, gobierna y educa tu fe. Allí te hace entender qué es la libertad y educa tu libertad, madura la conciencia del sentido religioso y la conciencia del sacrificio que se debe hacer y, por lo tanto, la conciencia humilde, sin inútil desesperación de tu pecado, de tu error, de la facilidad de pecar. Sí, tu facilidad de pecar, pues el hombre tiene una gran herida, lleva la señal de una herida enorme, que hace que el brazo que habría podido levantar treinta kilos no logre levantar ni tres, porque está debilitado, como si se tratara de una parálisis infantil: a esto se le llama pecado original. Por eso la comunidad te dice que no te escandalices ante la tentación que sufres y que tampoco te escandalices por el error que cometes; y que vuelvas, de manera indomable, a emprender el camino. Juntos reconocemos lo que nos lleva al destino, reconocemos lo verdaderamente grande en la vida –es grande lo que nos hace ir hacia el destino–, y reconocemos la atracción ilusoria, lo ilusorio de cierto atractivo. Todo ello es la educación que la comunidad te da.

<sup>10</sup> Mt 10, 30. <sup>11</sup> Mt 18, 6.

Entonces, ¿qué hay que hacer con nuestra libertad? Lo mismo que con la fe. ¿Cómo aprendieron los apóstoles a tener fe en aquel hombre? Siguiéndolo. Si Juan y Andrés hubieran ido a verle sólo aquel día, se habrían impresionado, y al cabo de diez años les habrían contado a sus hijos: «Hace tiempo vimos a un hombre...», pero no habrían tenido fe en aquel hombre. Lo siguieron. ¿Y cómo se aprende a ser educados en la libertad, de tal modo que la libertad se convierta realmente en la fuerza de nuestra vida, dando así dignidad a nuestra vida (la dignidad del hombre está en la libertad, porque es la relación con el infinito)? Siguiendo; siguiendo a la compañía en la que el Señor, al llamarnos, nos ha puesto. Seguir, no hay nada más inteligente que seguir.

Síntesis

Hemos visto qué es la libertad; la situación de la libertad en su imperfección, la libertad en camino, imperfecta, por lo cual puede elegir... pero, ¿por qué puede elegir? Porque es imperfecta.

En clase hacía la siguiente observación: una vez que la libertad llega hasta aquí ( ), no queda bloqueada, sino que por el contrario, se abre de par en par, está entera; aquí, en (r), aunque sea grande la atracción que siente, la libertad se halla, en cierto sentido, bloqueada, pero «juega» dentro de ello, se mueve dentro, es como un mecanismo que no encaja del todo bien.<sup>12</sup> Al moverse por dentro puede elegir otra cosa, es decir, la elección nace del hecho de que la libertad no es todavía ella misma.

Hemos visto qué es la libertad y la condición de la libertad, puesto que la libertad no es elección y sólo tiene posibilidad de elegir porque es imperfecta. Al ser posibilidad de elección puede mirar a algo que no debe, porque sólo «*debe*» lo que la lleva al destino. Esta es, por tanto, la ley moral: lo que la lleva al destino. Sin embargo, elige algo que no la lleva al destino, que la sustrae al destino: en esto consiste la imperfección, el error, el pecado. Es como decir: «¡Lástima!, podría haber sido un chico listo, pero no lo ha sido».

<sup>12</sup> Como se observa en la figura, ningún «segmento» que el hombre encuentra tiene la amplitud del ángulo que expresa su deseo.

Para realizar la elección justa es necesario tener una conciencia clara de la relación con Cristo, de nuestra relación con el destino, es decir, el sentido religioso vivido. Leed el vigésimo primer capítulo del Evangelio de San Juan, cuando estaban todos juntos aquella mañana... y Jesús había preparado comida para todos —¡qué delicadeza!— y nadie osaba hablar porque todos sabían que era el Señor. Estaba allí junto a Simón y le dice, sin que los demás se dieran cuenta, en voz baja: «Simón, ¿me quieres tú más que éstos?». Es el culmen de la moral cristiana, el comienzo y el fin de la moral cristiana. No le dijo: «Simón, me has traicionado; Simón, piensa la de veces que has fallado. ¡Piensa, Simón, cuántas traiciones! Piensa, Simón, que mañana, pasado mañana, puedes volver a fallar, piensa en lo débil que eres, eres un bellaco conmigo». ¡No! «Simón, ¿me amas más que éstos?». Y todo se vino abajo, todo; pero este venirse todo abajo arrastra, y así Pedro, al amarlo, terminó por morir como él. Id a la página 408 del libro *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, y encontraréis la frase de Santo Tomás que dice, más o menos, que el hombre encuentra su dignidad al elegir lo que más estima en la vida y de lo que espera su mayor satisfacción.<sup>13</sup>

Si esperas tu satisfacción de algo que mañana puede convertirse en polvo, tendrás polvo. Pero, ¿quién nos recuerda estas cosas? Nadie sabe recordárnoslas y nadie tiene la energía suficiente para hacerlo por sí mismo. Es posible sólo si estamos juntos: así es la Iglesia que, en medio del mundo, reclama al mundo. Podría haber un gran hombre, más noble que Sócrates y mejor orador que Demóstenes, pero ¡hablaría sin ton ni son! Todos los periódicos lo publicarían al día siguiente, todos lo estimarían, pero nadie lo seguiría.

Únicamente en nuestra compañía se nos recuerda esta mortificación y esta seducción del ser, que es el sentido religioso, esta fascinación por el ser y la conciencia de la propia fragilidad, del pecado debido a una elección nuestra. Es un bien poder elegir, pero es un mal poder elegir mal, por eso es ambiguo. No es que la libertad se encuentre en una postura malvada, es que se encuentra en una postura ambigua aún, puede elegir el bien y puede elegir el mal. En la comunidad se nos ayuda a comprender, a tener conciencia de cuándo se elige mal, a reconocer cuándo se elige mal, a tener la fuerza del dominio de sí para separarse del mal –por medio de la mortificación, penitencia o *metànoia*, «cambio de mentalidad»– y adherirse a lo que nos lleva al destino, para aguardar todos los días al destino y esperar todos los días que venga.

<sup>13</sup> Santo Tomás de Aquino: «La vida del hombre consiste en el afecto que principalmente lo sostiene y en el que encuentra su mayor satisfacción»; cfr. *Summa Theologiae*, II, IIæ, q. 179, a. 1, *Respondeo*: «Unde etiam in hominibus vita uniuscuiusque hominis videtur esse id in quo maxime delectatur et cui maxime intendit...».

### Invitación a la oración

Por eso, de ahora en adelante, tenéis que repetir dentro de vosotros lo más frecuentemente posible la breve oración que es emblema del Grupo Adulto: *Veni Sancte Spiritus, Veni per Mariam*. Ven, oh Espíritu del Inmenso, del Misterio, porque es el Espíritu del Misterio, el Espíritu de Cristo quien nos hace entender las cosas, quien nos da la energía necesaria para seguir las cosas justas. ¿Y cómo nos ayuda el Espíritu de Cristo? A través de las entrañas de una mujer: Cristo nació de las entrañas de una muchacha de diecisiete años. El Espíritu nos comunica su luz y su ayuda a través de las entrañas de nuestra experiencia común, de una experiencia en comunidad; a través de las entrañas de una experiencia concreta.

### LA LIBERTAD ASAMBLEA

Palabras escuchadas como un discurso o palabras pronunciadas como petición y que no entendéis. Os las hacemos repetir no porque seamos tontos y, por eso, os hacemos repetir cosas que no entendéis. Sabemos que no las entendéis; tampoco las entendíamos nosotros cuando éramos pequeños como vosotros, pero sólo se entienden repitiéndolas. Lo que el niño de dos años llama «mamá» lo indicará con la misma palabra cuando tenga cincuenta; pero esa misma palabra, no otra, será profundamente distinta, comprendida con mayor profundidad, más intensamente amada, más profundamente juzgada... Sin embargo ¡cada uno la ha repetido durante toda su vida! Con este método vamos hacia Dios, entendemos a Cristo.

Lo pensaba antes al escuchar: «Ya no conocemos a nadie según la carne».<sup>14</sup> ¿Os acordáis de que habéis leído esto? ...ya no os acordáis. ¡¿No os acordáis?! «Si uno está en Cristo es una criatura nueva». Si os dijera: «Explicadme esta frase», nadie –salvo algún que otro genio desconocido, todavía desconocido– me la sabría explicar. ¿Alguien

me la sabría explicar?

Si no sabéis qué significa, ¿por qué la repetís? ¡Porque os la hacemos repetir! Y ¿por qué os la hacemos repetir? Porque es una forma de petición. Se sabe perfectamente «Quién» se pide: se pide Cristo. No se entiende la fórmula con la que se pide Su presencia; ésta se aclarará con la experiencia que madura en el tiempo.

¿No me explico, amiga mía? Esta fórmula, que tú no has entendido, es la fórmula de una petición, de nuestra petición de Cristo. ¿Es justo que tú pidas a Cristo? ¿Es justo sí o no? ¡Sí! Pero esta petición se formula conforme a un tipo de conocimiento que exige madurez y por eso la entenderás al madurar. Ahora bien, al utilizarla para pedir a Cristo, no la utilizas en balde: la usas para pedir Su presencia; lo importante no es la fórmula, lo importante es pedir a Cristo. Porque ¿qué es lo más grande que un hombre puede hacer con toda su inteligencia y su libertad? Pedir o mendigar, que es lo mismo. ¡Porque el hombre es un pobrecillo! Y quien es pobre y miserable no puede hacer más que pedir, quien es pobre y miserable o un niño pequeño; un niño pequeño, con todo lo que dice y hace, pide: ya gimotee, llore, extienda su manita o tire del vestido de su madre... pide.

Resumámoslo. ¿Qué tema se planteaba en la última lección? ¿El pie? ¡No!

<sup>14</sup> 2 Cor 5, 16-17. Antífona de la Hora Intermedia del miércoles, en *El libro de las horas de Comunión y Liberación*, Madrid 1996, p. 113.

### *La libertad*

¿Decís vosotros que es poco que se os enseñe a vuestra edad qué es la libertad? ¿A quién de vuestros compañeros se le ha enseñado? Y a vosotros, ¿os lo habían enseñado hasta ahora? ¡Nadie os ha hablado de libertad! Todos usan con vosotros la palabra libertad suponiendo que es interpretable en un cierto sentido equivocado. Tampoco lo que hemos dicho se puede decir que ya lo hayáis aprendido. «Dicho» igual a «aprendido»; ¡no, de eso nada! La luz que todavía no tenéis, o que apenas alumbra, se dilatará en vosotros en un determinado momento si repetís las aclaraciones, las explicaciones, si prestáis atención a las explicaciones repetidas.

Pero, ¿qué es lo importante? Incluso dentro de esta explicación, ¿qué es lo importante? Desear entender, es decir, pedir, pedir entender, pedir, siempre pedir. No existe otra riqueza más que pedir.

Pedir no es pretender. La pretensión pide fijando condiciones, anteponiendo medidas propias. No se puede pretender de lo que no se conoce; sólo se puede pedir.

*¿Qué significa que todas las criaturas no colman, no abarcan la amplitud de mi deseo?* Que no coinciden con el objeto total de mi deseo. Por eso, en primer lugar, cada objeto particular «baila» dentro de mi deseo (como se ve en la figura 2) y mi deseo puede elegir; sobre todo, tiende a elegir lo que más lo atrae, la emoción más que la correspondencia, la emoción momentánea más que lo que corresponde al destino. ¡Es natural!

Pero lo más bello es el concepto de desgarrar y de mortificación: separarte de lo que más te emociona por amor a lo que más te corresponde y que es más justo. La mortificación para afirmar la ley moral (es decir, la relación con el destino en lugar de lo que te atrae instintivamente), esta mortificación, no elimina nada: *omnis creatura bona* (toda criatura es buena). Charles Moeller, en la Introducción de *Sabiduría griega y paradoja cristiana*,<sup>15</sup> dice que ésta es la frase más grande que se haya dicho en la historia del pensamiento humano; porque toda la historia del pensamiento humano separa lo bueno de lo malo, mientras que el cristianismo dice que no hay nada que sea malo, que no existe ninguna criatura malvada; la maldad está en el acto de elegir lo que está en contradicción con tu destino. El mal está únicamente en el acto de elección de la libertad; por eso, el factor de pecado es el hombre, es la libertad del hombre. No obstante, también ésta es dominada y arrastrada por otra cosa, por el hecho de que el destino te solicita y te llama continuamente, te da la energía para recuperarte continuamente. Ha venido Él, en persona, para darte esta energía: es la comunidad en la que vives dentro de la Iglesia, la comunidad a la que perteneces. Te hace pertenecer a una comunidad en la que Él te ayuda. La comunidad es aquello a lo que se pertenece; es más que el padre, que la madre y que la familia.

<sup>15</sup> Ch. Moeller, *Sabiduría griega y paradoja cristiana*, Ed. Encuentro, Madrid 1989.

*¿Es también imperfecta la libertad cuando se dirige a Cristo?*

La libertad imperfecta es libertad imperfecta. La libertad es imperfecta ante cualquier cosa: ante ella misma, ante el destino, ante Cristo, ante la madre, ante el padre, ante la amiga... es imperfecta ante todas las cosas; su imperfección afecta a la relación con todo y, por eso, también está en juego ante Cristo.

Por eso Cristo puede aparecer sin todo el atractivo que debiera tener: porque la libertad hace que volvamos los ojos hacia otra cosa y entonces Él no aparece tal cual es. Para comprender cómo es, habría que mirarlo bien: cuando Andrés y Juan estaban allí, ¿miraban acaso los muebles de la casa mientras Él hablaba? ¿Miraban los cuadros que estaban colgados? Estaban allí mirándolo: lo miraban hablar. Y, al ser imperfecta su libertad, su adhesión a lo que Él decía era temblorosa, era mínima, pero existía, la querían.

Somos imperfectos también con Cristo, cierto. Es más, somos mucho más imperfectos con Cristo que con los demás. ¿Por qué? Por el pecado original. Tenemos esa herida, esa parálisis infantil que se manifiesta más cuanto mayor es el objeto con el que nos ponemos en relación; cuanto más digno y valioso sea, más entra en juego esta herida. El pecado original no es una carencia, como si Dios hubiera hecho una criatura malograda, sino que es una acción del hombre, de un hombre al que Dios ha hecho tan unido al resto de los hombres que su comienzo equivocado se ha reflejado en todos.

En clase ponía un ejemplo. Fijaos en el borde de esta mesa. Si estuviera en el suelo

podrías caminar por encima fácilmente, es más, prácticamente sin mirarlo; pero si tomaras el borde y lo pusieras a cien metros de altura, te marearías y no serías capaz de hacerlo, a menos que seas un saltimbanqui increíble, con mucho entrenamiento. Ahora bien, si lo subes a mil metros hasta el saltimbanqui se caería.<sup>16</sup> El pecado original es una condición existencial de la que el hombre individual no es culpable, pero cuyas consecuencias lleva consigo: tiene la culpa quien lo cometió. Cómo lo cometió y en qué consistió es un misterio, el misterio acerca de los orígenes. Todo «misterio» es un estorbo, pero si no se admite este misterio no puede entenderse nada sobre el desastre que es el hombre. El hombre es un desastre: la doctrina del pecado original explica este desastre de la manera más adecuada que se pueda concebir.

<sup>16</sup> Cfr. L. Giussani, *La conciencia religiosa en el hombre moderno*, Ed. Encuentro, Madrid 1986, p. 23.

*Cuando el trabajo resulta duro, fatigoso, ¿cómo se pone en juego la libertad?* Cuando tengo que cumplir un deber que me resulta duro, ¿cómo se juega mi libertad? Mira, dime qué es lo más duro que pueda existir. La muerte. Sabes que a Jesús lo mataron, e injustamente. ¿Cómo actuó su libertad en aquella situación?

¡Aceptando! Aceptando el proyecto de Otro, que es la voluntad de Dios: «Padre, si es posible, que no muera [dijo, manifestando de este modo que era un hombre como yo], pero no se haga mi voluntad sino la tuya [demostrando así que tenía una libertad inmensamente más poderosa que la mía]»,<sup>17</sup> me hizo también a mí capaz de decir ante un trabajo duro: «Hágase tu voluntad». ¿Está claro? ¿Es una actitud inteligente o de sometimiento? ¿Es una actitud inteligente decir «acepto algo que es duro», como la cruz para Cristo? ¿Por qué es justo o –mejor aún– razonable hacer la voluntad de Dios en lo que es duro y que incluso podría llevarte a morir?

*Porque corresponde* ¿Corresponde a qué? *A tu exigencia de felicidad.*  
Pero, ¿morir corresponde a tu exigencia de felicidad?

*A la misión que se te ha confiado.*

Entonces el trabajo –fatigoso– es una misión que se te ha confiado. ¿Quién te la ha confiado? Dios. Dios a través del patrón. A través de Poncio Pilato, amo del pueblo hebreo, durante unos pocos años, Dios confió aquella tarea a Cristo. Por eso es inteligente, es decir, razonable, corresponde al propio corazón, porque corresponde a la voluntad de Dios: corresponder a la voluntad de Dios significa corresponder al propio destino, caminar hacia nuestro destino. Es razonable lo que te hace caminar hacia tu destino. Y tu destino es el misterio de Dios.

Pero, perdonadme, ahora os lo tengo que preguntar a la fuerza: ¿qué es la libertad? La capacidad de relación con el destino, y ¿qué es el destino? Hagamos una pregunta más sencilla: ¿dónde está el destino? El destino está al final de la vida. Autopista Milán-Como: ¿dónde empieza Como? ¡Donde termina la autopista hacia Como! Carretera Milán-Pavía: la carretera termina donde empieza Pavía. El fin es lo primero que se tiene



presente; lo que se tiene presente, cuando se empieza a construir una autopista, es el final, el destino (en este caso Pavía). Después se hace la carretera, se trabaja, se trabaja, se trabaja... y llegan a Pavía: ¡final del trabajo! El destino está al final del camino, es decir, está más allá del último paso del camino, más allá de la muerte. Es razonable todo lo que te lleva hacia el fin, hacia el destino; lo que corresponde a tu corazón no es el instinto sino aquello que lo lleva hacia su destino, y lo que lleva tu corazón hacia el destino puede ser una vida de penurias y dolores.

Seguramente no os habrán dicho que leáis la novela *Vida y destino*.<sup>18</sup> Nadie de vosotros la ha leído. ¡Empezadla y en tres años la leeréis! Describe la vida del pueblo ruso bajo Stalin. Se trata de un libro histórico, terrible, precioso; es un libro digno de Dostoievski. Trata de vidas totalmente masacradas y aplastadas: ¿era justo que se suicidaran, o que vivieran? Era justo que vivieran, porque viviendo aceptaban, sin saberlo, el camino que les conducía a su destino. Lo razonable es vivir. De otro modo, cuando las cosas no funcionan, sólo sería razonable pegarse un tiro en la cabeza. ¡Pues no!

<sup>17</sup> Lc 22, 42.

*Usted decía que es necesario que el infinito alcance al hombre para activar su libertad, por tanto, este destino está ya aquí, desde ahora. Me gustaría saber si la experiencia de la libertad perfecta como adhesión a la totalidad es posible desde ahora, aun dentro de la elección.*

El sentido de cada paso que se da en el camino es la adhesión al destino. Camino: tú puedes dar tus pasos hacia el destino, quizás algo más lentos, más tímidos, más débiles; como quiera que sea, estás dando pasos hacia tu destino. Cada paso que das hacia tu destino es un paso hacia el destino en su totalidad (no existe medio destino o tres cuartos de destino), pero el objeto inmediato de tu voluntad y de tu acción no es la presencia del destino en su expresión final, completa. Por eso no te puede satisfacer completamente, sólo puede satisfacerte «más» que si hicieras lo contrario: «El que me siga tendrá la vida eterna [y esto es el destino] y el ciento por uno aquí».<sup>19</sup>

El modo en que amaremos en el paraíso es un modo que sólo puede ser entrevisto y comprendido por quien verdadera, intensa y fielmente ame a otro, con todo su ser, en este mundo. El que ame a su prójimo con todo su ser, con toda su fidelidad, con toda la energía de su voluntad, con toda su capacidad de sacrificio, en definitiva, con todo su afecto, podrá entrever mejor, podrá imaginar mejor cómo será el paraíso... pero aún no estamos en el paraíso.

<sup>18</sup> V. Grossman, *Vida y destino*, Seix Barral, Barcelona 1985. <sup>19</sup> Cfr. Mt 19, 29; Mc 10, 29-30.

Por eso, el que Lo siga tendrá cien veces más aquí. Desde el primer año que di clase de Religión en el colegio he venido diciendo que «cien veces más aquí significa que amaréis cien veces más a vuestra novia, que amaréis cien veces más a vuestro novio, que



amaréis cien veces más a vuestro padre y a vuestra madre, que amaréis cien veces más a vuestros compañeros de clase, con los que lleváis cinco años y con los que, no obstante, permanece una extrañeza total. No hay amistad, sólo connivencia; connivencia para las gamberradas o para ir juntos al monte el fin de semana, pero no hay amistad, porque la amistad es volcar la propia existencia en la vida del otro». Por tanto, quien me siga, quien siga al destino, quien tienda hacia el destino obtendrá el destino, alcanzará su destino y tendrá también cien veces más aquí.

En el tercer librito de Guido Clericetti (espero que tengáis sus dos primeros libros de chistes, repletos de agudezas, de observaciones con gran contenido humorístico; de hecho el humor cuando es bueno es siempre triste. Como por ejemplo: «Cumpleaños: te leo entre las arrugas...».<sup>20</sup> Entran ganas de llorar. «Te leo entre las arrugas». De cualquier modo, acaba de publicar su tercer libro y todas las frases, o casi todas, son como ésta), la última página lleva el dibujo de un cielo estrellado y debajo está escrito: «Unid las estrellas con una línea y obtendréis el dibujo completo». El destino es unir con una línea todas las cosas, lo cual sólo sucederá al final, porque sólo es posible desde otro punto de vista: desde el punto de vista de quien hace las estrellas. «El que me siga tendrá la vida eterna y el ciento por uno aquí», sabrá gozar de las estrellas cien veces más.

Esto me sucedió una vez cuando era capellán de una colonia milanesa en Celle Ligure. Estuve allí en invierno como capellán, porque había estado enfermo, y tuve experiencias preciosas. Por ejemplo: iba todas las tardes desde Celle Ligure a Varazze y luego volvía. Allí la costa forma un recodo, una curva con un murete bajo, tras el cual se extienden la playa y el mar. En las tardes de primavera el murete se llenaba de parejas y yo muchas veces me decía al pasar: «¡Quién sabe! Estos pobres, estos pobrecillos viven sin saber por qué viven, de qué viven, y por eso viven del instinto (todo el mundo es así)». Una noche no había luna, pero sí un cielo totalmente brillante, cargado de estrellas. Justo al volver por el camino vi sobre el mar algo que ninguno de vosotros ha visto jamás –yo por las mañanas despertaba a los niños diciendo: «¡Vayamos a ver el ‘puente sobre el mar’! ¡El ‘puente sobre el mar’!». <sup>21</sup> Entonces, todos se levantaban corriendo, porque de lo contrario habrían tardado media hora en levantarse–; pues bien, yo lo vi, me quedé estupefacto mirándolo: el «puente sobre el mar» trazado por la Vía Láctea. Entonces pensé: «Es verdad que existe el ciento por uno aquí. ¿Quién sabe observar el mar de este modo? ¿Quién sabe fijarse en las cosas con esta intensidad? Ninguna de estas personas». ¿Me entendéis? La Vía Láctea reflejándose como un puente sobre el mar, apenas dibujado, pero netamente dibujado, sin la fuerza del brillo de la luna, que es como la del sol. No se trata de un reflejo cualquiera; es realmente un puente de luz. Ninguno de vosotros ha visto jamás el puente de luz sobre el mar que marca la Vía Láctea, jamás lo ha observado, jamás lo ha descubierto, ni lo descubriría sin prestar atención a las cosas como sólo el amor al destino, que es Cristo, nos vuelve capaces de hacer.

<sup>20</sup> G. Clericetti, *Clericettario*, Gribaudo, Milán 1993, pág. 30 (*ndt.* En italiano se origina un juego de palabras entre «*rughe*» –arrugas– y «*righe*» –líneas–).

*Durante estos días me he dado cuenta de que he vivido momentos de libertad con las personas, porque he tenido la posibilidad de estar más atento a su destino. Pero me daba cuenta al mismo tiempo de que mi libertad, como la de los demás, es limitada. Por eso quería preguntar si esta experiencia de libertad está íntimamente vinculada a la experiencia de la gracia.*

La experiencia de la libertad es un acto tuyo en la medida en que miras a una criatura viéndola en relación con su destino, y, por tanto, con el tuyo, porque el destino de todo es uno solo. Sabes que es un acto tuyo, porque podrías quizá tener la tentación de mirarla de otro modo y no lo haces, ya que juzgas y dices: «Bueno, si lo hago de otro modo... ¿luego qué?».

Ahora bien, si tú no hubieras encontrado una compañía determinada, si no hubieras oído ciertas palabras, si tu madre no te hubiera hecho aprender el Padrenuestro, si quien te ha hecho no te hubiera dado una sensibilidad determinada, también tú serías bruto, tosco, vulgar, patoso, como la mayor parte de tus compañeros; y habrías hablado de las criaturas con la misma vulgaridad que ellos, provocarías la misma repugnancia que provoca tanta gente cuando habla (muchos chicos cuando hablan de las mujeres, etc.). Ello significa que no se trata de una mera elección de tu libertad, de una elección pura y dura de tu libertad: tu libertad se adhiere a un conjunto de indicios y estímulos buenos que ya tiene dentro. La libertad es esto: adherirse a lo que te inclina hacia lo justo y lo bueno.

<sup>21</sup> El «puente sobre el mar» se produce por un determinado reflejo que el sol marca sobre él.

Lo que te permite realizar esto es algo que se llama gracia: es gracia tener un carácter sensible, con una repugnancia instintiva hacia lo grosero, es gracia haber aprendido el Padrenuestro, es gracia haber encontrado una determinada compañía, es gracia entender que te dicen «Ven», una gracia incomparable, hasta el punto de que ahora podéis intuir algo; pero, ¡cuánto tiempo se necesita para comprenderlo más! El tiempo que pasa, ¡es gracia!

De todas formas, aun habiendo tenido esta gracia, tu libertad puede ser tan caprichosa, tan rebelde, tan nihilista, tan inquieta, tan instintiva, tan amante de la instintividad que siempre llevamos dentro, que diga no a todo lo que tu sensibilidad, el Padrenuestro y la compañía te sugieren.

Por eso, que tú digas sí es fruto de una gracia anterior (la que tenías antes) y es fruto de la gracia que te alcanza en el momento de la elección, en el momento de la acción, en el momento en que aceptas pensar en tu destino. Lo que te prepara y te sostiene en cada momento es siempre una gracia. Por eso tu libertad consiste mucho más en pedir a Cristo la gracia que te ilumine y sostenga en el momento oportuno, que en decir: «Cristo, déjame actuar a mí: ya pensaré yo en ello; cuando llegue el momento, lo haré yo». Esta

presunción te costaría cara.

Lo que caracteriza a una persona que ama el destino de las cosas, es decir, un alma libre que vive la dimensión de la libertad, es una característica humanísima que se encuentra en los sencillos de corazón, que se encuentra muy a menudo en los pobres, y cuando se encuentra en un rico o en un hombre inteligente y culto es realmente un milagro: la gratitud... ¡La gratitud! Un matiz de gratitud, como una orla de gratitud, un relieve de gratitud, un matiz de gratitud en cada acto que se lleva a cabo, en todo lo que se hace... Esto es lo más bello que se puede ver en el rostro y en la actitud de una persona. Se me ha quedado grabado lo que un frailecillo cantaba en una obra de teatro un tanto miserable que se representó en el seminario: «Dios ve más la bondad que el rostro». Al hombre le pasa lo mismo. El hombre ve más la bondad que el rostro, porque es más real, es más consecuente y tangible; la bondad es más imponente que la cuadratura sólida o tenue de la *façade*, de la fachada.

*La vez pasada, en la lección sobre la libertad, usted nos dijo lo siguiente: «Decidme si esto es posible para una persona aislada». Yo quería preguntarle qué importancia, qué atención debemos prestar durante la semana a esta nueva compañía nuestra, de qué manera forma parte, ya desde ahora, de la naturaleza misma de las cosas de las que estamos hablando.*

En primer lugar –primer aspecto de la pregunta–, ¿se puede reconocer y vivir estando solos esta libertad? Teóricamente sí, pero existencialmente es imposible –salvo excepciones milagrosas–, porque el hombre aislado es presa del ambiente en el que vive y sólo una intervención asombrosa de Dios puede salvar a un individuo del ambiente, del tipo facial y mental predominante, de las costumbres habituales del ambiente en que vive. En primer lugar, entonces, es inmensamente más difícil –digámoslo así– percibir y aferrar solos la libertad de modo que ésta se viva realmente.

Ya que solos es tan difícil, se hace más fácil estando juntos. ¿Qué significa juntos? Que nos encontramos con otros haciendo el mismo camino, y que esta compañía es guiada, formada, guiada y sostenida por un reclamo a lo que es justo y verdadero, por un reclamo a lo que la libertad realmente es, por un reclamo al destino para el que estamos hechos, en resumidas cuentas, por un reclamo religioso, por un reclamo cristiano. Se trata de una compañía donde está viva la memoria cristiana y a la que la gente se adhiere precisamente porque contiene ese reclamo. Más aún, a la que la gente se adhiere porque ha recibido la misma vocación. Entonces, entender qué es la libertad, y, sobre todo, cómo realizarla, resulta más fácil.

Anna vive en un determinado lugar, enseña en un colegio y colabora en un determinado curso de la universidad. Si llama por teléfono y justamente tú estás en casa porque el miércoles estás en el colegio sólo hasta las doce, o bien porque es sábado y no tienes que ir a trabajar, y te dice: «¿Cómo estás?». Tú te quedas sorprendida de que una persona

que nunca habías visto hasta ahora te llame; ni siquiera te acordabas de que era tu «capo gruppo»; y te pones muy contenta de que te haya llamado. Te dice: «Ánimo, ¿eh? Yo también he tenido que tener ánimo, ¿sabes? y no sólo ayer, también hoy. Por eso ten ánimo, pide a la Virgen, pide al Espíritu la gracia de entender. Pide al Espíritu que llegues a entender, por ejemplo, lo que se dijo la última vez sobre la libertad, porque es muy importante». Quizá tú te encontrabas en un momento un poco difícil con tu padre, con tu madre, con un chico cuyos ojillos te atraían... y se lo agradeces. «Hasta luego». «Hasta luego». Cuelgas y dices: «No, tengo que ser más decidida». Y te vuelves más decidida con el chico cuyos ojillos te atraían. ¿Me explico?

La compañía, como reclamo recíproco, igual que cuando se va a la montaña (si estás en compañía, hablas con uno, con otro, y os recordáis: «Estáte atento a esto, atento a aquello»), la compañía como reclamo recíproco al destino, a la meta, a la alegría, a la leticia, a la pureza de las cosas, te ayuda a actuar con libertad, te hace entender mejor qué es la libertad.

«Sabes, Anna, no he entendido bien lo de la línea ancha y la línea estrecha: la línea estrecha es la que está más arriba, y la línea ancha es la de más abajo a la derecha; pues a mí me atrae más la línea de abajo, la ancha. ¿Cómo puedo elegir la raya de arriba a la izquierda, la más estrecha?». Entonces ella te lo explica, porque el dibujo no es perfecto –¡esto ya lo había dicho el que lo hizo: que se necesitaban dos planos, porque él tampoco es tonto!– y al explicártelo entiendes mejor la idea de libertad. De este modo aprendes. Con una compañía vivida así, pasados unos años, uno termina siendo distinto, distinto de los demás: en el trabajo es distinto de los demás, en la escuela es distinto de los demás, en la universidad es distinto de los demás, en la familia termina siendo distinto de los demás. Comprende, razona, siente, actúa, toma las cosas de forma diferente que los demás. Es un hombre, un hombre nuevo –diría San Pablo–, porque en Cristo Jesús ya no significa nada ser griegos o hebreos (la gran división de entonces), sino que lo que importa es la nueva criatura, un modo nuevo de pensar y de sentir.<sup>22</sup> Pasados unos cuantos años... ¡pero qué años, de mes en mes uno se hace distinto, aunque no sepa bien cómo!

Empecé *GS* durante el primer curso de bachillerato en el Liceo Berchet y durante todo aquel año no vino nadie a mis reuniones; por eso las hacía con unos cuantos golfillos de Básica que me había encontrado por la calle –eran siete u ocho– y que me eran fieles. A final de curso hablé con el director y le dije: «Mire, señor director, como las prácticas de Física se hacen en el aula de Física y para Religión no hay aula donde hacer prácticas, me llevo a los chicos tres días conmigo fuera». No le dije que se trataba de ejercicios espirituales, le dije que era «experimentación religiosa». Y me los llevé a un sitio precioso, un palacio arabesco en el lago de Orta, cerca de Orta. Eran unos sesenta. Un día les estaba diciendo que la vida crece lentamente, que a la vida no se la ve crecer... Como mi madre que, cuando nos íbamos de vacaciones, nada más llegar, me ponía

delante de un árbol y con un cuchillo le hacía una marca para ver mi altura; luego, después de tres meses, me llevaba al mismo árbol y veíamos que en tres meses había crecido un tanto así. Y lo mismo hacíamos cada año: total, ¡el árbol estaba lleno de marcas! La vida crece, pero no la ves crecer. Allí estaban ellos con cara extrañada, porque no entendían. «Pero, ¿cómo es posible, no entendéis esto? ¡Vamos afuera!». Los llevé entonces afuera, donde había un precioso *parterre* de tulipanes holandeses que todavía no habían florecido. «Fijaos en estas flores, ¿están vivas o muertas?». «Vivas». «Si están vivas se moverán, porque la vida se mueve. Fijaos bien en ellas: cuando las veáis moverse, decídmelo». Allí se quedaron... ¡y yo me fui! Estaban desconcertados, de modo que volví a los dos minutos, o al minuto y medio, y les dije: «Os podría dejar aquí el resto del día de hoy y de mañana, y aunque os convirtierais en cariátides, jamás podríais ver cómo la vida crece, y sin embargo crece». Los pasos en el desarrollo de la vida son infinitesimales. El desarrollo de la vida es como una máscara que vela el misterio, el misterio de la vida como tal.

<sup>22</sup> Cfr. Ga 3, 26-28; 2 Cor 5, 17.

Del mismo modo, si seguís, aprenderéis estas cosas con el paso de los meses y los años. Todos los que han venido y en un momento determinado han dicho «sí, usted tendrá incluso razón, pero me he hartado, me voy», han dejado de aprender. El que se ha quedado ha aprendido. Esto es terrible: el que está aprende, y llega a ser él mismo; el que no está se pierde a sí mismo.

*Las criaturas atraen la libertad. Yo a menudo me siento llamada por muchas cosas que me gustaría hacer, ocasiones, situaciones a las que lanzarme, y quiero que la realidad avance con un proyecto mío bueno. Pero, ¿cómo se puede purificar la mirada de modo que al usar las cosas uno pida ser un instrumento? ¿Qué tiene que ver la vocación con este deseo de implicarse con todo?*

Las criaturas, como dijimos la última vez, son reverberación de la infinita perfección del Ser, del Misterio, hasta el tallo de hierba, el pino, las agujas de los pinos... Cuando era un niño de Primaria atormentaba a mi madre en verano siempre que estábamos en la montaña con esta pregunta: «Pero, ¿el Señor conoce el número de hojitas de todos los árboles que hay en el mundo?». Mi madre, un tanto apurada, decía: «¡Pues sí!». Y para mí constituía una objeción realmente invencible que uno pudiera conocer el número de las agujas de pino de todos los pinos del mundo. No obstante, el principio sigue siendo el mismo: cada cosa creada es un reflejo de la perfección, del océano de perfección, de la inmensa perfección del misterio del ser. Y no se trata de un simple reflejo de luz, como el de un proyector, no es como un proyector que te pone una cosa delante y te proyecta su forma, no; la misma naturaleza de la aguja de pino es reflejo del Misterio, pues en ningún momento la aguja de pino se hace por sí misma.

Entonces, si toda criatura es reflejo de la riqueza de Dios, cuanta más sensibilidad tengas

tú, más te sentirás solicitada por todas partes: atraída por lo grande, por lo pequeño, por lo que tienes delante, por lo que te aplasta, por lo que te empuja desde atrás... por todo.

Primer problema: ¿cómo podemos saber lo que tenemos que escoger en cada momento, en un momento determinado? Éste es el problema de la vocación, como tú has dicho: estás obligada a elegir aquello que Dios te indica como útil –si no necesario– para la tarea vocacional que te ha confiado. Por ejemplo, si dedicas tu vida al Señor y eres profesora de Ciencias, tu vocación es la de dedicarte al Señor por entero cuando enseñas Ciencias. Si eres profesora de Ciencias tendrás que explicar lo mejor posible el tema de la aguja de pino. Por tanto, tu vocación es la que establece que debes interesarte por la aguja de pino en lugar de tener la suerte y la gracia de interesarte, como la profesora Vera, por Mozart o por Beethoven. No se puede responder de otro modo: si estás disponible y atenta a Dios, Él te hará ver lo que es útil o mejor para tu vocación, a través de las circunstancias, incluido el trabajo, porque el trabajo es parte integrante de la vocación.

*¿Se puede decir que la libertad es la decisión o la actitud de desear permanecer en el estupor que generó el encuentro?*

Yo diría que la libertad es la disponibilidad activa y afectiva para ver propuesto de nuevo, en todas tus relaciones, el carácter excepcional y la grandeza de la relación que supuso tu primer encuentro.

Esta observación es muy importante: el encuentro por el que has entrado en el movimiento o en el Grupo Adulto, quizás apenas haya sido un bosquejo, casi inconsciente, de ello; pero nadie puede decir que lo hayan agarrado por el cuello y lo hayan traído. ¡No! Si estás aquí es porque algo te ha impactado, débilmente, pero algo te ha llamado la atención. Y te ha llamado, al menos, a través de un presentimiento, un presentimiento de algo excepcional o, como dice la Biblia, de una promesa de felicidad, promesa que, en la mentalidad de aquellos judíos, coincidía con el don de una mayor fecundidad.

La libertad es favorecer una disponibilidad intelectual, afectiva y creativa para percibir y corresponder a la Presencia que te ha impulsado a comenzar y tenerla presente, mires lo que mires en el mundo, sea cual sea la condición en la que te encuentres, sea como sea el día en que te levantas, aun el día del peor examen de tu vida. Lo que hace razonable el esfuerzo de estudiar es el mismo motivo por el que te has enamorado de Cristo.

*Mirando el gráfico que nos dibujó la última vez, nos preguntábamos dónde se sitúa Cristo, puesto que –como ha comentado hace poco– es Dios mismo que, en carne y hueso, toma concretamente parte en la historia. Y allí (en el dibujo) se describe la trayectoria de la libertad que va hacia su destino encontrándose con las criaturas.*

En todos los puntos del gráfico, Cristo no es más que la encarnación –el hacerse carne, al nacer de una mujer– de la línea última, es decir, del término esencial que define la libertad. La libertad es la capacidad de relación con el infinito.

Hemos señalado el infinito con una línea; esa línea es el Verbo, el Misterio que se ha hecho carne. Carne quiere decir un niño pequeño, y por eso también un pequeño trazo de un centímetro. Desde que se ha hecho carne, ha arrojado su reflejo sobre el modo que tienes de mirar el cielo estrellado, y entonces parece un trazo más grueso.

De cualquier modo, que el infinito se haga carne significa que entra en la única, gran experiencia de la historia, que es la realidad del Ser, la realidad del Misterio, vivida por el hombre, con la medida humana. Por eso encuentras el reflejo concreto de Cristo en todas las cosas; pues, ¿de qué estás hecho? ¿De qué está hecha la aguja del pino? ¿De qué está hecho el pajarillo? «Todo consiste en Él». Por eso, si observas un pajarillo como lo hacía Cristo, te asombras, te maravillas de ello, como te maravillaste aquella vez que, leyendo u oyendo no sé a quién, comprendiste que Cristo era verdad; es algo igualmente grande.

Si escuchas a un pajarillo, por ejemplo a un ruiseñor, como lo escuchaba el misionero con quien hice mi primer viaje a Macapà, a orillas del río Amazonas, donde no había camino ni nada (sólo había serpientes)... Él, mientras íbamos en el *jeep*, me contaba su historia. Vivía lejos de la misión, a dos horas de distancia en *jeep*, en una pequeña ciudad de treinta mil habitantes, Macapà. Y yo le preguntaba: «Pero, ¿no tiene miedo de vivir allí?». «En absoluto, se termina uno adaptando, y además cada quince días vuelvo a la misión [para reposar un día con sus hermanos]». Contaba por aquel entonces con una rarísima *Guzzi 750*, de las que había poquísimas; él la adoraba hasta tal punto que decía que, cuando empezaba a llover (porque allí se pone a llover de repente), cubría con su capote la moto en lugar de cubrirse él mismo. Una tarde que estaba tumbado, cansado, con la moto apoyada y cubierta por el capote, estaba escuchando a un ruiseñor... —porque «también aquí hay ruiseñores y tienen el mismo canto que en nuestra tierra, sólo que les falta la parte final», me decía; había notado que al canto del ruiseñor le faltaban las últimas notas de la melodía, había como una suspensión en la melodía— ...mientras estaba escuchando al ruiseñor, oyó el rugido de un jaguar que se acercaba. Entonces reaccionó rápidamente, se subió a la moto y se escapó. Y mientras se iba llegó el jaguar de un salto al lugar donde él estaba antes. Pues bien, un misionero como éste, que miraba así las cosas, no sólo al ruiseñor sino a todo, tenía una libertad abierta, disponible para reconocer el misterio de Cristo en todas las cosas, y la realidad de lo creado se convertía para él en maravilla: todo, incluso el tallo de hierba; como para Jesús que resaltaba incluso los dientes blancos del perro putrefacto.<sup>23</sup>

Por eso, que Dios se haya hecho hombre no significa sólo que se hiciera aquel hombre y basta. Aquel hombre es el factor generador de toda la historia de la humanidad, incide sobre todo el desarrollo de la historia, hasta el punto de que San Pablo lo compara con todo: «Todo consiste en Él».<sup>24</sup>

<sup>23</sup> *The Unwritten Gospel. Ana and Agrapha of Jesus*, ed. R. Dunkerley, Allen and Unwin Ltd, Londres 1925, p. 84.



<sup>24</sup> Col 1, 17.

Pero, amigos, entiendo perfectamente la alteración –literalmente la alteración– que todas estas alusiones deben provocar en vosotros, porque se trata de otra mentalidad. Estamos hablando de una mentalidad distinta, es decir, una cultura distinta, una visión distinta, una percepción, un afecto, y un uso del mundo distintos: ¡es otro mundo! Un mundo donde Dios sea hombre, esté presente y coma en la mesa conmigo –Eucaristía– es otro mundo. Es otro mundo; sólo que este mundo es el verdadero y el otro es falso, hasta tal punto que no mantiene nada de lo que dice: «Tienen oídos y no oyen, tienen ojos y no ven, tienen boca y no hablan»; no mantienen ninguna de las promesas que hacen.<sup>25</sup>

*¿Podría explicar de nuevo qué significa que la libertad es imperfecta? ¿Qué es la libertad?*

*La capacidad de alcanzar el destino, de entrar en relación con el Misterio. Por tanto, la libertad se completa cuando alcanza la meta. La libertad existe, la libertad plena existe, la libertad se completa, se hace plena cuando alcanza la meta; antes es imperfecta. Es imperfecta, pero todo su dinamismo está en tensión para alcanzar el destino, es decir, para completarse. Un niño no es un hombre, pero todo su dinamismo está en tensión para convertirse en un hombre.*

*Todo consiste en alcanzar la meta. Usted decía que la meta de la autopista Milán-Pavía se encuentra al final de la autopista, en Pavía. Entonces, ¿en qué consiste el valor de la autopista?*

El valor de la autopista está en el uso adecuado del motor, de los automóviles... Si utilizas un coche que está hecho polvo, seguramente no andará ni un metro. El camino sirve para saber si tu intención, si tu reconocimiento de que quieres la meta, si tu amor al objetivo y tu capacidad de usar la libertad para ese fin, son verdaderos. Éste es el concepto de prueba. Péguy, en *Los Misterios*, insiste en la vida como prueba; el camino es una prueba.<sup>26</sup>

Pero en el fondo, amiga mía, ¿es una señal mayor de afecto por parte de Dios que tome al hombre y se haga compañero suyo al caminar para superar toda la prueba, o que haga al hombre perfecto? Una planta ya confeccionada es una planta artificial; para que una planta no sea artificial tiene que crecer de la tierra, despacio, conforme a todas sus leyes. Del mismo modo, para que la felicidad del hombre no sea superficial o ficticia, tiene que nacer también de su libertad; de su libertad y de la mano de Dios.

<sup>25</sup> Cfr. Sal 115, 5-6; 135, 16-17.

<sup>26</sup> Ch. Péguy, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, Ed. Encuentro, Madrid 1991, pp. 143-145.

Imaginaos a un padre que llega a casa después del trabajo –todavía trabaja en el campo, pobrecillo... ¡afortunado, no pobrecillo!–, vuelve a casa y su mujer le deja al hijo de cuatro años, el más pequeño, entre los brazos. Y el pequeño quiere ayudar a su papá a llevar el heno; su padre lleva a la espalda el cuévano repleto de heno, el pequeño tiene su manojillo de heno y, triunfante, sigue a su padre, ...así el padre emplea tres horas más. Lo mismo le pasa a Dios, tal como observa San Pedro cuando dice que el Señor tiene paciencia y por ello pone a prueba la libertad de cada uno de nosotros.<sup>27</sup>

*Dices que la libertad se caracteriza por la amplitud del deseo y por la capacidad de satisfacerlo que tenemos. Uno de los deseos del hombre es el trabajo: quien está sin trabajo se deprime más fácilmente, es menos libre. Dado que a muchos de nuestros amigos les está costando encontrar trabajo, ¿cómo deben afrontar estos momentos?*

Ante todo, el trabajo es una expresión esencial de la vida del hombre y es el modo esencial en que el hombre imita a Dios: *Pater meus usque modo operatur* (mi Padre es el eterno trabajador)...<sup>28</sup> sin contar con el castigo del pecado original.<sup>29</sup> Entonces, una persona, un hombre, estima más el trabajo cuanto más disponible está a dar todas sus energías para lo que Dios le pide.

La regla fundamental no es que uno tenga que trabajar en esto o en aquello, sino que obedezca a Dios. El gran trabajo de Cristo es la obediencia al Padre. Cuando apresaron al padre Kolbe y lo metieron en aquel antro, donde murió junto a los demás desgraciados a los que intentó sostener hasta el final, ya no trabajaba como antes; fue llamado a otro tipo de trabajo, mucho más significativo: a cumplir la voluntad del Padre. Nosotros estamos llamados no a trabajar, sino a hacer la voluntad del Padre. La voluntad del Padre incluye el trabajo como factor normal en el desarrollo de la vida.

Segundo, estas chicas que no tienen empleo deben preguntarse: ¿Qué trabajo? ¿Qué tipo de trabajo? El que el Padre les permita encontrar. En primer lugar, tendrán que buscarlo e interesarse por ello, y no hacer que otros se interesen en su lugar quedándose con los brazos cruzados. En segundo lugar, si no encuentran el trabajo ideal, podrán también... lavar platos: lavar platos es un trabajo; no hacer nada no es un trabajo.

<sup>27</sup> 2 P 3, 9.

<sup>28</sup> Cfr. Jn 5, 17.

<sup>29</sup> Gn 3, 19.

Por eso, el trabajo no es el valor de la vida, el valor de la vida es la obediencia; en la obediencia va incluido también el compromiso en el trabajo.

Por tanto, hacer la voluntad del Padre significa buscar las condiciones en las que el Padre permite que encontremos trabajo, no dejando que otros lo busquen por nosotros, sino buscándolo nosotros con la ayuda de todos. Mientras no se logre encontrar un trabajo

que guste

—que nos exprese mejor—, es amor y obediencia al Padre aceptar también un trabajo que nos exprese y guste menos.

Imagínate, por ejemplo, a un sacerdote como el pobre Monseñor Manfredini, arzobispo de Bolonia, compañero mío. Los superiores del seminario, «preocupados» porque era un hombre demasiado libre, le destinaron, cuando cantó Misa, a un agujero en la periferia de Milán; y a él le costaba mucho, estaba desalentado. Tuve la suerte de ir a verlo —fui el único— algunos días después, restableciéndose así la amistad que nos había marcado durante la época del seminario. Un hombre como él hubiera guiado perfectamente una gran realidad eclesial... y le dieron una parroquia de segunda, de pocos centenares de habitantes, tanto que su madre, cuando me vio llegar, se puso a llorar... Y él aceptó esto, lo aceptó, dando un gran ejemplo. Si no hubiera aceptado aquello, quizás no habría llegado a ser Arzobispo de Bolonia.

El problema número uno es la obediencia, pero todavía no hemos hablado de ello.

*Antes has dicho que lo que hace razonable el esfuerzo de estudiar es el mismo motivo por el que te has enamorado de Cristo.*

Hay una razón por la que me he enamorado de Cristo. Cristo me dice: «Estudia». Y yo estudio, le obedezco: ¿qué enamoramiento sería si no le obedeciera?

*¿Es lo excepcional que he reconocido en Cristo la razón por la que me he enamorado de Él?*

¡Claro! Y este hombre excepcional te dice: «Echad las redes por el otro lado», «No perdáis el tiempo», o, según la traducción más icástica de San Pablo: «El que no trabaje que no coma».<sup>30</sup> Así que diles a tus amigas que si no tienen trabajo se den prisa en buscarlo. Esto subraya que lo que importa no es este o aquel trabajo; lo que importa es el trabajo en sí.

Vamos a ver, ¿cómo he afrontado yo la cuestión? Diciendo que el trabajo es fundamental para la concepción cristiana de una vida dedicada a Dios. Segundo: entonces, que todos busquen un puesto de trabajo. Tercero: que el puesto de trabajo vale aunque no satisfaga los propios gustos. Uno busca siguiendo sus propios gustos, no encuentra trabajo conforme a ellos, y busca entonces con otros criterios; basta con tener un puesto de trabajo... No, basta que busque el puesto de trabajo en serio (esto no significa que consiga encontrarlo; si se tratara sólo de esto, ¡el problema actual del paro no existiría!).

<sup>30</sup> Cfr. 2 Ts 3, 10.

Digo que no puede tolerarse una situación en la que alguien no tenga trabajo en una casa del Grupo Adulto; y punto. No, se debe encontrar cualquier cosa, basta con que trabaje; podrá ir a servir de sacristana al párroco de la iglesia vecina, limpiará el suelo aunque sea

sin ganar un duro, pero tiene que tener trabajo. Evidentemente mi actitud no supone acusar a nadie, ¡sino afirmar la necesidad del trabajo! Un individuo sin trabajo se reduce, se encoge y miente a su propia vida. Si una persona, por ejemplo, no encuentra trabajo después de haberlo buscado durante meses, que acepte mientras tanto lo primero que le caiga entre manos; en lugar de trabajar tres meses seguidos podrá trabajar tres semanas seguidas, o una semana cada tres meses... Pero es sobre todo la casa la que debe interesarse por buscar trabajo a la gente que no lo tiene; no puede ser únicamente el individuo que no tiene trabajo el que se las ingenie solo: toda la compañía deberá interesarse. Y si la casa no es suficiente para encontrarle trabajo, deberá entrar en juego todo el Grupo Adulto. Mientras tanto esta persona hará lo que pueda. Esto no es una acusación a los pobres que, dada la condición social actual, tienen que sufrir hasta el punto de sentir la humillación de no lograr encontrar trabajo; no es un reproche hacia ellos, sino que pretende subrayar una necesidad apremiante que deben sentir ellos en primer lugar para moverse, para que se mueva la casa y todos sus amigos, y el desarrollo de su vida contemple y contenga también este compromiso inevitable para ser lo que Dios quiere.

Necesidad de trabajar. En ningún caso necesidad prevaleciente de hacer lo que a uno le apetece, si bien debe buscarse, ante todo, un trabajo que guste. ¿Por qué se debe buscar en primer lugar algo que guste? Porque si te gusta es –a priori– una invitación más apremiante, más inmediata que Dios te hace. Y si te gusta, probablemente, rendirás más, aprovecharás más; pero estas condiciones óptimas no son, en absoluto, necesarias.

El decano de mi Facultad me regaló, cuando canté Misa, un libro titulado *Sacerdote y hostia*,<sup>31</sup> en el que se describía la enfermedad de un diácono, una enfermedad que duró veinticinco años. Su trabajo consistía en la conciencia con la que día tras día intentaba vivir su enfermedad ofreciéndosela a Dios por la remisión del mundo. Esto es un trabajo. Porque el trabajo es la aplicación de la conciencia, del afecto y de la capacidad operativa del hombre que vive la fe, a la realidad; de este modo el trabajo del hombre lleva la realidad hacia su destino. *Et de hoc satis*. (Y con respecto a esto, basta).

<sup>31</sup> S. M. Giraud, *Sacerdote e ostia*, Vita e Pensiero, Milán 1953.

*Me gustaría entender mejor esta frase: la libertad se realiza en la experiencia de la posesión.*

¿Cómo hemos definido la libertad? Como capacidad de adherirse al Ser, capacidad de adhesión a la totalidad del Ser, capacidad de adhesión al fin, al destino. Entonces, si la libertad es esta capacidad de adhesión, habrá más libertad cuanto más posea uno el ser, cuanto más posea la realidad. Por eso la virginidad es una posesión mayor debido a la totalidad de la dedicación.

Poseer significa entrar en relación con algo al nivel del ser. La libertad es adhesión a la realidad. Si tú sales y dices: «Esto es tierra con grava», realizas un acto de la razón, constatas una evidencia. La razón consiste en reconocer la realidad. Adherirse a la

realidad significa afirmarla y así se la empieza a poseer.

Es un modo de adhesión a la realidad distinto a la adhesión física, lo cual sería un acto exterior. No es necesario que te tires al suelo y te «adhieras» a la tierra y a las piedras: «¡Mira, me adhiero a la tierra!». ¿Por qué sería irracional que actuaras así? Sería irracional porque sería inhumano, no es una manera humana de adherirse.

Existe una posesión que no es la física, que no es la del contacto puramente físico. Éste es únicamente un aspecto de la posesión. Para poder comer un trozo de pan tienes que poseerlo físicamente; pero éste es el tipo de posesión humana más animal (véanse ciertas aplicaciones en las relaciones entre chico y chica, en las relaciones entre una persona y otra).

Se trata de otro tipo de relación, pero sigue siendo posesión. Que la afirmación de la realidad sea poseerla se ve por el hecho de que tú afirmas y explicas qué es esa realidad, la entiendes, puedes usarla según su capacidad de rendimiento y, si se trata de una persona, la amas (por eso el amor es libre, más grande, más profundo que el tiempo y el espacio, es decir, que la relación física que se pueda tener). La relación física no te da un señorío, porque no puedes penetrar en una persona hasta la raíz de su alma, mientras que si la miras, o si piensas en ella cuando está lejos, la posees hasta el fondo del alma.

El hombre tiene un modo de poseer que, por una parte, roza el modo del animal y, por otra, roza el poseer de Dios, aunque tan solo lo vislumbra. Dios posee las piedras y la tierra, cada hoja y cada pájaro que cae y cada flor del campo... Pero no porque esté encima de la flor del campo, sino porque está en su raíz, está dentro de la flor. La posesión del hombre es semejante a la de Dios.

Si la libertad es capacidad de adhesión, cuanto más se adhiere uno, más libertad hay; y es más libre cuanto más posee, porque adherirse significa poseer.

*Sólo hay una alternativa a Cristo: la nada. Me gustaría que me explicara mejor esta frase.*

¿A qué ha venido Cristo? La Escuela de Comunidad dice que Cristo ha venido para educar a los hombres en el sentido religioso, a educar a todos los hombres, por tanto, para entender, afirmar y reconocer que todas las cosas que suceden tienen un objetivo último.<sup>32</sup> Este fin último es Dios. Así pues, Cristo ha venido para educar nuestro sentido religioso, para educar al hombre a hacer todo en función de su destino.

Si tú, en lugar de a Cristo, tomas como hipótesis de trabajo al Anticristo, al no-Cristo, estarás tomando como hipótesis de trabajo algo que, como tal, no se adhiere a nada. Si la libertad conforme a Cristo es la adhesión al Ser, al Misterio de las cosas, entonces la vida es positiva, incluso el mal es permitido para algo positivo: todo es bueno. «Todo fue bueno, hasta mi mal»,<sup>33</sup> decía Ada Negri, descubriendo la idea que la convirtió. Si la libertad es adhesión al ser, es decir, aprehensión del ser, aferramiento del ser, posesión del ser, y tú no tienes esta hipótesis de trabajo (la libertad como adhesión al ser), ¿qué otra hipótesis te queda? Que la libertad no es adhesión al ser. Por tanto, o bien la libertad es una falsa invención, una nerviosa y negativa afirmación de algo que no existe, o bien –y ésta es la alternativa real– la hipótesis de trabajo que queda para la vida es que todo

en ella es malo. «Para mí la vida es un mal», decía Leopardi.<sup>34</sup>

En resumen, o vale la hipótesis de una libertad que reacciona ante lo que existe, ante la vida —y esta hipótesis es positiva y lleva a la realidad constructivamente, por lo cual incluso el dolor y la muerte se convierten en instrumentos de edificación—, o bien es negativa y entonces incluso el bien se convierte en mal; hasta el bien deviene mal porque, tarde o temprano, todo se reduce a cenizas, incluso el bien acaba en cenizas, y sería inútil cualquier empeño: «*Or va tu su, che se' valente*»<sup>35</sup> (ndt. Sube tú ahora, que eres valiente).

<sup>32</sup> L. Giussani, *Curso básico de cristianismo.3/Porqué la Iglesia*, Tomo II: *El signo eficaz de lo divino en la historia*, Ed. Encuentro, Madrid 1993, p. 45.

<sup>33</sup> No supe decirte cuánto te amo, Dios / en el que creo, Dios que eres la vida / viviente, la ya vivida, la que está / por vivirse más allá: más allá de los confines / del mundo, donde no existe el tiempo. / No supe. Mas nada queda oculto para Ti / de todo lo que calla en lo profundo. Cada acto / de vida, en mí, fue amor. Y yo creí / fuera para el hombre o la obra, o la patria / terrena, o los nacidos de mi firme cepa, / o las flores, las plantas, y los frutos que del sol / reciben su sustancia, el alimento y luz; / más fue amor de Ti, que en cada cosa / y criatura estás presente. Y ahora / que uno a uno cayeron a mi lado / los compañeros del camino, y más distantes / se hacen las voces de la tierra, tu rostro / refulge de esplendor más fuerte / y tu voz es cántico de gloria. / Ahora —Dios a quien siempre amé— te amo / sabiendo que te amo; y la certeza / inefable de que todo fue justo, hasta el dolor, / todo fue bueno, hasta mi mal, de que todo para mí / Tú fuiste y eres, me hace temblar / de una alegría más grande que la muerte. / Conmigo quédate, ya que la noche cae / sobre mi casa con misericordia / de sombras y de estrellas. Que yo te ofrezca / en mi mesa humilde el poco pan y el agua pura / de mi pobreza. Quédate Tú sólo / junto a mí, tu sierva; y en el callar / de los seres, mi corazón Te oiga a Ti, sólo. (Ada Negri, *Il dono*, Mondadori, Milán 1936).

*Has dicho, al hablar de la libertad imperfecta, que podemos elegir lo justo teniendo la conciencia del destino. Si pienso en las decisiones que he tomado para llegar hasta aquí, hasta este punto de mi vida, la conciencia del destino se encontraba, creo, bastante lejos.*

Puede que estuviera lejos la conciencia clara de por qué dabas ciertos pasos, pero tú has dado estos pasos por una hipótesis última de la vida que es positiva; de otro modo no los habrías dado, ¿no? ¿Cómo era la pregunta?

*Me parece que he elegido sin esa conciencia del destino.*

Ya he respondido a esto. La conciencia explícita del destino... puede haber sido confusa, pero tú has dado estos pasos porque elegías lo que se te ponía delante como lo mejor —aunque fuera confusamente—, como lo más útil, como lo más verdadero. Por eso tenías conciencia del destino, sólo que todavía no estaba clara, aún no era autoconsciente.

Para caminar hacia la verdad de tu destino no es necesario que tengas una conciencia clara del destino. Puede que elijas las cosas que te llevan hacia tu destino incluso, simplemente, por el temor de que «sin esto, ¿qué te queda?»... San Pedro: «¿Señor, si te dejamos, adónde iremos? Sólo Tú tienes palabras que explican la vida».<sup>36</sup> Porque, si eliminas la hipótesis positiva, sólo te queda la hipótesis negativa: ¿y adónde llegamos? La segunda hipótesis nunca es racional, porque no explica nada, nunca es una razón que lo abarque todo. Afirmar el aspecto negativo, caer en la solución negativa, nunca es

racional, ¡nunca!, porque la razón es conciencia de la realidad según la totalidad de los factores que la conducen a su destino. Si un niño –ya puse este ejemplo– al hacerse mayor se plantea la pregunta «¿pero mi madre murió realmente en la guerra o todavía vive?» (porque cuenta con ciertos elementos para dudar); para poderla encontrar tiene que usar una hipótesis positiva. Con hipótesis negativas no se concluye nada, no se descubriría nada, la ciencia no avanzaría y la técnica tampoco.

<sup>34</sup> G. Leopardi, «Canto nocturno de un pastor errante de Asia», en *Poesía completa*, Río Nuevo, Barcelona 1983, p. 179.

<sup>35</sup> O. c., Purgatorio, Canto IV, v. 114, p. 257.

*Has dicho: «O Cristo o la nada». ¿Se puede decir, existencialmente, que también el dinamismo de la libertad sin Cristo es inimaginable?*

Sin Cristo sería algo que uno sentiría como justo, como natural, pero no contaría con elementos para tener una claridad cierta; y, sobre todo, no tendría el elemento fundamental, es decir, el coraje de afirmarla.

*¿Es esto un problema de método?*

Que para resolver un problema sea necesario utilizar una hipótesis positiva y no una hipótesis negativa es la cuestión de método más decisiva que se pueda plantear.

Yo entendí esto gracias a una experiencia que tuve en la escuela y que ya he contado otras veces. En Matemáticas me ponían siempre 4 ó 5, porque no se me daban bien. Yo creía que era serio estudiando; pero no era verdad que estudiara, porque estudiaba distante de la cuestión, sin interés, sin *inter-esse* (en latín, *dentro del ser*), sin meterme dentro. Hasta que llegó, cuando estaba en cuarto curso de básica, un discípulo de Enrico Fermi, su discípulo predilecto, un cierto don Borghi. En el primer examen –seis problemas: un punto menos por cada problema fallado, por tanto, un 4 a quien los hiciera todos mal– nos puso un problema sin solución: teníamos que demostrar al desarrollarlo que no tenía solución. Todos nosotros, intuitivamente, partimos de una hipótesis positiva, ¡así que todos lo resolvimos! La vez siguiente nos dijo: «Atentos, porque el problema sin solución es el primero: tenéis que demostrarlo». Todos tuvimos un 4, porque nadie estaba seguro de haber desarrollado bien el problema; nada más acabarlo parecía estar bien desarrollado, pero después cada uno de nosotros volvía a empezar para ver si se había equivocado en algo... volvía a empezar tres, cuatro, cinco veces, hasta que se pasó la hora.

¿Me habéis entendido? Partir de una hipótesis negativa te impide resolver; tanto es así que cuando se parte con la idea negativa de que la vida no tiene sentido, mengua la vida, falla la vida: por eso ya no se tienen niños.<sup>37</sup>

*¿Qué diferencia hay entre esta hipótesis negativa que bloquea... y el tempera<sup>37</sup> Cfr. L.*



Giussani, *El sentido religioso*, o. c., pp. 156-157.

*mento melancólico que en la Escuela de Comunidad se define como positivo?*

El temperamento melancólico se define como positivo en cuanto que está predispuesto a intuir con mayor facilidad el límite de lo que parece obvio en las cosas. Todas las cosas son limitadas. A partir del siglo XVIII se creyó que el hombre podía resolverlo todo. Y desde esta presunción orgullosa –de la *rana rupta et bos*, como decía Esopo, de la rana que se inflaba para llegar a ser grande como el buey– hemos llegado al siglo XX en el que ha sucedido todo lo contrario: después de la Primera Guerra Mundial todos vieron que el hombre es un desastre; y desde entonces hemos ido siempre de mal en peor. Sólo la afirmación segura de que todo tiene una positividad última permite al hombre afrontar todo, redescubrir y afrontar de nuevo todos los problemas e intentar resolverlos hasta encontrar su solución.

Por eso, la gente, al oír hablar a Jesús, decía: «Éste sí habla con autoridad».<sup>38</sup> ¿Qué quiere decir que un hombre hable con autoridad? Un hombre que habla sabiendo lo que está diciendo y que tiene las razones de lo que afirma, y con el que estás seguro de poder atravesar el vado de la vida. O bien: «Nadie ha hablado nunca como este hombre»;<sup>39</sup> porque nadie explicaba la vida como lo hacía aquel hombre.

Hay una melancolía que hace entender lo limitado de las cosas y que, por tanto, las cosas están hechas y sostenidas por Otro, empujándote a la búsqueda de algo más. Hay otra melancolía, otra tristeza, que dice: «Todo es nada...»... como ciertas personas que luego te hartan porque vienen a ti para consolarse y les dices: «No hombre, mira, también hay cosas buenas...», y te responden: «No, todo es nada... nada merece la pena»... «Pues, ¡entonces vete a tu casa!».

*Hace poco he empezado a relacionarme con un chico de 27 años que tiene un tumor. Ha supuesto para mí una relación provocadora, porque él tiene deseo de vivir y, ante la enfermedad que marca su destino...*

Tenemos, por tanto, una naturaleza que es deseo de vivir, y vivimos una situación que va hacia la muerte.

*...él sentía que su destino era contrario a aquel deseo que...*

¡No! ¡Es erróneo el uso de la palabra «destino»! Su destino era la vida y la circunstancia por la que pasaba era la muerte; ¡pero el destino vence! Por eso existe la inmortalidad y la vida no se resuelve sólo dentro de los límites que atraviesas aquí.

Decir: «Yo estoy mal, voy a morir y, sin embargo, querría vivir; mi destino sería vivir»; decir: «Mi destino sería vivir, pero voy a morir porque tengo tuberculosis, tengo cáncer y voy a morir», no es un razonamiento: es ceder psicológicamente, es ceder a la debilidad. Si tu destino, tu naturaleza te dice «estoy hecho para la vida», quiere decir que esto es más fuerte y prevalecerá, prevalece sobre el que tú, por las circunstancias en las que te

encuentras, vayas a morir. Significa que existe otra cosa u otra postura; si no existiera otra postura, otra cosa que hace que el destino triunfe, entonces todo estaría destinado a convertirse en nada. Todo destinado a convertirse en nada: polvo en la tumba, momia reseca en una prisión de treinta mil años.

Si Cristo nos ha llamado para hacer este camino es para que estemos en medio de la gente siendo capaces de desarrollar la tarea de gritar a todos la verdadera razón (la verdadera razón del ser es el destino inherente a nuestra naturaleza) y, por ello, alentar la esperanza de la gente, sin la cual todo el mundo se vuelve violento con los demás, perezoso en su trabajo (sin ganas de trabajar) y mentiroso frente a lo verdadero.

Es dramático que el noventa y nueve por ciento de las madres ya no enseñe estas cosas a sus hijos, y por eso no son madres. Si ser madre significa expulsar algo del vientre, entonces incluso una yegua puede serlo. Solamente se es madre cuando se educa en el destino. De hecho, si una mujer adopta a un niño de dos meses o tres y le hace crecer enseñándole a vivir y enseñándole el valor del destino, la positividad que tiene su vida, será de verdad su madre. Por eso el problema de nuestra vocación es muy serio; es lo que más necesita el mundo. Pues, ¿de qué tiene mayor necesidad el mundo? Si Dios se hubiera hecho hombre, habría hecho lo que más necesita el mundo: Dios se ha hecho hombre para decir estas cosas, porque el mundo las necesita.

<sup>38</sup> Mt 7, 28-29.

*La libertad puede permitir una adhesión total, pero también un no rotundo, seco.*  
Sobre todo seco: ¡crac!

*¿Cuál es el lado positivo de tener libertad? Porque, me entran ganas de decir que sería mejor no tenerla...*

Mira, léete en *El misterio de los santos inocentes* de Péguy el pasaje donde Dios habla y dice cómo es más hermoso tener como siervos a hombres libres que a esclavos.<sup>40</sup>

Cuando dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza»<sup>41</sup>, hizo al hombre a imagen y semejanza de lo que Él es de manera suprema: libertad suprema. Dios es la libertad. La libertad ha sido el mayor don de sí que Dios ha dado al hombre al hacerlo semejante a Él; por ella el hombre es señor de sí mismo y de lo creado.

Segundo: la aplicación de la libertad es sencillísima. Basta con reconocer y aceptar lo evidente, con reconocer y aceptar, reconocer y adherirse a una presencia evidente. Te encuentras con esta presencia: sales por la puerta y simplemente te topas con ella.

Reconocer es acoger una presencia evidente. Por eso el dinamismo de la libertad es algo sencillísimo, y aquí radica su dificultad: ¡en que es sencillo!

Toda la hostilidad del fuego que intenta quemar la libertad está formada por llamitas que dicen «pero, quizás, si, de todos modos, sin embargo», palabras todas ellas que no te permiten captar la realidad (lo contrario de la razón, que es conciencia de lo real), que te sacan de la realidad, que, por usar una imagen bélica, disparan contra ti un «fuego cruzado» para obstaculizar e impedir tu camino hacia la realidad,<sup>42</sup>. Pero el término

bélico no nos evoca una imagen adecuada; porque el término bélico en la Biblia es metáfora que se aplica a Dios, es un término divino, tanto es así que la Biblia ha hecho de la presencia de Dios un sujeto de guerra para salvar al pueblo hebreo, para mantener su posesión.

<sup>40</sup> Ch Péguy, *El misterio de los santos inocentes*, Ed. Encuentro, Madrid 1993, pp. 51 ss. <sup>41</sup> Gn 1, 26.

*Un aviso. Las visitas médicas empezarán después de Navidad, y sobre ello quería decir dos palabras. Os pedimos, los que tendremos que juzgar el modo en que proseguiréis el próximo año vuestro camino en el Grupo Adulto, que tengáis una entrevista con un médico, porque el camino requiere ser recorrido con toda la persona por entero, incluyendo su aspecto físico y psíquico.*

El fin de esta visita es únicamente que el aceptaros de modo definitivo en el camino del Grupo Adulto no vaya en contra de vuestra libertad. Que sea una condición en la que podáis ser libres, estar libres, no agobiados. ¿Me explico? Es por amor a vuestra libertad.

<sup>42</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, o. c., p. 47. Capítulo Tercero LA OBEDIENCIA

Hoy vamos a dar otro paso en la meditación. ¿Qué significa meditar? Significa tomar conciencia de una verdad de forma que se despliegue ante tus ojos y puedas penetrar en ella, esto es, que no sea como un papel clavado en la pared, en la pared de tus ojos, es decir, en la pared de tu corazón, sino que sean palabras vivas en las que puedas adentrarte. Nosotros sólo podemos penetrar en palabras vivas, en palabras que nos dicen los que viven con nosotros, los que participan en nuestra vida.

### *1. La consecuencia razonable de la fe*

Hemos hablado hasta ahora de la fe y de la libertad como condición de la fe. Sin libertad no hay fe, sólo un asno que rebuzna (si vas detrás de él y le pinchas con una larga aguja de hacer punto, ¡reaccionará!). Hoy vamos a ver cuál es la virtud que deriva de la fe. La fe es un acto de conocimiento y la libertad es la condición para que suceda. Este acto de conocimiento, como todo acto de conocimiento, ¿qué sentimiento produce? ¿Qué tipo de afectividad genera? A todo conocimiento le sigue un afecto: ¿qué afecto deriva del conocimiento de la fe? O bien, dicho de otro modo, ¿qué tipo de virtud caracteriza a la fe? ¿Cuál es la virtud propia de la fe? Donde la palabra «virtud» explica la palabra «afecto» o «afectividad».

La afectividad es un comportamiento. Ves un palo y, como te encuentras muy débil por culpa del estudio, te parece que es tu novia: a un mal conocimiento le sigue un mal afecto. El afecto es la actitud que asumes hacia el objeto conocido: habías creído que el palo era una preciosa chica y has adoptado entonces cierta actitud, pero, ¡te has quedado chafado! El afecto es una actitud que se adopta hacia el objeto conocido.

La actitud adecuada hacia el objeto conocido, el afecto justo que nace hacia un objeto conocido se llama virtud. Habituar a identificar un verso lleno de verdad y de sentido antes de rezar la *Hora intermedia*, «estar-habituados-a», se llama virtud; por ejemplo, tener la virtud de la piedad. Por tanto, la virtud es una actitud justa, normalmente justa, dirigida hacia el objeto conocido, una actitud habitualmente justa hacia el objeto conocido.

Bebo porque tengo la boca seca. Pero podría haber bebido así: como el agua está aquí, bebo. En cambio, me siento agradecido a Gloria porque me ha traído, gentilmente, un vaso de agua; no se lo había pedido. Al beber estoy agradecido a Gloria porque me ha traído el vaso de agua. Esto es una virtud, la virtud de la gratitud.

Los pasos que demos deben ser de tal género que ya no podamos volver atrás. Tienen que estudiarse, meditarse —es decir, deben desplegar su significado ante nuestros ojos— y comprenderse. Por eso tenemos que comentarlos entre nosotros de forma que sean pasos que permanezcan, esto es, que el camino crezca. En este sentido es mejor ir despacio, porque quien va despacio camina a salvo y llega lejos.

La obediencia nace como actitud razonable

Seguramente os acordáis de aquel día<sup>1</sup> en que Jesús era seguido por una gran multitud que, para oírlo hablar —y esto es impresionante—, no se acordaba ni siquiera de comer, no sentía ni siquiera cansancio, y hacía casi tres días que lo seguían. Jesús, al llegar a la cima de una colina, vio a aquella muchedumbre que cubría las laderas del monte... «y tuvo piedad de ellos». Son esos breves apuntes que el Evangelio indica (en particular, el que ya cité en otra ocasión),<sup>2</sup> los que abren una ventana al panorama inmenso del alma de Cristo. «Jesús se volvió y tuvo piedad de ellos porque eran como una grey sin pastor». Tuvo piedad de ellos no sólo porque tenían hambre y estaban cansados y continuaban siguiéndolo impertérritos; su pensamiento se ensanchó: ¿por qué aquella gente tenía ese hambre y esa sed de sus palabras? Porque nunca habían oído hablar a nadie como a Él, nunca habían oído a nadie decir las cosas que Él decía, y, sin embargo, lo que Él decía era aquello para lo que esa gente había nacido, para lo que sus madres los habían dado a luz. Habían nacido para escuchar aquellas palabras, pero nadie se las decía. «Y tuvo piedad de ellos». Esta piedad se tradujo inmediatamente en una constatación realista: tenían hambre. Tener piedad de la gente porque no conoce su destino y tener piedad de la gente porque tiene hambre (porque hace tres días que siguen a uno que habla de su destino) es lo mismo, es un único gesto. Por eso dijo a los apóstoles: «Haced que todos se sienten». Se sentaron... y, en fin, los sació a todos.

<sup>1</sup> Cfr. Mc 6, 30-44; Jn 6. <sup>2</sup> Mt 9, 36.

Aquellos, que lo habían seguido para oírlo hablar, se quedaron tan fascinados ante este último gesto —pues con él se salvaba hasta el aspecto económico: comieron sin pagar—

que en ellos la exaltación llegó al máximo y todos se pusieron a gritar que Cristo era el rey que tenía que venir, el rey –hijo de David, descendiente de David– que tenía que venir y poner el mundo entero en manos de los judíos, que iba a hacer del pueblo judío el amo del mundo. Salvador: aunque para ellos «salvador» y «amo» era lo mismo; en la dureza de su alma las dos cosas eran lo mismo. «Entonces todos se pusieron de acuerdo –dice el Evangelio– para hacerlo rey». Pero Él se apartó de ellos y pasó furtivamente, con la barca, a la otra orilla del lago. Al otro lado del lago estaba el pueblo de Cafarnaúm, con su hermosa sinagoga, cuyos restos todavía pueden verse hoy.

Al día siguiente era sábado y en Él era habitual ir a la sinagoga. Había entrado en el mundo como un hombre, un hombre como los demás; por eso, como los demás israelitas de su época, iba a la sinagoga el sábado; también Él iba a la sinagoga y oraba con todos los demás, decía los salmos que nosotros decimos y que ya entonces rezaban los hebreos. Quien quería podía levantar la mano y salir para leer algún pasaje de la Biblia, que podía ser el que le cayera bajo la vista, así, por casualidad, o bien el que hubiera sido fijado para aquel día. Jesús siempre aprovechaba la ocasión para levantar la mano y salir a hablar. La novedad que empezó a «decir», la dijo dentro de lo antiguo: era un nuevo modo de ver el mundo; las palabras eran las mismas, pero era un nuevo modo de ver las palabras antiguas. Insisto, porque ésta es la vida del cristiano; ser cristianos es esto: una novedad que se abre siempre paso a través de las palabras antiguas.

Aquel día el pasaje de la Biblia era el de los israelitas en el desierto, cuando habían sido saciados por Dios con el maná. Jesús dijo: «Vuestros padres fueron saciados con el maná, pero luego murieron. Yo os traigo un maná, un pan, que quien coma de él ya no morirá». Todos, al principio, entendieron que se trataba de una metáfora (metáfora, comparación abstracta; si digo que «mis palabras deben ser como el pan para tu alma», tú entiendes que no es que sean pan para comer con la boca; como el pan es alimento para el cuerpo, de igual modo las palabras son alimento para el alma): «Vuestros padres comieron el maná y luego murieron. Mis palabras son como el pan: quien las coma, es decir, quien las asimile, no morirá». Digo que la gente, aunque un poco extrañada, entendía que se trataba de una metáfora, que era un modo de hablar. Pero, mientras está pronunciando este discurso, se abre el portón del fondo y entra una oleada de gente; eran los del día anterior que querían proclamarlo rey. Cuando Él, hábil y misteriosamente, huyó, pensaron: «¡Habrà ido a Cafarnaúm!». Dieron entonces toda la vuelta al lago para volverse a encontrar con Él y entraron en la sinagoga justamente cuando estaba hablando.

A Jesús –que era un hombre como los demás, como uno de nosotros que al ver algo bonito se conmueve– se le turbó el corazón cuando vio a aquella gente entrar en la sinagoga, cansada, sin haber comido: no se había dado descanso hasta encontrarlo de nuevo. Y al igual que en nosotros la emoción, la turbación del corazón, puede engendrar una imagen nueva, una idea bonita, del mismo modo, se le ocurrían a Jesús las cosas: se

le ocurrió entonces la idea más bella que tuvo en su vida. Cambió de improviso el sentido de sus palabras, el significado de su discurso, y dijo: «Vosotros me seguís porque os he saciado con pan, gratuitamente, pero yo os daré “otra” cosa para comer, os daré a comer mi carne y a beber mi sangre. Y quien coma de este pan y beba de esta sangre vivirá para siempre».

Esta vez, al cambiar el discurso, el significado de la palabra pan resultó más evidente que la primera vez. Todos entendieron que no hablaba con metáforas, que no era un modo de hablar: hablaba en serio.

Entonces los jefes –los periodistas, los políticos, los profesores de Universidad o Bachillerato–, los que intentan dictar a los demás su propia concepción de la vida, que por entonces se llamaban escribas y fariseos, empezaron a decir a la gente (por fin tenían motivo para hacerlo; antes estaban allí rabiosos pues no tenían ningún motivo): «¿Lo habéis oído? ¡Está loco, está loco! ¿Quién puede dar su carne a comer y su sangre a beber? ¡Está loco, está loco!». Propagaron la idea, la convicción de que estaba loco. Y la gente, que siempre sigue como borregos –por eso hay que meditar, como he dicho antes–, toda la gente repetía las mismas palabras: «¡Está loco, está loco! Pero, ¿cómo puede éste darnos a comer su carne?». Y mientras decían «¡Está loco, está loco!», los fariseos insistieron: «¡Salgamos, salgamos de aquí, dejémoslo, vayámonos!». La gente, lentamente, siguió a los fariseos y escribas y salió de la sinagoga hasta que –ya era tarde, parece que estas reuniones tenían lugar por la tarde–, en la penumbra de la tarde, se hizo un gran silencio dentro de la sinagoga, y Jesús se quedó como mirando al vacío. Imaginad qué dolor debía sentir: el momento supremo de incomprensión de los hombres... el símbolo de la incomprensión de los hombres, porque el momento supremo lo conocería un poco más tarde.

Pero un grupito se quedó: el grupito de los *aficionados*, la banda, una banda sin armas, ¡pobres hombres! Allí estaban todos con la cabeza gacha, en silencio. Y Jesús, que, cuando decía las cosas para las que había venido, nunca cedía, seguía insistiendo; mientras la gente decía: «¡Está loco, está loco!», Él insistía diciendo: «Si no coméis mi carne no entraréis en el reino de los cielos», es decir, en la verdad de las cosas; no os salvaréis, os perderéis a vosotros mismos. Entonces, a aquella docena de personas que se quedaron allí en silencio, les dijo: «¿También vosotros queréis iros?». No atenuó el carácter inconcebible de lo que estaba diciendo, sino que insistió: «¿También vosotros queréis iros?». Entonces Simón, como de costumbre, se hizo portavoz de todos, e impetuosamente dijo: «Maestro, tampoco nosotros comprendemos lo que dices, pero si nos alejamos de ti ¿adónde iremos? Sólo Tú tienes palabras –la verdadera traducción debería ser ésta– que corresponden al corazón, que dan sentido a la vida». Pero, ¿qué significa «palabras que corresponden al corazón»? ¡Palabras razonables! La razón es descubrir la correspondencia que se da –al menos esto ya lo dijimos la última vez– entre lo que uno dice de la realidad y lo que el corazón espera de la realidad: la correspondencia que hay entre lo que uno dice de la vida y las exigencias

que el corazón tiene ante la vida, como dice *El sentido religioso*.<sup>3</sup>

Maestro, si te dejamos, ¿adónde iremos? Sólo Tú tienes palabras que explican la vida, que dan sentido a la vida; sólo Tú tienes palabras que hablan de la vida de un modo razonable, de un modo que corresponde al corazón. Hablar de acuerdo con las exigencias del corazón debería ser fácil, y, sin embargo, ya vimos la última vez que es lo más difícil, lo más excepcional que existe.

Ante el hecho realmente excepcional de que aquel hombre hablaba de un modo que correspondía al corazón, que explicaba la vida de un modo que correspondía al corazón —por eso era verdadero—, ante la evidencia de la verdad que contenían las palabras de aquel hombre, ante la correspondencia que experimentaban, evidente, ante la correspondencia evidente que había entre lo que decía y su corazón —hacía meses que lo oían hablar, y cada vez era mayor esa impresión de que era el único que hablaba de un modo que correspondía al corazón—, ¿qué tenía que hacer la gente? ¿Era más lógico, era más razonable escandalizarse porque decía cosas que no entendían, o era más razonable decir «esto no lo entiendo, pero si me alejo de él, nadie me habla ya conforme a mi corazón»? Esto no lo entiendo, pero nadie habla tan razonablemente como este hombre; por eso estoy obligado a ser leal a este hombre, a ser sincero con él, es decir, a seguirlo.

La reacción inmediata que uno experimentaba, que un hombre justo sentía ante la pregunta «¿También vosotros queréis marcharos?» era ésta: «Nosotros tenemos que seguirte porque eres la única persona, el único caso excepcional de alguien que habla siempre de un modo que corresponde al corazón. Y si ahora dices algo distinto significa que nosotros, de momento, no lo entendemos. Nos lo explicarás, lo entenderemos mañana; pero no podemos dejarte porque no entendamos estas palabras». Pues incluso de las palabras que no se entendían, como «Os daré mi carne para comer», uno no podía decir: «¡Es una locura!»; sólo podía decir: «¿Qué querrá decir?»; la actitud razonable era ésta: «¿Qué querrá decir?».

<sup>3</sup> Cfr. L. Giussani, *El sentido religioso*, o. c., pp. 17-20.

Hay que añadir, además, algo evidente: aquella multitud que había ido a la sinagoga porque el día anterior había sido saciada gratis, y que, instigada por los fariseos, se marchó, no actuó razonablemente. ¿Por qué? Si se fueron únicamente porque ahora decía algo incomprensible, realmente incomprensible —no podría decirse que estuviera contra el corazón, pero sí que era incomprensible—, no obraron de modo razonable, porque realizaron un acto que contradecía lo que habían visto el día anterior. El día anterior lo habían seguido porque les había distribuido pan; irse ahora porque no entendían era negar la evidencia del día anterior. El día anterior vieron algo excepcional, hasta el punto de que fueron a buscarlo; ahora, como no entendían lo que decía, como era incomprensible, se marchaban dejándolo allí y diciendo: «¡Está loco!». Muy bien, puede que esté loco... o puede que el loco seas tú, ¡porque eras tú el que había ido allí a



buscarlo el día anterior! Lo más probable es que el día anterior el loco fueses tú. Pero ellos tampoco razonaron así: era evidente que lo que habían hecho el día anterior estaba bien; no se arrepintieron de haber ido a buscarlo sin haber comido durante más de un día. Era demasiado evidente lo que Él había realizado el día anterior.

Por eso, ante el hecho excepcional de que aquel hombre hablaba siempre de un modo que correspondía al corazón como jamás había habido otro, la consecuencia más inmediata y lógica era seguirlo, como dijo San Pedro: «Si nos alejamos de ti, ¿adónde iremos? No hay otro sentido en la vida. Sólo Tú tienes palabras que explican la vida, palabras correspondientes al corazón». De hecho, todo el que se marchó se contradijo a sí mismo, se fue contradiciéndose a sí mismo.

Resumiendo: hemos visto, en primer lugar, un pasaje del Evangelio cuya conclusión justa fue la que adoptaron los apóstoles, quienes, como el resto de la gente, habían visto desde hacía meses lo que había dicho y hecho Jesús. Todos decían: «Realmente ha surgido un profeta. Es algo milagroso. Es el único que habla de este modo. Éste sí que habla con autoridad»; porque lo que decía correspondía a su corazón. Pero en un determinado momento, cuando se vieron ante una expresión suya que resultaba totalmente incomprensible, incomprensible para ellos, cedieron a la opinión pública, a los periódicos, a la televisión y a los políticos, y dijeron: «¡Está loco!», porque decía algo que se salía de sus hábitos mentales; no es que estuviese en contra del corazón, sino que era incomprensible. Lo justo fue lo que hicieron Pedro y los demás amigos suyos, que también lo siguieron: «Tampoco nosotros entendemos, pero nadie habla conforme al corazón humano como tú. Por eso si te dejamos, ¿con quién nos vamos? La vida ya no tendría sentido». Por esta razón lo siguieron. Los razonables fueron ellos: Simón fue razonable, y razonables fueron los apóstoles que se quedaron allí, cohibidos, porque tampoco ellos entendían. Pero de todos modos, lo siguieron: éste es el origen de una actitud afectiva. Los demás se marcharon rechazándolo, a pesar de lo que habían visto y oído; este grupo, en cambio, se quedó adhiriéndose a Él, y siguiéndolo: es el inicio del concepto de obediencia que nace de la razón, o que nace –mejor– como actitud razonable. «¿Quién habla como tú? Sin ti la vida no tiene sentido; sólo tú sabes dar sentido a la vida»: se trataba de una actitud favorable a Él, una actitud de adhesión a Él, a la que le llegaba el momento de la prueba, de ser puesta a prueba. Pues bien, era justo seguirlo, porque de otro modo tendrían que haber renegado de todos los meses anteriores que habían estado con Él, en los que les había resultado evidente que aquel hombre era distinto de los demás.

El contenido de la palabra seguir

Segundo punto. ¿Podemos explicar mejor, precisar más el contenido de la palabra seguir, de esta adhesión afectiva que Simón y los demás adoptaron, y que les hizo quedarse con Él? Se quedaron con Él. Fijaos: no se pusieron de su parte, no se puede decir sólo que «se pusieron de su parte», como si hubieran aprobado lo que Él decía; no dijeron

«aprobamos lo que dices», porque ni siquiera ellos comprendían, sino «con Él». Lo siguieron, se adhirieron a Él, a pesar de que no entendían. ¿Me explico? Lo siguieron: ¿hay algo que explique mejor lo que Simón y los otros once hicieron en aquel momento de crisis, o de prueba, que este quedarse con Él?

Para entender mejor este paso, ya no tenéis que leer Juan 6, sino la carta de Pablo a los cristianos de Filipo cuando dice: «Tened en vosotros los mismos sentimientos que Cristo tuvo hacia el Padre». <sup>4</sup> Tened en vosotros hacia Cristo los mismos sentimientos que Cristo tuvo hacia el Padre. Seguir a Cristo significa tener los mismos sentimientos de Cristo, los mismos sentimientos que Cristo tuvo hacia el Padre; seguir a Cristo significa asimilar, asumir la misma actitud que Cristo tuvo hacia el Padre. Para Cristo era evidente que el Padre era el Dios del cielo y de la tierra. Porque Cristo era un hombre. «¿Cómo tenemos que orar?».

<sup>4</sup> Flp 2, 5-11. «Padre nuestro, que estás en los cielos, venga a nosotros tu reino...»: enseñó así.

La misma actitud que Cristo tuvo hacia el Padre debemos tener nosotros hacia Cristo. Para Cristo era evidente que todo procedía del Padre. ¿Y cuando el Padre permitió que lo mataran? «Padre, si es posible, que no me maten; pero no se haga mi voluntad sino la tuya». Para Cristo era evidente que a Dios le pertenecía todo; por eso era necesario adherirse al Padre, incluso cuando a Él le resultaba incomprensible su actitud.

Cristo se adhirió al Padre, y lo siguió, incluso cuando el Padre permitió que Lo mataran, cosa que era injusta, y que Cristo, como hombre, no entendía, hasta el punto de que rezó: «Padre, si es posible, que no muera». No se puede ir en contra del Padre por la evidencia que tenemos cuando hacemos lo contrario. Sin el Padre la vida no tiene sentido. También el hombre debe tener hacia Cristo la misma actitud que Él tuvo hacia el Padre. Cristo dice algo incomprensible; pero si negamos eso, lo negamos todo, no existe ya nada, así que es justo adherirse a Cristo. Seguir a Cristo significa tener hacia Él los mismos sentimientos que Cristo tenía hacia el Padre, hacia el misterio de Dios.

¿Con qué palabras podemos definir la actitud que Cristo tenía hacia el Padre? Con las que San Pablo utiliza unas líneas más abajo: «Se hizo obediente hasta la muerte». Simón y los demás se hicieron obedientes a Cristo incluso ante lo incomprensible. Así como la actitud de Cristo hacia el Padre fue obedecer, incluso cuando permitió que muriera, también nosotros debemos tener hacia Cristo la misma actitud: la obediencia incluso cuando nos encontramos ante algo que no entendemos.

Así pues, seguir a Cristo significa, explicándolo con más precisión, tener los mismos sentimientos que Cristo hombre tuvo hacia Dios. Nosotros debemos tener hacia Cristo hombre la misma actitud que Él tuvo hacia el misterio de Dios: la actitud de la adhesión, de la obediencia. La obediencia define la actitud de Cristo ante el Padre: Cristo reconoce,

acepta y se adhiere al designio del Padre, de modo que, aun cuando este designio implica su muerte, Cristo reconoce que ése es el camino de su vida. La obediencia al Padre es, para Cristo hombre, seguir al Padre; el mismo sentimiento tiene que existir en nosotros hacia Él: seguir a Cristo, obedecerlo.

Como tarea, vais a leer el Evangelio de San Juan, del quinto al octavo capítulo, buscando todas las frases que tengan un sentido de seguimiento, que tengan un sentido de obediencia, todas las frases que demuestren que Cristo era obediente al Padre; por ejemplo: «Yo siempre hago la voluntad de mi Padre». Y copiáis todas esas frases en vuestro cuaderno: ¡luego habrá un examen! La clase es el mundo, y la puerta de esta clase es el juicio final; se saldrá por la puerta de esta clase con una hoja que llevará estas frases escritas: ¡será una parte del examen!  
Por eso Dios lo ha glorificado

Dice San Pablo en el segundo capítulo de su carta a los Filipenses, un texto importante que ya he citado: «Por eso Dios lo ha glorificado». Él siguió al Padre, y por eso el Padre lo glorificó, lo exaltó. «Tú has obedecido, y yo cumplo aquello para lo que tu corazón ha sido hecho, pues tu corazón ha sido hecho para ser el salvador del universo, del mundo». Y puso todo en sus manos, sigue diciendo San Pablo: «Todo lo ha puesto en sus manos».

De manera análoga Jesús dice en el Evangelio de San Juan: «Quien me obedezca, hará las cosas que yo he hecho, realizará los milagros que yo he realizado, y los hará aún mayores». Porque la evidencia de la fuerza de Cristo es mayor ahora, en este mundo que está totalmente contra Él, la fuerza de Cristo es mucho más poderosa ahora, en su Iglesia, que hace dos mil años. Hace dos mil años hacía algunos milagros, ahora los hace a montones. El valor de Cristo y de su cuerpo, misterioso, pero visible, demuestra ser mucho mayor ahora que hace dos mil años.

La segunda parte de la tarea es leer con atención, buscando las frases, los capítulos del 14 al 17 del Evangelio de San Juan. Antes de poneros a leer el Evangelio rezad un *Gloria* al Espíritu, en quien tienen su origen la razón y la inteligencia del hombre, según la totalidad de su amplitud, es decir, según la agudeza de la fe. Porque la fe es el vértice del conocimiento humano, el vértice del conocimiento de la razón, es un don que recibimos, es el don de participar del Espíritu de Cristo que posee el mundo y «toda carne».<sup>5</sup>

Lo razonable de seguir

Precisamente porque Cristo fue obediente hasta la muerte, Dios lo exaltó y le dio un nombre más grande que a los demás. La exaltación de nuestra vida sucede del mismo modo. Nuestra vida, si es obediente, se vuelve más grande de lo que nunca habría podido ser, es decir, se realiza.<sup>6</sup>

Para nosotros la obediencia, esto es, seguir el proyecto de Otro, cumplir su voluntad, resulta razonable únicamente en un caso: cuando se es consciente de que en ella reside el éxito de la vida. Se puede vivir en un convento durante decenas de años sin tener esta conciencia; y entonces se vive mal, porque el hombre no puede vivir dedicado al Señor sin la conciencia de que esto realiza su vida más que si hubiera hecho lo que quería, sentía o imaginaba. El Evangelio explica este concepto de la siguiente manera: «Quien me siga tendrá la vida eterna y el ciento por uno aquí». El céntuplo es el verdadero éxito, un éxito que empieza ya en este mundo y que se cumple plenamente en la eternidad.

<sup>5</sup> Cfr. Jn 17, 1 ss.

<sup>6</sup> Cfr. los conceptos de «éxito parcial» y «éxito total» en L. Giussani, *La conciencia religiosa...*, o. c., pp. 17-21.

¡Feliz Navidad a todos! Pedid al Señor en la noche de Navidad la gracia de que convierta vuestra vida en un testimonio de Él, porque el testimonio de que Dios se ha hecho hombre... ¿Os he contado ya lo de Manfredini? ¿Lo de Monseñor Manfredini, el obispo de Bolonia que ya murió, uno de los mayores obispos de esta época de pobre clero? Una vez que íbamos hacia la iglesia por la tarde —estábamos bajando atropelladamente la escalera porque llegábamos tarde— Manfredini se me puso al lado y me cogió del brazo. Entonces le dije: «¿Qué quieres?». «Pero, ¿te das cuenta? Dios se ha hecho hombre, ha nacido como un hombre...» Dio un paso hacia adelante y luego se volvió hacia atrás: «¡Es algo del otro mundo!» Y yo le respondí seriamente: «Sí, es algo del otro mundo... ¡en este mundo!».

¿Y cuál es el instrumento que utiliza para hacernos comprender que es así? La vida de aquellos que son llamados para esto, para dar testimonio de una vida cambiada por la fe. Por eso, en Navidad hay que pedir a Cristo que, ya que ha empezado en nosotros la obra buena, la lleve a término plenamente. ¿Y cuál es la obra buena, la gran obra buena, lo más valioso para el mundo? El testimonio de Cristo. Si quitas esto, eliminas el sentido de todo lo que sucede, eliminas el sentido del mundo. Y entonces el mundo se convierte en desierto y vacío, como dice Eliot.<sup>7</sup>

## *2. La verdadera obediencia es una amistad* Seguir a uno que va por delante de ti

Seguir significa mirar a alguien que va por delante de ti. ¿Cuál es la primera característica, la característica fundamental del que está delante de vosotros? El que está delante de vosotros es el rostro con que os habéis encontrado y que ha sido el primero en daros un empujón, en transmitir os una idea, un deseo. Desde el punto de vista exterior ha sido alguien, el encuentro con alguien (un compañero, un sacerdote...) o con algunos en un cierto contexto (en una iglesia, en una calle, en clase en el colegio, en el trabajo) lo que os ha hecho decir, casi sin pensarlo: «¡Qué diferente es éste!». Os ha hecho daros cuenta de una diferencia, una diferencia humana cuya característica es que corresponde, por su sencillez, de manera más aguda, más profunda, al corazón; una humanidad diferente, una diferencia en el modo de vivir lo humano, un impacto que vosotros habéis

recibido –confusamente, más o menos confusamente, pero que habéis registrado– porque el modo de vivir de ése o de aquellos corresponde a la exigencia de vuestro corazón de forma distinta a lo normal, es decir, que conlleva un ideal, suscita o provoca una imagen ideal que nunca había suscitado el modo de vivir de los demás.

<sup>7</sup> Cfr. T. S. Eliot, «Los coros de “La Roca”», en *Poesías reunidas 1909-1962*, Alianza Editorial, Madrid 1994.

Más concretamente, tiene algo en lo que vosotros nunca os habíais parado a pensar; pero sobre lo que ahora tenéis que pensar: ese hombre, esa gente, esos compañeros... esa diferencia entraña ante todo una seriedad en el vivir. La vida para esa persona es algo serio, denota una seriedad en el vivir que lleva consigo un gusto por vivir, una voluntad de hacer, una utilidad en sus relaciones, una bondad.

Normalmente, para todo el mundo, es serio en la vida el problema del dinero, es serio el problema de los hijos, es serio el problema del hombre y de la mujer, es serio el problema de la salud, es serio el problema político; para el mundo, todo es serio excepto la vida. No me refiero a la vida natural –la salud es algo serio–, sino a «la vida». Pero, ¿qué es «la vida» además de la salud, del dinero, de la relación entre el hombre y la mujer, de los hijos, del trabajo? ¿Qué es la vida además de todo esto? ¿Qué implica? La vida es todo esto, pero con un fin, con un significado. A vosotros os ha impresionado un modo de vivir que anunciaba, que implicaba –no es que os hayáis dicho a vosotros mismos todas estas cosas; pero si volvéis a pensar en ello, ¡las encontraréis todas en vuestros comienzos!–, que llevaba consigo la afirmación del significado de la vida: la vida es algo serio que tiene un significado, es muy seria; por eso es una tarea que guarda relación con todo el mundo, con todo lo creado, con todos los tiempos; es una tarea ante la historia, ante el tiempo y el espacio, y tiene un significado último, definitivo, completo.

Seguir: comprender e imitar

Pero, ¿cómo llega a convertirse en seguimiento el hecho de mirar a alguien que tienes delante? Imitándolo; debes mirar a quien tienes delante e imitarlo. ¿Qué quiere decir imitarlo? Quiere decir dos cosas: en primer lugar, entender lo que dice, entender los pasos que da –los pasos del hombre se traducen en pensamientos, en palabras, en juicios... por tanto, comprender sus pensamientos, comprender lo que dice– y, luego, imitar cómo actúa.

Si te quedas en lo primero, sólo en oír las palabras, no lo sigues; tienes que intentar también prestar atención a cómo se mueve e intentar actuar como él. Por eso, no todo el que habla es maestro, porque para ser maestro se requiere además mostrar cómo se actúa; más aún, ser maestro es usar las palabras de tal modo que por la forma misma en que las utilizas, haces entender cómo se deben usar.

Comprender lo que otro dice exige el mínimo de esfuerzo que se pueda concebir: exige

sencillez, exige un corazón de niño; y estar atentos a cómo él actúa supone, igualmente, tener una curiosidad de niño.

Hay una palabra que lo indica muy bien: el seguimiento. Nosotros solemos decir que la regla de la vida es el seguimiento. Si no os gusta la palabra, como tampoco a mí me gusta, podéis dejarla de lado; lo importante es captar el concepto. El concepto supone: primero, alguien que se tiene delante; segundo, alguien cuyas palabras intentamos entender; y tercero, alguien de quien intentamos entender cómo las realiza, cómo las vive. El conjunto de estos tres factores se llama seguimiento. Sin seguimiento, sin un seguimiento intenso, nuestra vida no tiene nada delante de sí, no sabe qué pensar ni cómo actuar; por eso identificará como pensamiento suyo lo primero que se le ocurra (la reacción de su parecer) e identificará como regla de acción lo que le venga en gana (es decir, tendrá como regla la instintividad). La alternativa a la vida como seguimiento es la instintividad, es decir, el hombre que se degrada, que degenera en animal (pero, para entender estos pensamientos, se necesita tener un corazón tan pobre que sea ya muy sabio; ¡es necesaria mucha sabiduría para entenderlos!).

### La obediencia, gesto del yo

Así pues, seguir conlleva el intento de entender lo que se te dice. Y, ¿qué quiere decir entender? Entender es un acto de la razón, es un verbo que se refiere a la razón, es el «modo de vivir» de la razón. ¿Qué quiere decir que entender es el modo de vida de la razón? Quiere decir sorprender, aferrar, que te resulte evidente (o al menos, que intuyas) la correspondencia que hay entre lo que se te dice y lo que eres (lo que a tu corazón le apremia, es decir, las exigencias de tu vida, las exigencias profundas del yo). Comprender significa captar la correspondencia profunda que hay entre lo que se te dice y tu yo, las exigencias de tu yo, las exigencias profundas de tu corazón, las exigencias profundas de tu vida.

Por eso, seguir no es igual que ponerse un abrigo (estoy ya vestido, más o menos bien, tomo un abrigo y me lo pongo); no, no se trata de un abrigo, como el concepto que circula por ahí de obediencia, según el cual obedecer es decir «sí, señor», hacer lo que te digan. ¡¡No señor!! Obedecer empieza como un esfuerzo y un trabajo (notad que es un problema de sencillez de corazón reconocer la evidencia de la correspondencia entre lo que se te dice y las exigencias de tu corazón, de tu vida). Lo que se te dice es por amor hacia tu vida y por eso, ¡lo tienes que escuchar! Lo que se te dice hace crecer el gusto por tu vida, hace que sea más verdadera toda tu vida. Para poder decir yo, conscientemente, con una dignidad cada vez mayor –como decía *En Camino*<sup>8</sup>–, tienes que escuchar verdaderamente lo que se te dice, tratando de entender.

A medida que lo vas entendiendo, ya no dependes de quién te lo dice; a medida que se te dice, quien te lo ha dicho es como si llegase a ser uno contigo: te sigues a ti mismo. Paradójicamente, la forma extrema de la obediencia es seguir el descubrimiento de uno

mismo que se da a la luz de la palabra y del ejemplo de otro, sin los cuales uno tanteaba en la oscuridad, o vivía como un animal.

Porque corresponde a lo que tú eres, te digo: «Haz esto, estate atento a esta otra cosa». Te lo digo por amor a tu vida, ¿y sabes qué me hace capaz de decírtelo por amor a tu vida? El amor a mi vida. Porque yo me he tomado en serio mi vida te digo: «Mira, por favor, esto es importante para tu vida. Si me sigues, lo entenderás; así, después, te seguirás a ti mismo; seguirme es como seguirte a ti mismo; somos amigos».

El verdadero seguir es amistad

Esto es la amistad. La verdadera obediencia se da cuando se alcanza este nivel de amistad; de otro modo no es obediencia, es esclavitud, es cosa de niños y de «señora maestra» (¡pero con vara!). Si tratas de entender, cada vez te resultará más fácil y tendrás más ganas de comprender cómo vivo yo lo que te enseño, o cómo vive lo que te dice el que va por delante de ti: «¿Qué haces para vivirlo?» le preguntas, sin decirlo. Seguir a quien tienes por delante significa preguntarle: «¿Qué haces para vivirlo? ¿Cómo puedo vivirlo?». Entenderéis que aquí el acento principal está en el deseo, el deseo de vivirlo también nosotros. La seriedad del vivir, la verdad del vivir y el deseo de vivir. Es el deseo de vivir lo que te hace preguntar: «¿Cómo lo haces tú?, ¿cómo realizas lo que entiendes?».

¿Comprendéis ahora por qué dije antes que la verdadera obediencia es una amistad? Porque si te ayudo a entender que lo que digo te lo digo porque corresponde a las exigencias de tu corazón, tú me dirás: «¡Gracias por habérmelo dicho! ¡Gracias por decírmelo!», y así se hará tuyo y deberás entonces seguirte a ti mismo, lo que equivale a seguir tu conciencia. Nuestra verdadera conciencia es la conciencia una vez ensanchada y madurada por un encuentro. Y ello nos hace amigos.

<sup>8</sup> L. Giussani, *En camino*, en «Está, porque actúa», suplemento de «30 Días» n. 81, Madrid 1994, pp. 16-17.

Al ser amigos entendemos más; al situarse desde el punto de vista de la amistad uno se percata de que desea más, de que tiene más deseo de preguntar: «¿Y tú qué haces, cómo lo haces?». Y el otro te contestará: «¡No te lo sé explicar, mírame!», o bien: «¡Vente conmigo!», o bien: «Empieza a hacer esto», o bien: «Márcate, por ejemplo, momentos durante el día en los que digas ‘Dios’, pero dilo parándote y pensando en la palabra que estás diciendo, o si eso te resulta abstracto, di: ‘Ven Señor’. Esto es ya más fácil que esté lleno de sentimiento: dilo tres veces al día», o bien: «Párate a pensar, tres veces al día, durante dos minutos, en el momento en que Dios se hizo un ‘grumo’ de sangre en el cuerpo de una mujer: el *Angelus*», o también te puedo decir: «Canta una canción, por ejemplo, *Povera voce* o *Mi prendi per la mano*; canta esta canción, pero pesa las palabras, fíjate en las palabras», o bien te digo: «Di todas las noches el Ave María para que entiendas las cosas que no entiendes y sepas entonces cómo actuar, porque no sé



decirte otra cosa; pero al mismo tiempo mírame, mira cómo me muevo yo», o también: «Si no entiendes lo que hago, pregúntamelo; así me resultará más fácil contestarte, te lo explicaré mejor. Porque de otro modo será teórico; si tú me preguntas cómo se hacen las cosas, te responderé de forma teórica, pero si tú me dices ‘¿por qué has hecho esto?’, entonces seré más concreto, más práctico».

La amistad se desarrolla así; esto es amistad. Por eso, el verdadero seguir es amistad, la verdadera obediencia es amistad. Lo que llamamos obediencia es realmente amistad, y de hecho San Pablo, hablando de Jesús, decía que por amor al Padre (al que tenía delante, que venía antes que Él) se hizo obediente hasta la muerte,<sup>9</sup> exactamente hasta el fondo, porque había entendido que lo que el Padre quería de Él era justo (era justo por piedad hacia los hombres, para poder salvar a los hombres, para dar la libertad a los hombres, para poder llevarlos a la felicidad) y no podía dejar de hacerlo porque por su naturaleza divina (era hombre, y por eso obediente; pero su persona, su yo, su corazón divino, que era de la misma sustancia que el Padre, era un ímpetu de amor, porque «Dios es amor», como dice San Juan<sup>10</sup>) no podía decir que no. Comprendía lo que el Padre le pedía y sabía cómo actuar: imitaba al Padre que había creado el mundo por amor.

<sup>9</sup> Cfr. Flp 2, 8. <sup>10</sup> Cfr. 1 Jn, 4. Síntesis

Lo que quería decir es que la palabra obediencia es idéntica a la palabra amistad. Una amistad que no se traduzca en obediencia es algo sentimental, sin fruto ni historia, sin objetivo ni duración, sin rostro. El rostro lo ofrece alguien que se te ha puesto delante y ha hecho que te movieras, cuyas palabras has empezado a intentar entender (empezar a entender quiere decir empezar a ver cómo corresponden a tu corazón) y entonces te ha resultado prácticamente espontáneo preguntar: «¿Y qué hago ahora?»; y él te ha dicho: «Mira, tienes que seguirme, mira cómo lo hago yo; continúa siguiéndome». En ese momento se produce realmente una simbiosis entre lo que me ha sucedido y mi vida, se produce una unidad, una unidad cada vez más profunda; esto es lo que se llama amistad. Por eso dice la Biblia: «Quien encuentra un amigo encuentra realmente un tesoro»;<sup>11</sup> encuentra la riqueza de la vida. Pero, ¿qué es lo que define al amigo? Lo que le caracteriza es, en primer lugar y ante todo, la seriedad en el vivir, la afirmación de que la vida es algo serio.

La vida es algo serio: es seria ante el universo (por eso tiene una tarea) y es seria ante el destino (por eso tiene un sentido último que alcanzar); no hay nada que corresponda más a tu corazón que estas dos cosas.

Y luego hay otras cosas que se van entendiendo, que corresponden con lo que tú eres, y entonces preguntas: «Y tú, ¿cómo desarrollas tu tarea?», «¿cómo tiendes a tu destino?». Y yo, que soy el que va por delante de ti, te lo digo, pero me doy cuenta de que te lo digo mal y por eso te digo: «¡Vente mañana otra vez!, ¿vale? Porque mañana intentaré

decírtelo mejor, y pasado mañana intentaré decírtelo aún mejor, y, en resumen, todos los días nos lo tenemos que decir, porque así nos lo diremos mejor, y después de muchos, muchos días, la cosa resultará fluida, como mirarse a los ojos. Nos miraremos a los ojos y nos entenderemos; entenderemos incluso cómo obrar, tendremos ganas de actuar, tendremos ciertamente el deseo de actuar. De este modo uno deja de estar solo, finalmente es él mismo, porque el hombre es él mismo cuando está unido. De hecho, el yo del hombre está destinado a estar unido a todo lo que existe, al misterio del Ser. ¿Por qué? Porque ha sido hecho a imagen de Dios y Dios es comunión: la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu, el misterio de la Trinidad; la raíz del hecho de que el yo no está solo es el misterio de la Trinidad. Un yo solitario es un yo perdido. Por eso el yo que no es solitario se crea en una compañía, una compañía que es amistad, y la amistad se crea por una obediencia.

La palabra obediencia no es más que la virtud de la amistad. <sup>11</sup> Cfr. Si 6, 14. LA OBEDIENCIA ASAMBLEA

Nuestra reunión de hoy es muy importante para valorar y juzgar lo que habéis oído hasta ahora, pero, sobre todo, para plantear el trabajo que tendréis que hacer a fin de aclarar cada vez más lo que se os ha dicho.

Lo que se os ha dicho hasta ahora lo habéis entendido sólo en parte: algunos más o menos, unos muy poco y otros nada; pero no importa, porque el Señor nos ha unido para que juntos caminemos. Y caminar significa comprender. Entender en primer lugar la relación que hay entre el momento que pasa y el hecho de que un instante después ya no exista, entre las cosas que existen y el por qué un instante después ya no existen, entre las relaciones que tenemos y la experiencia de que un momento después se revelen distintas de lo que pensábamos, en resumen, la relación que existe entre cada instante y su destino.

Para quien camina, ¿qué es un paso? La relación entre lo que estoy haciendo ahora y el destino final hacia el que me dirijo. Esta relación establece el valor de lo que estoy haciendo ahora, de tal modo que, a través de lo que estoy haciendo ahora, entiendo qué es el destino.

En resumidas cuentas, el diálogo que vamos a tener hoy es importante. Me gustaría insistir y repetirlo, pero si sigo insistiendo ¡no nos quedará tiempo para hacerlo! Tenemos tan poco tiempo que os servirá únicamente como muestra del trabajo que tendréis que hacer. Lo que hasta hoy se os ha dicho, tenéis que llevarlo adelante vosotros, de modo que cuando oigáis hablar de fe u obediencia, por ejemplo, entendáis esas palabras de una manera mucho más completa, según su significado.

Este momento es importante y comprende dos puntos de vista. En primer lugar, un punto de vista general desde octubre hasta hoy, aclarando así el objetivo del camino que hemos

hecho en estos tres meses. En segundo lugar, puede que haya algún pasaje que nos haya impresionado especialmente, que no hayamos entendido o que nos guste mucho. Al clarificar un punto particular se aclarará también, a la fuerza, toda la argumentación; pues para esclarecer un aspecto particular tendremos que volver, a la fuerza, a la cuestión en su totalidad, esto es, al destino de nuestro camino.

Por ejemplo, cuando discutía con mis alumnos los primeros años, uno de sus temas preferidos de ataque era el infierno: «¡Qué horror! ¡Que usted diga que existe el infierno! Es vergonzoso, injusto, inconcebible para el hombre». Para responder a esta objeción, que era una objeción particular, ¿qué tenía que hacer? Tenía que poner ese argumento particular que me oponían, en relación con el destino último del hombre, con la concepción última del hombre. La concepción última del hombre es que el hombre es libertad, es decir, que está hecho para la felicidad y, paradójicamente, el infierno nace de aquí. Sin infierno no habría libertad, sin la posibilidad de que exista el infierno no habría libertad. ¿Por qué? Porque la libertad implica la posibilidad de decir no, y decir que no es el infierno; el infierno es un gran no. Por eso el infierno se convierte, paradójicamente, en la palabra que mejor indica la dignidad del hombre. No porque el infierno sea bonito, sino porque —como ya he dicho— afirma al hombre en su libertad, lo que quiere decir, traducido de forma positiva, que no puede ser mía una felicidad a la que yo no haya dicho que sí. Si no dijese sí, la felicidad que alcanzase no sería mía. Para que sea mía tengo que elegirla, tengo que quererla, tiene que ser objeto de mi libertad.

¡Empecemos entonces! Podéis comentar algún hecho particular o pedir que se os explique algún pasaje que no hayáis entendido, o una idea que os haya quedado oscura; a ser posible deberíamos irnos hoy sin dejar ninguna cuestión importante a nuestras espaldas.

*A propósito de la obediencia se decía que el mayor trabajo que exige es la sencillez de corazón...*

Por ejemplo, *trabajo* sería una palabra equivocada; se entiende lo que quieres decir, pero es una palabra equivocada. La sencillez del corazón es una *condición* para la obediencia.

*Yo creía que la sencillez del corazón era, en el fondo, una exigencia para entender todos los pasos que hemos dado hasta ahora.*

Jesús es de tu mismo parecer. En el capítulo once del Evangelio de San Mateo da gracias al Padre por haber dado a conocer las cosas importantes a los sencillos de corazón y no a los que creen ya saber.<sup>12</sup> Por eso lo que dices es justo: la sencillez es una condición para todas las cosas de las que hablamos aquí.

Pero de todo lo que hemos oído decir, el fenómeno en el que la sencillez es más importante —si se pudiera establecer una jerarquía— es la obediencia, porque para obedecer se requiere justamente ser sencillo; en caso contrario no hay nada que hacer. La fe propone y asegura algo demasiado hermoso, tan hermoso que casi resulta fácil

decir sí, pero la obediencia no; para obedecer tienes que seguir siempre algo distinto de ti mismo. De igual modo la libertad es algo bello, tiene un gusto propio inconfundible, y, por eso, afirmar simplemente nuestra libertad, puede resultar más fácil que obedecer, es decir, que seguir como criterio para caminar en la vida, lo que otro dice. Por eso la sencillez es necesaria para todo, pero especialmente para obedecer.

<sup>12</sup> Mt 11, 25.

*En la lección sobre la fe nos dijo que sólo un yo moral, un yo unido, es capaz de fiarse...*  
Un momento: ¿qué quiere decir un yo moral, un yo unido? ¿Qué es el yo moral? ¡El yo verdadero! ¿Qué es el yo unido? Es el yo que no está dividido, por tanto, el yo verdadero. Así pues, sólo el yo verdadero es capaz de fiarse.

*¿Cómo vivir, entonces, la obediencia de tal modo que en la vida cotidiana ante las decisiones diarias, sea capaz de decidir sin preguntar a cada momento, sin delegar en otro mi responsabilidad?*

Veamos el problema: cómo vivir todos los días nuestra propia libertad, nuestro propio yo, de tal modo que no nos veamos obligados en cada momento a ir corriendo donde «mamá», a ir corriendo donde está el que guía para preguntarle: «¿Qué tengo que hacer?».

Respuesta: cuanto más tuyo hayas hecho el criterio de quien guía, cuanto más hayas comprendido y aceptado los criterios que se te han dicho, más libre te verás de ir a preguntar acerca de los problemas cotidianos. Aceptar el principio que te han dado, aceptar la ley que te han indicado, significa que eres realmente libre, que no tienes necesidad de ir corriendo a preguntar el parecer de uno o de otro. Por eso, quien acepta como criterio, no el propio sino el de quien guía, es realmente libre, es decir, es verdaderamente él mismo, afirma realmente su propia dignidad. El modo de ser libre en todo lo que hagas es aceptar el criterio de quien te guía: llegarás a ser sabio en todo lo que hagas, sabrás cómo comportarte. Es lo que decía Jesús: «El que se pierda se encontrará»;<sup>13</sup> quien renuncia al propio punto de vista para seguir a Jesús, para seguirle a Él, llega a ser un hombre capaz de afrontar cualquier cosa sabiendo lo que hace, decidiendo correctamente.

La Biblia utiliza otra expresión: «*Vir oboediens loquatur victoriam*».<sup>14</sup> El hombre que sigue el criterio de quien le guía, de quien tiene autoridad, el que sigue, por lo tanto, el criterio de Dios —el hombre que sigue el criterio de otro que lo guía en nombre de Dios— se comportará bien ante cualquier circunstancia, afrontará las circunstancias de una manera útil para su vida.

Por eso he dicho que para poder responder —como estamos haciendo— a todas las cuestiones que vosotros podáis plantear como objeción o pregunta, siempre nos veremos

obligados a referirnos a los principios últimos que se han dado; siguiendo esos principios entenderemos todos los aspectos particulares.

<sup>13</sup> Mt 10, 39. <sup>14</sup> Pr 21, 28.

*Parece que la obediencia es una cuestión afectiva y, por eso, me gustaría que explicase mejor los dos aspectos de la obediencia: «comprender los pasos de quien va delante de ti» e «imitar cómo los da». Querría entender en particular si estas dos cosas son las que permiten la adhesión afectiva.*

Has dicho al principio una cosa equivocada y luego la has corregido al final, al decir lo contrario. Es verdad lo contrario; es decir, el apego afectivo nace al seguir a otro. De hecho, Dios, en su sabiduría, ha dicho: «Puesto que no sabéis cómo llegar a mí, vengo yo a trazaros el camino; quien me siga –yo soy el camino– encontrará la verdad y la vida».<sup>15</sup>

El apego a Jesús nace precisamente de una actitud atenta, de una mirada fija, de la petición de entender, de la adhesión a lo que nos dice que hagamos; de aquí nace el afecto, pero no es verdad que para poder seguir sea necesario previamente el afecto. Si tú tienes afecto a una persona y ésta te dice lo contrario de algo que te importa... si sientes afecto por A pero te importa tu criterio, y esa persona –por la que sientes afecto– te pide algo contrario a lo que te importa, es muy probable que pierdas la confianza en esa persona y te separes de ella para seguir tus propias ideas. Sin embargo, es verdad lo contrario: si te adhieres a la indicación que otro te da, que la autoridad te da, si intentas entenderla, descubres más que antes la verdad y la vida, y esto hace que lo admires y le tomes afecto.

Entender lo anterior significa empezar a entender cómo nace la compañía, cómo nace una comunidad, cómo nace la amistad.

La verdadera compañía, o lo que es lo mismo, una compañía que sea factor constructivo de la vida, factor creativo y, por tanto, generador de belleza, de consuelo, de reparación de lo que se derrumba... una compañía positiva en este sentido sólo puede nacer de la amistad. La amistad es la virtud, la energía que construye la compañía. Por eso el Señor, queriendo que el hombre lo conociera, se hizo hombre y este hombre ha engendrado una compañía y se hace presente aquí y ahora, en cada momento de la historia, en una compañía. Y si uno pretendiese relacionarse con el misterio de Dios prescindiendo de esa compañía, y prescindiendo especialmente de la autoridad que la guía, se engaña, sufre una ilusión.

Tanto es así que entre las muchas personas del movimiento que han entrado en clausura, todas las que se han salido –y son muchas–, ¿por qué lo han hecho? La gran dificultad no es el silencio, la soledad (porque el hombre tiene que morir, y la clausura es como empezar a vivir conscientemente ese morir que a todos llega); todas se han salido por la incapacidad de sobrellevar la comunidad. Inversamente, cuando alguien me comenta que

quiere entrar en clausura, el criterio que siempre uso es: ¿cómo vive éste la comunidad? ¿Cómo concibe y vive la compañía? Si no vive la compañía o la comunidad como una amistad necesaria, es inútil que se plantee entrar en un convento; enseguida le digo que se equivoca de camino.

Pero, ¿qué es la amistad? La amistad es, en su nivel mínimo, el encuentro de una persona con otra cuyo destino desea más que la propia vida; yo deseo tu destino más de lo que deseo mi vida. El otro, en agradecimiento, desea mi destino más de cuanto desea su vida. Así es la amistad. Es cierto: el síntoma es que queríamos que todos los que nos encontremos, en las circunstancias más diversas, lo entiendan, de modo que pudieran abrazarse. Quien no viva una experiencia así, debe suplicar humildemente al Señor y a la Virgen que se la concedan, porque sin ella ni siquiera la relación con Dios es verdadera. Si yo deseo tu destino y tú desees mi destino, lo nuestro es una compañía, la primera compañía, la compañía en su nivel básico. Pero, si yo vivo esto, deseo que quienquiera que conozca participe de ello. Entonces, tú y yo, que hemos sido los primeros en conocernos, queremos implicar en nuestra amistad también a otros que nos encontramos. De este modo pasaremos a ser siete, luego llegaremos a veinte, después queremos que todo el tranvía participe de nuestra compañía y en él van doscientas personas; nos gustaría que todos fueran de la compañía, porque así se podría hacer una casa de doscientas personas... Fijaos qué bello es que todo permanezca conforme a una escala fijada por el Señor: el primero a quien conociste es como el primer punto de referencia, luego viene el segundo, el tercero, el cuarto, y después vienen el sexto, el séptimo, el octavo, y más tarde el número doscientos... ¡Se mantiene la jerarquía de los afectos tal como Dios la ha suscitado!

Lo que pasa es que, cuanto mayor es el afecto, mayor es la tentación de quedarte parado, aferrado a él, poseyéndolo, perdiendo de este modo lo que quieres y perdiéndote a ti mismo: pierdes. La señal de que una amistad es errónea es que los demás permanecen ajenos a ella. ¿Os acordáis de la poesía de Pär Lagerkvist que leí en los Ejercicios de los universitarios?<sup>16</sup> Él le dice a ella: «el resto no existe, sólo existimos tú y yo»; es el egoísmo erigido en sistema. Y esto no sólo mortifica, sino que además es sofocante (al tercer día ya no puedo más, necesito aire, ¡necesito ver un caballo al galope!).

<sup>15</sup> Jn 14, 6.

<sup>16</sup> «Cierra los ojos, querida / que el mundo no se refleje en ellos, / las cosas nos son demasiado cercanas, / esas cosas que no somos nosotros.//Sólo nosotros debemos existir, / el mundo que nos rodea ha desaparecido, / el amor revela / todo. Tus ojos cierra».

*Al leer lo de tu amistad con Manfredini, me ha impresionado lo siguiente: «...nos decíamos: ‘es necesario que reviva la Iglesia, es necesario que la realidad cristiana sea más consciente’. Y estábamos en octavo de Bachillerato, pero la pregunta pudo nacer porque ya habíamos alcanzado una profunda amistad».*<sup>17</sup>

Me acuerdo con precisión de un momento en una excursión que estábamos haciendo mientras pasábamos por debajo del puente del tren que hay cerca de Meda, entre Meda y

Seveso. Todavía me acuerdo

—Manfredini estaba en octavo, por lo que yo tenía 13 años—, todavía me acuerdo del lugar donde estábamos hablando, cuando decía estas cosas.

*He pensado que entonces la amistad no es algo optativo, sino que casi es necesaria para la comprensión de mi persona y de la realidad.*

La palabra que aclara toda la cuestión es optativo. La amistad no es algo optativo; si es optativo no es amistad; no es algo que pueda tenerse o no tenerse; sin amistad uno no es ya él mismo. Tanto es así que Dios, al crear al hombre, dijo: «No puede estar sólo.

Necesita algo que le haga compañía»,<sup>18</sup> y así creó la primera compañía, la que hay entre el hombre y la mujer (entre el hombre y la mujer porque existían además tareas que llevar a cabo).

¿En qué sentido la amistad no es algo optativo sino necesario? Si no se tiene amistad ni siquiera se es hombre, uno no es él mismo, está perdido, no puede sino estar triste; no le darías ni cien liras para que las negociara, no te puedes fiar. ¿En qué sentido es necesaria la amistad?

*Porque es «una compañía guiada hacia el destino».*

En este caso resulta claro que se puede repetir una frase sin captar cómo nace, sin percatarse de cómo nace. Es verdad que la amistad es una compañía guiada hacia el destino. Pero, ¿guiada por quién? Si sois dos, ¿quién la guía? Otro; hace falta un tercero. Y este tercero, ¿es porque te encuentras con él en el segundo escalón en vez de en el primero? ¡No! Lo que sigues es algo inherente a la persona con la que te juntas y es tan hermoso que os permite estar juntos, es tan justo que hace que estéis juntos. Pero si es tan justo y hermoso que os ha reunido, enseguida produce, genera: «La estéril será madre de muchos hijos»,<sup>19</sup> y el hombre, Abraham, «será padre de pueblos numerosos». <sup>20</sup> Si lo que os reúne es hermoso y verdadero, querréis que cualquiera que os conozca lo entienda, que entienda esa belleza, que entienda esa bondad, que entienda esa justicia. Y entonces le dirás: «Vente a tomar una cerveza», y así en lugar de ser dos seréis tres, y más tarde en lugar de tres seréis treinta, y luego en lugar de treinta seréis tres mil, y después en lugar de tres mil seréis cien mil. Los primeros que conocí en el Berchet eran cuatro, y pronto se quedaron en tres porque uno murió; no eran cien mil...

Cualquiera que viva el movimiento de verdad —estoy hablando del movimiento, ¡figuraos entonces el Grupo Adulto!— y vaya, por ejemplo, a Formosa —por hablar de un caso que está ocurriendo—, al encontrarse con otros les contará lo que le ha hecho unirse a cierta compañía: es algo demasiado bello y justo para no contarlo, y no hay nada fuera de eso que lo sea tanto. Podría haber algo que te pareciera igualmente bello y justo, pero al cabo de un tiempo, si te hicieras esta pregunta: «¿Y después, qué?»... no la resistirías.

Por eso los israelitas, para indicar lo que es *fútil* (lo que pasa, lo efímero) usaban la misma raíz, utilizaban palabras con la misma raíz: la *mentira* (porque lo efímero, lo que pasa, es mentiroso), y el *hombre* (porque pasa). La misma raíz sirve para indicar al hombre, la mentira y lo efímero.



¿Por qué me hice tan amigo de aquel Manfredini y de aquel De Ponti con los que siempre andaba? Siempre estuvimos unidos, desde octavo de Bachillerato hasta cuarto de Teología –¡pero siempre significa siempre!– y nadie nos hizo nunca ninguna observación al respecto, porque para todos resultaba evidente que había algo más grande por lo que estábamos juntos; de hecho, cualquiera que se nos hubiese acercado, en cualquier momento del día o de la semana, nos habría oído hablar de determinadas cosas. Esto es tan cierto que muchos decían «Uff... ¡otra vez éstos!» y se iban...: ¡son los que también se marcharon del seminario! ¿Por qué nos hicimos tan amigos nosotros que no nos conocíamos? Porque empezamos a intuir y a hablar de ciertas cosas, fuera de las cuales no merecía la pena vivir. Ésta fue la profundidad que Dios nos otorgó por gracia a los 13 ó 14 años: comprender que fuera de cierta experiencia, fuera de Cristo, no merece la pena vivir, en el sentido literal del término; todo se convierte en un juego político, como es el caso de la justicia actual; todo se convierte en violencia, como en la política actual, ¡en lo contrario de lo que debería ser! Y el remedio no está, ciertamente, en hablar de moral o de valores, como hacen incluso muchos de nuestros superiores, sino en mostrar a todos, en hacer ver a todos, que una compañía creada por el encuentro con Cristo, una compañía construida porque se ha conocido a gente que ha encontrado a Cristo, realiza de verdad lo que toda la política, toda la cultura y todo lo demás no logran hacernos vivir.

Así pues, nosotros tres éramos los más amigos de todos, porque nuestra relación nacía de un interés más profundo que lo que interesaba a los demás; de otro modo no hay compañía, de otro modo la amistad es lo que dicen los demás, o eso que este año he llamado utopía. ¿Qué puede hacernos soportar todo el mal que hay en la vida y seguir viviendo? «La compañía», te contestan ahora. Pero ésta no es nuestra compañía.<sup>21</sup> La auténtica compañía es la que nace cuando alguien se encuentra con otro que ha visto algo justo, bello y verdadero y éste se lo dice; y como aquel también desea lo justo, lo bello y lo verdadero, se une a él. Y empieza a interesarle cada persona que conoce –toda la gente–, para poder contarles a todos lo justo, lo hermoso y lo verdadero que ha encontrado; así nace y se ensancha la compañía. Éste es el verdadero monasterio. Los primeros cristianos y el Medioevo convirtieron al mundo así, creando esta compañía. Para Manfredini, para el otro compañero y para mí, resultaba intolerable ponerse en fila al hacer las excursiones que los seminaristas hacíamos y hablar de otra cosa; ¡era intolerable! Era mejor callarse, quedarse callados.

De allí nace el afecto; y el afecto es como el cemento de la compañía. Con ese cemento la compañía crece y se convierte en una construcción: el templo de Dios en este mundo para el que Dios permanecería ignoto.

Lo opuesto a una compañía que nazca de este modo es un egoísmo iluso, una ilusión egoísta, una ilusión egocéntrica, es decir, esa postura que busca alivio en sus propios pensamientos, que está contra la razón. ¿Por qué buscar la satisfacción en los propios pensamientos está contra la razón? Porque la razón es conciencia de la realidad, no pensamientos tuyos ajenos a cualquier referencia a la realidad. ¡Es conciencia de una realidad! La razón te hace intuir la presencia del ideal y perseguirlo. La alternativa al

ideal, es decir, seguir tus pensamientos, se llama sueño. El ideal es la realidad que tú conquistas trozo a trozo, paso a paso; mientras que el sueño se desvanece, cambia y desaparece de un día para otro.

¿Qué quiere decir que cada uno de vosotros ha tenido la vocación a la virginidad? Cada uno de vosotros ha recibido la vocación de Dios, de Cristo, de Cristo mismo, porque quien elige a los hombres para que lo sigan es Cristo: «el Padre le ha puesto todo en sus manos».<sup>22</sup> Es un hombre que es Dios, ¡pero es hombre! Vocación significa que Cristo os ha elegido como instrumentos para decir a los demás lo que Él es, para despertar en los demás el amor a lo que Él es; porque Él es el destino de todos. Pero vosotros despertaréis el amor a Cristo en los demás a través de vuestra presencia, amante de Cristo, vuestra presencia amante de Cristo que es el destino de todos. Sólo se comunica a los demás a través de una presencia. La presencia humana en el mundo, en todos sus términos posibles, con todos los términos de los que se compone, se llama compañía o comunidad.

(P. F. Lagerkvist, «Cierra tus ojos, querida», en *Poesie*, Nuova Compagnia Editrice, Forlì 1991). Cfr. L. Giussani, *El yo y la gran ocasión*, en «Litterae Communions», n. 3/1994.

<sup>17</sup> Cit. en D. Rondoni, *Una amistad apasionada*, en «Litterae Communions», n. 2/1994.

<sup>19</sup> Cfr. Sal 113, 9; 1 S 2, 5.

<sup>21</sup> Cfr. L. Giussani, *Un café en compañía*, en «Litterae Communions», n.1/1994.

Conclusión: de la fe a la obediencia

*Fe* .—¿Qué tal se os ha dado la fe? ¿Qué clase de fenómeno es la fe? Es un fenómeno de conocimiento. Si es un fenómeno de conocimiento implica la razón; no «se reduce» a ella, pero la implica.

Un fenómeno de conocimiento que implica la razón es un fenómeno de conocimiento de lo que existe, de la realidad. Y puesto que lo que dice la fe no existe en esa parte de la realidad que nuestra razón mide y comprende —ya hemos dicho que la fe es el conocimiento de una realidad que está más allá, de una realidad que es *más* de lo que la razón conoce—, ¿cómo admitir este *más* de lo que la razón conoce? Porque el corazón únicamente siente la respuesta a lo que es cuando se pone ante la hipótesis, ante el anuncio, ante la intuición de que este *más* existe. Así pues, la fe es lo más racional que existe, porque da cumplimiento a la razón, es decir, porque responde finalmente a lo que el corazón desea, señala la existencia de una realidad que da cumplimiento a lo que el corazón desea. Y esta realidad es más grande que la higuera o la morera en la poesía de Angiolo Silvio Novaro: «sobre la higuera y la morera / adornadas con yemas de oro».<sup>23</sup>

¡Es algo presente en nosotros lo que decide respecto de la existencia de lo que está más allá de nosotros!

Por eso la fe es el gesto razonable por excelencia. Sin ella no existiría, ni siquiera sería posible la razón; no habría posibilidad de afirmar aquello por lo que el hombre se mueve.

De todo lo que hasta ahora hemos dicho, la palabra suprema es la «fe», porque en ella se resume todo, con ella se afirma la novedad en el mundo. La novedad que hay en el mundo es la posibilidad de tener un encuentro donde el hombre perciba que existe la respuesta a su corazón, a sus exigencias. Esta respuesta –que existe, pues lo que el corazón desea existe– influye ya en el presente, está ya en el presente.

Cuando Juan y Andrés se encontraron con Cristo, no entendían el más allá, no sabían lo que significaba el paraíso, pero tenían delante algo que era como un paraíso, un pedazo de paraíso: era un pedazo de Otra cosa. Está ya, es algo presente. Por eso la fe es acoger, reconocer un hecho presente, reconocer que ya en el presente empieza algo que nos espera más allá de todo, que ya en el presente existe algo que pertenece al destino, que tiene la forma del destino. ¡Sí!, es la fórmula más bella: el encuentro con algo presente en cuya forma existe ya el destino.

<sup>22</sup> Jn 3, 35.

<sup>23</sup> A. S. Novaro, «Che dice la pioggerellina de marzo», vv. 5-6, en *Il cestello*, Mondadori, Milán 1910.

*Libertad.*– La libertad consiste en reconocer esto, es decir, tener fe, afirmar la fe. Al descubrir la fe, lo primero que el hombre reencuentra del destino es justamente la libertad. La libertad es exigencia de una satisfacción total, es la capacidad de adherirse al destino, es exigencia de una respuesta total.

Por eso se entiende que una libertad que no se adhiera, que diga no, que se resista a lo que dice la fe, es un contrasentido, es pura negatividad: una anticipación de la muerte (como los padres de la Edad Media, que llamaban al pecado la muerte anticipada). La muerte es el «no» a la vida.

Si la libertad no se adhiere a la fe, se alteran, de hecho, los términos de todas las relaciones. Hay que poner siempre el ejemplo del afecto entre el hombre y la mujer, porque es el primer ejemplo que Dios puso en el mundo. Se altera la relación entre el hombre y la mujer: se convierte en egoísmo en lugar de amor, en negación en lugar de afirmación, en fragilidad estéril en lugar de creatividad fecunda, en cerrazón en lugar de apertura. En lugar de abrir los brazos de par en par para abrazar al mundo entero, se pretende reducir el abrazo al objeto que gusta, al objeto que se tiene delante, y de este modo uno abre los brazos –según la comparación de la *Eneida*– y estrecha una sombra, abraza y estrecha la nada.<sup>24</sup>

Por tanto, después de la fe, viene la libertad: la fe se convierte en la fuente de afecto, de energía de adhesión al ser, a lo que existe, a la realidad en su totalidad.

*Obediencia.*–El dinamismo de la libertad no conoce el camino para adherirse a la fe: comprende a donde tiene que ir, pero no sabe cómo. <sup>24</sup> Virgilio, *Eneida*, VI, vv. 700-703, Gredos 1992.

Así pues, el Misterio, el objeto de la fe, aquel hombre que hablaba a Juan y Andrés, que quién sabe de dónde venía («Escucha lo que dice: ¡dice cosas que nadie ha dicho jamás!»), justamente Él, te dice lo que tienes que hacer: es Él quien te dice cómo debes actuar. Te lo dice a través de la compañía en la que te pone, te lo dice por medio de su compañía en el lugar en que te pone, como dice Ratzinger. ¿Os acordáis del manifiesto de Pascua? «La fe es una obediencia de corazón a esa forma de enseñanza a la que hemos sido confiados»<sup>25</sup>: obediencia de corazón, es decir, amistad, porque la amistad es la obediencia suprema. No es posible ser amigo de una persona a la que no puedes ser obediente; y no puedes obedecerla porque en un momento determinado te hace correr hacia un abismo.

Por tanto: «fe, libertad y obediencia», o «fe, libertad y amistad». Es muy importante entender la identificación entre obediencia y amistad: puesto que la obediencia te indica lo que tienes que hacer para alcanzar tu destino, ¿qué es la amistad? Una compañía guiada hacia el destino; guiada: tienes, pues, que obedecer.

Esto se ve de una manera impresionante en el movimiento y en el Grupo Adulto. Hay muchas comunidades o compañías, ¡pero qué distintas pueden llegar a ser! Lo que las cualifica es la fuerza de la obediencia con que viven, y la fuerza de la obediencia con que viven establece la potencia de la amistad que existe entre ellos: si viven la unidad de la obediencia son, con seguridad, mucho más amigos entre ellos; si por el contrario cada uno sigue lo que piensa, cree ser libre para seguir lo que piensa, están divididos los unos de los otros; ni entre dos habrá unidad, ¡ni siquiera aunque se casen!

La primera terna de palabras –fe, libertad y obediencia o amistad– representa, por tanto, la terna de las palabras fundamentales de todo nuestro modo de vivir: la justicia es la fe, la libertad es la fe y el amor es la fe que se traduce en la concreción de una compañía.

Estas tres palabras deciden lo que sois y lo que seréis. Confundir estas palabras o no tenerlas claras significa perder la orientación.

Una casa del Grupo Adulto no es algo bello porque todos sean amigos, porque están contentos y alegres: ¡hay que ver por qué lo están! Lo que hace estable y no engañosa su convivencia es el por qué son amigos; de hecho, se convierte en un compartir el destino, compartir el camino hacia el destino.

Hay un dato interesante: cuando una casa está formada por gente que es muy amiga entre sí porque comparte realmente, conscientemente, el destino, todos los que viven en una casa así –en la medida en que participan de ello– serían capaces, si se encontraran solos, de crear la comunidad allí donde estuvieran; porque ninguno está solo, como dijo Jesús.

Nadie está solo, no porque se sienta unido a quién sabe quién, a Dios o a Cristo: ¡sentirse unido a Dios y a Cristo significa sentirse unido a la gente con la que Él nos pone!

Repito esta preciosa observación: en la compañía en la que Él nos pone, nosotros caminamos hacia Él guiados y, por tanto, seguros, partiendo del atractivo que humanamente producen en nosotros personas concretas. Se potencia así lo que

naturalmente nos atrae, queda asegurado, y da frutos; en caso contrario lo que naturalmente nos atrae nos frenaría, nos detendría. ¿Habéis entendido? He aquí lo más importante.

Cristo nos llama en una compañía por medio de la cual somos guiados para ir hacia Él – y ésta es la gran seguridad de la fe, la gran certeza de la fe–, en la cual somos realmente libres, porque nos adherimos a algo que nos atrae. La compañía en la que Cristo nos pone deja intacto todo el atractivo que ejercen sobre nosotros los factores individuales. No se niega nada de lo que nos atrae; se parte de lo que nos atrae. Esto es la libertad. De otro modo lo que nos atrae nos detiene; en lugar de llevarnos al destino, nos para. El novecientos noventa y nueve por mil de la gente actúa así: todos siguen y se adhieren a lo que les atrae porque les atrae, tal y como les atrae en el presente, tal y como se presentan las circunstancias; pasado un tiempo se ahogan y no pueden no admitir como principio fundamental de la convivencia la posibilidad de separación.

El problema de la indisolubilidad del matrimonio es un ejemplo significativo para cualquier compañía humana: es imposible que el matrimonio resista. Si resiste es por un interés de poder político, o económico; porque la satisfacción, como tal, es tan limitada que enseguida decae. Parece no decaer mientras no se ha alcanzado aún; pero cuando se alcanza decae. Entonces, ¿cómo se puede mantener –sin que decaiga– algo con lo que Dios verdaderamente nos atrae? Cuanto más la presencia del otro despierta en ti la pasión por su destino, es decir, cuando deviene verdaderamente amor. La ley de la obediencia es la amistad, el amor mutuo.

Aderezad como queráis todos los ingredientes (haced una menestra, un arroz...), pero si elimináis cualquiera de estos elementos no haréis nada que se pueda comer, nada comestible; comedlo, pero se os indigestará y ¡no habrá digestivo que pueda con ello!

<sup>25</sup> J. Ratzinger, tomado de la presentación del nuevo Catecismo, en «L'Osservatore Romano», 20/1/1993.

## SEGUNDA PARTE

### ESPERANZA

#### Capítulo Cuarto LA ESPERANZA

Nos adentramos en la segunda parte de la meditación de este año, que consiste en recuperar las palabras fundamentales de nuestra fe, es decir, las características principales de nuestra personalidad cristiana. «Características de mi humanidad» coincide con «características de mi personalidad cristiana»: es lo mismo.

Hemos visto el primer factor de nuestro ser cristiano: la fe; «mi justo vive de la fe»<sup>1</sup>, «la justicia es la fe»<sup>2</sup>, la verdadera humanidad es la humanidad que la fe libera. Hemos hecho un esfuerzo para empezar a comprender lo que es la fe; porque si no se comprende, no se vive. Hay una comprensión de la fe que es propia de los teólogos, de los estudiosos, y que no es lo que nos interesa ahora; bueno, ¡sí nos interesa! Sí y no.

Hay una comprensión de la fe que tiene que ver con lo que puede comprender cualquiera y nosotros hemos evocado y recordado, al explicar la fe, lo que puede comprender cualquiera.

Otro factor decisivo para construir una personalidad cristiana es la esperanza.

Si miráis la Biblia de la Escuela de Jerusalén, al final hay un índice analítico que dice a propósito de la esperanza, que es, después de la fe, la palabra fundamental: «Esperanza: Romanos 5, 2». Y bastaría esto. ¿Qué dice este versículo? «Así pues, justificados por la fe [no voy a explicar ahora todas las frases], estamos en paz con Dios por medio de Nuestro Señor Jesucristo [estas frases no se comprenden, pero tienen una sencillez que induce cierto temor reverencial y cierta paz en el corazón]; por medio de Él [ésta es la frase] hemos obtenido también, a través de la fe [es decir, mediante la fe en Él], el acceso a esta gracia en la que nos encontramos y de la que nos gloriamos [¿cuál es esta gracia en la que vivimos y de la que nos gloriamos?] en la esperanza de la gloria de Cristo». Es un pensamiento braquilógico, es decir, excesivamente conciso, expresado en pocas palabras, con prisa; pero quiere decir que, a través de la fe, vivimos y nos gloriamos –estamos contentos ante cualquiera– en la esperanza de la gloria de Dios. Hace brotar de la palabra fe esta otra flor, este otro fruto que se llama esperanza, esperanza en la gloria de Dios; y gloria de Dios quiere decir que Dios es reconocido. Pensad en el último día cuando todos –incluidos los que viven en China ahora, y los que vivían en Rusia bajo Stalin–, todos dirán: «¡Ah, era realmente así!». Lo reconocerán: esto es la gloria de Dios.

«Nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios»: el objetivo de la vida, la finalidad por la que se mueve el mundo entero –como bien dice Leopardi en su *Canto nocturno de un pastor errante de Asia*<sup>3</sup>–, los astros que giran, las estrellas que se mueven..., todo el movimiento, ¿para qué? Y nosotros conocemos la respuesta; la fe nos da la respuesta: para la gloria de Dios, para que se revele la gloria de Dios. Y ¿qué quiere decir que se revele la gloria de Dios? Si no lo sabes todavía, tarde o temprano lo sabrás: temprano querrá decir por una gracia que Dios te otorga aquí, en este mundo; tarde querrá decir por la evidencia que se te impondrá al final. La finalidad de todo este agitarse del mundo, de las cosas –de «este profundo e infinito cielo», de «esta soledad inmensa»–, la finalidad de todo, que se mueve lentamente, más o menos lentamente, es la gloria de Dios, cuando todo el mundo grite: «El Señor es Dios, el dueño es Dios, el jefe es Dios». Nosotros, ahora, debido a la fe, por medio de la fe, vivimos y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Por medio de la fe llegamos a comprender que todo este movimiento –el movimiento del mundo y el movimiento, que parece pequeño, de mi vida; y *parece* pequeño porque que el sol se mueva, que las estrellas se muevan, que las galaxias se muevan y que el tiempo se mueva, lo registra esta pequeña cosa que es mi inteligencia, que parece pequeña y, sin embargo, es grande porque el hombre está hecho a imagen de Dios, es la copia del Infinito–, que la finalidad de todo este movimiento que hace que te levantes por la mañana, algo tan pequeño –pensad en vuestra camita, esa pequeña camita de la que sales como un ratoncillo; pensad en el sol que se levanta... ¡de

qué inmensa cama!—, que todo lo que se mueve, la fe nos hace comprender y gloriarnos de comprender que es para gloria de Dios, en la esperanza de la gloria de Dios. La fe permite que esperemos ver cómo todo lo que se mueve, se mueve para gloria de Dios; la fe nos permite esperar *ver* esto.

La primera manera de verlo no es verlo; la primera manera de verlo es comprenderlo, es comprender. Dentro de sesenta años tendrá lugar en California un terremoto —perdonad, esperemos que no, pero puede que ocurra, ya que debajo tiene una falla— que hará que la mitad del territorio californiano se precipite en el mar: comprender esto es mucho más que verlo, tanto es así que comprendiéndolo se puede empezar a poner pilares en el mar, es decir, empezar a prepararse. Comprender es más que ver. ¿Alguna objeción a esto? ¡Lo digo sin ganas de guerra!

Resumiendo: en el planteamiento cristiano, que comienza con la palabra fe, brota inmediatamente un fruto, nace como consecuencia esta nueva flor que se llama esperanza, cuyo contenido es la gloria de Dios. Es la esperanza de que todo el mundo reconozca a Dios, de que Dios se dé a conocer a todos y diga: «Yo soy», es decir, «he vencido».

Además de Romanos 5,2 podéis leer la Segunda carta a los Corintios 3,12: «Fortalecidos con esa esperanza [la esperanza que nace de la fe] estamos llenos de seguridad». Ya hemos pasado unos buenos minutos demostrando esto, cuando leíamos el poema *Los dos huérfanos* de Pascoli.<sup>4</sup> Esos dos huérfanos de Pascoli —que son el emblema del mundo, de cómo vive el hombre normalmente— están llenos de miedo, de incertidumbre y de miedo. Pero resulta fácil comprender que si te acercaras a ellos y les dieras una bofetada o un puñetazo, ¡estarías apañado! Esos dos tímidos, ese par de miedosos que hablan de semejante modo en el poema, te cubrirían de puñetazos y patadas, y sus compañeros les vengarían; y, sin embargo, ¡son dos pobrecillos!

«Fortalecidos con esa esperanza, estamos llenos de seguridad»: no somos frágiles como ellos, pusilánimes, nos vemos llenos de seguridad. Pensad, amigos, si quien escribía estas palabras, y yo mismo, que las repito en su nombre, no tuviéramos conciencia de estar diciendo cosas que no se adaptan bien a vosotros, ¡porque podéis estar altamente inseguros, no *llenos* sino *vacíos* de esperanza! Digo sencillamente que el hombre cristiano está hecho así: que está hecho de una fe sobre la cual nace y crece esa flor que se llama esperanza.

O, también, leed la Primera carta a los Tesalonicenses 1,3: «Esperanza [dice al final San Pablo] que consiste en el Señor Jesucristo». ¿Qué quiere decir «esperanza que consiste en el Señor Jesucristo»? Esperanza que nace de la fe en Jesucristo.

<sup>1</sup> Ab 2, 4.

<sup>2</sup> Cfr. Rm 1, 17; Ga 3, 11; Hb 10, 38.

<sup>3</sup> «Conmigo así razono; y de esa estancia / desmesurada y soberbia, / y de esa innumerable familia, / después de tanto obrar, de tanto movimiento / de las cosas celestes y terrenas, / girando sin reposo / para volver allá donde empezaron, / utilidad alguna, fruto alguno / adivinar no sé», G. Leopardi, «Canto nocturno de un pastor errante de Asia», en *Poesía completa*, Rio Nuevo, Barcelona, 1983, p. 179.

<sup>4</sup> G. Pascoli, «I due orfani», en *Tutte le poesie*, o. p., p. 294.



[  
O la Primera carta a Timoteo, justo en la primera línea: «Pablo

¡habla de sí mismo! ], apóstol de Jesucristo por mandato de Dios Salvador y de Cristo Jesús, nuestra esperanza»: la palabra esperanza está siempre relacionada con Jesús.

O bien 1 Timoteo 4,10: «Pues nosotros, en efecto, nos esforzamos y combatimos porque hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo», y el Dios vivo es Cristo; de nuevo la conexión entre esperanza y fe en Jesucristo.

He citado a propósito estos pasajes para ilustrar la afirmación inicial: que en el lenguaje cristiano la esperanza es el segundo factor descriptivo de la personalidad nueva. Y es segundo porque deriva del primero, que es la fe. Sin fe no hay esperanza; con fe puede haberla.

La fe es el reconocimiento de la presencia grande de Dios hecho hombre; ahora debemos tratar de comprender, de empezar a comprender, el significado de la palabra esperanza como la utiliza la Iglesia de Dios en el mundo, como la muestra la compañía grande de Cristo en el mundo, como la blandieron los primeros apóstoles y como la blanden los misioneros que van a todas las partes del mundo, tal y como la enarbola cualquier hombre que viva la fe de Cristo en su oficina o su empresa.

### *1. Certeza del futuro*

Ante todo una definición. Mientras que la fe es reconocer una Presencia cierta, reconocer con certeza esa Presencia, la esperanza es reconocer la certeza del futuro que nace de esta Presencia.

La fe es reconocer una Presencia cierta, tal como lo expresó Monseñor Manfredini cuando entró en Bolonia como nuevo arzobispo, al comenzar su discurso con estas palabras: «Cristo aquí y ahora. Nosotros debemos servir a Cristo, aquí y ahora. Cristo presente aquí y ahora».<sup>5</sup> Si la fe es reconocer una Presencia cierta, la esperanza es reconocer con certeza un futuro que nace de esta fe; la fe es reconocer con certeza una Presencia, y sobre esta certeza nace la certeza para el futuro.

Reconocer el contenido de una Presencia que comenzó hace dos mil años, reconocerla presente ahora: ¿cómo se llama esto? Memoria. Por tanto, la palabra esperanza tiene un vínculo radical con la palabra memoria, de tal manera que sin memoria no puede haber esperanza.

Imaginemos que esperamos llegar a construir el piso ochenta y cuatro, con el que poder superar a los demás rascacielos existentes —antes de que se alcanzaran los ciento diez pisos de las Twin Towers de Nueva York—. La esperanza de llegar al piso ochenta y

cuatro se basa en la certeza de alcanzar los ochenta y tres anteriores. Se puede esperar llegar al piso ciento cincuenta si se está seguro de poder hacer antes ciento cuarenta y nueve. La esperanza nace del contenido de la fe que la memoria recuerda; así pues, la esperanza nace de la memoria, es decir, de la conciencia de una Presencia que comenzó en el pasado, de algo «ya sucedido» en el pasado. La esperanza es aquello en lo que el pasado por fin se cumple.

<sup>5</sup> Homilía del 30/4/1983, publicada en «Insieme notizie», Boletín de la Archidiócesis de Bolonia.

La certeza del futuro se basa en algo presente que reconoces con certeza; la certeza de un presente te hace estar cierto de un futuro. Para estar cierto del futuro, tienes que estar cierto de lo que precede al futuro, de algo que lo precede. Para ser certeza de algo futuro, la esperanza se apoya en todo el pasado cristiano, en toda la memoria cristiana, en toda la certeza de esa Presencia que comenzó hace dos mil años y ha llegado hasta ti. La certeza de la presencia de Cristo es la certeza de algo que comenzó hace dos mil años; por eso no puedes hacer memoria de Cristo como Presencia sin, de algún modo, interesarte, maravillarte, asombrarte, gloriarte, enorgullecerte y estar contento por todo lo que ha sucedido en estos dos mil años. La Iglesia que tienes ahora delante de ti, en la que crees, es una Iglesia que hereda dos mil años de historia.

Comprendo vuestra dificultad: la certeza del futuro –por ejemplo, la certeza de que habrá un fin del mundo– no se apoya en el presente como lo hace una piedra sobre otra en la construcción de una iglesia o un palacio –se saca una piedra de una cantera, se lleva con mulos o con camiones, se pone sobre otra piedra y así el edificio se eleva tres o cuatro metros–; el futuro nace de otro modo que nosotros no vemos, que no podemos ver. La certeza de mi fe nace de ayer, de anteayer, de San Gregorio Magno, hace mil quinientos años, de San Ireneo, hace mil ochocientos años, de San Policarpo, hace mil novecientos años, nace de San Juan, de San Andrés, nace de Simón Pedro. ¿Cómo puede nacer hace tanto tiempo y llegar hasta ahora? No podemos verlo, pero ¡podemos saberlo! Porque para Dios no hay nada imposible.

Dios es el dueño del tiempo y del espacio; en cambio, para nosotros el tiempo es una prisión, aunque es también una posibilidad de apertura: si yo no tuviera un mañana, no podría conocer a otra chica; si hace dos años no hubiera tenido un mañana, no te habría podido conocer. Ahora bien, el que mañana llegue, y cómo mañana nacerá de hoy, es algo que sabe Dios, no yo.

En estas frases claras y abstractas, pero en todo caso claras, ¿hay algo que no se entienda?

*La esperanza, ¿se refiere sólo al fin del mundo, al último futuro, o también a algo que puede suceder antes en nuestra vida?*

Se refiere al futuro. Por ejemplo: tú, pasado mañana, ¿qué harás? Puede que mates a un

hombre, o que tengas un gesto de caridad con otro: no lo sé, lo sabe Dios, pero ni siquiera tú lo sabes ahora; y este pasado mañana va a tener incidencia en todo tu futuro. El fin del mundo es simplemente el florecimiento total del futuro, pero desde el brote inicial hasta la maduración de la flor pasa toda la primavera de por medio. Estamos hablando del futuro; las palabras que usamos, las usamos tal como enseña el diccionario.

*No he comprendido qué has dicho acerca de que la fe nace de un modo que nosotros no podemos ver, pero que podemos saber.*

Yo tengo fe; yo creo. Tú sabes que yo creo, tú sabes que un hombre puede creer: ¡¿Sí o sí?! Pero no puedes saber cómo se da en mí la fe; no puedo saberlo ni siquiera yo. Y tú, que también tienes fe (¡espero!), tampoco puedes saber qué haces para tenerla. Más aún, será uno de los motivos de reflexión más hermosos en tu vida, si en ella adquieres el hábito de pensar: ¿por qué a mí sí y a tantos otros no? Y te conmoverás ante el hecho de que Dios te haya elegido a ti, que haya tenido predilección por ti entre tanta gente. Y no es algo casual; más aún, desde un punto de vista muy banal, ¡te la juega! Dios te la da porque, si te da la fe, te la da para que tú la vivas, para que la comuniques a otros, es decir, te convierte en instrumento de su misión.

Amigos, ¿cómo se llama en el hombre lo que le permite conocer la realidad? Razón, que es la conciencia de la realidad según la totalidad de sus factores. Si la razón es conciencia de la realidad con todos sus factores, y tú reconoces que yo tengo fe, aunque no comprendas cómo se produce la fe —y realmente no comprendes— estás obligado a admitir que existe un fenómeno que se llama fe. En caso contrario, o estás un poco «tocado», y las palabras para tu razón son palabras sin ton ni son, o bien hay algo que tú no comprendes, pero que existe.

Todo *El sentido religioso* basa su demostración de la conclusión final en esta observación: que no comprendes, no comprendes, no comprendes... pero, a fuerza de no comprender, descubres, te vas dando cuenta, acabas comprendiendo que hay algo.

De lo que hemos dicho, las palabras más importantes son: primero, la palabra fe, reconocer con certeza una Presencia; segundo, la palabra esperanza, certeza que se refiere al futuro; y tercero, el nexa que hay entre la primera y la segunda.

¿Recordáis lo que dice Péguy, en *El pórtico del misterio de la segunda virtud*: «Para esperar hace falta haber recibido una gran gracia»?<sup>6</sup> ¿Qué gran gracia es ésta? La fe en Jesucristo; la gran gracia es la certeza de la fe, que es como una semilla de tamarisco, una de las plantas más bellas que existen. La semilla de tamarisco es pequeña, una pequeña semilla que se confunde con la tierra al sembrarla; con el tiempo se desarrolla, se desarrolla, y sale de ella una planta grande con esos bellos cabellos largos, con una orla de perlas que son las florecillas, y que, al mínimo soplo de viento, se mueven como cuando alguien sopla en los largos cabellos de una mujer. La gracia grande de la que nace la esperanza es la certeza de la fe; la certeza de la fe es la semilla de la certeza de la esperanza. La pequeña semilla que sembramos hoy sólo en septiembre del año próximo

comenzará a brotar, y sólo cuando pasen cuatro o cinco años comenzará a perfilarse como un pequeño arbusto con sus características gentiles y extrañas.

<sup>6</sup> Cfr. Ch. Péguy, *El pórtico del misterio...*, o. c., p. 20.

«Para esperar hace falta haber recibido una gran gracia», la gran gracia de la certeza en el presente. Nadie tiene certeza en el presente; o mejor, todo el mundo tiene certeza en el presente mientras no piensa; pero cuando piensan... no tienen ninguna certeza. Todos tienen certeza si no piensan: el dinero, la carrera política, la carrera académica... pero si te acercas a ellos mientras están comiendo un pastel o un *panettone* (pastel o *panettone* es lo mismo, porque si le echas al *panettone* un chorrito de Grand Marnier y lo calientas un poco, te sale un pastel buenísimo. ¡Os estoy dando una receta!) y les preguntas, ves enseguida que no tienen ninguna certeza verdadera en lo que se refiere al significado último del vivir.

Es la certeza del presente, de la existencia de un significado en el presente, lo que da lugar, con el tiempo, a una certeza sobre el futuro. Hay un período que parece de incertidumbre, porque todavía no se ve perfilada la figura del futuro: tú conoces la planta del tamarisco, te haces con una semillita y la plantas bajo tierra... ¿quién sabe lo que nacerá de allí? ¿Quién sabe qué forma tendrá? Para comprender la forma que tendrá, deberás esperar algún tiempo.

«Para esperar hace falta haber recibido una gran gracia». La gran gracia representa y asegura un presente en el que se ha injertado una semilla extraña que permite que florezca la esperanza en el mañana. «Florece la esperanza del día que no muere».<sup>7</sup> Porque, amiga mía, tú tienes interés por lo que va a suceder esta noche; pero, luego, esta noche pasa y llega mañana por la noche, pasa también y llega pasado mañana por la noche, y pasan y pasan y llegas a tus cincuenta años, que a su vez pasan y llegas a los setenta, y luego a los noventa y ocho –te aseguro que rarísimamente se llega a los noventa y ocho; la mayor parte de la gente no llega ni siquiera a los ochenta y ocho–, pero después está la gran gracia de la gloria de Dios, la gran gracia del final.

<sup>7</sup> «Antes que rompa el alba», himno de las Laudes del jueves, en *El libro de las horas*, o. c. pp. 114-115.

El hombre vive el presente e imagina el futuro proyectando el presente sobre él, y esto, o hace vago el presente volviéndolo impreciso, o bien lo distorsiona haciendo del presente una caricatura, pues qué habrá del presente en el futuro ¿quién lo sabe? En cambio, ¿qué hace la vida cristiana? Te hace vivir el presente con tal atención a todos los factores del presente que, cuando prestas atención al mar que tienes delante, ves en el último horizonte del mar un puntito; y no es una nave que se aleja, es una nave que se acerca. Es el destino que está llegando hacia ti; ¡y es un gran día aquel en el que adviertes el puntito que es el destino que está por llegar! Es lo que le sucedió a Cristóbal Colón: fue un gran día aquel en el que empezó a entrever tierra en el horizonte.

## Una posesión dada de antemano

Añadamos otra observación. Hemos dicho que la esperanza es la certeza del futuro que se apoya en la certeza de un presente. Pero el presente está verdaderamente presente en la medida en que tú lo posees; por eso la esperanza es la certeza del futuro que se apoya en una posesión ya dada, porque el presente no te lo das tú, lo recibes, «es una gran gracia». La esperanza es la certeza del futuro que se apoya en la certeza de una posesión dada de antemano; *posesión*, es decir, relación estrecha, profunda, con tu persona; *dada de antemano*, que te la da otro, que no la conquistas tú.

Confrontemos esto con el capítulo sexto de Juan. La esperanza que tenían Pedro, Juan y Andrés en Jesús, ¿en qué se apoyaba? Jesús era para ellos alguien a quien trataban de «tú», era una Presencia. Cuando se despertaban por la mañana, entumecidos, porque habían dormido al aire libre, y Él se había pasado toda la noche rezando, Juan, Pedro y Andrés sentían –utilizo una palabra aproximativa–, debían «sentir», que pertenecían a aquel hombre, para poder basar en Él su esperanza en el futuro; lo que daba fundamento a su certeza ante el futuro era aquel hombre al que aceptaban pertenecer.

En el tercer capítulo de Marcos,<sup>8</sup> los parientes que fueron a buscar a Jesús mientras hablaba en la plaza –fueron porque decían, «está loco», ya que no reconocían nada en Él– no lo poseían, no estaban en unidad con Él, no estaban vinculados a Él. Él no estaba ligado a ellos, no era nada para ellos, no lo tenían; y por eso no podían apoyar en Él ninguna perspectiva de futuro. Puesto que no lo tenían, y no le pertenecían, tampoco podían apoyar en Él ninguna perspectiva para su futuro.

<sup>8</sup> Mc 3, 21.

### Seguros del cumplimiento

Debería estar escrito en todas las casas del Grupo Adulto: «El que ha comenzado en vosotros esta obra buena [¿cuál es esta obra buena? Vivir la vida dentro de una conciencia mayor o menor de la relación con Cristo, con Dios hecho hombre], Aquel que ha comenzado en vosotros esta obra buena [esta gran gracia] la llevará a cabo plenamente en el día de Cristo [la llevará a su plenitud al final, el día del destino]». <sup>9</sup> Estar seguro de que Él lleva a su cumplimiento lo que me ha dado quiere decir estar seguro de mi felicidad, estar seguro de mi destino, de mi propia realización, de la meta de la vida. Aquello de lo que necesitamos estar seguros –pues, si no estamos seguros de esto, todo se deshace y se desmorona– es de nuestro destino, de nuestra felicidad; en resumidas cuentas, de que estamos salvados. Como dice la carta a los Filipenses, capítulo primero: «El que ha comenzado en vosotros esta obra buena, la llevará a cabo en el día de Cristo». Es una palabra de esperanza, de esperanza en su verdadero sentido, esto es, de certeza. El sentido que se le suele dar vulgarmente a la expresión «¡esperemos!» no es de esperanza; la esperanza cristiana es certeza, una certeza que concierne al futuro en lugar de al presente. «El que comenzó en vosotros esta obra

buena, la llevará a cabo»: puedes respirar a fondo porque te la ha dado Él, es evidente que te la ha dado Él, porque la tienes y no te la has dado tú mismo; y puesto que es también Él quien la lleva a plenitud, ¡casi, casi, puedes dormir tranquilo! Y, en efecto, duerme tranquilo, en paz: *in ipsum et dormiam et requiescam*<sup>10</sup> [con Él, en su paz, duermo y reposo]. Puedes dormir en paz, porque el futuro es cierto. La seguridad ante el futuro proviene de una gran gracia: esta gran gracia está presente y la seguridad del futuro deriva de este presente.

Hasta ahora hemos desarrollado algunas reflexiones acerca de lo que es la esperanza: una certeza respecto al futuro que únicamente puede apoyarse en la certeza de algo presente, grande y fuerte, porque tiene que sostener todo el futuro. La esperanza se apoya en el presente, y que tú tengas un presente seguro, en el que puedes apoyar todo tu futuro, es una gran gracia.

<sup>9</sup> Flp 1, 6. <sup>10</sup> Sal 4, 9.

Esta tarde tocaremos un segundo punto, y el tercero lo abordaremos cuando Dios quiera; porque puede estallar la guerra, como en Sarajevo. Pensad que los que habitáis en Ancona estáis a doscientos kilómetros de ese lugar donde la gente está siendo masacrada, y, sin embargo, vivís como si no pasara nada. Y aquellos de quienes depende la posibilidad de intervenir, aunque estén algo más lejos porque viven en Londres o Bruselas, no solamente duermen tranquilos, sino que celebran festines y orgías, o producen películas de terror: ganan más con ello.

## *2. El dinamismo de la esperanza*

¿Qué más podemos decir de la esperanza? ¿Qué añadiríais?

*Puesto que no hay nada automático, ¿cómo nace de la fe, la esperanza? ¿Hay alguna condición por la cual, si uno vive la fe, de allí nace la esperanza?*

Es una pregunta justa y muy aguda: puesto que no existe nada automático que tenga valor humano —¿qué quiere decir nada automático? Nada que no sea libre—, ¿cómo puede afirmarse la certeza en el mañana a partir de la fe en algo presente? Es una pregunta muy justa y aguda, y quisiera que se comprendiera bien antes de darle respuesta. Pero, ¡veo que tenéis tantas ganas de quedaros aquí como yo!

El deseo

¿Qué clase de movimiento tiene que producirse para que a partir de la certeza en el presente se llegue a tener certeza del futuro? Un movimiento de la libertad. La libertad entra en juego en la relación con todo, pero aquí esta palabra, libertad, es particularmente importante. ¿En qué sentido la libertad tiene que ver con esto?

*Como deseo, como petición de que perdure lo que ha empezado...* El dinamismo de la fe,

que consiste en creer, en afirmar algo presente excepcional por su fuerza, se convierte en certeza del futuro al transformarse en deseo –que la misma fe provoca y satisface–, al transformarse en petición al poder de Aquel que la fe nos revela presente; «petición, deseo de que madure lo que ha empezado», es decir, el don de sí que Cristo nos otorga en el presente. La libertad se pone en juego en el deseo y en el pedir con certeza que venga de Él nuestra felicidad.

Un grupillo de gente está conversando en la plaza del pueblo; pasa alguien, se para a hablar con ellos, y dicen: «¡Este hombre es maravilloso!». La fe nace como reconocimiento de una Presencia excepcional. La experiencia de una Presencia excepcional hace que se encienda en el corazón del hombre un *deseo* acerca del futuro: el deseo de que ese hombre se quede, el deseo de que arregle los asuntos de casa, de que arregle la situación de nuestra mujer enloquecida, de que encamine a nuestro hijo... cualquier clase de deseo. Es el dinamismo de la fe como reconocimiento de una Presencia, urgido por las exigencias del corazón que, al oír hablar a aquel hombre, se despiertan en toda su magnitud. Por consiguiente, el encontrarse con Él ha hecho que se enciendan en ellos deseos que ese hombre puede mantener; están seguros de que ese hombre puede mantenerlos. El dinamismo de la fe es la afirmación de una experiencia; la esperanza es el deseo de que esta experiencia se tendrá en el futuro.

El segundo paso que estamos dando consiste en indicar cuál es el dinamismo propio de la esperanza. La esperanza nace de una afirmación. ¿Y cómo nace? Como afirmación del cumplimiento de un deseo; afirmación de que un deseo se cumplirá. ¿No está del todo claro? Alguien conoce a una persona y dice: «¡Qué bien, me he encontrado con un gran hombre! Puesto que es grande podrá resolverme este problema apremiante que tengo: arreglar la situación de mi hijo».

La fe es la afirmación de que hay una Presencia grande; y la esperanza es la afirmación de que tiene solución el deseo, que está determinado por las necesidades del corazón. Un encuentro despierta, solicita, incita las exigencias del corazón. Y éstas se ponen a desear porque se trata de algo futuro; por eso se ponen a desear.

Estos deseos ¿se verán satisfechos, sí o no? Aquí está la cuestión. Estos deseos, que se producen conforme a las exigencias del corazón, podemos estar seguros de que se cumplirán, podemos ser capaces de mantener razones para esperar con certeza el futuro, únicamente en la medida... –¡no es fácil de decir!– en que uno se fía del contenido de la fe, solamente en la medida en que uno se abandona, confía y se abandona a la Presencia que le ha indicado la fe.

Las exigencias del corazón nos dicen que el objeto del corazón existe, y que existe en un futuro, porque el hombre está destinado a ser feliz, justo y verdadero. Está destinado a esto, pero la certeza de que todo ello sucederá no puede apoyarse en nuestro corazón. La certeza de que ello tendrá lugar, solamente puede derivar de la Presencia que la fe



reconoce, de la Presencia excepcional que la fe reconoce. Sólo esto puede sostener firmemente la razón de una certeza sobre el futuro.

Ésta es una fórmula clarificadora. La voy a repetir, pero estad atentos y decidme si comprendéis o no lo que digo. El corazón del hombre –hemos estudiado en *El sentido religioso*<sup>11</sup>– está constituido por exigencias fundamentales o ideales y, por ello, se ve empujado hacia el futuro en la dirección que señalan esas exigencias; pero no puede estar seguro de que lleguen a cumplirse, no puede estar seguro, por ejemplo, de que no las va a traicionar. Se ve empujado hacia el futuro: el deseo de que esas exigencias se cumplan, empuja el corazón hacia el futuro. ¿Cuándo ese deseo se convierte en certeza? Y, ¿cómo? Se convierte en certeza en la medida en que madura la seguridad en el poder de la gran Presencia.

<sup>11</sup> Cfr. L. Giussani, *El sentido religioso*, o. c., pp. 17-20.

Por ello, el dinamismo de la esperanza es un deseo que no resistiría el paso del tiempo, que se tropezaría siempre con la amargura de la desilusión, si no se apoyara, si no sostuviera su razón de ser, en la fe, en la certeza del poder de la gran Presencia.

### La certeza del cumplimiento

Demos otro paso. ¿Cómo puede el corazón, cómo puede la esperanza (la certeza del futuro que deriva de la confianza en la gran Presencia), cómo puede este deseo de que se realice el bien, que adquiere confianza por la certeza que tiene de la gran Presencia, convertirse además en certeza de que esa Presencia responderá?

La esperanza, en cuanto exigencia de que se realice lo que el corazón desea, no puede ser una certeza que nazca del mismo corazón, porque el corazón no sabe; desea, pero no sabe. ¿Cómo puede el corazón alcanzar la certeza –y, por tanto, la esperanza, en el sentido cristiano del término– de que se realizará lo que humanamente desea? La naturaleza del dinamismo de la esperanza es deseo, pero es un deseo que no puede estar seguro de sí mismo. ¿Cómo alcanza la seguridad?

#### *Porque me lo ha prometido.*

El deseo llega a estar seguro de sí cuando pide, cuando suplica; cuando el deseo del corazón se convierte en petición, alcanza la seguridad. Y la petición se apoya en la certeza de la respuesta que nos da la gran Presencia, porque esa Presencia lo ha prometido. «Petición», ésta es la palabra. Pero «lo ha *prometido*» es fundamental, porque es lo que hace razonablemente confiada la misma petición. Aunque la promesa está contenida ya en el hecho de que la Presencia grande existe.

### El sueño y el ideal

Añadamos una observación, una *nota bene*. Las exigencias del corazón pretenden ser atendidas; pero como el hombre no tiene fuerza para satisfacerlas, para alcanzar la meta que nos hacen prever, entonces damos forma a esa pretensión con el rostro, con la consistencia frágil y en última instancia ilusoria, de lo que se llama sueño. El corazón del hombre sueña con que sus exigencias se vean satisfechas: sueña, da una forma positiva a su camino. Ahora bien, el sueño del corazón del hombre no puede sostener las razones de la certeza de que sus exigencias sean atendidas.

La certeza de que éstas se vean atendidas procede de la Presencia grande que *prometió* que escucharía al hombre, si éste se lo pedía. Por eso, de la memoria, la esperanza exalta la promesa (la alianza, como dice la Santa Misa); la esperanza exalta la promesa de la fe.

La Presencia grande nos ha hecho una promesa, nos sigue haciendo la promesa de que, en la medida en que uno pida, será atendido. Aquí se juega la libertad; la libertad del hombre frente a su destino consiste en una petición, que es la postura del mendigo o del pobre. Las exigencias del corazón tienen la certeza de que van a ser atendidas: el objeto de esta certeza se llama ideal. Las exigencias del corazón basan su certeza en la petición que dirigen a la gran Presencia.

Para comprender la esperanza es muy importante distinguir entre el sueño y el ideal. El sueño se produce porque las exigencias del corazón, las exigencias originales, tienen tal sed de ser atendidas que, olvidando la gran Presencia, tienden a darse ellas mismas, a imaginarse, la forma que las debe satisfacer. Esta forma surge siempre del pretexto de una presencia-no-grande, de una presencia que no es grande. No es que yo sea confuso; es que hay que estar buscando siempre la manera más sencilla de comunicar estas cuestiones.

El corazón del hombre exige la felicidad. Si vive la fe está seguro de que esa felicidad se la dará la Presencia grande, porque lo ha prometido. Lo ha prometido y ha llegado a morir para hacerlo posible.

Repito lo que he dicho:

- las exigencias del corazón son exigencias de felicidad;
- sin la fe, la seguridad de ser feliz no puede ser razonable, y adquiere entonces la forma del sueño, una forma que le da el mismo corazón, usando el pretexto que le brinda alguna presencia que no es aún la gran Presencia (el hombre para la mujer, el niño para la madre, el dinero para el que ama el dinero, el éxito político para un político). Es el sueño; el corazón del hombre se ve tentado por el sueño;

- pero el corazón del hombre está hecho para ser feliz. Si reconoce la gran Presencia, si vive con la certeza de esa Presencia grande, comprende que sólo de esa Presencia puede provenir el motivo de la certeza de que sus deseos se cumplirán; y por eso pide alcanzarlo, con la ayuda de la gran Presencia, en la forma eterna que ella le ha dado: una

forma que se llama ideal. En resumen: la esperanza se traduce en el deseo del sueño o en el deseo del ideal.

Cuando tengamos la jornada de retiro, intentaremos remediar la manera de decir todo esto, aunque como lo hemos dicho, tampoco me parece oscuro. Demos otro paso.

*Yo no he comprendido qué es el ideal.*

El ideal es el objeto de perfección, de felicidad, para el que está hecho el corazón del hombre; pero que solo, no puede alcanzar. Por sí solo puede proporcionarse formas soñadas, porque utiliza como pretexto las circunstancias y no la gran Presencia.

El ideal, en cambio, corresponde al deseo de felicidad que tiene el corazón y que éste reconoce posible alcanzar solamente con la ayuda de la Presencia grande. El ideal, por consiguiente, es el deseo último del corazón, que el hombre trata de alcanzar confiando en la Presencia grande. Es muy importante esta diferencia entre sueño e ideal.

Una petición que invade todo

Puesto que lo que debe prevalecer es el ideal y no el sueño, la exigencia de felicidad que tiene el corazón del hombre se realizará de acuerdo con la forma que establezca el misterio de la gran Presencia. Y esta forma no es otra cosa que la misma Presencia grande: la forma es Cristo mismo. Aquello para lo que está hecho el hombre es el misterio de Dios.

Entonces se entiende fácilmente que todas las circunstancias en las que vive el hombre o bien constituyen la tentación de un sueño o bien son signos del ideal. ¿Qué quiere decir que sean signos del ideal? Quiere decir que el hombre descubre el atractivo que tienen todas las circunstancias como algo provisional que remite a la atracción definitiva y última de la gran Presencia. Significa que todas las circunstancias, si tienen algo bueno, bello y fascinante, reclaman a la belleza insuperable de la presencia del Misterio, de la presencia de Cristo.

Por ello, el deseo que representa la esencia de la esperanza, es que Cristo venga: que aun dentro de la provisionalidad de las circunstancias, alcancemos más a Cristo, que Cristo sea más glorificado, o –lo que es lo mismo– que Cristo venga, es decir, que Cristo se revele en lo que hacemos. Por eso, las últimas palabras de la Biblia nos dan la fórmula de la esperanza: «¡Ven, Señor Jesús!». Esta petición debe invadirlo todo, especialmente su variante más justa y difícil, más bella y más difícil, análoga a la respuesta que Pedro dio a Cristo: «Señor, ¡haz que yo te ame!». <sup>12</sup> Así pues, lo que en última instancia pide nuestro adentrarnos en cada jornada es solamente esto: que crezca nuestro amor a Cristo; de este modo el hombre camina hacia su felicidad.

<sup>12</sup> Cfr. Jn 21, 15-17.

Concluyendo, podemos decir que la esperanza es la primera característica de un yo, de una persona, que camina en el tiempo. La esperanza pone de relieve si lo que sucede – esto es, las circunstancias– conduce al hombre hacia la desilusión, privándole de su libertad de pedir, o, por el contrario, le revela la Presencia grande que el hombre ha encontrado y que se convierte en el destino al que todas las cosas señalan; en el contenido del que cada cosa es signo y que, sobre todo, constituye el objeto último de su petición.

### 3. *Hacia la posesión de un bien arduo*

Voy a beber la cerveza que me han puesto aquí. ¡Gracias al que haya tenido la amable idea de traerme esta cerveza...! Pero no puedo daros un poco: ¡es demasiado pequeña!

Cuando Vera o Mandy lanzan las primeras notas de un canto nuevo son como el agricultor, de evangélica memoria, que esparce sus semillas en la tierra dura, porque no está muy arada –en el sentido de preparada para aprender a cantar–, pero que de todos modos echa sus semillas. Y después de una, dos, tres, cuatro veces, la semilla comienza a prender, aunque sea de manera un poco tosca, de forma que hace falta seguir cavando para que entre más adentro. Pero llegado un momento, mejor o peor, el canto brota.

De igual modo, al deciros nuestras palabras, que también a nosotros se nos dijeron como se os dicen a vosotros, recordamos el tiempo en el que, también a nosotros, estas palabras nos resultaban como piedras que nos tiraban a la cara: no penetrábamos en ellas, ni ellas en nosotros. Pero la misericordia del Señor consiste precisamente en la paciencia con la que nos repite las cosas a lo largo del tiempo, con la que hace que repitamos a lo largo del tiempo; repitiendo y repitiendo de nuevo, sintiendo cómo el granizo nos da en la cabeza, un golpe y otro golpe; finalmente, estas palabras penetran en nuestro cerebro, hasta que comienzan a entrar también en el corazón. Primero entran en el cerebro y por eso no quieren decir todavía casi nada; pero luego penetran en el corazón y entonces es cuando comienzan a querer decir algo.

Entonces, ¿cuál es la primera consecuencia de lo que estoy diciendo? No debe asombrarnos que no comprendamos, pero ¡ay de aquél que, al no comprender, se para y dice «no entiendo»! Estaría acabado; es un rechazo que le dejaría para siempre sin dar fruto. Al contrario, necesitamos repetir estas palabras, o –como esta mañana decía el Obispo en la asamblea que hemos celebrado de la *Compagnia delle Opere*<sup>13</sup>– necesitamos mirar de frente a los valores. Una palabra que quiere indicar un fragmento de nuestra vida se llama «valor»; no un fragmento en sentido cronológico, ni en sentido anatómico, sino un fragmento en el sentido viviente del término «vida», una faceta del yo que camina hacia su destino. Es necesario mirar a la cara; tenéis que habituaros a mirar de frente estas palabras. Aunque sea solamente tenerlas ahí, ante los ojos, y mirarlas, ello hará que penetren en vosotros en mayor o menor grado. Si, además, el mirarlas es al mismo tiempo una petición a Dios

—«Señor, haz que comprenda estas palabras»—, entonces la respuesta resultará más solícita y lograréis comprender más deprisa la grandeza que encierran ciertos términos — grandes, porque abrazan la vida— y la satisfacción del corazón que provocan y producen: la alegría que producen, porque no hay mayor fuente de alegría que la verdad que encierran las palabras que se repiten para indicar algo verdadero, vivo y definitivo.

### Certeza y deseo

¿Qué hemos dicho hasta ahora de la esperanza? Primero que la esperanza es la certeza del futuro motivada por la certeza de algo presente; y, segundo, que el dinamismo que imprime la esperanza en nuestro yo, en nuestra conciencia, se llama deseo.

¿Por qué escribís? Ya deberíais tener escrito lo que acabo de decir. De hecho, ¡ay si esperáis que saquen los textos a multcopista! Ante todo, porque jamás llegan a tiempo; pero además, porque, si descargáis vuestra responsabilidad creyendo tener seguridad de las palabras que se os dicen porque tenéis un texto escrito, es como si pretendiérais ser Dante Alighieri porque poseéis *La Divina Comedia* impresa. ¿Me explico? Al contrario, lo que vibra dentro de vosotros, lo que se regenera en vosotros, es lo que os hace capaces de repetir, de comentar, de presentir y de sentir.

Repito: la esperanza como certeza del futuro; y el dinamismo de esa certeza, que es el deseo. La certeza de un bien que todavía está ausente, que tendrá lugar en el futuro; y por ello una espera consciente, es decir, un deseo.

<sup>13</sup> Se hace referencia a la intervención de Mons. Dionigi Tettamanzi, Secretario General de la Conferencia Episcopal Italiana, en la Asamblea Nacional de la *Compañía de las Obras*, Milán, 12/2/1994.

### El deseo de un bien arduo

Certeza de un bien futuro, no presente, que se apoya en una certeza presente, y que se expresa —decía Santo Tomás de Aquino— como deseo referido a un bien, a un valor *arduo*.<sup>14</sup> ¿Qué quiere decir un bien o un valor que se desea pero que es arduo? Quiere decir que se desea un bien o un valor que cuesta obtener. De alguna manera cuesta, resulta arduo, fatigoso, conlleva un esfuerzo.

### La incertidumbre inevitable

La primera nota que hay que destacar es una premisa para lo que diremos: entre la certeza de la fe y la semilla de la certeza futura que la fe constituye, hay un período de tiempo que puede parecer de incertidumbre. ¿En qué sentido incertidumbre? En el sentido de que todavía no está perfilada la figura de ese futuro: «¿Quién sabe cómo será?». ¿El infierno? ¡No! El infierno, no. Y ¿por qué no el infierno? ¿Porque no existe, quizás? No: ¡porque el infierno no es objeto de esperanza!

No está perfilada todavía la imagen del futuro y por eso el «¿quién sabe cómo será?» esparce una especie de niebla sobre la relación entre la certeza del presente y el impulso hacia el futuro. El deseo del futuro se carga con un peso, el peso de la incertidumbre. Entre la certeza de la fe y la certeza de la esperanza que nace de la primera, hay siempre, al comienzo, un clima, un momento, un paso de incertidumbre que no es verdadera incertidumbre, pues de otro modo desaparecería la certeza; y si no hay certeza, tampoco hay esperanza. No, lo que ocurre es que la certeza de la fe engendra la certeza de la esperanza; pero la manera en que esta certeza de la esperanza se produce en nosotros nos deja una especie de visión borrosa, una tribulación, –como una duda, que no es duda, es incertidumbre–, porque no logramos imaginar, no conseguimos en absoluto perfilar cómo será ese futuro.

Por ejemplo, uno de los motivos de que la memoria de Cristo sea tan débil en muchos momentos de nuestra vida es una especie de incertidumbre en Él, que no es exactamente incertidumbre, lo que sería falta de fe, sino una dificultad para perfilar dentro de nosotros cómo sucedió la cosa.

Si tomamos, por ejemplo, el pasaje en que Jesús resucita al hijo de la viuda de Naín, ese momento, si nos ensimismamos con él, se convierte para nosotros en factor de consuelo, de alegría, de persuasión más profunda. Por esto siempre volvemos al capítulo primero de San Juan, cuando Juan y Andrés estuvieron por primera vez con Jesús. Eran los dos primeros que le veían, por primera vez, de una determinada manera: fueron allí, estuvieron con Él mirándolo hablar..., pero nosotros no conseguimos imaginar cómo debió ser. Comprendemos muy bien que los dos recibieron el impacto de aquel hombre excepcional; y, en efecto, decimos que lo *miraban* hablar porque no comprendían lo que decía, como tampoco nosotros logramos comprender lo que podría decirnos. Es una especie de interrogante, de duda e incertidumbre que nos queda a la hora de figurarnos lo que pasó; no conseguimos imaginárnoslo bien, reconstruir en nuestra imaginación la escena. Queda como un espacio de vacilación.

<sup>14</sup> «Objeto de la esperanza es un bien futuro arduo pero posible de alcanzar» (Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, II, IIæ, q. 17, a. 1).

Pero no puede ser que la dificultad para imaginarnos, para perfilar cómo puede ser nuestro futuro, llegue a constituir una razón para dudar del futuro. Sería irracional que no estuviéramos seguros del futuro sólo porque no logramos imaginar, no logramos figurarnos cómo puede ser su perfil. Es cierto que si se trata del futuro es porque todavía no lo hemos experimentado, ¡no podemos saber cómo será! Pero, reconocer que existe, es algo que depende de la certeza de la fe. Estamos seguros de que existe; pero no estamos seguros de cómo pensarlo, de cómo imaginar la figura del futuro.

Ahora, esto es también una ventaja, porque podemos «desfogarnos» de muchas maneras conforme al temperamento y la imaginación de cada uno. Lo mismo ocurrió cuando os

leí por primera vez el pasaje de Juan y Andrés<sup>15</sup>: vosotros jamás habíais pensado lo que yo trataba de decir al imaginarme cómo había sido aquel momento. Pero si estuvisteis atentos, también vosotros comenzasteis después a pensarlo del mismo modo, y estáis aprendiendo a imaginar también, de manera similar, otros pasajes del Evangelio: por ejemplo, la pecadora que besa llorando los pies de Jesús,<sup>16</sup> o Zaqueo acurrucado encima del árbol que oye al que pasa y le llama: «¡Zaqueo!». <sup>17</sup>

La dificultad para perfilar cómo pueda ser no es una objeción a la certidumbre sobre el futuro. La dificultad para figurarnos cómo será el paraíso no incide negativamente, no invalida la certeza que tenemos del paraíso; la razón de ser del paraíso es algo totalmente distinto de la capacidad que tengamos para imaginárnoslo. Se trata de razón y no de imagen.

<sup>15</sup> Cfr. Jn 1, 35 ss.

<sup>16</sup> Lc 7, 36-50.

<sup>17</sup> Lc 19, 1-10.

¿Entonces la imagen no vale nada? ¡No! La imagen ayuda a la razón cuando se sabe usar. La imagen ayuda; es una sirviente que corre a por las castañas o la jarra de cerveza, ¿comprendéis? No tiene la dignidad ni la consistencia de la razón; no es la dueña. Insisto en esto porque a mi juicio se produce en nosotros mucho vacío, mucho temor, mucho desinterés porque confundimos la incapacidad que tenemos de imaginar el futuro con la incertidumbre de él: la certeza es objeto de la razón; figurarse cómo será el perfil del futuro depende de una capacidad de imaginar que se puede tener o no tener.

Pues bien, hasta ahora lo que he querido era apartar el velo de una objeción inútil: confundir la fantasía y la imaginación con la razón. La certeza es un objeto de la razón; o, mejor, se basa en la razón, no en la imaginación; y la inconsistencia de la imaginación no constituye motivo alguno para dudar de la razón.

a) *Un camino que es fatigoso*. El primer punto que hay que desarrollar en nuestra meditación sobre la palabra esperanza, en cuanto certeza que tiende dinámicamente a poseer un bien *arduo*, es que el cumplimiento de nuestro destino implica siempre un modo de caminar que requiere un esfuerzo, porque cumplir nuestro destino, caminar hacia el destino, es una prueba. Prueba, en latín, se traduciría por examen: es un examen, una prueba. El camino hacia el destino implica siempre un esfuerzo, porque dicho camino es una prueba que hay que superar; en este sentido se dice que es arduo. Atravesar un río en crecida es arduo, subir a la cima del Mont Blanc es arduo; toda prueba es ardua, toda prueba lleva consigo algo de este adjetivo.

¿Cómo se dice en latín examen? *Periculum*. Es un peligro, esto es, una prueba; *periculum* no quiere decir peligro, sino prueba.



b) *La fuerza de Jesús*. Segunda idea. Por encima de todo, lo más importante, una vez dicho lo anterior, es que la fuerza de esa realidad presente que se llama Jesús, la fuerza de Jesús, no nos abandonará jamás; y es más potente que cualquier dificultad o fatiga.

«Te amo, Dios mío, fortaleza mía»,<sup>18</sup> dice un salmo con una frase que se repite como antifona: «Te amo, Dios mío, fortaleza mía». O como decía San Pablo: «Soy capaz de todo [*omnia possum*, lo puedo todo] en Aquel en quien consiste mi fuerza [*in Eo qui me confortat*, en Aquel que me conforta]». <sup>19</sup> No ya como cuando te dicen «ánimo, ánimo, ten coraje»; confortar quiere decir «tengo fuerza con Él», junto a Él tengo fuerza. Confortar significa en última instancia exactamente esto; en caso contrario, ¿qué consuelo supondría, qué alivio? Te están cortando la cabeza, los nuevos jacobinos, y alguien llega a «confortarte»: «¡Nada, hombre, no es nada!».

<sup>18</sup> Sal 18, 2. <sup>19</sup> Flp 4, 13.

La famosa frase del último discurso de Jesús en el Evangelio de Juan, «No os quedaréis huérfanos, volveré a vosotros y os dejaré mi Espíritu»,<sup>20</sup> ¿qué significa? Dejarte mi espíritu quiere decir dejarte a mí mismo; el espíritu de Cristo es su mismo yo, la energía de su yo. «Estaré presente hasta tal punto que meteré continuamente dentro de vosotros, haré que pase continuamente en vosotros, mi energía y mi fuerza».

El Espíritu indica, por lo tanto, el modo en que la gran Presencia prosigue su camino con nosotros; el Espíritu es la energía de luz y de corazón con la que Cristo mantiene su Presencia; y así nos ayuda, nos conforta, para afrontar todas las pruebas.

¿En qué términos nos ayuda? ¿En qué sentido el Espíritu es luz? *En primer lugar*, porque nos hace comprender que no son las pruebas las que definen la vida, que la vida no se agota en las pruebas. *En segundo lugar*, porque a través de las pruebas –la misma prueba es un «a través»– hace que caminemos construyendo así nuestra vida, una vida que jamás se perderá. Para construir hace falta pasar por la fatiga, aunque no sea éste el objetivo: el sentido del trabajo de un albañil no es el esfuerzo que hace, sino construir mediante ese esfuerzo la casa, y recibir su sueldo a fin de mes, ¡siempre que entre tanto no haya quebrado su empresa! *En tercer lugar*, y sobre todo, el Espíritu de Cristo, que está siempre presente en el camino a través de todas las pruebas, nos enseña la gran palabra del itinerario de la esperanza: la paciencia.

*Un corolario: la paciencia*. «Con vuestra paciencia poseeréis la vida», dice Jesús en el Santo Evangelio,<sup>21</sup> pues la paciencia es la capacidad de sobrellevar –*patior* significa, en último término, llevar, llevar sobre los hombros–, la capacidad de sobrellevarlo todo, lo que sucede en nosotros y en la realidad, la capacidad de soportar todas las circunstancias, de soportarlo todo con el coraje razonable de no negar nada. ¿Por qué he dicho coraje *razonable*? Porque la razón consiste en la conciencia de la realidad conforme a la

totalidad de sus factores –las explicaciones que se dan corrientemente de la razón no dan cuenta del verdadero valor de ésta, porque se ven obligadas a olvidar o negar algo, decía el primer volumen de la Escuela de Comunidad<sup>22</sup>–. Quien, para explicar una cosa, se ve obligado a negar u olvidar algo, no es razonable. La razón tiene que explicarlo todo. La paciencia es la capacidad de soportar todo con el coraje razonable de no negar nada, de no olvidar nada, y –¡atención!–, de no rechazar nada. Son tres palabras importantes.

<sup>20</sup> Cfr. Jn 14, 15-18. <sup>21</sup> Lc 21, 19.

*Negar* . Como los niños pequeños cuando se les dice «¡Mira qué manzana tan buena!», y ellos responden «¡No!» refunfuñando caprichosos: esto es negar la evidencia, concierne a lo evidente.

*Olvidar* . Se refiere a que la cosa no interesa de momento, bien porque ello sirve para sostener una determinada postura o simplemente porque tenemos interés en olvidarla. Olvidar es eludir, evitar.

*Rechazar* es, en cambio, lo que se hace cuando se comprende una cosa, se comprende su importancia, su necesidad, pero se escupe encima de ella.

Leed el Nuevo Testamento, especialmente la Carta a los Romanos, sobre todo sus capítulos 5 y 8, las cartas de San Pedro y el capítulo primero de la Carta de Santiago. Pero, mejor leedlas todas, buscando la palabra paciencia: cada vez que aparezca la paciencia, aprenderéis algo de su valor.

¿Recordáis al antiguo Atlante, el gigante que sostenía el mundo sobre sus hombros? La paciencia es algo mucho mayor que ese «Atlante» que lleva sobre sí al mundo. Aquella era una imagen estoica, una presunción de la magnanimidad estoica, una presunción, porque el hombre no sostiene el mundo; cuando pretende hacerlo, en un momento dado, el mundo lo aplasta. Y ésta es la filosofía mundana más digna: la del Atlante estoico. En *El sentido religioso* tenéis un ejemplo de este estoicismo que, sin embargo, no resiste en su intento: la historia del pequeño señor Friedmann.<sup>23</sup> Porque frente al peso de la realidad –pensad en la muerte: todo se acaba–, ¿qué es lo que ha pensado el hombre de cualquier época? Dos cosas; o bien «olvidemos y gocemos mientras dure», «gocemos ahora, que mañana moriremos», o, por el contrario, si era gente seria, con un mínimo de seriedad –lo que da un gusto mayor que la estupidez del puro placer–, la fórmula estoica: llevar las cosas sobre los hombros, la magnanimidad, como la llamaban entonces, el sobrellevar. Pero el hombre que lleva el mundo sobre sus hombros da un paso y el mundo lo aplasta; no puede soportar semejante peso si está solo.

«Con vuestra paciencia poseeréis la vida», dice Jesús. Pensad qué cerca está este soportar y sobrellevar la vida, del ser probados por la vida en el sentido, por ejemplo, de ser crucificados, de padecer: soportar y padecer, humanamente hablando, son como dos

líneas juntas, dos caminos colindantes.

c) *La fidelidad a la pertenencia*. Tercer punto. El esfuerzo de esperar que es el entramado de la paciencia, ¿en qué consiste? El esfuerzo que requiere la esperanza es permanecer. «Permaneced en mí». Leed los capítulos 14 y 15 de San Juan. «Permaneced en mí»: seguid permaneciendo en Cristo, resistid en la fidelidad a la pertenencia, en la fidelidad a la propia vida como pertenencia, como pertenencia reconocida.

Pero, esta pertenencia, ¿es algo que se queda allí, que no tiene expresión, como el niño en el vientre de su madre? No. La fidelidad a la pertenencia o el esfuerzo de esperar, que constituyen el entramado de la paciencia, tienen un modo de expresarse. ¿Cuál? La petición: el pedir o, mejor –ya que no es la petición de quien es alguien por sí mismo y quiere algo más, sino que se trata de pedirlo todo–, el mendigar. Pedir o mendigar a Cristo presente. Hay dos páginas del Evangelio que, si se leen con atención y fe, ya no se puede dudar más ni tener miedo: Lucas 11,1-11 y Lucas 18,1-8. Leed despacio, mirad bien a la cara estos pasajes, y caed en la cuenta de que no hay nada en el mundo a lo que se le pueda atribuir lo que ahí se dice, nada en el mundo, nadie; ni siquiera un padre o una madre, ni siquiera la madre más buena o el padre mejor, más inteligente. El hombre estaría totalmente abandonado si no se abandonase a esta pertenencia.

Los enemigos de esta fidelidad a la pertenencia, los enemigos más notables, son la discontinuidad... –en psicología, esta neurosis se define como ciclotimia: un día arriba, otro abajo, por la noche arriba, por la mañana abajo; la esquizofrenia es que uno está roto de la cabeza a los pies; la discontinuidad, en cambio, es más una variación del humor: unas veces uno está de morros y otras rompe en una risa disonante y no sabes cómo tratarlo; ves que se ríe y te ríes también tú, pero ¡luego...!–, son la discontinuidad, decía, el esfuerzo y el dolor.

d) *El perdón*. Cuarto punto. ¿Cuál es el aspecto más duro de este esfuerzo? ¿Cuál es el aspecto más difícil de esta fidelidad en el mendigar y pedir? ¿Cuál es el aspecto más agudo del esfuerzo al que me he referido antes, el esfuerzo de esperar? El perdón; la petición de perdón, seguros de que seremos perdonados; el recuperarse después del error no porque consigamos nosotros remediarlo, sino porque, cuando pedimos a Cristo presente con su Espíritu, cuando mendigamos de Él el perdón, es como si desapareciera aquello en lo que nos hemos equivocado y se transformara en fuerza dentro de nosotros, en deseo de complacerlo. «Simón, ¿me amas?» –le dijo– y no «¿Qué me has hecho?, me has traicionado». No, no, no; se la había jugado muchas veces, y, sin embargo, le dice: «¿Me amas?».

Volver a esperar después de cometer un error es un gesto tan grande que el poeta Péguy lo llama «el misterio secreto de la esperanza»,<sup>24</sup> porque el perdón del mal es realmente un misterio. «El secreto misterio de la esperanza que de malas aguas saca agua pura y a las viejas almas las vuelve frescas»: es el renacer. El Bautismo es el principio de este

renacer, un principio que actúa durante cien años, si es que uno los alcanza, 103 años si uno dura los 103, que actúa 1.299 veces si uno ha cometido 1.299 pecados y 10.003 veces si uno ha cometido 10.003 pecados.

### Lo opuesto a la paciencia

Pero la observación más importante, que el mismo Péguy hace, es que en nosotros puede ocurrir lo opuesto a la paciencia. Y lo opuesto no es la impaciencia: la impaciencia es un defecto de la paciencia. Lo opuesto a la paciencia es esa especie de resignación de gusano —como los gusanos, que se arrastran a duras penas—, es ese proceder retorcido de serpiente, ese estirarse inútil de brazos y piernas, que deriva de tantas causas, como, por ejemplo, de la pereza. Pero la pereza no define nada; es simplemente una actitud de la persona, de la cual, tarde o temprano, sale algo muy feo que se llama tibieza. La tibieza es seguir el camino de la esperanza con gesto ausente, con la cabeza encogida precisamente como se encoge un gusano para caminar: son los que están sin estar de verdad, y que por eso no le gustan «*né a Dio, né ai nemici sui*» («ni a Dios ni a sus enemigos», dice Dante; es decir, no pueden gustarle a Dios ni podrían tampoco gustarle a Satanás, ¡a no ser porque éste espera el momento de tragárselos enteros!). Pero, sobre todo, la tibieza es una manera de vivir el seguimiento de Cristo que aburre, que nos aburre a nosotros mismos, que no tiene luz, ni brillo, ni energía creativa, ni dulzura, ni proyecto alguno; es decir, ¡que no tiene esperanza! Esperar sin esperar, que es lo contrario de esa gran frase que San Pablo dijo de Abraham: «Esperando contra toda esperanza».<sup>25</sup> La tibieza se opone a la fortaleza.

### El testimonio

Una *nota bene* final. La mayor prueba de la vida, y, por tanto, de la esperanza, del camino de la esperanza, sería la muerte, si Cristo no hubiera resucitado. Pero el hombre ya no tiene nada que temer de la muerte desde que Cristo resucitó de entre los muertos, hasta el punto de que puede llegar a tener una esperanza tan intensa que desee morir por Cristo.

<sup>24</sup> Cfr. Ch. Péguy, *El pórtico del misterio...*, o. c., pp. 132-135. <sup>25</sup> Rm 4, 18.

El testimonio —y así concluimos— es un «pedacito» de muerte por Cristo; cualquier testimonio. Su nombre concreto es misión: la vida como misión, el partir, *partir c'est un peu mourir*, que en el fondo, en el fondo, es la misión. Y la misión es la finalidad de la vida. En efecto, ¿cuál era el objetivo de la vida de Cristo? Salvar al mundo, salvarnos a cada uno de nosotros, salvarme a mí y a ti. Por eso Cristo mismo dijo que esperaba la prueba de su muerte con un intenso deseo, con apremio, cuando hablaba de su baño de sangre y de cómo deseaba que aconteciese. Porque la muerte no es otra cosa que la prueba culminante, cuya finalidad sólo puede consistir en el testimonio de la aceptación del Misterio de Dios.

Leed en *El sentido religioso*, con atención, el capítulo en que se habla de los dos factores que componen la experiencia del yo.<sup>26</sup> Releed desde el principio la Escuela de Comunidad, pues, de lo contrario, no comprenderéis nada de lo que os ofrecemos y, en lugar de semillas sembradas en tierra mullida, lo que decimos os resultará como pedruscos tirados a la cara.

<sup>26</sup> Cfr. L. Giussani, *El sentido religioso*, o. c., pp. 55-57. LA ESPERANZA ASAMBLEA

*Oh! doux pays de Chanaan* es el canto de la esperanza.<sup>27</sup> Todos los aspectos de la esperanza que hemos abordado se encuentran recogidos en él: la prueba, el esfuerzo, las razones que se deben tener para poder llevar a cabo un esfuerzo digno de un hombre. Es el carácter arduo del futuro: un pueblo que camina por el desierto y no sabe dónde llegará a establecerse, que no conoce el camino ni nada. ¿En qué consistía la fuerza de este pueblo para caminar durante cuarenta años hacia un destino que no conocía?

*En que Dios estaba con ellos.*

En que Dios estaba con ellos; su fuerza era Dios que estaba con ellos, y esa fuerza se llamaba Alianza. ¿Bajo qué forma se les había dado a conocer el objeto de la esperanza? Como promesa.

*El corazón del hombre es una promesa .*

Pensemos en los hombres, en todos los hombres, y en nosotros mismos: ¿cuál es el destino de nuestra vida (ya que el camino es la vida)? ¿Y cómo se puede conocer ese destino? Lo que significa: ¿cuál es el contenido de la promesa? El corazón del hombre. El hombre nace con este corazón, es decir, nace con esta esperanza; el hombre nace con un corazón en el que radica una promesa, un corazón que únicamente se puede definir como promesa. El corazón de la vida es una promesa. Por esta razón debe uno, todos los días, ponerse de nuevo en acción, restablecer su acción.

¿Cómo le hizo esa promesa al pueblo israelita? ¿Cuándo empezó la promesa de Dios?

*Con Abraham.*

Con Abraham, a quien dijo: «Te prometo que...». Leed el capítulo decimoquinto del Génesis, cuando Abraham está caminando, caminando; y una noche, bajo un cielo estrellado, dice: «Señor, aquí no pasa nada, ¡sólo pasa mi vida! No alcanzo lo que me has prometido. Me habías prometido que sería la cabeza de un grandísimo pueblo; pero mi vida se consume y el tiempo apremia [como me dijo un amigo, Obispo, muy enfermo, cuando fui a verlo: 'El tiempo apremia y mi vida se acaba']». De igual modo Abraham, ya más que centenario, parecía decir también: «El tiempo apremia y lo que me has prometido, ¿dónde está? No tengo ni siquiera un hijo y mi heredero tendrá que ser el jefe de mis sirvientes: Eliezer».<sup>28</sup> Ésta es la prueba de Abraham, su primera gran prueba. Entonces, el Señor ¿qué hace? No hace otra cosa que repetirle la promesa. Le hace salir de su tienda, mirar al cielo, y le dice: «Cuenta las estrellas si puedes: tu descendencia

será igual de grande»; basta, le repite la promesa. Dios no puede faltar a su palabra, y por eso no tiene necesidad de otra cosa para dar seguridad al hombre. Y, en efecto, la fe de Abraham consiste en que creyó en la palabra de Dios, en que se abandonó a la palabra de Dios. El establecimiento de la Alianza, la renovación de la promesa, tiene lugar en ese capítulo del Génesis. La Alianza es la expresión sensible, física, experimentable, de la promesa de Dios a Abraham. La última parte de este capítulo es uno de los pasajes más impresionantes de toda la literatura universal, cuando Dios se manifiesta en forma de fuego ardiente.

La esperanza de Abraham es razonable: ¿por qué? ¿Qué quiere decir que la esperanza de Abraham en la Alianza que Dios estableció con él era razonable? La esperanza de Abraham —es decir, la certeza de que se cumpliría en el futuro lo que Dios le había prometido— era razonable porque Quien le había hecho la promesa era Dios y Dios no puede engañar. La promesa de Dios correspondía al corazón de Abraham y había sido hecha por Dios: por estos dos motivos era razonable.

Así mismo, la vida que se nos otorga es esperanza, esperanza razonable, con fundamento razonable. ¿Por qué? Porque nos viene de Dios —no nos hemos hecho a nosotros mismos—, y, porque sentimos en el corazón para qué nos ha hecho Dios, percibimos su correspondencia a nuestro corazón. Igual que Abraham experimentó el peso de la prueba —hasta el punto de que se lamentó: ese capítulo decimoquinto narra su lamentación—, también a nosotros muchas veces en la vida nos invade este lamento: «No tengo esto. Me falta esto otro. ¡Quién sabe!». El verdadero lamento se expresa normalmente con una palabra que es una especie de sombra que se extiende en nuestro ánimo: «¡Quién sabe!». Pero esto es injusto. ¿Por qué es injusto?

<sup>27</sup> «Oh! doux pays de Chanaan»; canto de A. M. Cocagnac, en *Cancionero*, Ed. Encuentro, Madrid 1994, p. 395.

*Porque censura algo que ya nos ha sucedido.*

Censura algo que ya te ha sucedido. Y ¿qué te ha sucedido? Ya te ha sucedido que has sido hecha con el corazón así, con un corazón que es exigencia de felicidad. Lo que ha acontecido antes es que has sido creada y, por consiguiente, lo que experimentas es divino, porque proviene de quien te ha hecho.

Lo dicho hasta ahora vale para todos los hombres: es válido para mí, cristiano; pero también es válido para el pagano, para el hombre más pagano del centro de Africa, para los pigmeos. Los pigmeos formaban una tribu que, a medida que iba llegando gente a su territorio en Africa, se iba retirando. Retirándose, retirándose, llegaron a establecerse en zonas inaccesibles, donde los demás no tenían ni siquiera deseo de ir; así han permanecido en esos territorios impenetrables, casi inalcanzables, y no se han desarrollado civilmente, porque cortaron todos los contactos, todas las relaciones con los que habían ido llegando, a quienes consideraban un peligro.

Todo lo que hemos dicho vale, pues, tanto para el pigmeo africano como para mí, de idéntico modo; y éste es el primer efecto, bellissimo, que produce en el mundo el fenómeno religioso. Es la primera referencia unitaria de los hombres: aquello a lo que



tiende la naturaleza humana es algo que todos, del mismo modo, podemos sentir y realizar. Lo que hemos dicho hasta ahora vale para todos; entonces, ¿qué diferencia hay?

<sup>28</sup> Gn 15, 2.

*Que yo he sido elegida.*

Empecemos dejando en suspenso la palabra «elección», que vendrá más tarde; la elección es lo que me distingue del pigmeo.

*Que he tenido un encuentro.*

A nosotros nos ha sucedido algo que a los demás no les ha sucedido. Pero, ¿por qué nos ha sucedido?

Lo dicho hasta ahora vale para todos los hombres; pero eso que hemos repetido de manera tan sencilla, que nos parece tan claro, no todos los hombres lo tienen claro.

Pensad en las imágenes de las que la mayoría de los hombres cubre el misterio de su futuro, las imágenes con las que lo cubren los bantúes de Africa o aquellas otras con las que lo revisten los budistas de la India, de China o de Japón; tales imágenes, si queréis, son también ideas; pero, en último término, son verdaderas imágenes. Todos los hombres, frente al destino común –que debería ser fuente de respiro y de seguridad, aun en medio de todas las pruebas de la vida–, es como si no aguantaran, no pudieran permanecer. De hecho, la actitud que tienen frente a su destino es una especie –no sé como decirlo–, de última reserva, como una cautela, una reserva de fondo o, como decíamos antes, un gran «¡Quién sabe!» que se va propagando.

Cuando están reunidos en el templo hindú, o cuando están con el brujo en el templo de sus dioses –cuando están juntos–, dicen las cosas que dice su religión, y esto en último término es positivo con respecto a su destino, más o menos positivo. Pero luego, al definir su destino, tienen que abordar también el que el hombre vaya en contra de su destino

–pues muchas veces lo traiciona– y que el destino premie o castigue. Eso provoca un barullo de imágenes para poder expresar una cosa y otra: cuando están juntos afirman; pero cuando están solos, cuando miran con sinceridad su vida, el «¡Quién sabe!» es general.

Así pues, por una parte, está el aspecto positivo de la respuesta a su corazón, al hecho de que son seres creados –positividad que asume muchísimas imágenes y que esconde la respuesta detrás de muchas imágenes diferentes–; esto se traduce en el motivo decisivo, en el argumento que constituye sus ritos tradicionales; pero, por otra parte, en su vida privada, en la conciencia de su vida cotidiana, lo que prevalece es el «¡Quién sabe!», y prevalece sin que se den cuenta. Además –tercera cosa–, no tienen respuesta al problema del mal, una respuesta segura. Si se equivocan, si van en contra –y la vida está llena de esta rebeldía–, ¿qué es de ellos? ¿Cómo recuperan la seguridad? Se sientan entonces, ponen la cabeza entre sus manos y dicen: «Bueno, ¡quién sabe!».



Al corazón de los hombres de todas las épocas –mientras estaban sentados con la cabeza entre las manos diciéndose «¡Quién sabe!»– se le ha ocurrido siempre un pensamiento...

Quizá lo he contado ya en *El sentido religioso*: Una vez leí un libro gordo de un explorador y misionero francés, llamado Delafosse, que estuvo con los pigmeos de Africa, y vivió entre ellos para estudiarlos más de veinte años, ¡quién sabe cómo lo hizo! ¡Veinte años! Pasados esos veinte años publicó cuatro grandes volúmenes en los que describió la filosofía esencial de la vida de los pigmeos.<sup>29</sup> Y resulta que su filosofía es muy semejante a la de Aristóteles: ¡el máximo de la evolución del pensamiento y la mínima afirmación del pensamiento tienen una estructura igual! Pues bien, él les creía politeístas, porque tenían muchas imágenes de dioses, muchos ídolos. En un momento dado, después de pasar varios años con ellos, se dio cuenta por alguna frase casual de que quizás era simplista considerarlos idólatras, es decir, que reconocieran múltiples dioses. Fue más a fondo y descubrió que tenían una idea neta de la existencia de un ente supremo, de un ser único, del cual no sabían, sin embargo, decir nada, porque –le dieron esta explicación– sus ancestros habían invocado siempre a ese dios, pero, llegado un determinado momento, él no había dado ya respuesta: se había ido a cazar y ya no escuchaba el grito de los hombres. Habían resistido gritando durante muchos, muchos años; pero él no les oía; ¡estaba siempre de caza! Seguía cazando y ya no les escuchaba. Y continuaron diciéndole a Delafosse: «Ve usted, por eso hemos tenido que recurrir a los ídolos»; a algo menos grande, pero más fuerte que ellos. No obstante, les resultaba inevitable reconocer que sólo podían vivir por la relación que tenían con «algo» más grande que ellos. En última instancia, ese «algo» era uno, un ente único, al que no rendían ningún tributo de oración, porque ya no les escuchaba. Y por eso se habían dirigido hacia los dioses subsidiarios que estaban al nivel de su vida cotidiana; eran dioses que podían comprender sus problemas cotidianos.

<sup>29</sup> M. Delafosse, *Les Noirs de l'Afrique*, Payot, París 1922, p. 153.

En el ámbito de la Historia de las religiones, especialmente tras los estudios realizados por Eliade,<sup>30</sup> esta opinión ha llegado a predominar entre los investigadores más serios (uno de ellos es amigo personal nuestro: el padre Ries).

Pues bien, el hombre extrae la imagen que tiene de la vida cotidiana, de la relación hombre-mujer, de las relaciones entre la gente de su pueblo, de su tribu, su concepto del pasado y su concepto del futuro, del modo en que concibe a Dios, del modo en que concibe la fuerza de la que depende y el destino para el que está hecho. Su manera de tratar a los hombres y las cosas, su modo de concebir las relaciones, deriva de la forma en que imagina la fuerza de la que depende y el destino hacia el que va. Sobre esto debéis leer los dos primeros capítulos de la Carta de San Pablo a los Romanos, y luego el capítulo decimoséptimo de los Hechos de los Apóstoles, donde se narra la escena de San Pablo en el Areópago de Atenas, lugar en el que se reunían todos los filósofos de

entonces, los pensadores, para discutir libremente (cosa que no es posible en los estados modernos –y no sólo en los comunistas–, porque, si hoy expresas un parecer distinto del que tiene la televisión, al día siguiente te atacarán diciendo que estás «fuera de juego»). Decía, pues, que nuestro modo de concebir las relaciones brota de cómo se concibe la dependencia última, de cómo se concibe el destino último. Por eso –gran aberración– no les era posible mantener de manera adecuada ninguna relación natural: todas las relaciones naturales –consigo mismos, con los hombres, con las cosas (la mayoría ni siquiera ha pensado jamás en la relación consigo mismo)– estaban alteradas, no se mantenían por sí solas.

Por eso siempre ha habido en la historia del hombre –lo decía antes– alguien, algún espíritu peculiar, o, mejor, algún espíritu más iluminado, que ha pensado: «¿Y si el Misterio que nos ha creado, si el Dios que nos ha creado –este Dios totalmente mudo, al que ya ni siquiera rezamos– viniera y quisiera dejarse ver, se nos diera a conocer? La única manera de conocerlo es que venga Él a darse a conocer, porque nosotros, con todos nuestros esfuerzos, no logramos concebirlo». Siempre ha habido algunos hombres grandes, como una especie de lingotes de oro en medio del desierto del mundo, en medio del camino desértico que tenían que recorrer los hombres. ¿Quién hubo en el itinerario de los israelitas? Melquisedec, al que incluso se cita en la Misa. Melquisedec, al toparse con Abraham, reconoció instintivamente –por sugerencia divina– que era un enviado de Dios.<sup>31</sup> Y Abraham respetó a Melquisedec precisamente porque éste había intuido la necesidad de que el hombre dependiera del único Dios para conocerlo y poderlo servir con una vida digna. Otro nombre, del ámbito pagano, más cercano a nosotros, fue Platón, quien afirma algo semejante en el *Fedón*<sup>32</sup> cuatro siglos antes de Cristo; y cuatro siglos antes de Cristo quiere decir poco después del profeta Isaías. En este sentido, el pueblo hebreo, la descendencia de Abraham, mostró ser superior a todos los demás pueblos, porque aquel pueblo que vino después de Abraham, tuvo una serie de profetas y genios religiosos que hablaron del Dios único y del destino último con una coherencia tal que duraría siglos y siglos, hasta la segunda mitad del siglo II antes de Cristo. En aquel momento se escribe un salmo que llega a decir: «Ya no hay profeta entre nosotros»;<sup>33</sup> en esa época los israelitas creyeron que debían conseguir restablecer su libertad mediante sus propias fuerzas; fue la gran epopeya de los Macabeos, sobre la cual podríais leer la novela del noruego Pär Lagerkvist titulada *Mariamne*.<sup>34</sup>

<sup>30</sup> M. Eliade, *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*, Cristiandad, Madrid 1993.

Pero Dios, cuando vino, ¿por quién fue reconocido? Fue reconocido por la gente que, frente a lo arduo, se comportaba como describíamos la vez anterior. Los israelitas que vivían con sentimientos de humildad, de confianza en Dios, de abandono a Él, de certeza continua a pesar de las pruebas, los que vivían así, le reconocieron; los que no vivían así, en cambio, no le reconocieron. Algunos pobres de espíritu, en un momento dado, llegaron incluso a vivir en el templo para esperarlo, como el viejo Simeón, o Ana la

profetisa... Pensad también en los pastores de Navidad, en el ánimo de San José, o, antes aún, en el alma con que vivía María. El que tenía esos sentimientos lo reconoció; el que no los tenía no lo reconoció ni siquiera cuando resucitó a Lázaro, que llevaba cuatro días muerto: «Algunos, al ver esto creyeron en Él; pero otros corrieron a Jerusalén para acusarlo ante los fariseos».<sup>35</sup>

La gran cuestión es volver a ser como niños<sup>36</sup> —«Si no os hacéis como niños...»—, la gran cuestión es volver a los orígenes, volver a ser como Dios nos hizo. En efecto, ¿qué es la moralidad? La moralidad es vivir con la actitud con la que Dios nos ha hecho. Únicamente el que tiene esa actitud, reconoce su Presencia. Leed el capítulo decimoprimer de San Mateo, versículos 25-27.

<sup>31</sup> Gn 14, 18-20.

<sup>32</sup> Platón, *Fedón*, Gredos, Madrid 1992.

<sup>33</sup> Sal 73, 9.

<sup>34</sup> P. F. Lagerkvist, *Mariamne*, Iperborea, Milán 1991.

<sup>35</sup> Cfr. Jn 11, 45-46.

<sup>36</sup> Cfr. Mt 18, 3; Mc 10, 15; Lc 18, 17; Jn 3, 3.

Todos los apóstoles eran así, excepto uno que también lo seguía —y que era en todo como los demás; más aún, estaba lleno de iniciativas, hasta el punto de que Jesús le había confiado la bolsa, lo había hecho administrador del grupo—; pero que no lo seguía con los mismos sentimientos, pues esperaba otra cosa. También los apóstoles esperaban algo distinto, esperaban que Jesús trajera por fin el reino de Israel, un reinado del pueblo hebreo que iba a dominar el mundo, y ser ellos ministros de ese mundo; sin embargo, aunque tuvieran la misma mentalidad que todos y las mismas imágenes, había en ellos un apego a Jesús que era más fuerte que esas imágenes y al que permanecieron fieles. Tanto es así que, cuando Jesús resucitado fue a su encuentro por primera vez, ellos dijeron: «Maestro, entonces, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino de Israel?» ¡Como si no hubiese muerto, como si no hubiera pasado nada! Reprodujeron la mentalidad que tenían todos los hebreos. Jesús responde con calma: «No es así. El momento de esos acontecimientos sólo lo conoce el Padre».<sup>37</sup> Y ellos son tan niños frente a Jesús que dejan sus preguntas, no se quedan aferrados a la pretensión de que Él les responda tal como ellos se imaginan, sino que están más profundamente apegados a Él que a sus propias opiniones, actuando con mayor sencillez. El quedarse aferrados a nuestra opinión supone la pérdida de la sencillez, la introducción de una presunción y el prevalecer de nuestra imaginación sobre la actitud de espera. Es exactamente el grave peligro que todos nosotros corremos: que prevalezcan nuestras imágenes sobre la espera que Dios ha suscitado en nuestro corazón y que Cristo ha renovado en nosotros, más aún, que ha precisado. ¿Cómo nos la ha precisado? La ha precisado explicitándola como relación con Él: «Confíad en mí». De modo que la confianza en el Misterio que ha hecho el mundo se convierte en la confianza cotidiana, normal, amigable, con alguien presente

en la compañía, con Él.

Realmente, la gran tentación que tenemos contra la fe en Jesucristo y, por lo tanto, contra la obediencia a Dios, contra el designio de Dios –cuyo mensajero, revelador y supremo exponente es Jesús–, es que prevalezca nuestra imaginación. También en nosotros, que hemos conocido al Señor –dice el *Angelus*: «que hemos conocido por el anuncio del Ángel la encarnación de tu Hijo Jesucristo, por medio de Su pasión y muerte...»–, que hemos conocido por medio de Él el camino, las condiciones del camino y su dirección, también en nosotros puede resultar vencida la virtud de la esperanza, debido al apego que tenemos a nuestras imágenes del camino y del destino. Y entonces nos lamentamos cuando las cosas no suceden como nosotros queremos.

<sup>37</sup> Cfr. Hch 1, 6-7.

En cambio, la vida que se abandona a la fuerza del destino que se nos ha revelado en Cristo, que se abandona a la fuerza de Cristo, es una vida en la que domina el sentimiento de la leticia: «¡Alegraos!; os lo repito, alegraos».<sup>38</sup> O, también, lo que dice Jesús en la última cena, en su último discurso: «Os he dicho todas estas cosas a fin de que mi alegría esté en vosotros y vuestro gozo sea pleno».<sup>39</sup>

La alternativa, en la medida en que no hay esta certeza y este abandono, es la lamentación. Pero no se trata del lamento que desgarrar el corazón del niño cuando sufre; es el lamento que cansa el corazón de quien se queja y el oído del que escucha; que llena de pesar la vida de todos los que nos rodean y que hace que nuestra vida resulte una condena no sólo para nosotros mismos, sino también para los demás: así la vida es un quejarse, una vida-lamentación, que no conoce la leticia, ni mucho menos la alegría, que es fruto de la leticia .

Y, al igual que no conoce la leticia, yo creo que, entre todos los sentimientos, el que menos conoce quien se lamenta –quien basa su vida en la lamentación– es la ternura. En sus relaciones falta la ternura. Puede que se enamoren todo lo que quieran, pero carecen de ternura. Hay una emoción que puede parecer ternura; pero se pone de manifiesto que no lo es, en primer lugar, porque es provisional, y, además, porque es egoísta, egocéntrica.

Este binomio de leticia y ternura –porque sólo el corazón alegre puede ser tierno en una relación, al ser la ternura una sensibilidad hacia el gozo del otro, una sensibilidad que desea y afirma la alegría del otro– existe únicamente en quienes lo aceptan y se hacen niños frente a Él, en quienes encuentran apoyo en Él, al igual que los apóstoles...

Algunas páginas del Evangelio son todavía más significativas. El centurión no era discípulo suyo, pero leed el relato que narra cuando no quiere que Cristo vaya a su casa

porque si él, que es capitán, le dice a un soldado «Ve», éste va, y, si le dice «Ven», viene; y no es necesario que el capitán vaya adonde debe ir el soldado, porque éste le obedece. Jesús llega a decir de él: «No he encontrado tanta fe ni siquiera en Israel [no hay ningún adulto en el pueblo de Dios que haya mantenido esta fe, es decir, este abandono y sujeción a la grandeza de Dios]». <sup>40</sup> Hay muchas figuras que, sin ser apóstoles, tienen esta sencillez de niño frente a Cristo. Es gente capaz de tener leticia en el corazón y ternura en sus relaciones; como le ocurría a aquel centurión, hombre sumamente tierno, pues toda su preocupación era por un esclavo, lleno de ternura hacia un esclavo.

<sup>38</sup> Cfr. Flp 4, 4.

<sup>39</sup> Jn 15, 11.

<sup>40</sup> Cfr. Lc 7, 9.

Bueno, con esto he respondido por mi parte al interrogante que tenía; ahora haced vosotros vuestras preguntas.

Preguntas. Preguntas, ¿sobre qué? ¿Sobre Martín Lutero? Veamos si nuestro concepto de esperanza se ha convertido en imagen dentro de vosotros. Porque es el concepto el que se convierte en imagen, aunque a su vez nazca inconscientemente de una imagen, de una impresión de las cosas. Luego se forma el concepto, volviéndose así humano, volviéndose humana la impresión; pero, después, vuelve a pasar de concepto a imagen, es decir, se torna poesía, motivo restaurador, que reconstruye, que convierte al mundo.

*Péguy, en el pasaje que nos sugerías, describe la esperanza como una niña pequeña entre la fe y la caridad, que son como dos mujeres adultas de las cuales va casi tirando, que se quedarían paradas sin ella. Pero también decías que, sin la fe, no puede haber esperanza. Quisiera comprender la conexión que hay.*

¿Quién sabe responder? ¿Cuál es el fenómeno que mueve al hombre? ¿Qué hace que se conmueva y, en consecuencia, se mueva?

*Un encuentro persuasivo. El deseo.*

El encuentro persuasivo indica un lugar, es un lugar. El deseo de felicidad es la respuesta.

No obstante –por desgracia–, he caído en la cuenta, a través de varias experiencias, de que también los perros se mueven cuando llega la hora de comer. «¡Qué inquieto está tu perro!». «Es hora de darle de comer». Y antes se había pasado ahí todo el día echado, quieto. Pero a las nueve de la noche, que es su hora de comer, empieza a moverse, a dar vueltas, a olisquear, comienza a resultar un peligro para el jamón que hay encima de la mesa: también los perros se mueven por deseo, un deseo que, en este caso, es el de comerse el jamón.

¿Por qué el hombre tiene deseo de felicidad? ¿Qué hace el hombre para tener el deseo de

la felicidad? Un perro, por ejemplo, no lo tiene; un perro se mueve porque desea algo, pero no la felicidad. No se puede aplicar la palabra felicidad al perro, a no ser que la reduzcamos a satisfacción inmediata. El hombre desea ser feliz, se mueve por el deseo de la felicidad, porque su naturaleza es sed de satisfacción total, de verdad, de belleza, de justicia. ¿Cómo llamamos a esto en *El sentido religioso*? Exigencias del corazón o, sintetizando, corazón, como lo llama la Biblia más exactamente. La palabra razón puede ser como una cometa que se nos escapa de la mano y se reduce a trozos de papel que vuelan por el cielo; pero el corazón no puede escapársenos de la mano y convertirse en trozos de papel flotando por el aire. Serían fragmentos áridos, sin sentido, sería un esperar cosas sin nexos entre ellas, áridas. Mientras el niño sujeta la cometa con sus manos, ésta vibra con el temblor del niño, y entonces no es un simple trozo de papel; pero, si se escapa de sus manos, se convierte en un trozo de papel. El corazón no; el corazón no es un trozo de papel. Por eso la palabra bíblica «corazón» es más sólida, más completa, que la que usamos habitualmente de «razón».

Volvamos a lo de antes. El perro se mueve porque le entran ganas de comer. El hombre se mueve porque está hecho por naturaleza para la felicidad, para alcanzar su plenitud, para satisfacer sus exigencias últimas. ¿Cuál es la diferencia? Que al perro le basta seguir su instinto; pero en el caso del hombre no se puede hablar sólo de instinto, hay que hablar de conocimiento o de conciencia. El hombre tiene conciencia de que está hecho «para algo más». Por eso tiene razón el muchacho, al que han suspendido por quinta vez, en preguntarse qué sentido tiene la vida (¡aunque tendría más razón si se preguntara por qué le han suspendido por quinta vez!).

Bueno, como decía, ¿qué diferencia hay? El conocimiento. De tal modo que el hombre puede decir: «Tengo derecho a ser satisfecho; tengo derecho a no ser destruido; tengo derecho a ser, a alcanzar mi destino; tengo derecho a ser tratado con justicia». Este derecho es la naturaleza de la que está constituido. El hombre es autoconsciente, tiene conciencia de sí mismo. ¿Qué quiere decir que yo sea consciente de mí mismo? Que conozco las cosas principales que forman mi naturaleza. Mi naturaleza está hecha de tal manera que comprende que tiene derecho a poder llegar al término de su camino (en caso contrario, ¿por qué haría el camino?).

¿Cuál es la respuesta a la pregunta planteada? Que la fe te permite conocer un factor que está presente en la vida de tu yo, en tu vida, y que es todavía más fuerte que la naturaleza. Por naturaleza nosotros decimos: «Tengo derecho a la justicia; pero, ¿quién sabe!» El límite de la seguridad natural está en las palabras «¿Quién sabe!» (quién sabrá, quien sabe lo que ocurrirá, será lo que sea...). En cambio la fe es la conciencia de que hay una Presencia, que está en ti y está contigo, más poderosa que tu propia naturaleza, hasta el punto de que no te permite decir «¿Quién sabe!»; si lo dijeras, ofenderías a esa Presencia. Y es una Presencia que tiene el poder de asegurarte que alcanzarás lo que quieres, que obtendrás aquello para lo que has sido hecho. Pues te dice para qué estás hecho: «Estás hecho para mí». Como lo comprendió San Agustín y lo expresó en su famosa frase: «El corazón del hombre está hecho para Dios y está inquieto hasta que llegue a descansar en Él».<sup>41</sup> Está hecho para Cristo: «Tú estás hecho para mí». «Yo soy



el Camino, la Verdad y la Vida»,<sup>42</sup> Yo: «Sin mí no podéis hacer nada»,<sup>43</sup> ni siquiera identificar con certeza aquello para lo que has nacido. De aquí arranca la fe.

La fe es la conciencia de una Presencia que te aclara la meta de la vida sin posibilidad de incertidumbre —«Yo soy la Verdad y la Vida»—, que es más fuerte... pues tiene una fuerza grandiosa —«Te amo, Dios mío, mi fortaleza»: ¿cómo no repetir siempre esta antifona, después de haberla dicho una vez?—, una fuerza tal que te permitirá alcanzar con Él aquello para lo que estás hecho. Con Él llegarás a Él. Con Él, hombre que camina junto a ti, llegarás a Él, Verbo del que nace todo el mundo. Con Él, que camina contigo; lo miras y es un hombre con bastón, como tú, o un hombre que está sentado en casa hablándote, como a Juan y Andrés... (delante de Dios hay, al menos, un pecado que yo no habré cometido: siempre os he recordado los dos pasajes del Evangelio ante los que cualquier Goliath se derrumba; la segunda parte del primer capítulo de San Juan y la parte final del último capítulo también de San Juan).

Aquel que camina junto a ti —Él, que está aquí hablándote en casa; Él, que está aquí sentado, al amanecer, alrededor del pescado asado—, Aquel que camina contigo te dice con seguridad para qué estás hecho. ¿Y sabes lo que te dice? «Soy yo, pero no tal como me ves aquí, sino yo que en este momento estoy dando vida al universo». Y por eso, con su ayuda, llegaremos hasta Él, sorprendiéndolo mientras hace nacer todas las flores del mundo, mientras hace que se levanten todas las montañas del mundo, mientras extiende los lagos, todos los lagos del mundo, y reparte las estrellas, todas las estrellas por el firmamento.

Lo único que no comprendo, porque nunca lo he comprendido, es cómo se puede resistir a estas cosas cuando son tan evidentes y definitivas: ¿no es posible para el hombre encontrar algo más bello!

Anoche fui con un amigo a ver a otras amigas nuestras (son muchas, unas treinta y cinco o cuarenta, quizás) y, al salir, me dijo: «Estas chicas tienen la responsabilidad de mostrar al mundo la razón por la que merece la pena tener hijos». Estas personas están llamadas a proclamar en el mundo el porqué de la vida: por qué hay que trabajar, por qué vivir y morir, por qué soportar a la mujer, como sucede en el noventa y nueve por ciento de los casos después de mes y medio de matrimonio.

<sup>41</sup> San Agustín, *Confesiones*, Espasa Calpe, Madrid 1980.

<sup>42</sup> Cfr. Jn 14, 6.

<sup>43</sup> Cfr. Jn 15, 5.

Puesto que el hombre es ese nivel de la naturaleza en el cual ésta adquiere conciencia de sí misma, el reparar en nosotros mismos, el reflexionar, nos introduce en el jardín encantado del ser. La fe te da la seguridad de saber el destino para el que estás hecho y te lo da a conocer, comienza a hacértelo conocer; entonces te mueves, entonces la esperanza tira de la fe, como queríamos demostrar. La esperanza es como un fuego que tira de la fe, que tira del conocimiento. La fe puede ser fatigosa; la esperanza hace que sea menos fatigosa, porque tira de la fe.



Tanto es así que con la esperanza se puede cometer más fácilmente el error de pretender, «pre-tender», fijar de antemano, cuándo debe suceder algo. ¿Habéis comprendido en qué sentido habla Péguy de que la esperanza tira de la fe, aunque, a su vez, se base en esta última?

La fe fundamenta, da a conocer para qué está hecho el hombre y, por ello, revela al hombre el porqué de su deseo, aquello que desea. Entonces el hombre se pone a correr, porque desea: esto es la esperanza. La fe se siente arrastrada a empujones por la esperanza. Pero la seriedad, la medida de la seriedad, no la proporciona la esperanza, sino la fe. La medida de la seriedad la da la verdad, mientras que la medida del gusto y de la fascinación la da la esperanza.

Puesto que todavía no conocemos bien, tampoco podemos conocer nuestro destino, no podemos conocer a Cristo tal cual es, excepto en la medida en que se nos revela; y así la fe, con sosiego, marca el camino, mientras que la esperanza es ese alboroto indomable de los niños cuando su padre dice: «Vamos a ver el tren». Recuerdo cuando fui con mi padre por primera vez al mar. Tenía nueve años. Una vez pasada la vía Pergolesi, en el semáforo, estaba pataleando porque quería ver el tren, que pasaba por arriba. La esperanza es como un niño que se agita y patalea. Al agitarse aviva también, a medida que crecemos, la curiosidad de la fe.

*La esperanza se apoya en una presencia, y esta presencia nos la ha descrito usted como una posesión. Más tarde nos ha dicho que es necesario vivir la vida siendo conscientes de la relación con Él. Quisiera comprender esto.*

La palabra «esto» es un poco indefinida. ¿Qué quieres comprender? Repítelo despacio para que te entendamos. Para entender a Dante hace falta releerlo; el que pretenda comprender leyéndolo una vez y deprisa no entiende nada (¡es la manera en que muchos estudiantes preparan sus exámenes!).

*La esperanza se apoya, se basa en la presencia...*

De todas las frases que pudiéramos inventar, pensar o escuchar, ésta es la más grande: la esperanza, es decir, la certeza del destino, está vinculada a una presencia, a algo que está presente. Fijaos en que, de por sí, esto sería un contrasentido: ¡la espera de algo que debe todavía llegar está vinculada a algo presente! Para un niño, alcanzar la cima de una montaña está vinculado a una presencia: la presencia de su padre que le sirve de guía. Sigue con tu pregunta.

*La esperanza se apoya en una presencia, en algo que poseemos.* Se apoya en una presencia que tú posees, en una presencia que te pertenece (pues, si la posees, te pertenece). Pero una presencia que te pertenece, una presencia que es posesión tuya es, al mismo tiempo, una presencia a la que tú perteneces. El niño pertenece a su madre, también se puede decir que el niño posee a su madre; su madre le pertenece y él

pertenece a ella. Cuando uno pertenece a otro siempre es verdad también lo contrario, que el otro le pertenece a él; de no ser así, sería una mentira terrible. Y ¿entonces?

*Quisiera comprender mejor lo que has dicho en la relación entre Jesús y yo.* Ya te he dicho casi todo. La esperanza requiere la presencia de algo diferente que posee y que, por consiguiente, es poseído a su vez. Algo que te revela para lo que estás hecha y que te da fuerza para alcanzarlo. Esa Presencia es Jesús.

Pero piensa: hasta ahora, ¿qué ha tenido que ver este descubrimiento con tu vida? ¡Nada! ¿Qué ha tenido que ver con el descubrimiento de que hay una Presencia que te pertenece y que tú posees, de que posees a Cristo y Él te posee a ti?! Con esta Presencia comprendes qué es tu destino, dónde está tu destino, te ves segura de alcanzarlo y caminas hacia él. El destino se alcanza mediante una Presencia, por algo que está presente. Presente: por eso tiene que ver con la pluma con la que escribes, con la nariz que observas, con el sueño que tienes... ¡afecta a todo, a todo! Mires lo que mires o toques lo que toques, tiene que ver con ello.

Si Cristo no afecta a lo que tocas o a lo que miras, no es verdad que estés tocando o mirando. No es cierto que no tenga que ver con las cosas; lo que no es cierto es que tú mires, que toques, que ames; tu humanidad no es verdadera, prueba de ello es que te sientes confuso acerca de tu destino y completamente lleno de escepticismo respecto a la posibilidad de alcanzarlo. Lo que falta es lo humano: en nuestra duda no es Cristo quien falta, sino nuestra humanidad. Por eso dijo Jesús: «Padre, te doy gracias porque has revelado estas cosas a los sencillos».<sup>44</sup> Nosotros hemos explicado a los novicios de los años posteriores que la primera virtud moral de la personalidad que sigue a Cristo es la sencillez o, mejor, la sinceridad, porque la sinceridad es la sencillez que pasa a través de la libertad. Sencillo puede ser un carácter; ser sincero es una virtud.

Si no se comprende algo, decílo. Tened al menos compasión del modo en que lo digo.

<sup>44</sup> Cfr. Lc 10, 21.

*Decías que estas palabras son claras y abstractas, lo cual, de por sí, parece una contradicción.*

No es una contradicción. Lo claro y lo abstracto pueden ir perfectamente juntos. Hegel es claro y abstracto, ¡pero quizá no sepas quién era Hegel!

*Quería pedirte que me lo explicaras, porque entiendo que las palabras pueden resultar claras, y, sin embargo, quedar una distancia...*

Cuando escuchas una palabra clara, esa palabra huirá al viento, se alejará con el viento si no la miras, si no te fijas en ella, es decir, si no te interesa. Para que la sientas abstracta tiene que carecer de interés para ti: primero es necesario que no te interese, y después la sentirás abstracta.

Por eso, cuando se escuchan estas cosas y parecen abstractas, ante todo no hay que asombrarse, porque ello forma parte de la tentación que ha dejado perennemente en nosotros el pecado original; es consecuencia del demonio, del diablo, de la mentira, del

engaño que está fundamentalmente dentro de nosotros. Hay en nosotros una contradicción, una complicación que hace que las cosas obvias –obvias quiere decir que aparecen delante de nosotros en el camino– nos parezcan complicadas, difíciles.

Aparte de esto, que es una premisa válida para ti, para mí, y para todos, la norma de nuestro comportamiento consiste, de hecho, en lo siguiente: o bien una cosa te resulta clara o no te resulta clara, o bien, buscas pretextos para decir que no está clara cuando, en realidad, te resulta clara. En el segundo caso hace falta profundizar en el asunto, pero en el tercero no hay remedio: si está clara, la sientes abstracta exclusivamente porque no te interesa; decides que no te interesa y en consecuencia la sientes abstracta.

Es como una persona, una bella *silhouette* que pasa por el otro lado de la calle y que ves de reojo mientras caminas velozmente, preocupado por tus cosas: la ves, la notas (quizás al día siguiente llegues a decir «Ayer vi una bella *silhouette* por la calle»), pero no te paras a mirarla; ni siquiera recuerdas el color de su vestido o de su melena, porque no te interesaba, había otras cosas que te interesaban más.

Esto es ferozmente cierto cuando se refiere a nuestro destino, a nuestra relación con Jesucristo, con Dios y con Cristo. Pero es ferozmente cierto también en lo que concierne a las relaciones con nuestro padre, nuestra madre, nuestros hermanos y amigos. Cuanto más amigo y cercano es alguien, menos comprendemos cosas que en él están clarísimas y, sin embargo, nos resultan abstractas, ya que no permitimos que tengan que ver con nosotros. Si no permites que algo claro que notas en personas cercanas te afecte, lo que te resulta claro se desvanecerá a toda prisa, no quedará nada en ti; como mucho hablarás de ello en sentido contrario, dirás una mentira, porque no te interesaba. Por ejemplo, si tienes un hermano que juega al fútbol, y tú estás harto de fútbol mientras que te entusiasma el baloncesto, cuando tu hermano hable de fútbol (pongamos que la Juventus ha perdido, que ha perdido con el Inter, y llegas a clase o al trabajo y oyes a los compañeros que se tiran de los pelos discutiendo que si el Inter, que si la Juventus...) a ti no te interesará nada, porque eres perfectamente indiferente al tema. En cambio, ante la noticia de que los de Philadelphia han perdido con los de Boston te calientas enseguida, vas hasta el fin del mundo para conseguir todos los periódicos y asegurarte de ello. ¿Me explico?

Resumiendo: algo que está claro pasa a ser abstracto, es decir, evanescente –pues lo abstracto es evanescente–, si de antemano has descartado el interés que pueda tener, si no te interesa para la vida que sientes y que vives, si primero has decidido interesarte por otras cosas.

¿Qué se debe hacer en este caso? En este caso es necesario fijarse. Puesto que esa palabra, al parecerte abstracta, tiende a desvanecerse, tú debes fijarte en ella –igual que necesitas mirar hacia atrás adonde va la *silhouette* y fijarte en ella–, tienes que fijarte en esa palabra, repetírtela y decir: «Explicame esta palabra». Debes fijarte en ella de todas las maneras posibles: «¿Cómo afecta a los intereses que yo tengo en mi vida, *ahora*?».

Entonces, puede ocurrir que, llegado un cierto punto, sientas un eco, un calor dentro de ti y comiences a entenderla, a percibirla.

*El otro día se habló de sueño y de esperanza ideal. Yo he descubierto que tengo la tentación de vivir la esperanza inmediata como un sueño y postergar la esperanza ideal. Quisiera comprenderlo mejor.*

Veamos, ¿cómo definíamos la esperanza ideal? ¿Cómo hemos definido el ideal? El ideal se identifica con la exigencia para la que está hecho el corazón, y, por consiguiente, viene al final, se cumplirá en el futuro: estás en camino. Así pues, queda claro qué es la esperanza ideal. Pero ésta, en cualquier caso, se refleja sobre la forma y el sentimiento de la circunstancia en la que vives *ahora*.

Convertir en sueño el presente es la máscara que encubre la tentación de no comprometerte en el presente. Entonces, si estás inspirado, construyes un sueño, construyes la imagen de lo que quieres hacer en el presente, y haces solamente lo que tú subrayas.

Os pongo un ejemplo: ¡poner ejemplos, comparar, quiere decir vivir! Pues bien, examen de matemáticas –al menos a mí me pasaba esto (¿Veis? «A mí me pasaba esto»: es un recuerdo, algo que he vivido; ¡si no lo hubiera vivido no podría poner el ejemplo!)–, examen de matemáticas, repito. Como no tengo ganas de hacerlo, me digo «Bueno... vale», y lo entrego. Pero el profesor dice enseguida: «¡Mira el error que has cometido en la primera línea!». He tratado el examen de matemáticas como si fuera un sueño. ¡No tenía ganas...!

Así que, la verdadera respuesta a tu pregunta está contenida en la respuesta que he dado antes a la pregunta de nuestro amigo. El hombre descubre y, por consiguiente, conoce, y crea, lo que ama; entonces comprendes que el amor no es un sueño sólo en la medida en que es un anticipo verdadero de la felicidad final. Por eso las palabras: «Te amo» son, el noventa y nueve por ciento de las veces, una mentira. Tienen que estar bien «frenadas y guiadas», bien medidas, bien comedidas, si quieren ser justas: entonces resultan potentes, entonces se vuelven fuertes, como la esperanza, que deja de ser una niña que tira de la fe y de la caridad, para ser un caballo que arrastra dos carros llenos de toda clase de bienes, ¡un caballo ardiente!

Frente a cualquier objeto sientes o repulsión o atracción (ya que repulsión o indiferencia son lo mismo, al igual que odio y extrañeza son también lo mismo: la extrañeza es el comienzo del odio y la indiferencia el comienzo de la repulsión): esta reacción produce un sueño, es decir, la realidad tal como tú la ves, bajo la forma en que tú la reduces, en que te interesa a ti, en lugar de interesarte por la realidad tal cual es. La realidad «tal cual es» es el camino hacia el ideal, como estar en el desierto y ver de improviso el camino. A ver, niña, ¿cómo era nuestro problema?

*Usted añadió que la vida cristiana hace vivir el presente con una atención tal que te permite ver ese puntito del destino que está por llegar, y el día en que te das cuenta es*

*un gran día. Quisiera saber qué significa que el destino está por llegar.*

Supongamos que un muchacho, un joven de veinticuatro años, está enamorado de una chica de diecisiete, ¡la ha conocido en el supermercado! La muchacha procede de las Islas Canarias, y él la acompaña al lugar de donde parten los barcos para Canarias, concretamente para Tenerife (¡estamos, evidentemente, en el muelle de Sevilla!). El barco se llena y comienza a moverse y alejarse. Él sigue todos sus movimientos con melancolía. Cuanto más se aleja el barco, más pequeño se ve. Traducido esto no ya en términos supuestos sino reales, cuanto más se aleja el barco más se aleja la muchacha, más se le escapa, más inalcanzable se vuelve. Hasta que sólo queda la imagen, algo que puede llevarse a todas partes, pero una imagen que se desinfla con el tiempo.

Supongamos a otro muchacho que ha estado inscrito en la Acción Católica y que después ha conocido un movimiento que se llama Comunión y Liberación, en concreto, que ha conocido a Guido: al estudiar juntos en la universidad, y por su amistad con Guido, ha decidido empezar a hacer la *verifica*. Pero su destino era otro. Ha hecho seriamente la *verifica*, pero ha visto que era un sueño y no algo real cuando ha seguido adelante, con el paso de los meses. Con gran despecho por su parte, con humillación, comprendió que estaba hecho para seguir el camino corriente (estar hecho para el camino corriente no es nunca una bella intuición, nunca; hasta el punto de que tiene que ocurrir lo que voy a decir para que la cosa resulte digna). El hecho es que se enamora de una chica. Entonces le dice don Giorgio: «No, mira, no escuches más a Guido, escucha más bien a Alberto». Él tiene 23 años y está terminando la universidad; ella tiene 22 y está en el último año. Como los dos son de CL, tienen una seriedad y un interés que se alimentan en la Escuela de Comunidad –porque la Escuela de Comunidad es la mayor gracia que habéis recibido, y Dios os castigue si no la usáis bien... No, que no os castigue Dios, pues en caso contrario ¡ay!, ¡ya que de hecho no la usáis bien!–, y así van creciendo, y crecen bien. Él colabora en su parroquia, ella en la secretaría de CL, dando todo el tiempo posible e imaginable, y no se ven casi nunca (lo que es una óptima señal de una relación afectiva: el que no vive esta señal, no quiere de verdad). En un momento dado ella tiene que marcharse a Trieste, porque va a sacar su licenciatura en Lenguas, y tiene que estar fuera seis meses. Como no son ricos no pueden decir: «Dentro de un mes volveré a casa». Precisamente acaba de pasar la Pascua de Resurrección y Navidad queda lejos. No hay Pascua ni Navidad por medio; no puede volver a casa. ¡Seis meses! Así que él se encuentra como el que estaba sentado en el muelle de Sevilla, esperando el barco que tiene que llegar.

Espera y espera al barco que debe llegar. Un día –pasados tres meses y tres semanas– ve en el horizonte un pequeño puntito: ¡llega con adelanto! El puntito va agrandándose a medida que se acerca, se agranda y se agranda hasta que se ve que es una nave. En lo alto de la nave se distingue, pequeña, pequeña, a una muchacha que agita un pañuelo: ¡es ella! Lo contrario de lo que sucedió antes. Puesto que su relación es buena, justa, ella es para él un signo que Dios le ha dado, provisionalmente, para desarrollar su misión en la

vida. Si la mira con estos ojos, esa muchacha es como el destino que se le acerca y le dice: «Yo te acompaño a lo largo del camino hasta que volvamos a estar juntos».

En el primer caso el barco se aleja, se reduce a un puntito y desaparece. En el segundo, cuando el hombre mira las cosas de verdad, cuando mira las cosas con claridad, cuando las mira amando el ideal, entonces todas ellas se convierten en signo de su destino. E igual que a Jesús no se le escapaba una pequeña florecilla del campo, igual que no se le escapaba el niño que estaba jugando, ni la pobrecilla que estaba en el pozo, ni aquel a quien todo Jericó aborrecía y que estaba encaramado en el árbol para verlo, tampoco se le escapa nada al hombre que mira así.

Todo se convierte en signo de nuestro destino si miramos las cosas viéndolas dentro de la relación con Cristo, viviendo en relación con su Presencia. Ya que el destino es Presencia, al vivir en relación con esa Presencia, todas las cosas se convierten en signo suyo: un signo, como el puntito al fondo del horizonte es signo del destino que está por llegar. Si vivimos en relación con la presencia de Jesús, todo se convierte en signo.

¡Ya me explicaréis vosotros cómo se pueden tratar las cosas sin que resulten un signo! Porque comprendo que se pueda ser incoherente —y la incoherencia produce un dolor agudo, si no atroz—, pero, que se puedan mirar las cosas sin conciencia de la Presencia de la cual son signo, es algo que, llegado un cierto punto, no se comprende, ¡ya no se comprende! Quizás suceda porque no nos acordamos de cuando éramos pequeños: únicamente los niños pueden mirar las cosas sin verlas como signo. Si vives la relación con el Señor, cualquier cosa es un signo. Cuanto más te importa algo, más es signo para ti. ¿Signo de qué? Signo del destino que está por venir. Pero ese destino que está por venir ya está ahí..., es un signo de Aquel que ya está aquí. Hasta el punto de que tratar bien a tu padre o a tu madre, a tu mujer o a tu hija es tratarlo bien a Él, ¿no? Destino y Presencia es lo mismo. Dios encarnado, ¿qué quiere decir? El Destino hecho Presencia.

Por tanto, todo es presencia, y, de acuerdo con aquello a lo que Dios te ha destinado, tú lo ves como un puntito que apenas se perfila en el horizonte, o como una pequeña mancha más cercana, o como algo con lo que trabajar hoy, de cerca, en tu mismo ámbito.

En cualquier caso, quienes tienen vocación a la virginidad están llamados a vivir estas cosas cotidianamente, siempre, de modo que se hacen responsables de llevar las razones por las que resulta razonable soportar el peso de tener hijos. La vocación a la virginidad es la función ideal para aquello que hacen todos los demás, si lo hacen justamente. Por lo cual nadie puede querer a una persona como el que está llamado a la virginidad. En efecto, la necesidad más apremiante en el Grupo Adulto es la de usar más la razón, de amar la razón, y por eso tener más afecto, de vivir con más afecto. Nadie está llamado a usar la razón y a vivir el afecto más que nosotros. Aquello en lo que, normalmente, parecen superarnos los otros, es sólo un aspecto extremadamente preciso y delimitado, algo que es común además con los seres inferiores: el instinto. Cuanto más uno vive esta

indagación –me gustaría saber la etimología de la palabra indagación: *in ago*, actuar dentro, ¿puede ser? Actuar dentro de las cosas, penetrar en las cosas–, empujado a conocer y amar a las personas y las cosas por la presencia de Cristo, por la presencia de la Verdad y del Amor infinito, cuanto más uno vive esta indagación, más pequeños... y pobrecillos percibe a los demás: ¡y es verdad que andan todos perdidos! Merece la pena cualquier sacrificio con el fin de que nuestra indagación sea más profunda y poseamos más a Aquel que está presente, para que los demás comprendan mejor.

*¿Qué tiene que ver la esperanza con la experiencia que estamos viviendo ahora, al comienzo de la vocación?*

*¿Hay alguien que quiera responder?*

*«El que ha empezado en vosotros esta obra buena, la llevará a cabo plenamente».*<sup>45</sup>

Ha repetido la frase de San Pablo. «La llevará a cabo plenamente» es la definición de la esperanza: la seguridad, la certeza del futuro, es esperanza. «El que ha empezado en ti esta obra buena», porque la vocación te viene de Otro.

La palabra vocación es el eco de una Presencia, del paso de una Presencia, la Presencia del destino que te acompaña y te dicta aquello para lo que estás hecho; es certeza del destino y amor al destino. La vocación es aquello a lo que te llama esa voz. En consecuencia, por su propia naturaleza, el ser llamados a una vocación como ésta, agiganta la esperanza, pero, antes de agigantarla, la requiere, la exige. Sin esperanza muere la vocación.

Pero la frase de San Pablo que ha recordado Mandy continúa siendo una respuesta completa. «El que ha empezado en ti esta obra buena [¿qué es la obra buena? La vocación, lo hemos dicho antes: no hay obra tan portadora de bien como la vocación, que es el reclamo a todo el universo y a la historia, el testimonio frente a todo el universo y a toda la historia de que el camino es Cristo y el destino es Cristo, que el destino te acompaña en el camino hacia él] la llevará a cabo plenamente [ésta es la esperanza, la definición de la esperanza, porque la esperanza es una certeza]».

A mi juicio, el problema más grave es el que indicaba antes nuestro amigo: que las palabras son claras, pero abstractas; y el remedio es mirarlas a la cara, mirarlas continuamente. Mirarlas quiere decir también preguntar: «Mario, explícame esto. Explícamelo otra vez. Para ti, ¿qué es esto? ¿Por qué es concreto esto?». Por ejemplo, ahora mismo, ¿por qué es concreto esto? Cuanto más te fijas en ello, cuantas más preguntas hagas, más empezará la claridad a coincidir con la densidad de algo presente y con el atractivo de algo que has experimentado.

<sup>45</sup> Flp 1, 6.

*¿Qué quiere decir que el esfuerzo y el dolor son enemigos de la esperanza? Porque usted dijo que «los enemigos de la fidelidad a la pertenencia son la discontinuidad, el esfuerzo y el dolor».*



Con la expresión «los enemigos» quiero decir el tipo de suceso que tiende a impedir la fidelidad a la esperanza. El primero es la discontinuidad. La discontinuidad es estar a veces en el lodo y a veces en el altar, como un ciclotímico que ríe y, dos minutos después, llora: es la incapacidad de mantener linealmente el estado de ánimo adecuado.

Segundo, el esfuerzo y la fatiga. El esfuerzo es enemigo, es una tentación contra la fidelidad. Y esto sabemos bien lo que es.

Tercero, el dolor, que es la forma más aguda de la fatiga. También el dolor es enemigo, porque tiende a hacernos ser infieles. Ante el dolor se blasfema. Como la madre del adolescente que llevaban al cementerio, con la que Jesús se encontró por el campo a las afueras de Naín, llorando a gritos su dolor. En aquel momento, para ella el dolor era opuesto a la esperanza, hasta el punto de que Jesús le dijo: «Mujer, ¡no llores!», tratando de infundir, de provocar en ella un resurgimiento o, al menos, cierta sorpresa.

Seguramente ella se sorprendió al ver a un extraño que da un paso, le toca en el hombro y le dice: «Mujer, ¡no llores!». ¿Cómo puede decirsele a una madre que va detrás del féretro de su hijo muerto, de su único hijo, «¡no llores!», y hacer que empiece a reconsiderarse a sí misma? Tras aquella invitación debió quedarse extrañada, suspendió por un instante sus lamentos y, en aquel momento, Jesús resucitó a su hijo.

Así pues: la discontinuidad, el esfuerzo y la fatiga, y el dolor. La discontinuidad es un error, una debilidad de carácter. La fatiga es la puesta a prueba del carácter; aunque éste sea fortísimo lo prueba, lo pone a prueba. Y luego el dolor, que vence a todo; el dolor, si no tiene esperanza alguna de respuesta, vence a todo; cualquier forzado Hércules, frente a un dolor sin respuesta, cae.

*En el cuarto punto usted decía que el aspecto más decisivo del esfuerzo para permanecer en la pertenencia es el perdón, el pedir que se nos perdone. ¿Podría explicármelo mejor?*

Veamos. La discontinuidad, la prueba y el dolor se oponen a la fidelidad al Misterio que nos ha creado y que nos hace realizar este viaje tan duro, ¿por qué se da esta oposición? Porque estos factores no son conforme a lo que tú quieres. La discontinuidad, la prueba y el dolor van contra la confianza en Dios porque Él no hace lo que tú quieres, porque las cosas no suceden como tú esperabas. Es la traducción histórica de las consecuencias del pecado original, es decir, se trata de la pretensión que tiene el hombre de poseer su vida y en cambio ésta sucede de manera distinta.

Pues bien, la pretensión que tenemos de poseer nuestra vida, ¿dónde llega al colmo de la humillación? El colmo de la humillación para mí, que pretendo tener en mis manos mi vida, es que para vivir, para continuar viviendo, mi vida tenga necesidad de que Otro la perdone. El perdón es lo más difícil de aceptar, porque es precisamente lo que corta de raíz nuestra presunción. Ser perdonados quiere decir sentir que se corta de raíz la pretensión que tenemos de poseernos y de realizar nuestra vida nosotros mismos. No somos capaces de ello, y por eso nos equivocamos siempre. No somos capaces, nos

rebelamos y, luego, nada de lo que hacemos –ya lo dije antes– se tiene en pie ni resulta justo: las relaciones con las personas, con las cosas y con nosotros mismos no son justas y no logramos ponerlas en orden.

Sin embargo, hay en nosotros una fuerza, la fuerza que nos crea, que nos abraza a pesar de todo, que nos abraza siempre, mientras nosotros nos agitamos como hacen los niños malos. Y por este abrazo nuestra agitación se calma y reconocemos a Aquel a quien pertenecemos. Nosotros no quisiéramos pertenecer nada más que a nosotros mismos, y por eso fallamos en todo; pero Aquel a quien pertenecemos nos abraza igualmente. Entonces, llegado este punto, uno cede. Como un niño que se encapricha y su madre, en lugar de azotarlo, lo toma en brazos: se agita un poco entre sus brazos, pero enseguida llora. ¿No me explico?

El perdón permanece como la humillación más dura que sufre el hombre, porque la tentación más fuerte que tiene es ser dueño de sí mismo. Y tener que ser perdonado es lo más terriblemente opuesto. Por eso, en verdad, el mayor esfuerzo que debe hacer el hombre es aceptar ser perdonado. Si no hubiera sido perdonado, el pueblo de Israel se habría parado a la segunda o tercera etapa de su camino, porque cuando había dado dos pasos, ya se había rebelado tres veces. Aceptar el perdón es el mayor esfuerzo que tenemos que realizar; es señal de que comprendemos de verdad que pertenecemos a Otro y que Él es quien nos hace ser lo que debemos ser; quien, al tocarnos, nos da la fuerza para reemprender el camino.

*Dijiste que la esperanza es el segundo factor constitutivo de la personalidad. ¿Por qué? ¿Qué papel juega la libertad en la esperanza?*

¡Ya me ayudarás a comprender el porqué de tus preguntas! Ante todo la esperanza es un factor de la personalidad. ¿Cuál es el primer factor de la personalidad?

*La fe.*

¿Para un bantú es la fe? *Es la razón.*

La primera virtud, el primer factor de la personalidad es la fe, para quien ha sido iluminado acerca de la situación del hombre. El bantú sufre la ilusión de que su fuerza basta para constituir el primer factor. La razón no es suficiente; toda la energía de su fuerza no aguanta, no basta para realizar ni un solo gesto justo, decía Ibsen en su obra *Brand*.<sup>46</sup> La fe es el primer factor porque es el que te permite conocer la condición para poder ser, para poder estar de pie y caminar, que es la presencia de Otro.

La esperanza es el segundo factor constitutivo de la personalidad porque ésta se constituye *hic et nunc*, ahora, pero se constituye para ir hacia algo distinto que está en el futuro, que no está aquí todavía. La claridad y la fuerza para caminar hacia el futuro nos las da Otro. Así que la esperanza es la consecuencia de la fe, su continuidad frente al futuro.

¿Qué más me preguntabas?

*Qué tiene que ver mi libertad con la esperanza.*

Yo me doy cuenta de que, solo, no me mantengo en pie, que necesito la ayuda de otro. Por ejemplo, al salir de un automóvil, si me duelen las rodillas por la artrosis, me cuesta ponerme en pie y entonces alguien viene a sostenerme. Yo, ante la imagen de ser un viejecillo al que tienen que sacar del automóvil para ponerlo de pie, me rebelo: alguien viene para ayudarme, pero yo no quiero. La esperanza es una capacidad de afrontar con claridad y fuerza el futuro, venciendo las tentaciones del dolor, de la fatiga, de la discontinuidad o de la prueba, con la ayuda de Otro, de la presencia de Otro que da la continuidad a la fe. La libertad, o bien acepta a ese Otro o no lo acepta; puede aceptarlo o no; puede aceptar la mano que se le tiende para salir del automóvil o rechazarla. La libertad actúa inmediatamente como aceptación o rechazo, en forma de sí o no; y la forma más elemental y decisiva de la aceptación se llama petición. Con la petición uno participa en el gesto que le ayuda; por eso, con la petición comienza la libertad plena. Si alguien viene aquí para ayudarme a salir del automóvil, yo puedo decir que no, puedo intentar salir solo o puedo, si no hay más remedio, tener que aceptar la mano que me sostiene; pero también puedo desear esa mano que me sostenga, puedo aceptar pedirla: aquí, al pedir, es cuando la libertad se juega en su plenitud.

*Usted nos ha recordado que el problema más urgente para nosotros es el riesgo de que estas palabras queden claras pero abstractas, y decía que nos fijáramos en ellas preguntando y siguiendo, indicándonos así una relación como manera de superar esta dificultad. La ayuda para salir de la abstracción, para nosotros, los del primer año, ¿es vivir una relación?*

<sup>46</sup> H. Ibsen, *Brand*, acto IV, cuadro III, Ed. Encuentro, Madrid 1996 (en prensa).

¡Para vosotros los del primer año y para mí que llevo cincuenta u ochenta! ¿Qué quiere decir existir? Vivir una relación; si no vives tu relación con el Ser, no existes. Por consiguiente, lo que tú dices ahora no es más que la prolongación de tu origen, es el mismo fenómeno: vivir una relación, aceptar una relación. Su expresión más completa, donde la aceptación de la relación resulta plena, donde florece completamente, es la petición.

Por eso, frente a estos problemas que os parecen claros pero abstractos, yo respondí antes a nuestro amigo que le parecían abstractos, aunque estuvieran claros, porque los había rechazado de antemano; no le interesaban de antemano. De hecho, hay una categoría que estaba rechazando: «claros pero abstractos» no es lo mismo que «justos pero abstractos». «Claro» quiere decir que hablo en términos lógicos, «justo» quiere decir que es pertinente a la vida, que ayuda a vivir, que sostiene la vida. Esto es justo para mi vida, aunque me parezca abstracto. Entonces se comprende lo que decía antes Ana.

*Decía que el camino que usted nos ha indicado no consiste en concentrarnos en un análisis personal: yo, que empiezo a afrontar estas cosas nuevas que me enseña el Grupo Adulto...*

...o sea, que me pongo frente a las palabras, las frases, los pasos lógicos que nos propone el Grupo Adulto. Esto es el análisis: todo resulta abstracto, claro, clarísimo, «no tengo nada que objetar», pero abstracto. Y, sin embargo, es «justo» no sólo claro. Hay que llegar hasta el concepto de lo justo; es decir, que mi vida, sin destino, es una vida de perros, una vida que terminará en la podredumbre. ¡Lo justo! ¡Necesitamos algo justo! Aunque sea abstracto, pero es necesario; reconozco que me resulta necesario, aunque sea abstracto, aunque no comprenda todavía, no sienta todavía, no vea todavía: esto es humano.

Para que lo «justo» se vuelva concreto y deje de ser abstracto tengo que hacer el esfuerzo de entablar relaciones, de vivir determinadas relaciones. Por ejemplo, ¿por qué es necesario estar en compañía? Es una aplicación de la necesidad de tener esas relaciones. ¿Por qué dice la *Didaché*, uno de los primeros escritos cristianos, «Buscad todos los días el rostro de los santos y encontraréis consuelo en sus palabras»?<sup>47</sup> Porque se trata de una relación. En una relación, lo justo –que todavía no comprendes bien cómo se logra hacer y te parece abstracto– comienza lentamente a volverse concreto. El amor, que es gratuidad y ternura, se aprende de una persona que vive el amor gratuito y la ternura, no se aprende teóricamente. La vida se aprende en concreto, no teóricamente.

<sup>47</sup> *Didaché*, IV, 2, en Colección Fuentes Patristicas n. 3, ed. de J.J. Ayán Calvo, Ciudad Nueva, Madrid 1992.

Poned atención especial en esto último. El Ser se encarna, habita, en las relaciones. La forma que el metal incandescente del Ser asume son las relaciones.

*Al trabajar en lo que nos ha dicho acerca de la esperanza...*

Perdona, no usemos mucho la palabra «trabajar» porque me desconcierta sindicalmente; usemos en cambio la palabra «meditar» o «reflexionar», que es algo más humano, menos fruto de la pura organización.

*A mí me parece que para el mundo, para las personas con quienes vivo, la esperanza consiste en esperar que mañana sea distinto de hoy. En cambio, poco a poco, por gracia, mi esperanza es pedir que mañana me abrace de nuevo lo que me ha sucedido y que yo pueda abrazarlo otra vez como hoy, y cada vez más, en los rostros concretos de esta compañía. Cuando esto ocurre, me doy cuenta de que se abre paso una capacidad constructiva, una mirada positiva hacia la realidad. Quería preguntar si esto es justo.*

No solamente es justo, sino que os invito a todos a fijaros en esta intervención por la densidad de sugerencia que contiene. Lo que caracteriza a la esperanza, digamos, «del mundo», a la esperanza instintiva y natural, es que mañana sea distinto de hoy, distinto

en lo que hoy tiene de fatigoso, de insatisfactorio. Y, en cambio, tú dices: no, la esperanza consiste en que yo mañana tenga la capacidad, la fuerza necesaria para abrazar lo que sucede, lo que «vuelve a suceder», porque normalmente eso que esperas mañana «de más» es algo que también ocurre hoy, y que ha ocurrido ayer. Que yo tenga fuerza para aceptar lo que sucederá o volverá a suceder mañana, de tal manera –como has dicho– que pueda abrazarlo y hacer que sea constructivo.

Así pues, resulta evidente que la esperanza del mundo es fragmentaria y que fragmenta la vida: ahora un trozo, y luego otro trozo distinto del primero. Fragmenta la vida. Mientras que la esperanza cristiana obtiene una imagen nueva de todo lo que sucede, o vuelve a suceder, o cambia al suceder, es decir, construye, hace crecer la construcción.

*Respecto a lo que dijiste de los pigmeos que habían rezado a Dios, yo quería saber si es cierto y por qué Dios no les había respondido.*

No les había respondido, pues de hecho no habían escuchado ninguna respuesta. Pero no ya los pigmeos. Los pigmeos que se llaman Bobbio, los pigmeos que se llaman Kafka, los pigmeos que se llaman Camus, los pigmeos que con mayor grandeza han expresado lo humano, los pigmeos que se llaman Wagner, Homero o Virgilio, los pigmeos que llevan los nombres de los mayores pensadores. Ninguno obtuvo respuesta; ninguno la obtiene. Tenemos que estar atentos a no superponer la imagen que nos proporciona la gracia que hemos recibido a una situación humana que, por su propia naturaleza, se mantiene incierta, oscura y embrollada.

En efecto, para darse a conocer, para responder a esa pregunta, Dios tenía que dar un paso Él mismo y decir: «Heme aquí, aquí estoy», «Felipe, el que me ve a mí, ve al Padre».<sup>48</sup> Ha habido un solo caso de esto en la historia y es precisamente lo que resulta insoportable para todo el mundo. Los trescientos líderes religiosos que hicieron hace poco una procesión simbólica desde la iglesia de San Carlo al Duomo de Milán estaban todos de acuerdo en que ninguno podía pretender conocer exactamente la solución. Representaban trescientas tentativas diferentes y ninguno de los trescientos dijo: «Nosotros tenemos la respuesta». Ninguno lo afirmó –prudentemente–, pues en caso contrario no podrían haberse reunido trescientos buscadores de Dios. Todos eran buscadores de Dios. Pero nosotros somos buscadores de un Dios cuyo nombre y cuyo rostro nos son bien conocidos: conocemos su nombre y su rostro.

*Pero, entonces, quien no conoce a Cristo, ¿es inútil que pida?*

¡No! Cristo es la respuesta a la pregunta de toda la humanidad. Y cuando Leopardi decía: «Se delle eterne idee / L'una sei tu, cui di sensibil forma / Sdegni l'eterno senno esser vestita, / E fra caduche spoglie / Provar gli affani di funerea vita; / O s'altra terra ne' superni giri / Fra' mondi innumerabili t'accoglie, / E più vaga del Sol prossima stella / T'irraggia, e più benigno etere spiri; / Di qua dove son gli anni infausti e brevi, / Questo d'ignoto amante inno ricevi»,<sup>49</sup> estaba pidiendo a la Belleza que se dejara ver y se dejara amar. Era una petición, la petición de algo que ya había sucedido hacía mil ochocientos

años, y él no lo sabía.

<sup>48</sup> Cfr. Jn 14, 9.

<sup>49</sup> «Cara beldad que amor / lejos me inspiras o escondiendo el rostro, / a no ser que en el sueño el corazón, / sombra divina, me estremezcas / o en el campo en que brille / más bello el día o la risa de la naturaleza, / ¿tal vez tú el inocente / siglo, llamado de oro, embelleciste, / o leve entre la gente / vuela tu alma? ¿o bien la suerte avara / que a nosotros te esconde, al porvenir prepara? // De mirarte viva, / ninguna esperanza me queda; / a no ser, a no ser que, desnudo y solo / por senda ignota, en peregrina estancia / mi espíritu te vea. Ya apenas al abrirse / de mi jornada incierta, oscura, / en este árido suelo / te imaginé vía. Pero no hay nada en esta tierra / que se asemeje a ti; y si acaso alguna / en el rostro, en los actos, en el habla, / pudiera parecerse, sería mucho menos hermosa. // Entre tantos dolores / que a la vida humana señala el destino, / si verdadera e igual que mi pensar te crea / alguien te amase en la tierra, le sería / feliz este vivir; / y veo claramente que, lo mismo / que en mis primeros años, gloria y virtud / me haría seguir tu amor. Ahora no añade / el cielo ningún alivio a nuestros afanes; / y contigo la vida mortal sería / parecida a la del que vive en el cielo. // En los valles donde resuena / del laborioso campesino el canto, / sentado, me lamento / del juvenil amor que me abandona; / y en los alcores, en que recuerdo y lloro / los perdidos deseos, la perdida / esperanza de mi vida, y en ti pensando / mi palpitir despierta. Y ¡si pudiera / en este siglo

*Entonces, ¿responde de manera distinta?*

No. Dios responde de manera precisa. La respuesta es Cristo, un hombre que nació de una mujer hebrea en aquella cueva –que cuando se va a Palestina es el momento más conmovedor de toda la peregrinación– donde está escrito en bronce: *Verbum caro hic factum est*, el Verbo se hizo carne aquí. La respuesta es una. Porque a Dios solamente se le puede conocer si se revela.

Pero esto es verdad análogamente para nosotros. A una persona no la conoces si no se revela, si no se manifiesta. Un gran psicólogo o un gran conocedor de los hombres, una persona con gran penetración de las conciencias, puede comprender muchas cosas de otro en la medida en que, sin darse cuenta, éste las desvela. Pero tiene que desvelarlas el otro; en caso contrario, si no se revela, no se le comprende. El espíritu es misterioso en cuanto a la indagación sobre su propia realidad, que se hace por medio de los ojos, de los sentidos y el juicio de la razón. ¿No me he explicado, Silvia? Di qué es lo que no te persuade.

*¿Y los pigmeos que no conocen a Cristo?*

Los pigmeos que no conocen a Cristo pedían a su modo conocer a Dios. O mejor, ni siquiera eso: pedían a su Dios que les ayudase, porque la manera de conocer del niño es que se le ayude.

*¿Y él respondía?*

Respondía conforme a su propio designio. La mayoría de las veces parecía no responder; a veces parecía responder. Pero siempre «parecía», porque no respondía según la forma de la mente que ellos tenían.

Ellos, de hecho, pedían; pero, en vez de obtener respuesta enseguida, tuvieron que

esperar y esperar y esperar, y esperaron hasta que vino una persona extraña, blanca, con barba (podía ser un misionero comboniano de Verona o quizás un misionero de los padres blancos), que llegó donde ellos y les dijo: «El Dios que había ido a cazar ha vuelto y está aquí entre nosotros».

tétrico y en el aire nefando, / tu pura imagen conservar! Con sola ella, / ya que no de la real, quedaría contento.// Si una de las ideas / eternas eres tú, a la que de sensible forma / no vistió la sabiduría eterna, / ni en caducos despojos, lúgubre, / probó los afanes de funérea vida; / o si otra tierra en sus elevados giros, / entre mundos innumerables te acoge; / y más bella que el sol próxima estrella / te ilumina, y más benigno éter respiras; / de aquí, donde el vivir es triste y breve, / de ignoto amante este himno recibe.», G. Leopardi, «A su mujer», en *Poesía completa*, Río Nuevo, Barcelona 1983, pp. 133-137.

Dios responde siempre. Pero la respuesta de Dios no puede coincidir con el dinamismo de nuestro pensamiento, a menos que no se sorprenda a éste en su origen: entonces el dinamismo es justo, y se comprende la respuesta, pues se trata de un dinamismo sin fin. La exigencia de felicidad, la exigencia de justicia, la exigencia de amor, ¿qué imagen tienen? Son ángulos abiertos al infinito, no tienen una forma cerrada; tanto es así que no nos basta ningún amor, ninguna verdad, ninguna justicia. Cuando has llegado hasta un punto, cuando has llegado a la cima de la colina –como decía Thomas Mann en *José y sus hermanos*<sup>50</sup>– ves otra colina, y cuando has llegado a la cima de ésta, ves otra más, y así hasta el infinito, indefinidamente. Él estaba describiendo las costas del mar del Norte y las dunas que terminan sólo en el mar... Es una bella comparación; la vida es una traducción práctica de esta comparación.

Por esto Adrienne von Speyr dice la famosa frase de que Dios hace que las cosas ocurran aprovechando nuestros deslices.<sup>51</sup> Le pides salud y hace que te dé un catarro, por ejemplo, y entonces dices: «Dios se ha portado mal conmigo». No. Tú, ¿para qué pedías salud? Pedías salud para dar gloria a Dios, es decir, para conseguir que la dignidad de tu persona resultara conmensurable con lo Eterno, con el Infinito; pues bien, para conseguir esto Dios piensa que debe enviarte el catarro, que te debe hacer pasar a través de la prueba de una enfermedad.

Esto lo comprendió muy bien Clemente Rebora, y dio testimonio de ello de manera todavía más bella, con su conversión y sus poesías. Hay que releer las poesías de Clemente Rebora porque, contrariamente a lo habitual –pues lo habitual es que cuando alguien se convierte, parece que se secura su vena poética, y es comprensible porque cuando uno se convierte descubre un objeto mucho más interesante que todos los objetos que le interesaban antes y por eso se vuelve basura para él incluso la poesía, por usar las palabras de San Pablo–, su vena poética recibió un nuevo impulso, hasta el punto de que Eugenio Montale iba siempre a visitarlo, especialmente cuando estuvo enfermo en Stresa.

*La actitud moral, ¿es gracia o es fruto de una educación?*

La actitud moral es, ante todo, fruto del acto que te crea, y por ello es esencialmente una



gracia. Originalmente es gracia porque la actitud moral es la postura en la que te crea el gesto de Dios al darte la vida.

En nuestro texto *En camino*<sup>52</sup> se dice que la ley moral es mantenerse en la actitud original en la que nos hizo el acto creador, que es, la postura del niño; no el niño idealizado o ya adulterado por influencias extrañas, sino el niño con su curiosidad y apertura características, apertura, curiosidad y adhesión.

No he terminado de responder, porque si me parara aquí, ¿dónde quedaría la libertad? Tú has preguntado si la actitud moral es fruto de la educación o de la gracia. Si la educación del niño no lleva a cabo una insistencia en las actitudes originales con las que ha sido creado, por ejemplo, la sinceridad, la dependencia, el asombro, la finura, la delicadeza, la mesura en las relaciones... si no se subrayan estas características originales, el tiempo como tal las desvanecerá, les quitará la luz que tienen. Y, por lo tanto, se volverán como arroyos que pierden su cauce: inundan, y el agua que inunda, en última instancia, no es benéfica, excepto si se extiende en un área controlada y tiene por ello un orden; el agua de inundación, o produce áreas de cultivo empantanadas o destruye.

De este modo se crece sin educación y se pierden las percepciones originales, hasta que se llega a tener el descaro de decir: «¡Pero, para mí, esto no es una virtud! Como el criterio es mi sentimiento y yo no lo siento, no es un valor». Especialmente ciertas virtudes, peligrosas por el compromiso que exigen: «Esas yo no las siento: no siento que sea malo desobedecer, no siento que sea mala la impureza, no siento que sea malo...». ¿Cómo «no siento, no siento»? Van en contra de lo que originalmente se podía percibir. ¿Por qué la Iglesia exige que el niño, para recibir el Bautismo, tenga alrededor una comunidad, representada por los padrinos? Los padrinos no están ahí, como dos candelas, para completar de forma teatral el diálogo con el sacerdote. Si no representan a la comunidad, los padrinos no valen de nada. Por eso yo recuerdo siempre, cuando celebro un bautizo, que los padrinos están ahí como representantes de la comunidad. Pues bien, la moralidad es permanecer en la postura original en la que Dios te crea, y esto es gracia. Luego, si no se da el contexto adecuado, sin educación, esa semilla no se desarrolla. Si la tierra no es buena, la semilla no se desarrolla o lo hace muy mal, con extrema dificultad. Porque lo que se nos da como gracia se ofrece a nuestra libertad y, por consiguiente, el hombre puede aceptarlo o no, puede aceptar corresponder a ello o no.

¡Cuánta gente –no ancianos, sino adultos–, al hablar con ellos, cuando ya no saben qué decir, llegados a un cierto punto del razonamiento, manifiestan la nostalgia de cuando eran pequeños! ¿Cómo nostalgia de cuando eran pequeños? Nostalgia del tiempo en el que debías haber usado la libertad y no la has usado, o la has usado mal.

Uno que marcha por el camino está obligado a tener el coraje y la sinceridad de decir: «Me he equivocado». Y decir «Señor, me he equivocado» quema el error, porque así permite que lo sustituya enseguida la verdad, hace que la verdad suplante al error.

<sup>50</sup> T. Mann, *José en Egipto*, en «José y sus hermanos», Labor, Barcelona 1977.

<sup>51</sup> «Entre ofrecimiento y aceptación siempre hay como un contraste, un desajuste, un desliz» (A. von Speyr,

*Mística objetiva*, Jaca Book, Milán 1975, p. 249).

<sup>52</sup> Cfr. L. Giussani, *En camino*, o. c., p. 26.

*Despierta una objeción el hecho de que el bien que esperamos sea arduo, cueste alcanzarlo. ¿Por qué tenemos esta actitud, como si no tuviese que costarnos?*

Tenemos este resentimiento hacia el que nuestra vida tenga que esforzarse para obtener el bien –puesto que el bien que desea el corazón es arduo de alcanzar– precisamente porque el corazón se nos ha dado como exigencia de felicidad. Y, al habérsenos dado como exigencia de felicidad, decimos: «¡Tendríamos que encontrarla a bajo precio!»; igual que ha sido una gracia la exigencia de felicidad, también debería ser bajo el precio para obtenerla.

Pero Dios murió en la cruz para hacernos ver a todos que obtenerla nos tiene que costar, que implica un sacrificio: ésta es la gran palabra. Pues sin sacrificio no podríamos soportar mirar durante un minuto entero el rostro de una persona a la que amamos. No lograríamos mirarla un minuto sin sacrificio, sin aceptar un sacrificio.

Mirad, amigos, nosotros, de la relación con Dios –al responder al encuentro que hemos tenido con Jesús, es decir, con el Dios hecho hombre–, ¡sólo comprendemos aquello en lo que nos adentramos como experiencia humana! Lo dice Ratzinger<sup>53</sup> con otras palabras: que sólo resulta razonable para el hombre –es decir, aceptable para el hombre, digno de ser abrazado– algo que haya entrado a formar parte de su experiencia. Por eso, la tribulación de las tentaciones, las pruebas afectivas, el esfuerzo de mantener la pureza, la dificultad de ser coherentes, o de practicar la justicia, son todas ellas experiencias a través de las cuales el hombre es conducido por Dios para ser más Cristo, para ser más completo.

*Pero, ¿arduo no se contrapone a sencillo?*

Arduo no es contrario a sencillo. Sencillo indica la manera en que puedes afrontar lo arduo. Sin sencillez no afrontarás nunca lo arduo, porque cuando lo miras sin sencillez, dices: «Pero, si, sin embargo, quizá, quien sabe», que son las palabras más sórdida y satánicamente enemigas de la percepción de lo verdadero. Aunque estés delante de un rostro bello, si no lo amas, encontrarás toda clase de pretextos para decir: «Aquí, bueno, pero, tiene un puntito aquí, un puntito negro allá, un puntito amarillo acá, tiene la nariz ligeramente torcida hacia la izquierda, o hacia la derecha, etc...».

*Hablando de la paciencia, usted decía que el hombre tiene dos posturas posibles frente al peso que tiene la realidad: una postura más superficial, que le permite olvidar el peso de hoy y decir «gocemos mientras podamos»; o una actitud más seria, que usted definía como magnanimidad estoica, que consiste en tomar sobre sí ese peso. Pero decía también que eso sería como ser Atlas; si das un paso, el peso te aplasta.*

<sup>53</sup> J. Ratzinger, *Che cosa crede la Chiesa*, en «Il Sabato», n. 5, 30/1/1993.

Perfecto.

*Y decía que la paciencia está mucho más cerca de esta segunda actitud. Precisamente, ya que nosotros no sostenemos esta magnanimidad, quería preguntarle en qué se acerca a ella la paciencia y en qué se distingue.*

La paciencia está cerca de esa magnanimidad en tanto que debe padecer, es decir, soportar: es el concepto de la paciencia como capacidad de sobrellevar; pero se distingue de la magnanimidad estoica porque es lo contrario a ella, ya que consiste en la seguridad humilde de la fuerza que tiene Otro.

«En Él soy capaz de todo, porque en Él reside mi fuerza»,<sup>54</sup> decía San Pablo. Ésta frase elimina todo pretexto que podamos aducir en contra del camino de la vocación, porque anula todo pretexto de desolación o desaliento debido a cualquier error. Salva el camino y nos salva de los errores.

Todo el esfuerzo que estamos haciendo sirve para llevarnos a percibir la sencillez original de la relación entre Dios y el hombre. Cuando Cristo miró a la Magdalena con una mirada furtiva por la calle, fue algo sencillo: fue llamarla, con una sencillez, a una sencillez en la que dominara, o volviera a dominar, la pureza; lo contrario a su historia, pero no contrario a una posibilidad presente.

¡Cerveza! ¡Qué atentos! Además es un buen indicio para el futuro, porque es la segunda vez, y no hay dos sin tres. Fijad dos puntos y estaréis estableciendo una recta que llega hasta el infinito. ¡A la salud de aquel a quien se le ha ocurrido y de todos!

<sup>54</sup> Cfr. Flp 4, 13. Capítulo Quinto LA POBREZA

### ***De la esperanza a la pobreza***

Hoy vamos a ver lo que nace de la esperanza, que no es sino el dilatarse hacia el futuro de la seguridad de la fe. Es lo que nos apremia: no nos interesa tanto el presente como el futuro, al hombre no le interesa tanto su origen como su destino. ¿Qué se deriva de ese dilatarse de la certeza hacia el futuro que es la esperanza? La virtud dominante, la virtud que caracteriza este paso debería ser la confianza; el hombre combate la incógnita del futuro con el arma de la confianza. Por medio de la esperanza, la fe se traduce en confianza.

Pero hoy no vamos a detenernos en este tema, vamos a ver un paso intermedio. El punto que marca el paso de la fe a la obediencia es la libertad, porque la libertad permite la obediencia y el obstáculo para la obediencia puede venir de la libertad. Del mismo modo, al pasar de la esperanza a la confianza, el obstáculo que puede surgir es atribuir la certeza del futuro a determinadas cosas que ya poseemos: por ejemplo, el dinero, la melena, las gafas de oro, las amistades, la protección de los grandes, el saber cantar, los músculos... y así, todas las versiones y figuras posibles.

De igual modo que la libertad puede rebelarse e impedir la obediencia, ¿qué podría obstaculizar la confianza? Casi lo he dicho hace un momento: algo que poseemos, en lo que ponemos la confianza; algo que ya poseemos. Entonces, se trata de no poseer, al menos se trataría de no poseer de ese modo, y la virtud que trata del no poseer es la virtud de la pobreza.

Como la virtud de la libertad abre el espacio para la obediencia, así la virtud de la pobreza abre el espacio para la confianza... lo cual es paradójico porque libertad y obediencia parecen contradictorias y el espacio que el no poseer abre a la confianza, parece contradictorio, más aún, es contradictorio. Y, sin embargo, el planteamiento cristiano, conforme a su sorpresa habitual, conforme a su actitud sorprendente, de la esperanza hace nacer, ante todo, la pobreza.

### *1. No esperar la felicidad futura de una determinada posesión presente*

Podríamos comenzar a definir la pobreza partiendo del exterior. Empezando desde fuera, como espectadores, podríamos definir la pobreza en los términos que sugiere la esperanza. La esperanza nos sugería la seguridad del bien en el futuro, la certeza del futuro debida a la certeza de algo presente: la certeza de Cristo presente nos abre a la certeza del futuro.

Pues bien, la pobreza lo hace posible precisamente porque nos permite no esperar la felicidad futura de una *determinada* posesión presente; esa *determinada* posesión presente sería contraria a la fe. Nos permite tener esperanza en el futuro, en la felicidad futura, por la presencia de Cristo, por la posesión de Cristo presente. La pobreza salva esta esperanza en el futuro, no la obstaculiza, porque nos impide poner nuestra esperanza en una *determinada* posesión presente; no en la posesión de Cristo presente, sino en una *determinada* posesión presente, o en la posesión presente de una *determinada* cosa. La pobreza es no esperar de una *determinada* posesión: *determinada* quiere decir fijada por nosotros, prevista por nosotros, elegida entre aquello que nos resulta cómodo, elegida entre lo que más nos persuade, elegida entre lo que nos proporciona más riqueza y, por consiguiente, seguridad económica. *Determinado: quidam, no aliquis sino quidam.*

La falta de pobreza se opone a la esperanza porque pone la seguridad de la felicidad futura en una *determinada* posesión que puede ser presente o futura: «Espero ganar mañana en la lotería 600 millones». Con los 600 millones digo a mi alma: «Alma mía, come y bebe, estate tranquila que ahora tienes todo», como el rico del Evangelio. «Necio –le dice Jesús–, esta noche se te exigirá tu alma y lo que has ganado ¿cuius erunt?, ¿de quién será?». <sup>1</sup> Así, pues, lo que se opone es una *determinada* posesión –presente o futura, no me interesa– que me hace fundamentar mi esperanza en ella; esto supone que la esperanza ya no se pone en Cristo. La esperanza es la certeza en Cristo que fundamenta la certeza en el futuro; a ella se opone la certeza puesta en algo que determino yo, sea presente o futuro. La jovencita tiene a su jovencito: ¡todo arreglado!

Pasan algunos meses o algunos años con la seguridad de tenerlo todo: esta relación carece de pobreza. No porque la chica no deba tener novio de manera seria, sino porque pone en ello la certeza de su esperanza, la seguridad de su futuro; y así sucede en el noventa y nueve por ciento... ¡ah, me olvidaba! coma noventa y nueve.

<sup>1</sup> Cfr. Lc 12, 16-21.

Me urge que comprendáis, porque es lo más importante: yo tengo certeza en el futuro, esta certeza en el futuro me viene de una experiencia presente: poseo a Cristo. La fe me permite reconocer a Cristo presente, yo poseo a Cristo y, por ello, estoy seguro del futuro: esto es la esperanza. Cualquier forma en la que el hombre fije su seguridad, su certeza, determinada por él, elegida por él, sea en el presente o en el futuro –lo cual es lo mismo–, se opone a la esperanza.

El mecanismo consiste en poner la certeza en algo *determinado*, en una *determinada* posesión de la que depende, por consiguiente, nuestra esperanza. Nuestra esperanza no depende de Cristo, depende de una *determinada* posesión, de la posesión de una *determinada* cosa, *cuiusdam rei*.

¿Qué nos dice esta premisa? Que no hay nada en lo que puedas poner tu esperanza; en ninguna posesión puedes poner tu esperanza del futuro, porque mañana, el tiempo mismo o una bicicleta te puede quitar de en medio lo que posees: una bicicleta choca violentamente con un individuo, éste cae, se da con la cabeza en la acera y muere, y tú al día siguiente en lugar de celebrar la boda vas a su funeral.

Por la certeza de que «Dios cumple» somos libres frente a las cosas

Profundicemos en la cuestión, demos un primer paso en profundidad. La pobreza, ¿en qué basa su valor? En la certeza de que Dios es quien «cumple». Cristo cumple el deseo que te despierta: «El que ha empezado en vosotros esta obra buena la llevará a plenitud en el día de Cristo».<sup>2</sup> El fundamento de la pobreza consiste en la certeza de que Dios cumple lo que te hace desear.

Si Dios, Dios presente, Cristo –porque Dios obra en Cristo–, si Cristo te da la seguridad que cumplirá lo que te hace desear, entonces serás muy libre de las cosas; nace la imagen de la libertad, ante todo, como libertad frente a las cosas. No eres esclavo de nada, no estás atado a nada, no estás encadenado a nada, no dependes de nada: eres libre. La palabra libertad es más justa en comparación con *estás atado*, *dependes*; que son todos ellos verbos que pueden representar una experiencia que vivimos; pero la aspiración original que caracteriza cualquier experiencia es la libertad. Pues bien, no eres esclavo de lo que usas porque *sólo* eres esclavo de Aquel que te da la certeza de tu felicidad. La pobreza se nos revela como libertad frente a las cosas porque es Dios quien cumple nuestros deseos y no algo *determinado* en lo que te fijas.

<sup>2</sup> Flp 1, 6.

No estamos hablando de abstracciones, porque para una joven conseguir «ese partido» es cuestión de vida o muerte, se rasgaría las vestiduras si pensara que no puede conseguir a ese muchacho, ¡lo ha decidido ella! Pero el susodicho joven no repara en ella y se va con otra. En cambio, hay otro chico que está enamorado de ella, pero ella dice: «Éste me aburre, yo quisiera al otro, pero ése sale con otra». ¡Vaya lío! Además el enredo se puede seguir complicando: un tercero que entra en escena, un cuarto, según la capacidad de soportar y, sobre todo, de inteligencia de la muchacha.

Leticia

Segunda profundización. De la libertad frente a las cosas que lleva consigo la pobreza, nace un sentimiento que solamente puede tener quien es pobre, es decir, quien no establece en determinadas cosas elegidas por él la esperanza de su vida. Se puede fijar la esperanza de la vida en algo determinado que Dios da; en cambio, si alguien entra en el Grupo Adulto debe esperar la felicidad de su vida –en la medida en que está a la merced del instrumento que Dios utiliza y con el que Dios usa las cosas–, del Grupo Adulto, porque Dios le ha dado esta vocación.

De la libertad frente a las cosas –que nace por la certeza de que Dios mismo lleva todo a cabo– brota otra característica del alma pobre: la *leticia*. Su emblema por excelencia en la historia del cristianismo es la figura de San Francisco; pero en el Evangelio se encuentra su Carta Magna, su estatuto: «Bienaventurados los pobres de espíritu», ¡bienaventurados! Acordaos de lo que escribe Mauriac en su *Vida de Jesús*<sup>3</sup> –otro libro que puede leerse con utilidad–, acordaos de la página acerca de las Bienaventuranzas, cuando Jesús, subido en lo alto de la colina, dice: «Bienaventurados... bienaventurados ...» y, mientras tanto, toda la multitud va llegando, y los últimos que llegan son los lisiados, los minusválidos, los viejos; al llegar los últimos se quedan al fondo y aguzan el oído porque no oyen bien. La única palabra que oyen es una palabra que Cristo repite a cada rato, alzando la voz: «Bienaventurados...». Y oyen: «Bienaventurados... bienaventurados... bienaventurados...». Y esto les pone todavía más en tensión, les hace atender con toda su alma, pero no oyen el resto. Así describe Mauriac esa página del Evangelio.

<sup>3</sup> F. Mauriac, *Vida de Jesús*, Plaza & Janés, Barcelona 1985.

De la libertad frente a las cosas –que nace de la certeza de que Dios cumple–, brota un sentimiento de *leticia*. Es aquí donde la fe engendra la *leticia*. La fe no genera *inmediatamente* la *leticia* sino *mediatamente*: de la fe nace la esperanza, y en la esperanza se enraíza la *leticia*, porque se puede ganar y vivir la *leticia* sólo por la certeza del futuro. Únicamente el aturdimiento puede permitirnos extraer alegría y gozo de algo que tenemos entre las manos en el presente... ¿y mañana? Un sentimiento es verdadero

cuando responde a todos los interrogantes del tiempo: explica el pasado, aclara el presente y asegura el futuro.

La *leticia* tiene su raíz en la fe: con este ánimo vivió San Pablo y él mismo lo describe en el pasaje de la primera carta a los Corintios<sup>4</sup> que ahora leerá Guido.

*«Os digo, pues, hermanos: el tiempo apremia. Por tanto, los que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen. Los que lloran como si no llorasen. Los que están alegres, como si no lo estuviesen. Los que compran, como si no poseyesen. Los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen. Porque la apariencia de este mundo pasa».*

No reside en lo que se ve la consistencia del mundo. La consistencia de la vida, la felicidad que nos reserva el futuro, no está en lo que aparece. La figura de este mundo pasa, la consistencia de nuestro contento no está en lo aparente: es la descripción motivada de la *leticia*. La *leticia* es un sentimiento que se mantiene porque se apoya en algo que permanece, aunque la figura de este mundo, lo que aparece ahora, pase.

Una de las impresiones más vivas que he tenido hace dos meses cuando fui a ver a un obispo gravemente enfermo, fue que, al verme, después de un instante de emoción, se sentó y me dijo: «El tiempo apremia». Y, sin embargo, en el fondo de su mirada había alegría. Ello no quiere decir que se pueda decir alegremente: «Muero», no sería cierto, tampoco San Pablo lo decía. Vuelve a leer de nuevo este pasaje.

*«Os digo, pues hermanos, el tiempo apremia. Por tanto, los que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen...».*

Esto es: no se puede poner la esperanza en el hecho de tener mujer, en que se tenga novio, la *leticia* no deriva de eso; de eso puede derivar el contento, más o menos pasajero, pero no la *leticia*, porque la *leticia* se apoya en una posesión cuya perspectiva ya no tiene fin.

<sup>4</sup> Cfr. 1 Cor 7, 29-31.

*«Los que lloran como si no llorasen. Los que están alegres, como si no lo estuviesen...».* Los que gozan como si no gozaran, no quiere decir que estén allí llorando, llorando porque han conseguido 600 millones en la lotería. Alguien que llore porque le han tocado 600 millones en la lotería está tonto y no tiene nada que ver con el hombre cristiano. Pero la *leticia* no puede tener su fundamento en los 600 millones, no puede, no se mantiene. Puedes estar contento, pero no tener *leticia*, porque haber ganado la lotería no elimina los obstáculos que se levantan poniendo en duda la certeza de tu paz y de la perspectiva de felicidad que tienes.

*«Los que compran, como si no poseyesen».*



Imaginaos a las chicas en la calle Monte Napoleone, frente a los lujosos escaparates. Allí puede haber un contento nervioso, pero no *leticia*. *Leticia* de estar en «Montenapo», ¡no! Contento nervioso, sí.

Quien tiene, que viva como si no tuviera; se es libre y la libertad lleva consigo el germen de la *leticia*: «Aquí está la perfecta *leticia*».<sup>5</sup> Es bonito tener un buen traje; pero si se tiene la fe y la esperanza cristiana, en el fondo ni siquiera molestaría llevar un sayal en lugar del bonito traje, ¡aunque no conviene que vayáis por ahí con sayales!

Pues bien, no hay una fórmula más bella de la *leticia* que ésta: quien tiene, que viva como si no tuviese. Tanto si tienes como si no, es lo mismo... Pero el tener algo que dura para la eternidad... ¡no, ésto no puede ser igual! Si tienes algo que dura para la eternidad, entonces el amor, el amor del hombre a la mujer, el amor al compañero, el amor al padre, el amor al sol que se levanta...

Como cuento en el primer volumen de la Escuela de Comunidad,<sup>6</sup> había leído un libro sobre el franciscanismo donde cada capítulo comenzaba con una rúbrica. En una de ellas la inicial era una *Q* –“*Quando*”, el capítulo empezaba así–; la *Q* tenía como pedúnculo un pajarito y dentro estaba, delante del sol naciente, el perfil de San Francisco, el símbolo de la sensibilidad humana de nuestra gente, de nuestra raza, frente a lo más bello que hay en la naturaleza: esto es *leticia*. Y la *Q* incluía una frase a los pies de San Francisco: «*Quid animo satis?*», ¿qué le basta al alma? En esta pregunta se expresa bien qué es la *leticia* –«¿qué le basta al alma?»–, porque la relación entre San Francisco y el fenómeno más bello de la naturaleza tenía una perspectiva eterna, una perspectiva de lo eterno, era signo de lo eterno.

Así pues, en el amor verdadero hay *leticia* en tanto que falta la posesión. Por algo diremos, al hablar de la virginidad, que es pobreza, que es la pobreza en su nivel extremo, y, por esto, al dedicarse a Dios en la virginidad, se debe dar también el dinero, porque sin pobreza no existe dedicación pura. La perspectiva de lo eterno en una relación amorosa, afectiva, la llena de *leticia* y, al tiempo que la alegra, la hace libre de todas las condiciones: con cuanto más desapego se ame, más alegre se vuelve la relación. No pretendo agotar esta observación o hacer una descripción exhaustiva. Puede darse un período inicial de mayor contento; pero se trata de contento, no de *leticia*; la *leticia*, en cambio, permanece.

<sup>5</sup> *Floreccillas de San Francisco*, en «Escritos completos», B.A.C., Madrid 1956. <sup>6</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, o. c., p. 142.

Libre porque no te falta nada

Tercera profundización. La libertad no origina solamente la *leticia*; la libertad en las relaciones no causa solamente *leticia* –¿qué quiere decir libertad en las relaciones? Que la relación se funda en algo que permanece, es decir, en lo divino que permanece–, sino

que también te hace descubrir que no te falta nada, que no estás privado de nada porque todo es tuyo. ¿Cómo? ¿Por qué todo es tuyo? Porque tienes lo que necesitas, tienes todo lo que te es necesario. Antes de retomar esta frase, escuchemos un capítulo del libro de «Il Sabato» *Un avvenimento di vita, cioè, una storia*, que deberíais leer todos.<sup>7</sup> Hay un párrafo que explica bien este punto.

*«Hace falta que nos hagamos más pobres, esto es, ciertos de algunas grandes cosas». Si tienes certeza de algunas cosas grandes todo se apoya después en esas grandes cosas, todo se desarrolla a partir de ellas, todo se torna un comentario de ellas, como en la gran música, donde todo es comentario al tema principal o a los temas principales.*

*«El pobre es el que está seguro de algunas cosas grandes (por eso construye una catedral aunque viva en una chabola, siendo así cien veces más hombre que quien tiene como horizonte último un cómodo apartamento). ¿Por qué ser pobre es tener certeza? Porque la certeza conlleva el abandono y la superación de sí: “Soy pequeño, no soy nada, quien es grande y verdadero es Otro”».*

*«Y esta pobreza nos llena, nos hace libres, activos, vivos; porque la ley del hombre –el dinamismo estable de aquel mecanismo natural que se llama hombre– es el amor, es decir, la afirmación de Otro como significado de sí».*

<sup>7</sup> L. Giussani, 1981. *La fine di un mondo*, en *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, Entrevistas y conversaciones con L. Giussani, EDIT Il Sabato, Roma 1993, pp. 143-144.

Es otra forma de expresar lo esencial, porque la pobreza consiste y se puede definir también con la frase: «Afirmación de Otro como significado de uno mismo». La afirmación de Otro como significado de sí no quiere decir dar 500 liras al «fondo común», sino darlo todo, darse entero uno mismo al fondo común. Pero «darse entero uno mismo al fondo común» se realiza donándose a quien el Señor te pone delante –uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis–, obedeciendo, obedeciendo a Dios, donándose, por consiguiente, al otro. Lo veremos al hablar de la caridad: mayor pobreza que ésta es ya morir, en el amor uno es como si muriera a sí mismo o si quisiera desaparecer para afirmar a otro.

*«Si no resulta fácil encontrar entre nosotros gente con certeza es porque no hay pobreza. La pobreza es una conquista muy adulta».*

*«Tener certeza de algunas cosas grandes es la fe. La palabra fe nombra la relación esencial con ‘algo diferente’ de nosotros, de nuestras opiniones, de nuestros proyectos, de los resultados de nuestro actuar: Otro, mayor que todo lo que podamos concebir o construir, del que depende, en última instancia, nuestro ser, nuestro destino».*

*«La gente que ha construido la iglesia de San Ambrosio, en Milán, era pobre porque tenía certeza de algunas cosas grandes, más grandes que la obra que había sido capaz de realizar. Sólo la relación con este ‘algo diferente’ permite construir obras grandes y*

*bellas, construir incesantemente y superarse a sí mismo también en la belleza de lo que se crea».*

*«La fe es la certeza de una ‘gran Presencia’, que permite la construcción de mi relación con la realidad, de mi obra y mi intervención en la sociedad, que permite a mi trabajo erigirse ante mis ojos como algo útil y ‘bello’. Bello, porque si no se convierte en una obra de arte, el toque del hombre sobre las cosas no es humano. El toque del arte introduce en la manipulación mecánica de la realidad un reflejo ideal: ‘el arte que de Dios es sobrina’, decía Dante; porque sólo de Aquel que salva, dimana una belleza buena, que no teme al tiempo, ni la muerte ni al dolor».*

Gracias. El que tenga la Biblia a mano lea el salmo 131, a propósito de personas que viven en cabañas y construyen el Duomo de Milán.

No estoy hablando del chiste del americano que va en taxi, pasa por delante del Pirellone y dice: «¿En cuánto tiempo lo habéis hecho?». «En año y pico». «¡Bah!, nosotros en una semana». Luego pasa por delante de otro edificio, donde se encuentra el Centro de la Provincia y dice: «¿Cuánto tiempo habéis necesitado para hacerlo?». «¡Ah!, unos seis meses, al menos». «Nosotros, tres días». El taxi pasa luego atravesando la Plaza del Duomo y el americano dice: «¿Qué es eso que hay ahí?» –el Duomo– y el taxista dice: «¡Ah!, no sé. Esta mañana no estaba».

La gente que, viviendo en cabañas, construía la Iglesia de San Ambrosio, vivía con un ánimo que refleja lo que dice el salmo 131.

*Señor, tenle en cuenta a David*

*todos sus afanes:*

*cómo juró al Señor*

*e hizo voto al Fuerte de Jacob:*

*«No entraré bajo el techo de mi casa, no subiré al lecho de mi descanso,*

*no daré sueño a mis ojos,*

*ni reposo a mis párpados,*

*hasta que encuentre un lugar para el Señor, una morada para el Fuerte de Jacob».*

Es el deseo de David, crear el templo del Señor: «No me daré paz hasta que no haya construido la casa del Señor», yo no puedo vivir en una casa de madera sólida y bella cuando el templo de Dios está hecho de ramas. Esto que describe el salmo 131 es pobreza de espíritu; y allí donde encontramos una expresión de pobreza de espíritu, sentimos que en nosotros alienta un sentimiento de *leticia*. Un salmo así sólo puede decirse con ánimo alegre. Como el pasaje que leíamos antes.

## *2. La pobreza, ley del dinamismo del conocimiento*

Añadamos una observación final. Hemos expuesto una premisa y tres profundizaciones; ahora vamos a hacer una observación final interesante... Y, sin embargo, la gente vive sin pensar en estas cosas.

La pobreza pertenece a una ley dinámica del conocimiento, a una ley del dinamismo del conocimiento: para conocer hace falta cierta distancia. Si yo pongo el famoso libro, aquí delante de mis ojos, si yo naciera con el libro pegado a mis narices, ¡pensad qué sería el mundo! «Coki, ¿dónde estás, Coki?», «Carlo, tu figura imponente, ¿cómo es?». Sería terrible. Para conocer necesitamos cierta distancia, esta distancia es la que permite ver las cosas y, por lo tanto, usarlas; porque si yo naciera con el libro pegado a mis narices, podría usar a Carlo como una pala, ¡y sería algo impropio! ¿Me explico? Esa distancia permite usar las cosas, pero, sobre todo, permite gozar más, gozar más de ellas.

Acordaos de un ejemplo de la Escuela de Comunidad<sup>8</sup> que, con razón, se ha hecho famoso, un paradigma genial que revela la estupidez del hombre: para conocer un cuadro no tenemos que acercarnos con los ojos a un milímetro. Si así mirásemos, diríamos: «¡Qué manchitas hay aquí!» y moviéndonos un poco: «¡Qué mancha!». En día y medio, rompiéndote la espalda, pasas el cuadro entero –si es pequeño–, lo repasas todo; pero mancha tras mancha tras mancha tras mancha... lo que has visto son simplemente manchas, no puedes gozar el cuadro. Pero si llega uno, te coge por el cuello y te tira para atrás un metro: ¡Anda, pero si se ve el cuadro! Sin esta distancia no se conoce y, por ello, no se puede usar ni se puede gozar.

<sup>8</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, o. c., pp. 153-154.

Fuera del ejemplo del cuadro, esto vale para todo: entre la madre y el niño, entre una amiga y un amigo, entre un hombre y una mujer... vale para cualquiera. Si te echas demasiado encima no ves. Sin una cierta distancia no conoces, no usas, no gozas; cuanto más apropiada es la distancia, cuanto más proporcional, más conoces, usas y gozas.

El cardenal Giovanni Colombo, cuando nos enseñaba italiano, decía que para traducir una figura o un panorama en poesía es necesario tener una determinada distancia, sin la cual, no se traduce ni en poesía ni en cuadro, no se convierte en arte. Asimismo, una madre que protege a su hijo de manera posesiva –sin distancia, sin ninguna distancia dentro, precisamente dentro de la relación– no puede ni conocer, ni aconsejar adecuadamente a su hijo, ni educarle, ni gozar de él: ella no puede gozar de él. Un hombre no puede gozar de la mujer sino estando a una determinada distancia; de otro modo podría gozar de ella, pero en el sentido puramente instintivo del término. Una madre que no haya conocido nunca un momento en que fijándose en su hijo, a un metro, dos o tres de distancia, piense en su destino –«quién sabe qué destino tendrá este hijo mío»–, una mujer a la que no le haya pasado esto, no ha vivido jamás el gusto de ser madre, jamás; no puede haber sido nunca una educadora válida, nunca; no conoce a la criatura que tiene. Pero esta relación de la madre con el niño es un paradigma para todo, porque, para cada uno de nosotros, para el hombre, todo es como un niño que nace de su seno, todo.

Por tanto, la pobreza pertenece al dinamismo del conocimiento, de modo que

necesitamos cierta distancia para ver las cosas y en consecuencia usarlas y gozar más de ellas. Ahora comprenderéis cómo se puede hablar de desapego inteligente y lleno de afecto. Sin este desapego, no habría esa inteligencia ni ese afecto.

Éste es el caso de la frase que San Francisco dejó escrita y que Nino Salvaneschi puso al comienzo de su libro sobre Santa Clara: «Después de Dios y el firmamento, Clara»<sup>9</sup>; es difícil concebir una exaltación amorosa mayor que ésta, pero pensad en qué distancia había, desde el punto de vista métrico, métrico decimal. Pues, en efecto, no es cuestión de medida sino, en último término, de compañía contextual —el objeto, Clara, estaba situado a los ojos de Francisco en la gran compañía del universo—; no es cuestión de medida, sino de compañía y, en última, última instancia, de amor, es decir, de abandono de sí, de don de uno mismo. Es mejor decir abandono de sí porque aclara la idea de don; cuando uno da algo se reserva siempre el derecho a ser estimado porque ha dado, el derecho al agradecimiento, y esto hace que se pierda todo; mientras que el abandono de sí, no; es puro. Abandono de sí: cuanto más se ama, más se abandona uno a sí mismo y afirma solamente al otro.

<sup>9</sup> N. Salvaneschi, *Hermana Clara*, Compañía Bibliográfica Española, Madrid 1956, p. 5.

Meditad bien entre vosotros esta bella lección porque hay cosas que no se escuchan en ninguna parte y que, sin embargo, constituyen aquello que estamos llamados a vivir todos los días. La vocación está construida por estos factores.

Ahora tengo el bautizo de un sobrino... Pero lo más grande son nuestros ojos y nuestro corazón cuando miran estas cosas, nuestros ojos y nuestro corazón por el modo en que las miran y las aman: es aquí donde se ve «el hombre nuevo», el que crea el Bautismo.

## Capítulo Sexto LA CONFIANZA

### *El itinerario de la fe a la confianza*

Hasta ahora, ¿qué recorridos han sido llamados a realizar nuestra conciencia y nuestro pensamiento?

*Fe* .—Hay algo en nuestra experiencia que viene de fuera de ella: imprevisible, misterioso, pero que entra en nuestra experiencia. Si es imprevisible, no inmediatamente visible, misterioso, ¿con qué instrumento de nuestra personalidad captamos esa Presencia? Con ese instrumento que se llama fe. Llamamos a este instrumento «fe» para usar un término que no se reduzca y agote en el concepto de razón. Porque la comprensión de la experiencia en sus factores inmediatamente experimentables es objeto de la razón —la razón es la que percibe nuestra experiencia en sus factores inmediatos—; pero nosotros percibimos en la experiencia el soplo o la vibración o las consecuencias de una Presencia sorprendente, que no se puede explicar. Es un encuentro sorprendente: por

eso sólo algo que está más allá de la razón puede intuirlo, comprenderlo, y a esto lo llamamos fe, que es una inteligencia de la realidad, una inteligencia de la experiencia.

Mirad, amigos, si no comprendéis lo que estoy diciendo, debéis levantar la mano y decir: «No he entendido esa frase»; es mejor hacer así, porque es indigno de Dios, de Jesús y de nosotros mismos, y es indigno de nuestra amistad, indigno de esta historia en el mundo, el *beber* lo que decimos o afirmar un valor sin que nuestra razón lo haya iluminado para que nuestra libertad pueda adherirse a él.

He dicho que la fe es una forma de conocimiento que está por encima del límite de la razón. ¿Por qué está por encima del límite de la razón? Porque capta una cosa que la razón no puede captar: «La Presencia de Jesús entre nosotros», «Cristo está aquí ahora». La razón no puede percibirlo como percibe que tú estás aquí, ¿está claro? Sin embargo, no puedo dejar de admitir que está. ¿Por qué? Porque hay un factor aquí dentro, un factor que determina esta compañía –que produce ciertos resultados en esta compañía, ciertas resonancias–, tan sorprendente que, si no afirmo que hay algo diferente, no estoy dando razón de la experiencia, porque la razón es afirmar la realidad experimentable según la totalidad de los factores que la componen, con todos sus factores. Puede haber un factor que la compone cuyo eco se siente, cuyo fruto se percibe, cuyas consecuencias se ven también, pero que no se logra ver directamente. Si digo «entonces no está», me equivoco, porque elimino algo de la experiencia, y dejo, por tanto, de ser razonable.

La fe es un acto del intelecto –dice el Catecismo–, es un acto de conocimiento que reconoce la presencia de algo que la razón no puede captar, pero que, sin embargo, debe afirmarse pues de otro modo se eludiría, se eliminaría algo que está en la experiencia, que la experiencia *indica*, y que, por tanto, innegablemente, de alguna forma está dentro de la experiencia; es inexplicable, pero está dentro. Entonces por fuerza, hay en mí una capacidad de comprender, de conocer un nivel de la realidad que es mayor que el acostumbrado, y que la razón me obliga a admitir: si no lo admitiera no estaría afirmando todos los factores que componen mi experiencia.

Éste es el núcleo esencial de toda la concepción del conocimiento y de la inteligencia de la realidad desde el punto de vista cristiano. El núcleo de la inteligencia cristiana es esto, y es necesario comprenderlo. No hace falta comprender *cómo* Cristo está aquí, hace falta comprender que estamos *obligados a afirmar* que hay algo diferente aquí, porque lo que hay no se logra explicar simplemente con la indagación, el análisis o el examen de nuestra razón.

Hay que tener presente siempre el primer capítulo del Evangelio de Juan, desde el versículo 35 en adelante: entonces se comprende todo, porque ahí se encierra todo el problema de la inteligencia, mientras que todo el problema moral está contenido en el capítulo 21, versículos 15 al 18. Cuando Juan y Andrés miraban hablar a aquel hombre, sentían que había algo especial; no se podían dar cuenta –no comprendían cómo, es

decir, su razón no era capaz de aferrarlo—, pero, para ser razonables, se veían obligados a decir: «Hay algo diferente». ¿Por qué? Porque ser razonables quiere decir afirmar la realidad según la totalidad de sus factores, y si uno de estos factores es excepcional, es necesario decir que existe, aunque no se comprenda cómo. ¿Entendéis o no? Mirad que sin saber estas cosas no se puede ir por los caminos de este mundo «malvado» —dice Jesús—,<sup>1</sup> sin ser esclavos de lo que nos rodea; es como si nos arrancaran los ojos y el corazón.

<sup>1</sup> Cfr. Mt 7, 11; Lc 11, 13.

*Libertad.*— Hemos dicho que el objeto de la fe, esta Presencia irreductible a todos los factores normales, esta Presencia excepcional que la fe capta y afirma, potencia nuestra libertad. ¿Por qué? Porque la libertad puede reconocer o no, es decir, la libertad puede ser sincera consigo misma o no.

¿Cuánta gente había escuchado a Jesús? Muchos iban allí con la boca abierta a oírlo hablar; pero volvían a casa, comían sus huevos fritos y lo olvidaban. Y los mismos que el día anterior querían hacerlo rey porque había repartido pan gratis, esos mismos gritaron al día siguiente: «¡Crucifícalo, crucifícalo!».

¿Qué diferencia hay entre los apóstoles que lo seguían y todo el resto de la gente? Que el resto de la gente usaba mal la libertad, no reconocía lo que había visto; porque alguien que quita el hambre de cinco mil personas con pocos panes es extraordinario, y todos decían: «Es algo del otro mundo», hasta el punto de que querían hacerlo rey y Él huyó de ellos. Tres días después gritaban: «¡Mátalo, mátalo!» repitiendo lo que decía la prensa, la televisión, y sus profesores en clase.

Así pues, este objeto que la fe percibe puede ser reconocido o no: libertad. Sólo al reconocerlo se realiza la libertad.

*Obediencia.*— ¿Por qué la libertad puede no reconocerlo? Porque para reconocerlo hace falta un esfuerzo, hace falta adoptar como criterio no lo que tú ves, sino lo que es, pues lo que es, es más que lo que tú ves: a esto se le llama obediencia, porque el criterio de tu afirmación no es ya lo que ves sino algo que está en tu experiencia presente, pero que es más grande que tus criterios, hasta el punto de que no sabrías explicarlo.

Ya frente a aquel muchacho de doce años, Jesús de Nazaret, decían los doctores del templo: «Pero, ¿cómo puede responder así? ¿Cómo puede saber estas cosas?». Y puesto que no comprendían cómo podía saberlas, entonces lo negaban. Sin embargo, se mantenía en ellos el interrogante imperativo —«¿Cómo puede saber estas cosas?»— que les llevaría a esta conclusión: «Hay algo en él que nosotros no sabemos». Y si tiene 33, 32, 31 o 30, en lugar de tener doce años, y dice: «Yo sé estas cosas porque soy el Hijo de Dios», la razón está obligada a decir que sí, esto es, la razón se ve obligada a afirmar la



fe, y la libertad, en consecuencia, a aceptar la fe, a aceptar afirmarla.

La fe lleva a conocer la verdad de las cosas, la verdad para la que está hecho el hombre, hacia la que camina, y la libertad es la adhesión a esa verdad que no puede descubrirse con los análisis realizados mediante nuestros criterios, ni reconocerse automáticamente, sino tan sólo aceptarse; adhiriéndose al criterio de Otro, del Misterio, la fe se traduce en obediencia, la obediencia de la fe.

*Esperanza.*— Luego hemos visto que la verdad que la fe nos permite conocer más allá de lo que la razón puede comprender analizando su experiencia, es un hombre. La razón sólo puede comprender que hay algo distinto o, como dice Pär Lagerkvist en su famosa poesía: no hay respuesta a la voz que grita; pero entonces, ¿por qué existe esa voz que grita?<sup>2</sup> Esta pregunta permanece abierta; el único modo de cerrarla es decir que hay algo diferente: aquí reside todo el planteamiento de *El sentido religioso*. La verdad que la fe nos hace comprender es un hombre que se sentaba y comía con sus amigos, que caminaba arrancando espigas y se ponía a comer los granos de trigo con los suyos. Aquel era Dios, es decir, la verdad: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida».<sup>3</sup>

Y así hemos visto que en esta verdad se basa también la certeza del futuro. Con Él también está seguro el futuro, y así la fe se convierte en esperanza, la cual no señala ya la sorpresa de una presencia, la sorpresa de un acontecimiento —acontecimiento: es un presente—, sino la consecuencia que se espera al final, que se espera en el fondo: la fe se convierte en esperanza.

*Pobreza.*— Pero si la felicidad, la justicia, la verdad y la belleza están más allá de lo que podemos ver, ¿qué nos importa lo que podemos ver y tocar? Nos importa únicamente en la medida en que Dios hace que nos lo encontremos entre manos y tengamos que usarlo para nuestro trabajo. Y esto es la Pobreza, usar la realidad exclusivamente para el trabajo que tenemos que hacer con ella. Estamos llamados a realizar un trabajo: éste es un concepto que debéis añadir a lo que dijimos la última vez. La pobreza no es automática, no es como la pobreza de uno con piojos y con cuatro ropas raídas que está sentado al borde del camino. La pobreza es el *uso* de la realidad conforme al destino que se nos propone con seguridad y nos espera.

La pobreza es una iniciativa nuestra; si no es iniciativa nuestra no es pobreza. La pobreza es un acto de la libertad, no es un soportar, sino un aferrar para caminar, un aferrar para construir, un aferrar para responder a la vocación de Dios.

La consecuencia es que el hombre ya no está apegado a las cosas: hoy tiene que usarlas pero mañana no estarán, mañana deberá usar otras. Así pues, cuanto más quieres a una persona, más te interesa tratarla como instrumento para el camino común hacia tu destino y el suyo, más cuidas la pobreza de la relación: la pobreza de la relación es la verdad de la relación.

<sup>2</sup> P. F. Lagerkvist, «Se credi in Dio e non esiste un Dio», en *Poesie*, Nuova Compagnia Editrice, Forlì 1991, p. 63.

<sup>3</sup> Jn 14, 6.

Lo contrario de la verdad de la relación es lo que se interpone como mentira en la relación. La relación con lo que te gusta o la persona que amas resultaría una mentira si ella te dijera –o si tú la trataras como si ella dijera–: «Yo te basto. Yo soy todo aquello para lo que vives». Y esto no es verdad.

Cuanto más se quiere, más libre, ágil y leve se torna la relación. Y se cargan menos de pretensión el tiempo y el espacio en que inevitablemente se traduce la relación; no se pretende ver a la persona una hora después, no se pretende verla todos los minutos, no se pretende tener lo que se quiere aquí, allá o en otra parte. El tiempo y el espacio resultan vencidos, en la pobreza se vencen. Uno es libre, no en el sentido ético que decíamos antes, sino en el sentido de la levedad: «La levedad del ser», como apunta el título de un libro de Kundera.<sup>4</sup> La verdad de esta frase es precisamente lo que yo estoy diciendo, ¡no lo que dice el libro!

La pobreza hace que uses las cosas para alcanzar el destino, y esto es usarlas como si no se usaran, tenerlas como si no se tuvieran, poseerlas como si no se poseyeran, como dice el bellissimo pasaje de San Pablo.<sup>5</sup>

### *1. La confianza es confiarse a uno*

Llegados a este punto nos damos cuenta de que debemos abandonar la posesión de las cosas –pobreza– para marchar ágiles y libres hacia el destino. Cuanto más quiero a una persona más la quiero conmigo en el destino y, por ello, más se aplica lo que estoy diciendo a la relación; hay una distancia, según nuestra definición de la virginidad: una posesión con una distancia dentro. Hace falta distanciarse de las cosas porque son efímeras, se usan y luego escapan, se usan y se consumen mucho más velozmente que cualquier pila, ¡porque las cosas son como pilas cargadas! Por una parte deberíamos vivir esta pobreza, es decir, este uso provisional de las cosas y de las relaciones con las personas, empeñados exhaustivamente en la tensión hacia el destino común. No puedo detenerme en esta persona, si me detengo le hago daño, digo una mentira: no está hecha para tenerme, ni yo para tenerla, sino que tanto ella como yo estamos hechos para el mismo destino, tenemos en común algo infinito. En resumen, tenemos que dejar las cosas y ser libres de las personas. ¡La primera impresión es que esta pobreza parece una gran insidia! Nos quedamos como si estuviéramos colgados de un abismo, de un vacío: la última palabra debería ser vacío, *colgados en el vacío*.

<sup>4</sup> M. Kundera, *La insoportable levedad del ser*, Tusquets, Barcelona 1993. <sup>5</sup> 1 Cor 7, 29-35.

Y, sin embargo, el resultado que la pobreza está destinada a proporcionar es el contrario. La pobreza no está destinada a dejarnos colgados en el vacío. La pobreza que nace de la

esperanza está destinada a fundamentar, a exaltar, a engrandecer, a llenar de confianza todo el mundo que nuestros ojos ven ávidamente. El resultado de la pobreza que nace de la esperanza se llama confianza y es lo contrario de colgar en el vacío. La confianza es lo contrario de colgar en el vacío: es *colgar sobre algo firme*.

El objeto descubierto por la fe, Jesús, para Andrés y Juan, aquella tarde... Me hablaba ayer el padre Emmanuel de un joven de Brescia, profesor de Universidad, que le mandó una carta diciendo que era budista (de hecho le adjuntaba el libro del Zen que ya no se encuentra) y contándole que su novia, que vive en la plaza de la Guastalla, le había invitado a la misa que celebra el padre Emmanuel en San Pietro in Gessate. «Hace algún tiempo que voy a esta misa –dice en su carta– y debo admitir que hay algo que no comprendo. De cualquier modo le mando este libro, léalo, porque también yo lo leo, lo medito y me gusta, y además le adjunto 100.000 liras como aportación para su movimiento». Leyendo el librito he vuelto a comprender algo que ya entendí hace tiempo, pero que sólo ayer he afianzado bien. Es el libro de un sabio, lleno de observaciones sabias, de reflexiones sabias: pero «¡qué pesadez, el sabio!» ¡Qué pesada sería la vida si tuviera que seguir la sabiduría: pesadísima! Este ejemplo es justo lo contrario de la «insostenible levedad del ser»; insostenible es la vida de un sabio: tanto es así que es imposible encontrar un sabio que haga lo que dice, lo que piensa. Todas las frases eran bellísimas, aparte de que las más bellas también las decimos nosotros: ¡coincidían!

La verdad que nos hace descubrir la fe –Jesús, para Juan y Andrés–, y que es un hombre, soporta el peso de todo nuestro futuro, hasta llegar al destino. Por eso la esperanza cristiana no termina en un «¡esperemos!» o, mejor, en un «¡ojalá!», sino que termina en una certeza que lo abraza todo.

El objeto descubierto por la fe soporta el peso de toda la vida, de todo nuestro futuro, hasta llegar a la plenitud, al cumplimiento final del designio de Dios, que es nuestro destino.

El objeto descubierto por la fe sostiene todo el futuro, sostiene todo lo que permanece ignoto de la esperanza, porque la esperanza está llena de incógnitas.

Jesús, a quien oían hablar, a quien Juan y Andrés miraban a la cara, aquel Jesús era el que llevaba todo el peso de su futuro, hasta alcanzar su destino: la nueva palabra que debemos enunciar se llama confianza. Ese hombre creaba en ellos una confianza a la que Pedro dio voz en el sexto capítulo de San Juan cuando dijo: «Maestro tampoco nosotros comprendemos lo que dices, pero si nos alejamos de ti, ¿adónde iremos? Sólo tú tienes palabras que explican la vida», que llevan el peso de la vida conforme a una trayectoria que va a terminar en el destino, es decir, en nuestra plenitud. La esperanza abarca el tiempo hasta la plenitud y esto introduce el concepto de confianza.

Por consiguiente, la pobreza no es abandonar, sino tener, lo que la define es el camino hacia tener, hacia la verdad del tener. En efecto, confianza nace de un verbo latino, *fidere, fidere se alicui*, «confiarse a uno». La confianza es confiarse a alguien. La confianza entraña la esperanza del cumplimiento y lleva en sí la pobreza como regla de vida. Aun cuando uno no quiera, está obligado a dejar. Bien lo dicen los salmos al hablar de los ricos: «Yo he sentido tanta envidia de los ricos, tanta rabia contra ellos, pero luego he entendido, Señor: por la mañana eran así y por la noche ya no existían».<sup>6</sup> La pobreza en sentido positivo, el sentido positivo de la pobreza, es la confianza, *fidere se alicui* (confiarse a alguien).

## 2. Los corolarios de la confianza

a) *Abandono*. ¿Cuál es el primer corolario, la primera consecuencia de este confiarse a alguien? Otra manera de decir lo mismo es la palabra abandono: una palabra que recuerda de nuevo la pobreza, como si uno debiera privarse de algo, y, sin embargo, no es privarse. Abandono es la seguridad del niño con su madre. Leed en *Un avvenimento di vita, cioè una storia* las páginas 35 y 36.<sup>7</sup>

*Tú hablas de un «optimismo profundo de cara a la existencia y a la historia al que el cristiano llega por la conciencia de la resurrección de Cristo».*

Juan y Andrés, mientras estaban allí escuchándolo hablar, no podían tener miedo de la vida, ni un interrogante acerca de si la vida era negativa o positiva. El impulso que sentían hacia la vida cuando hablaba aquel hombre estaba naturalmente lleno de optimismo, un optimismo enraizado en Él: todo su futuro se iluminaba por aquel rostro, por su boca, su nariz, sus ojos... se aseguraba allí.

*«Lo cual significa un gusto y un amor por el compromiso con el tiempo y el espacio».*

El gusto y el amor sólo brotan de este optimismo, de la confianza que se traduce en abandono. Juan y Andrés se abandonaron a aquel hombre, tanto que aquella noche volvieron a casa distintos, eran distintos porque se apoyaban por entero en lo que habían visto. Y el día siguiente fueron a verlo de nuevo, volvieron a verlo, volvieron a verlo: lo siguieron.

<sup>6</sup> Sal 48.

<sup>7</sup> L. Giussani, *Laico, es decir, cristiano*, «Quaderni, 11. Litterae Communionis», Milán 1988.

*«Un gusto y un amor por el compromiso con el tiempo y el espacio...».* «Un gusto y un amor en el tiempo y el espacio» es la definición del trabajo: desde barrer la casa con la escoba hasta el amor del hombre a la mujer, o del hombre a su compañero de camino. Si no es trabajo, es engaño. Es trabajo, es camino hacia el destino.

*«...que, aun en la brevedad y pobreza del instante, no se pueden encontrar en ninguna otra posición humana».*

En este libro se habla también de la historia del movimiento como un *atrevimiento ingenuo*.<sup>8</sup> El movimiento ha ido creciendo y caminando con atrevimiento ingenuo: *ingenuo*, es decir, sin ninguna intrusión que no derive del origen, sin nada artificioso... De hecho, a quien es artificioso no le gusta el movimiento, no lo vive. *Atrevimiento ingenuo* es la seguridad plena que da el abandono: sólo cuando el niño está entre los brazos de su madre –salmo 130– es atrevido, se abandona.

La señal del abandono es algo así como si a uno se le secaran todas las fuentes de orgullo; ya no se enorgullece, le resulta imposible ser orgulloso porque nada es suyo, y todo se vuelve suyo si no posee nada. Si tú eres el Señor y, por consiguiente, todo es tuyo, y yo reconozco esto, todo se vuelve mío: ¡te sigo y todo se vuelve mío! Monseñor Galbiati, el gran biblista que estaba antes a la cabeza de la Ambrosiana, una bellísima tarde desde la terraza del seminario de Venegono que tiene una vista espectacular de todos los Alpes –desde el Monviso hasta el Monte Rosa– me decía: «Ves, todo esto es mío. Pero, por ahora, lo dejo ahí...». El que decía esto era un niño, quien haya conocido a Monseñor Galbiati sabe que era como un niño.

*b) Todo lo puedo en Aquel en quien reside mi fuerza.* Segundo corolario. Este optimismo es decisivo en cada despertar, cada vez que se vuelve a tomar conciencia, de modo que el lema de la vida, la forma de la vida, se convierte en lo que dijo San Pablo: «Todo lo puedo, de todo soy capaz junto a Aquel en quien reside mi fuerza [mi razón de ser, mi fuerza, mi consistencia]». <sup>9</sup>

<sup>8</sup> L. Giussani, *La idea de movimiento*, en «Quaderni, 22. Litterae Communionis», Milán 1990.

<sup>9</sup> Flp 4, 13.

Esto es una seguridad total incluso frente a mi debilidad. Yo soy tan débil que no es que diga «me equivocaré cada minuto», sino que me equivoco cada minuto. Si me observo, me desanimo: cada minuto me equivoco. Y en cambio: «Todo lo puedo junto a Aquel en quien reside mi fuerza». Si reconozco que mi fuerza está en Ti, ninguna debilidad mía me puede parar.

En el inserto *De la fe nace el método* –mirad que es verdaderamente un delito que la mayoría de vosotros no lea los textos que publicamos; el que no los lee comete un delito, un delito contra sí mismo y también contra la humanidad porque, si ha recibido el Bautismo y además la vocación, tiene el deber de colaborar en el bienestar del mundo, para edificar una humanidad mejor– se dice más o menos: «No hay que cultivar proyectos de perfección, sino mirar a Cristo a la cara». <sup>10</sup> Éste es el corolario más bello de Juan 21, cuando Jesús le dice a Simón: «Simón, ¿me amas?», y Simón responde: «Sí, Señor, sabes que te amo».

No lucubrar para tender a la perfección, sino mirar a Cristo a la cara. Si uno mira a Cristo a la cara, si mira a la cara a una persona a la que quiere, todo se vuelve a ordenar

dentro de él, todo vuelve a su lugar, se peina de cierta manera, se abrocha los botones, se avergüenza de los zapatos sucios, y dice: «Perdona por ir tan descuidado». La fuente de la moral es querer a alguien, no cumplir leyes.

Perdonadme, ¿podríamos imaginar el origen de la moralidad concebido de manera más sencilla? ¡No hacer proyectos de perfección, sino mirar a Cristo a la cara, mirar a alguien frente a frente! Sencilísimo, facilísimo, ...pero incomodísimo, incomodísimo porque ya no te puedes seguir a ti mismo. La felicidad está en seguir a Otro.

Ciertamente mirar a Cristo a la cara y no hacer proyectos de perfección quiere decir mirar a Cristo deseando verdaderamente el bien, deseando ser sinceros, deseando verdaderamente querer: «Deseándote verdaderamente, Señor».

Ahora llega la Semana Santa. Si uno se mete en el Jueves Santo, el Viernes Santo, el Sábado Santo, la Pascua, en estos cuatro días, sin mirar a Cristo a la cara y basta, sino con la preocupación de sus pecados o de la perfección, o de lo que hay que meditar, terminará cansado, retomando los días como antes. Por el contrario, mirar a Cristo a la cara, cambia. Pero, para que nos cambie, hace falta mirarlo verdaderamente a la cara, deseando el bien, deseando la verdad: «De todo soy capaz, Señor, si estoy contigo que eres mi fuerza». Es un tú lo que domina y no leyes que hay que respetar.

Pensad y veréis que nadie, nadie, entiende estas cosas: nadie las piensa y nadie las comprende. Y, sin embargo, es la única revolución verdadera en el mundo: la fe como conocimiento y la caridad, mirar a Cristo a la cara, como moral.

<sup>10</sup> L. Giussani, *El yo y la gran ocasión*, en «Litterae Communionis», n. 3/1994.

En la primera carta de Juan, capítulo primero, se habla de la fidelidad de Dios: «Si decimos que estamos sin pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la Verdad no está en nosotros. Si reconocemos nuestros pecados, Él que es fiel y justo nos perdonará los pecados y nos purificará de toda culpa».<sup>11</sup> Cuando uno lo mira a la cara siente esta fuerza purificadora que lo lava. No es como estar ahí confesándose: «Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, doce pecados; he dicho todos, los doce»; cuando Lo miramos a la cara, Él, que es fiel y justo, perdona.

Cuando el famoso niño rompe algo y mira a su madre, y su madre lo toma en brazos y lo besa enseguida perdonándolo, desaparece todo lo que había hecho.

Incluso, si alguien tuviera ganas de repetir un error, de poder repetir cien mil veces el mismo error, pero sin intención de repetirlo, esto significaría desear verdaderamente complacerle a Él, seguirlo.

### *3. El mayor banquete de la historia de la casa*

Última observación. El perdón, este poder que viene a mí, este poder hacer todo junto a Él, porque Él es fiel, establece mi fuerza: «Tú me eres fiel. Yo soy debilísimo, pero tú me eres fiel: todo lo puedo». De esta confianza profunda y sencilla nace el mayor banquete de la historia de la casa: el hijo pródigo. Es decir, el resultado continuo de nuestra vida, que sería tan desgraciada, empobrecida, tan vil, mezquina, tan sucia... su resultado es una gran fiesta. Como dije antes, es la fiesta que caracteriza cada despertar, cada mañana, cada vez que dices «Señor mío», cada vez que lo miras y dices «Dios mío, perdóname»: es una fiesta, se celebra una fiesta. La confianza es un estado de ánimo tal que, de cualquiera de tus actitudes, hace nacer una fiesta. Si tienes confianza, incluso de todas tus debilidades nace una capacidad de victoria junto a Aquel que es tu fuerza, nace una capacidad de victoria que es el atrevimiento de aquellos siete u ocho discípulos que lo siguieron los primeros. Eran siete u ocho, pero ya tenían –y así se lo repetían entre ellos– la conciencia de vencer al mundo, de ser el nuevo pueblo israelita que iba a vencer al mundo porque estaba con Él.

### <sup>11</sup> 1 Jn 1, 8-9. Misión y alegría

De la confianza nace, pues, el mayor banquete de la historia de la casa. El resultado de la confianza es siempre una fiesta. Pensad en una gran fiesta como la que hizo el padre para el hijo pródigo: lo remueve todo, toda la casa estaba revuelta.

Lo revuelve, lo implica todo, y esto se llama misión, hacer de la propia vida una misión. Uno se levanta por la mañana para una misión y va a dar clase por una misión, y uno barre la casa por una misión y tiene las reuniones de la casa por una misión. La palabra misión lo dilata todo, como dilataba el ánimo de Cristo, el enviado, y lo arrastra todo consigo.

Pero revuelve todo, hasta lo que hay en nosotros, arrastra todo lo que hay en nosotros. Y esta fiesta, si arrastra todo lo que hay en nosotros, ¿qué consigue? Nos vuelve alegres; la consecuencia última de la confianza es la alegría. Y no porque estés ahí contando los errores que has cometido ayer y digas: «Oh, Dios, no he cometido errores». Ante todo sería presunción, querría decir que no miras bien; y, en segundo lugar, esto no tiene nada que ver, nada: aunque hubieras cometido cien, el problema de tu alegría no depende de ello.

Lo arrastra todo, hasta a nosotros mismos, y nos vuelve alegres. Lo revuelve todo y colma nuestra vida de misión, lo remueve todo en nosotros y nos vuelve alegres. Así que si uno estuviera triste y desalentado, la confianza es el optimismo de cada despertar: cada despertar se convierte en fiesta.

### Generador de un pueblo

Esta actitud de fiesta se ve en el niño, como ejemplo inmediato, cuando está con su



madre y su padre. Pero es una fiesta que, aunque se ve antes en el niño, permanece también en el adulto y convierte al adulto –tú, tú, a esta edad– en principio de una nueva historia, en artífice, protagonista de una historia nueva en el mundo, es decir, en creador de un pueblo, en generador de un pueblo: para crear un pueblo es necesario engendrar.

Lo hemos leído en la *hora intermedia* de hoy: «Andaré por un camino ancho, buscando tus decretos [buscándote a Ti]; comentaré tus preceptos ante los reyes [es decir, hablaré de tu designio, del designio que tú tienes sobre la vida del hombre, sin temor alguno], y no me avergonzaré. Serán mi delicia tus mandatos, que tanto amo [amo Tu presencia, porque sus mandatos son Su presencia. Y Su presencia gira a la izquierda y tú giras a la izquierda; Su presencia va a la derecha y tú también; se sienta y tú te sientas: se paraba a comer y todos se paraban a comer; hacía un milagro y todos se quedaban allí con la boca abierta] ...Serán mi delicia tus mandatos, que tanto amo [alzaré mis manos de alegría porque amo lo que Tú quieres]». <sup>12</sup>

Pero el ejemplo más bello es el del último salmo: «Dichoso el que teme al Señor [que ama al Señor] y sigue sus caminos. Comerás del fruto de tu trabajo [el trabajo del que hablábamos antes: la pobreza es usar la realidad entera para crear el camino al destino], serás dichoso, te irá bien; tu mujer, [porque en el designio de Dios hay algo que te resulta más cercano y algo que te queda más lejano, y tú alcanzas lo que te queda más lejano a través de lo más cercano. Es la idea de esposa que nadie entiende. La idea de esposa indica lo que te es más cercano y te resulta más signo de la totalidad], tu mujer, como parra fecunda, en medio de tu casa [un milagro]; tus hijos como renuevos de olivo [después de la esposa los hijos y los hijos de los hijos... así desde Abraham nace un pueblo, que hoy es el más poderoso en la tierra, aunque no lo sea políticamente: los hebreos]. Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor [la bendición del hombre cuya fiesta es el Señor]. Que el Señor te bendiga desde Sión [el Señor, desde el lugar misterioso desde donde domina el mundo, llene tu vida de fiesta]. Que veas la prosperidad de Jerusalén [la prosperidad de tu ciudad, de tu pueblo, de tu movimiento, de tu Iglesia] todos los días de tu vida. Que veas a los hijos de tus hijos [que veas lo más posible, durante mucho tiempo, esta descendencia que se multiplica]». <sup>13</sup>

La confianza genera un fruto: te conviertes en origen de un pueblo, empezando por el que está cerca de ti. El fruto de la confianza es una realidad sponsal que engendra algo que te es íntimo –parte de tu casa: tus hijos– y algo que nace de ellos, y algo que nace todavía después, y después: «Que puedas ver durante mucho tiempo cómo se engendra el pueblo de Dios». ¡Eh! Hace cuarenta años éramos cinco: cuatro muchachos a los que encontré en la calle Lamarmora, y yo, que volvía del instituto enfurecido, enfadado porque los comunistas se reunían siempre, los fascistas se reunían siempre, y de los católicos no había rastro alguno. Éramos cinco: «¿Queréis reuniros conmigo mañana en la calle Statuto número dos?». Me dijeron que sí, y así empezamos.

«Que veas a los hijos de tus hijos...», pero el hilo no se rompe allí donde alcanzan tus ojos; el camino es largo. ¿Cómo será de largo? Lo que Dios quiera, ¿quién sabe? «Nadie sabe cuándo será el día [el día final y el final será la gran fiesta de Cristo, del hombre Cristo: todo el mundo lo verá y dirá ‘era verdad’], ni siquiera el Hijo del Hombre [ni siquiera Cristo] ni tampoco los ángeles de Dios, sino sólo el Misterio del Padre [el Misterio de la creación]». <sup>14</sup>

<sup>12</sup> Sal 118, 45-48. <sup>13</sup> Sal 127.

Nos veremos dentro de dos semanas. Leed paso a paso, palabra por palabra, frase a frase, miradlas de frente y pedid a la Virgen que os las haga comprender. Luego hablad de ello entre vosotros, ¡pero esto es lo último que hay que hacer!

#### *4. Conscientes del tiempo*

Todas las veces que nos reunimos, queramos o no, quedamos sacudidos por la conciencia del tiempo pasado, del tiempo que ha pasado, del tiempo que pasa. Pero digo del tiempo que ha pasado porque es también un resumen de cómo nos hemos comportado, de cómo hemos usado este tiempo; es la conciencia de un tiempo pasado, del tiempo pasado, y, por consiguiente, conciencia del tiempo que pasa. Lo más importante es esto último: conciencia del tiempo que pasa. Pero la conciencia del tiempo que ha pasado nos ilumina, nos hace más astutos, tiende a activar en nosotros de manera más inteligente la conciencia del tiempo que pasa. El tiempo pasado es una experiencia que debería volvernos más atentos al tiempo que pasa, más conscientes de su sentido; el sentido es la dirección en la que va el tiempo que pasa, puesto que el tiempo es una movilización de todo, de todo lo que vemos, de todo lo que sentimos. Todo lo que vemos –las montañas, las estrellas, los rostros–, todo lo que sentimos, es objeto de una movilidad que pasa y está sujeto a algo que hay en nosotros y que lo filtra todo, la conciencia del destino y la libertad. Sólo entonces se produce una movilización de la conciencia del tiempo pasado que se torna conciencia del tiempo que pasa. Este sentido del tiempo que pasa –es esto, sobre todo, lo que nos interesa– ¿qué implica, qué requiere de nosotros? De todo lo que ha pasado y de todo lo que pasa, ¿qué es lo que nos importa?

Invoquemos al Espíritu del Misterio que hace todas las cosas, para que seamos vivaces, ante todo objetivos acerca del pasado y vivaces en el presente, de modo que todo proceda en nosotros, *proceda*, avance hacia aquello para lo que está hecho. Oremos al Espíritu Santo: DESCLENDE SANTO ESPIRITU.

*a) El tiempo no nos pertenece.* Brevemente, antes de adentrarnos en el

Misterio del Señor, en el Misterio de Cristo, en su muerte y resurrección, tratemos de liberar nuestro ánimo de las urgencias de nuestra imaginación y del sentimiento en los

que se codifica nuestro modo habitual de vivir. Nuestro modo normal de vivir se fija en imágenes a las que atribuimos el valor del tiempo; se fija en proyectos, en sueños, en previsiones a las que vinculamos el valor de la vida, aquello por lo que vale la pena vivir. Ahora no voy a discutir todo esto; pero tomar conciencia del tiempo pasado significa descubrir ante todo los factores con los que juzgar las imágenes que fijamos, los fantasmas que condensan nuestros sueños, las figuras en las que se plasma, o parece coagularse, aquello por lo que vale la pena vivir. Porque sólo si se encaja con estas observaciones, se adquiere la postura justa con la que proceder; sólo basándonos en estos descubrimientos y redescubrimientos –porque cada vez más deben convertirse en redescubrimientos, pero primero deben ser descubrimientos–, nuestros pasos pueden caminar hacia su fin, hacia su meta última.

<sup>14</sup> Cfr. Mc 13, 32.

Este breve recorrido quedará subrayado por nuestros cantos,<sup>15</sup> porque todos nuestros cantos se reconducen al descubrimiento y redescubrimiento de lo que he dicho, a juzgar el significado de lo que hacemos, a establecer el valor del tiempo, a valorar la exaltación que hacemos de la figura en la que fijamos la estima de nosotros mismos y de la realidad.

El pasado –estoy hablando del mes pasado; estoy hablando de ayer, sobre todo, del mes pasado y de hace dos meses, de hace tres meses, del Adviento, antes de Navidad y de octubre cuando comenzamos el camino del Grupo Adulto (al menos de esto tenemos que tomar conciencia)–, lo que nos ha gustado en estos meses, lo que nos ha satisfecho, que nos ha permitido conocer y amar más, que ha dado más satisfacción a nuestra vida, digámoslo en la forma más banal, todo lo que nos ha gustado –porque, si no nos ha gustado nada, será difícil que prosigamos por el mismo camino, porque el que nos gusten las cosas es muy importante para proseguir nuestra relación con ellas o con las personas (que es lo mismo)–, lo que nos ha gustado no nos pertenece, lo que nos ha gustado no ha sido producido por nosotros, no ha sido decidido por nosotros, no ha sido imaginado por nosotros, no ha sido creado por nosotros. Que el tiempo nos haya gustado no ha dependido de nosotros: ha sido nuestro y no nos ha pertenecido, fue nuestro y no nos perteneció, hasta el punto de que ha pasado. Pero si no piensas en esto, ¿por qué sueles llorar?, decía Dante;<sup>16</sup> si no piensas en esto, ¿por qué sueles reír? ¿Qué sentimiento tienes hacia la vida? ¡Estás impávido como un pedazo de madera, como un tronco, estás muerto! Y aquello que nos ha disgustado del pasado, lo que no nos ha gustado, lo que nos ha resultado pesado, no ha sido para nosotros, es decir, no ha sido querido por nosotros (¡sería absurdo!). Tampoco nos pertenecía, más aún, resulta más claro todavía que no nos pertenecía: lo que nos ha disgustado pertenecía a otra cosa diferente, a algo inevitable.

<sup>15</sup> Los cantos cuyo título se indica en el texto se encuentran en el *Cancionero de Comunión y Liberación*, o. c.

<sup>16</sup> «Y si no lloras por esto, ¿por qué sueles llorar?», o. c., *Infierno*, Canto XXXIII, v.42, p. 221.

Ni lo que nos ha gustado ni lo que nos ha disgustado nos ha pertenecido, nada nos pertenecía, incluso lo que ha sucedido hace una hora, hace media hora, hace un minuto.

Nuestra vida es lo que comenzó en el seno de nuestra madre, lo que salió de ella como un esbozo, lo que adquirió forma cuando teníamos tres años, cuatro o cinco, los sentimientos implícitos cada vez más interesantes, sean de gusto o disgusto, que sentíamos cuando íbamos a la escuela elemental, y luego todo el desarrollo: encuentros, contenido del trabajo, contenido de lo que hemos mirado, el reflejo del tiempo sobre nuestra carne, nuestros huesos, nuestro temperamento, nuestras entrañas (en la mujer esto resulta evidente para todos a través del mismo ciclo que tiene lugar en el organismo femenino); todo esto ha sido la vida, pero no era nuestro, era *inevitable*. Nuestra vida pertenece a algo diferente –digámoslo así para abreviar la comprensión–, algo extraño en sí mismo, enigmático, misterioso; estamos acostumbrados a llamarlo Dios, pero ni siquiera podríamos llamarlo Dios, no tendríamos derecho a llamarlo Dios si no percibiéramos su inaferrable carácter misterioso.

Inevitable es el término que mejor clarifica que nada nos pertenece, y que, sobre todo, no nos pertenece aquello de lo que todo deriva: nuestra vida pertenece a Otro.

En este sentido se comprende por qué la vida del hombre es dramática: si no perteneciera a Otro, sería trágica. La tragedia se produce cuando una construcción se derrumba y todas las piedras, las piezas de mármol y los muros se hunden. Imaginároslo, mirad cómo se hunde el castillo: se hace pedazos, hasta que no queda nada, sólo una informe masa de ladrillos, piedras y maderos. No queda nada y todo se vacía en la vida, todo está destinado a convertirse en nada, porque de lo que hemos vivido en el pasado, de lo que hemos vivido hace una hora, hace cinco minutos, ya no queda nada construido, nada conserva su forma. Y esto es trágico. La tragedia se produce porque todo *corrui*, todo se corrompe, las cosas se separan unas de otras y no se mantienen juntas. La tragedia es la nada como meta, la nada de lo que existe.

En cambio, si todo pertenece a Otro, a Algo distinto, entonces la vida es dramática: dramática porque hay un yo y un tú, hay una propuesta y una respuesta, es un diálogo. Se nos propuso hace un año: «Dame tu vida»; y respondimos en octubre: «Tómala, heme aquí, estoy presente». Cuando se pronuncia nuestro nombre en la reunión semanal, nuestra respuesta tendría que volver a tomar conciencia de esto. El drama consiste en la libre tensión, en la libre respuesta a la propuesta libre entre un tú y un yo.

La vida del hombre es dramática, no trágica; la tragedia está hecha de ateísmo, mientras que la dramaticidad está hecha de humanidad, en ella el yo reconoce que todo lo que existe Te pertenece, aunque este «Te» se difumina en algo enigmático, se oscurece en lo enigmático, misterioso. Deberíamos pensarlo cuando, por ejemplo, cantamos «*Prendi*

*pure la mia vita*», o rezamos los salmos que profundizan esta conciencia: «Te ofrezco». Pero cantemos de nuevo la canción más sencilla, más comprensible: toma mi vida quiere decir que acepto ser tuyo, acepto que no soy mío, acepto ser poseído, acepto pertenecer a Algo diferente que eres Tú, sea como sea este Tú. Cantemos en voz baja y velozmente, como si fuera un pensamiento que se desarrolla dentro de nosotros: PRENDI PURE LA MIA VITA.

b) *El Misterio es bueno*. Reconozco que Te pertenezco, reconozco que el tiempo no era mío, no me pertenecía, igual que el tiempo hasta hoy no me pertenecía, no me pertenece. Toma, pues, mi vida, acepto que no me pertenezca, reconozco que no me pertenece, lo acepto.

Pero el canto hace fluir la segunda categoría fundamental para juzgar el tiempo pasado, para tomar conciencia del pasado. ¿Cuál es? «Diste tu vida para salvarme». El que posee nuestro tiempo ha muerto por nosotros, se presenta ante nuestra mirada y ante nuestro corazón como el lugar donde nuestro destino es amado, donde nuestra felicidad es amada, tanto que Aquel que posee el tiempo muere por nuestro tiempo. Pero ahora, no quiero subrayar este aspecto de la Semana Santa, quiero subrayar que el Señor, Aquel a quien pertenece el tiempo, es bueno. Hasta tal punto que, antes de que muera por nosotros y resucite por nosotros, añade tiempo al tiempo, prolonga nuestro tiempo: «Dios tiene paciencia para que os corriáis»,<sup>17</sup> dice San Pedro a los primeros cristianos.

El Señor nos quiere; este Misterio que da forma al tiempo –la vida que ha pasado hasta ahora– quiere nuestro bien, quiere nuestra felicidad, ama nuestro destino y, por eso, nos ha estrechado en una compañía que tiene como único valor recordarnos a través de cada circunstancia

–del juego y del llanto, de la colaboración y de la ayuda–, la bondad del destino: el Ser es bueno.

Toda la filosofía moderna huye de esto y por eso huye del carácter concreto del ser, negando, incluso con facilidad, la consistencia de las cosas y arrojando todo en la vorágine de nuestros sueños, en una vorágine de sueños. Y, sin embargo, somos abrazados, rodeados, estrechados por una compañía que nos recuerda continuamente el destino, nos reclama al Misterio que hace todo para nuestro bien, para nuestro destino de felicidad. Este Misterio es bueno, el Tú enigmático es bueno y nos toma de la mano por medio de esta compañía: MI PRENDI PER LA MANO.

<sup>17</sup> Cfr. 2 P 3, 9.

Vuelve a leer la última estrofa del canto.

*«Aunque se agolpe la tormenta en mi camino, aunque caiga la noche oscura, Tú estás cercano»*. Estás cercano. ¿Cómo? Si está cerca, se percibe: ¿de qué forma se percibe? En la forma de la compañía. La compañía en la que nos estrecha, que jamás habríamos

elegido nosotros, jamás. La estrofa anterior dice: «A Ti solamente me confío, ¡oh, Salvador!». Tú eres el Salvador, el único que llena mi vida de sentido y el tiempo de sentido, a través de la historia de la compañía que vela la intervención del Misterio, de Su Espíritu.

c) *El dolor, amor a algo presente.* La conciencia de nuestro pasado, después de haber descubierto estos dos pasos fundamentales –que no nos pertenecemos, que el tiempo no nos pertenece, no nos ha pertenecido; y que quien nos lo ha dado, el Salvador, nos lo ha dado para nuestro bien–, tiene que decirnos un tercer punto. No se trata de una categoría esencial, es una categoría pasajera, pasajera por su naturaleza, ya que debe ser, por su propia naturaleza, atravesada, superada.

«A Ti solamente me confío, ¡oh, Salvador!» No sólo hemos puesto nuestra confianza en Él, hemos esperado y nos hemos confiado a unos hombres: padres, maestros, amigos, una amiga, un amigo, una casualidad, la manera en que las cosas tenían que suceder. Nos hemos confiado a una esperanza vana, diciendo ante el futuro un «*esperemos*» que carece de sentido, que está vacío. Y el pecado es esto: no confiar en Aquel a quien pertenecemos, sea cual sea la forma de nuestra desconfianza; fallarle a Aquel a quien pertenecemos y, por eso, carecer de la certeza de su salvación; responder “no”, como un gran capricho, al drama del diálogo con Él que acontece en el tiempo, en que consiste el tiempo, el tiempo como salvación.

La conciencia de nuestro pasado, en mayor o menor grado, es como un gran vacío en que hemos faltado a la lucha, como uno que resbala por la roca de una montaña hacia el vacío. Este aspecto de nuestro pasado que ha rechazado reconocer la propia pertenencia, que sobre todo ha dicho «no» a la propuesta de bien con la que se identificaba la presencia del Señor, de Aquel que es el dueño, se llama *mal*. Es mal y, en efecto, si suspendiéramos ahora nuestro diálogo, y cada uno lograra recogerse y pensar en su pasado, desde octubre hasta ayer mismo, hasta ayer por la noche –¡fijémonos en ayer por la noche!–, desde octubre hasta ayer mismo, hasta ayer por la noche: «¡Dios mío, cuánto vacío!». Lo mejor de este vacío ha sido la distracción, es decir, la renuncia a la inteligencia y al amor; lo mejor, porque lo peor ha sido el no. Pero el no es el aspecto más infantil de una antítesis que nos ha hecho confiar en algo que no era Él, y no esperar el bien de Él, del resplandor de luz que Él proyecta en nuestra vida. No nos hemos confiado y no hemos esperado nuestro bien de la voz, del empuje, del ejemplo de la comunidad, de la compañía en que nos ha puesto al tomarnos. Nos ha tomado de la mano a través de la compañía.

No soy pesimista, porque es cierto que durante todos los días que han pasado desde octubre hasta ayer por la noche... ¡Cuántos momentos de olvido, cuántos equívocos al abandonarnos, al apoyarnos en algo que no hemos mirado como Suyó, cuántas esperanzas puestas en lo que establecíamos nosotros o que nos prometía el primero que pasaba, el primer cartel o el primer anuncio que veíamos en la televisión: historias

humanas llenas de engaño, salvo en la fotografía de su forma.

Por eso, en el fondo, *al mirar el pasado*, nos quedamos innoblemente inmóviles o avergonzados o llenos de resentimiento –hacia algo o hacia las personas que nos han impedido lo mejor, lo bueno, una satisfacción más justa–, llenos de rabia contra nosotros mismos, desilusionados de nosotros; y, *al mirar hacia adelante*, confusos, sin saber qué hacer. Pero la palabra más adecuada es la palabra vergüenza, una vergüenza frente a lo que tenemos por delante, un sentido de impotencia, y en el fondo –porque no estamos acostumbrados a usar los términos adecuados–, una desesperación. ¿Qué puedes esperar de ti mismo? Una desesperación.

Si ésta fuera la meta, si hoy llegara el final, ¿qué premio obtendría nuestro tiempo desde octubre hasta ayer por la noche? ¿Qué premio merecería? Podríamos decir, con palabras claras, que merecería un castigo. Y, de hecho, frente al tiempo que ha pasado, por lo que deja entrever el futuro, sentimos temor: ¿quién sabe? ¿Qué sucederá? ¿Quién sabe lo que pasará? Sentimos temor porque el Misterio no puede estar contento de mí. ¿Quién reparará lo que hemos destruido o lo que hemos dejado hundirse en la nada?

Éste es realmente el tercer punto importante para la conciencia que debemos tener del tiempo pasado y, por tanto, para la conciencia que debemos tener frente al tiempo presente y futuro. Es el punto más importante, el más extraño y fascinante de todos. No el terror, la vergüenza o el miedo de nuestra debilidad y nuestro mal –esto sería consagrar el egoísmo, hacer eterno el egoísmo; esto es el infierno: hacer eterno el egoísmo–, no la vergüenza del mal y el miedo al tiempo, sino el *dolor*.

¿En qué se distingue el dolor del miedo? Se tiene miedo cuando las montañas se te derrumban encima, las colinas te aplastan y las estrellas se precipitan, cuando hay un caos universal: el miedo es lo que te oprime y suprime; en cambio, el dolor, para nosotros, es la forma más concreta del amor. Dolor no se puede experimentar más que frente a un tú, a una persona, a una persona presente. La dramaticidad humana, por eso, es un dolor: en él consiste la recuperación continua del amor. El dolor es el amor a algo presente. ¿Qué existe en el presente que se pueda amar? El pasado nos lo ha enseñado y nos lo enseñará cada vez más: el presente que hay que amar es lo que no pasa. ¿Y qué es lo que no pasa? Aquel que lo posee todo.

Tomar conciencia del dolor, del emerger de un dolor, nos hace mirar delante de nosotros y entrever la Presencia que nos ha dado la vida, que nos la ha mantenido y que ha muerto por nosotros. Esa Presencia es salvadora ya que nos asegura la felicidad al final, el horizonte último como misericordia. Pero es *Presencia* aunque además nos asegure el horizonte último.

Dolor porque Te he ofendido, dolor porque Te ofendo: al decir esto la ofensa ya está redimida, cambia de aspecto, y traiciona –en el sentido bueno del término–, denota un



amor presente, a pesar del defecto. En el dolor, más fuerte que la desilusión del mal, que la debilidad, que la vergüenza de uno mismo, está el amor.

Cuando nos reunimos, debemos recuperar y renovar siempre los tres puntos que hemos señalado. «Oh, dulzura de Amor escondida»: está presente, me toma de la mano –tanto que estáis aquí vosotros, estás tú, y tú, y tú, y tú, ¡no estaríamos juntos!– y, sin embargo, está oculto porque se revela despacio, muy lentamente, con el paso del tiempo, para que se demuestre la paciencia de su misericordia, *patienter agit propter vos*,<sup>18</sup> obra con paciencia teniendo misericordia de vosotros: *O DOLCEZZA*

*D'AMORE NASCOSTA.*

<sup>18</sup> 2 P 3, 9. LA CONFIANZA ASAMBLEA

Es bello este canto venezolano que Carmen repite de vez en cuando,<sup>19</sup> al menos tan bello como el concierto de Beethoven<sup>20</sup> que estábamos escuchando antes. ¿No os gustaba? Ya sabéis que tengo una historia particular con este concierto. Cuando enseñaba en primero de Bachillerato iba desde mi casa al Berchet con un tocadiscos bajo el brazo –entonces no había esos pequeños, sólo había aquellos grandes con «el trombón»–; llevaba conmigo el gramófono y, con el fin de demostrar la existencia de Dios, hacía escuchar a mis alumnos obras de Chopin, Beethoven... Uno de los primeros conciertos que escuchamos fue éste, el «Concierto para violín y orquesta» de Beethoven. Lo ponía para mostrar que, cuando un genio musical o cualquier artista ha intuido algo bello, una melodía bella, es inevitable que la repita, y esta melodía se convierte en un *refrain*, en algo así como el estribillo de toda la pieza. Es imposible que no vuelva, y más aún que, al retornar una y otra vez, no determine la memoria principal de la pieza. Por ejemplo, para enseñarles esto, llevaba el «Vals de los adioses» de Chopin y resumía en la pizarra todo el esquema de la pieza.

Una vez escuchamos este concierto de Beethoven que tiene un *refrain* que yo llamo «de la comunidad»: toda la orquesta entra y repite la misma melodía, pero en tres ocasiones el violín, que representa la individualidad, se escapa haciendo una fuga y va por su cuenta hasta que, cansado, vuelve a ser recuperado por el tema melódico de toda la orquesta, que cierra la pieza. Tras escuchar el concierto que acabamos de oír, en el aula de aquella clase de Primero E donde reinaba un silencio absoluto, una chica que estaba sentada en el primer banco a la derecha, y que se llamaba Milena Di Gioia –la recuerdo todavía–, rompió a llorar de repente sin poder contener las lágrimas. Dejé que la música siguiera adelante un poco, y luego dije: «¡Qué bien se entiende la diferencia entre alma y alma, entre sensibilidad y sensibilidad, entre *còre* y *còre*!». Ciertamente, los demás no habrían podido llorar. Desde entonces este pasaje se volvió más significativo para mí.

La conmoción, el anhelo que produce el tema fundamental –un anhelo capaz de hacer prorrumpir en llanto a una sensibilidad como la de Milena–, es un emblema de la espera

de Dios que el hombre alberga.

<sup>19</sup> «Como busca el tierno infante afligido y pesaroso, el descanso y el reposo en el seno maternal; así yo desde que brilla la luz blanca de la aurora, vengo a buscar, oh Señora, tu protección celestial».

<sup>20</sup> Beethoven, Concierto para violín y orquesta, op. 61.

*Quería contar algo que me ha pasado hoy. Mientras venía, sentía muchas ganas de que llegara este momento, porque quería estar aquí con vosotros, quería comprender mejor. Luego, por el camino, he visto un accidente en el que ha muerto una chica. Esto me ha descompuesto y ha cambiado mi actitud. He empezado a preguntarme: ¿por qué ha sucedido esto? Me ha entrado también algo de miedo. Sin embargo, me he dado cuenta de que en la experiencia de este temor no estaba solo: tenía un lugar adonde llevar mi pregunta; deseaba venir aquí porque es un lugar del que espero una respuesta.*

Tu intervención recuerda providencialmente los tres puntos que hemos expuesto antes de cenar.<sup>21</sup> Imaginémonos en su lugar, viendo ese espectáculo terrible: nadie sabría responder, ya que es una pregunta que se plantea pero que nadie podría responder; más aún, todos estarían tan afectados que ni siquiera se plantearían esa pregunta. Nosotros, en cambio, decimos: también esta chica, como yo, pertenece verdaderamente a Cristo, pertenece a Otro, pertenece al Misterio que hace las cosas. Nosotros respondemos así y, al contestar de este modo, uno siente que responde, comprende que responde, porque ésta es una respuesta, es la respuesta, la única. Y en ella el corazón, aunque esté herido, encuentra paradójicamente un descanso.

Después llegas aquí y la compañía –segundo punto de esta noche–, te recuerda el Destino, es decir, te recuerda que pertenecemos. Entonces comprendes –como comprendería también esa chica si volviera a vivir–, comprendes que el único valor de la vida es adherirse, aceptar adherirse a Aquel a quien pertenecemos, y empieza a afirmarse en nosotros un dolor, porque el dolor se experimenta sólo cuando hay un amor.

Delante de la chica muerta se siente espanto más que dolor; dolor es el de su padre y su madre, que es como el intento de dar una respuesta desesperada al hecho de que ya no está. Pero en nosotros se convierte en dolor al pensar en la historia de su vida, en su padre, en su madre, en sus amigos, en toda la gente que está allí y no comprende. Entonces se entiende verdaderamente que la única cuestión de la vida es no ofender, no pecar, que el único daño de la vida es el pecado. La fuerza que nos permite no cometer el pecado, que nos purifica del pecado hasta llegar a borrarlo del todo, como en el caso único de María, es una fuerza distinta de la nuestra, no es nuestra voluntad.

*Me preguntaba: ¿por qué don Gius al hablar de la confianza se ha referido al perdón? Me ha venido a la cabeza que sin esta palabra, la confianza (esto es, decir a Cristo «Tú eres mi fortaleza») sería una abstracción, sería un futuro sin fundamento.*

<sup>21</sup> Cfr. en este capítulo, el párrafo «Conscientes del tiempo», p. 211.

Sería una perspectiva sin objeto y sin contexto; sería una apertura sin contenido y sin horizonte. Ernst Bloch, filósofo, especialmente famoso en el ámbito político, ha sostenido precisamente este concepto, una idea de esperanza como «esperar por esperar».

En vuestra opinión, ¿por qué sin perdón no puede haber confianza? Porque el hombre es pecador, es imposible que no yerre, que no se equivoque, y es débil frente a todo. Su fuerza está en Otro y, por tanto, ninguna equivocación nuestra, ningún pecado, ningún delito nuestro resulta objeción para la vocación. Si alguien hubiera cometido en vez de noventa, ciento ochenta delitos –por ejemplo, homicidios–, ello no sería objeción para su vocación, porque lo que realiza el destino de la vocación en mí es la fuerza de Otro. La verdadera cuestión no está en hacer el propósito: «No volveré a matar», sino en otro propósito: «Confío en Ti, me apoyo en tu fuerza», y por esa razón no vuelvo a matar. (¡Eso no quiere decir que al fiarme de Otro yo me lave las manos!). La certeza de que llegaré a no matar, la seguridad de poder llegar a hacer el bien, a evitar el mal, especialmente en los momentos más perversos, se debe a que estás Tú, a que confío en Ti, a que te pido a Ti. Por eso no tenemos excusa si traicionamos la vocación o debilitamos la energía que la vocación otorga a todas las cosas. No tenemos excusa porque no hay debilidad que resista frente a la fuerza de Aquel que nos ha llamado: «Me has llamado y me llevarás hasta el final». Si alguien lo afirma con certeza y lo pide todos los días, suplica al Señor todos los días, «dará fruto a su tiempo»,<sup>22</sup> ¿Cuál es su tiempo? El que establece Aquel a quien pertenecemos, igual que los apóstoles cuando preguntaron a Jesús: «Maestro, ¿cuándo acabarás con este mundo y nos darás el poder?». «El día nadie lo conoce, ni siquiera el Hijo del Hombre o los ángeles de Dios, tan sólo el Padre».<sup>23</sup> Si es verdad para el final del mundo, también lo es para la necesidad y el deseo de santidad del hombre. Por esa razón no mido, no puedo medir, no debe medirse nunca. En la relación con Dios no se mide nunca: eso sería moralismo, porque el moralismo lo mide todo. No se trata de medir, sino de tener una mirada amorosa, como la que los apóstoles dirigían a Jesús. ¡Acordaos de que la mayoría estaban casados y tenían hijos!

*Hace quince días unas amigas me han escrito un testimonio que es la síntesis de este período. «Enseñaos mutuamente: es una fórmula que expresa el acontecimiento de la amistad; la gran riqueza de solicitudes, enseñanzas y testimonios que alberga nuestra amistad, no se debe a los razonamientos que se hacen sino a la vida que hay y que se ve».*

<sup>22</sup> Sal 1, 3.

<sup>23</sup> Mc 13, 32.

Por la vida que se vive, por los hechos más que por las palabras, aunque también la palabra es un hecho: para decir determinadas palabras hace falta esfuerzo, y por eso no

todos las dicen.

*¿Qué quiere decir la frase: «La confianza es la realización plena de la esperanza»?*  
*¿Qué quiere decir que la confianza es la plenitud de la esperanza? Una vez leída una frase, hace falta, ante todo, comprenderla.*

*Es la certeza de que Otro cumplirá.*

Perfecto. La confianza es la certeza de que Otro realizará el ideal, el proyecto justo del hombre.

*La confianza, que es el cumplimiento de la esperanza, convierte el yo en principio de una nueva historia en el mundo, en creador de un pueblo.*

Convierte el yo en principio de una nueva historia en el mundo, lo mueve a actuar. Sólo una certeza permite obrar, más aún, sólo una certeza final nos permite actuar contra todos y contra todo. Sólo una certeza final nos proporciona el coraje, la fuerza y la fidelidad para crear, para engendrar. Lo que una mujer debe sufrir para dar a luz vale para cualquier forma de generación de lo humano. Pero no es un engendrar humano si no crea un pueblo, si no colabora en la creación de un pueblo nuevo, es decir, de una humanidad nueva, de una humanidad real.

El que tiene la vocación recibe tal energía humana que es capaz de descubrir la belleza de un fresco de Giotto que los demás miran de manera cien veces más superficial o cien veces más técnica. Quien mira un fresco de Giotto con esta intensidad, edifica a la gente a quien se lo enseña, es decir, la hace crecer, pone un pequeño ladrillo en una nueva construcción. En cambio, ahora, la cultura que enseñan la escuela y la televisión carece completamente de eso, ya no hay pueblo, son todos un rebaño de borregos. Pero si alguien fuera a la televisión y, durante cinco minutos, consiguiera el mismo impacto que Ana es capaz de producir cuando comenta a Giotto, serían cinco minutos en los que la gente cambiaría, sentiría que le está ocurriendo algo dentro. Si esto fuera continuo, la televisión crearía un pueblo nuevo.

Cuando en un pueblo hay una casa del Grupo Adulto que vive su vocación –puede haber casas donde las personas viven como burgueses cualesquiera y entonces no tienen incidencia, no tienen ese resplandor que introduce y media el testimonio–, en ese pueblo hay una realidad nueva que está presente y que crece, y se ve en uno, en otro, en otro... no en todos por igual.

*¿Por qué dices que engendrar no es humano si no es como generación de un pueblo?*

Ante todo, una creación no es verdaderamente humana si no genera un pueblo, pues al engendrar aunque sea una sola persona, se genera un principio a su vez generador. Por su propia naturaleza lo que se ha generado no termina nunca, se prolonga, está destinado a dilatarse cada vez más. Y, en efecto, sólo el concepto de familia «completa» la idea de generación; el significado del término generar se encuentra en el concepto de familia: la familia es un pueblo en pequeño. Pero si una familia está encerrada en sí misma, aunque

tenga nueve hijos, ya no es generadora; para ser generadora de un pueblo debe estar abierta a la posibilidad de comunicarse a otros, de crear otras familias; incluso puede haber un matrimonio que no tenga hijos, pero que viva su humanidad de tal manera que comunique algo a las demás familias de su barrio que les permita convertirse en sujetos de pensamientos, sentimientos y gestos más humanos: es el inicio de un pueblo nuevo.

La segunda razón se encuentra en el tercer volumen de la Escuela de Comunidad.<sup>24</sup> Allí respondo a la pregunta de si el valor de la Iglesia está en la Iglesia particular o en la Iglesia universal: o está en la unidad de la Iglesia o no está en Iglesia alguna. La Iglesia particular no es capaz de catolicidad, no tiene capacidad de expresar el sentido de la totalidad; al ser una Iglesia particular, exalta sus aspectos propios, las circunstancias en las que vive. Sólo la Iglesia universal, es decir, la Iglesia como unidad en torno al Papa, es una cultura que desafía de verdad a la cultura del mundo. También para el mundo el término cultura conlleva el poder ser comunicada a todos los pueblos y, por eso, cualquier revolución instintivamente tiene una pretensión de universalidad: «Proletarios de todo el mundo, uníos». Hitler soñaba un mundo que sería ario: toda revolución tiene una pretensión universal. Pero la única pretensión universal que se realiza y se pone en práctica –incluso entre tres que viven en una pequeña casa olvidada– es la Iglesia. Así pues, no es pueblo, no es origen de un pueblo, no es factor de creación de una realidad de pueblo, una persona que no tenga conciencia, concepción, sentido de la totalidad: únicamente la fe lo enseña de forma adecuada.

No hay humanidad sin un corazón que se abra de par en par hasta los confines de la tierra, si no tiene un sentido que valga para todos los hombres del mundo y de la historia de todos los tiempos. Entonces no habría más pueblo que el de Atila, ¡lo cual, tristemente, tendría un solo resultado!

*A lo largo del camino de este año está naciendo una nueva conciencia en mí, por eso trabajo de un modo distinto y lo notan también mis compañeros.* <sup>24</sup> L. Giussani, *Curso básico de cristianismo.3/Por qué la Iglesia*, Tomo I: *La pretensión permanece*, Ed. Encuentro, Madrid 1991, pp. 108-112.

Bien. Cuando sucede así, es el comienzo de un pueblo nuevo (quizá se pare ahí, por culpa de otros).

*Pero esta noche, mientras exponías estos tres puntos, me ha surgido una nueva rebeldía. Si hay una nueva rebeldía, ¿podría ser el comienzo de un pueblo nuevo!*

*Ni siquiera sé explicarlo. La rebeldía que me surgía dentro me ha obligado a plantearme una pregunta: ¿cómo puedo adherirme con libertad aun teniendo esta rebeldía?*

Rebeldía ¿ante qué?, ¿ante los tres puntos?  
Sí.

¿Por qué rebeldía? En primer lugar, ¿por qué rebeldía?

*Rebeldía, porque me han resultado nuevos estos tres puntos.*

No es una verdadera razón para la rebeldía, la novedad no es una razón para la rebeldía; pero tú llamas justamente rebeldía a algo que sorprende tu pensamiento, porque no lo habías pensado jamás, ¿me explico? Ahora bien, el que no lo hayas pensado nunca, al principio, hace que te sientas extraño, como alguien que escucha otra lengua. Pero si piensas en ello, ¿es verdad o no que pertenecemos a Otro? ¿Acaso no es verdad que la compañía en la que te pone te recuerda esto? ¿A qué te llama la compañía? A ese Otro; a ti te posee ese Otro, perteneces a ese Otro y ese Otro te perdona. Te perdona, y si erraras cien mil veces, cien mil veces te perdonaría: éste es precisamente Dios. ¡En verdad es necesario ser Dios para hacer esto! ¿Es difícil?

*No, ahora he comprendido.*

También comprendías antes, sólo que la sorpresa debida a la diferencia que has percibido en estas nuevas palabras te ha frenado, detenido y ha producido en ti un movimiento de rechazo o, mejor, de extrañeza. Te has sentido ajeno a las palabras que yo decía, mientras que, si vuelves sobre ellas, caerás en la cuenta de que son las que hemos estado diciendo todo el año, son lo más razonable que se pueda decir. Dime si hay frases más razonables que éstas: que el hombre es poseído por Dios, que pertenece a Dios, al Misterio; que el Misterio crea una compañía para ayudar al hombre a pensar en Él, pues de otro modo el hombre se pierde; que en esta compañía el hombre es perdonado y aunque se equivoque un millón de veces –no cien mil, sino un millón de veces–, un millón de veces se le perdona. No hay nada más racional, nada más humano. La semana pasada recitábamos un salmo: «Aunque tu padre y tu madre te abandonaran, Yo no te abandonaré».<sup>25</sup> Es decir: más humano que Yo no hay nadie.

*Me impresionó la semana pasada la invitación que nos hizo a mirar a Cristo a la cara, porque me parece que no se puede desear nada más bello. Sin embargo, yo he corrido el riesgo todo el tiempo de contemplar una estampita.*

También yo corría este riesgo en primero de Bachillerato, cuando puse sobre mi mesa la imagen del rostro del Cristo de Carracci, que no era un grandísimo pintor pero me recordaba a Cristo.

*Pero a mí me venía a la mente que Juan y Andrés tenían delante una Presencia y hacían todo delante de ella. Su fe era la certeza de una Presencia que podían experimentar. Y entonces quisiera comprender mejor qué quiere decir para nosotros mirar a Cristo a la cara.*

Juan y Andrés tenían fe, porque tenían certeza de una Presencia que experimentaban: cuando estaban allí, en el primer capítulo de San Juan, sentados en su casa, al atardecer, mirándolo hablar, tenían la certeza de una Presencia, la experiencia de algo excepcional,

de lo divino en una presencia humana. Luego –añado yo– se fue cada uno a dormir a su casa: Andrés con su mujer, y Juan con su madre. Fueron a su casa, cenaron en su casa, durmieron en su casa, se levantaron y fueron a pescar con sus compañeros. Lo que habían visto la tarde anterior dominaba en su cabeza, ¿sí o no? Sí. ¿Lo veían? No.

El hombre tiene la experiencia de una presencia no sólo cuando la toca, nariz contra nariz; más aún, querer experimentar una presencia de ese modo, normalmente favorece algo inútil, da pie a una relación que no se mantiene –como pasa normalmente entre chicos y chicas– y, aun cuando se mantenga, no se mantiene. Por el contrario, entre el día anterior y el mediodía –cuando volvieron a casa con las barcas llenas de pescado y se sentaron allí, en la playa, y seguían contando cosas de la jornada anterior–, había una continuidad, entre aquella tarde y el día siguiente se daba una continuidad: la memoria. La memoria es la continuidad de la experiencia de algo presente, la continuidad de la experiencia de una persona presente, de una presencia que no tiene ya las cualidades y la inmediatez de cuando uno agarra la nariz de otro y tira de ella, y tira, y tira... o bien, agarra los cabellos y tira, como hacen los niños con su madre. Esa inmediatez no es decisiva, en absoluto, para la profundidad y la seguridad de la relación. Aunque no lo hubieran visto más durante tres semanas, el deseo que dominaba en aquellos dos era volver a verlo, porque estaba claro que era Él, que Él era Él; no sabían quien era, pero era Él.

<sup>25</sup> Cfr. Is 49, 14; Sal 27, 10.

La memoria es la conciencia de una Presencia. Es necesario distinguir cuándo comenzó esta Presencia del modo como continúa. Cuando comenzó se veían sus cabellos y, como había viento, los cabellos se revolvían delante de sus ojos, y Él, instintivamente, se los quitaba de la cara. Pero al día siguiente ya no había viento y no tenían delante aquel rostro; sin embargo, estaba presente, y después de una semana aquella Presencia era todavía una presencia, y pasado un mes seguía siendo una presencia; aunque hubieran pasado tres años sin volver a verlo, toda su vida habría estado desgarrada por el deseo de ver de nuevo sus cabellos agitados por el viento: era Él, con seguridad absoluta. El último –¡qué abstractos son todos los que quieren ser demasiado concretos!–, el último pensamiento que se les hubiera ocurrido a aquellos dos, aunque no lo hubieran visto más durante seis meses, habría sido la duda de que fuera una ilusión. Jamás se les hubiera ocurrido que había sido una ilusión: si lo has visto así... ¡es imposible que se te ocurra dudar!

En lugar de Él con los cabellos agitados por el viento, en lugar de verlo hablar moviendo los labios, ahora se te acerca con nuestras presencias, que son como frágiles máscaras, con la piel frágil, frágiles máscaras de algo potente que está dentro, que es Él; que no soy yo, ni él, ni tú, y, sin embargo, pasa a través de mí, a través de ti, y a través de él. Y lo que estamos diciendo hoy no te lo dice nadie. No es mío, es de Aquel que Andrés y Juan vieron aquella tarde hablar allí; hablaba, y hablaba, y así, venciendo el tiempo y el



espacio, te ha hablado hoy aquí, y te hablará pasado mañana y dentro de diez años.

Sólo si cometes algún error particularmente grave, antes de sentirte perdonado, podrás refugiarte para encontrar alivio o intentar consolarte en la idea de que el encuentro que has tenido fue una ilusión. Mientras puedas comparar lo que te decimos con lo que los demás te dicen, no podrás nunca afirmar con seriedad que es una ilusión lo que te decimos nosotros, ¡es demasiado conforme a tu carne y a tus huesos!

*Quería ser ayudada a comprender mejor la conciencia de ser pecadora, porque me pasan dos cosas: primero, cuando llego al final de mi jornada, me resulta más fácil reconocer su misericordia conmigo que ser consciente de mi pecado. Segundo: una vez usted nos dijo que el perdón coincide con la compañía, por tanto, yo sé que existe el perdón, porque está la compañía, pero esta experiencia no hace crecer en mí el dolor por el pecado. Y esto no es serio. Me gustaría que me ayudara.*

Son dos preguntas. La primera: por la tarde, en la paz de la tarde, le resulta más fácil ver la misericordia que sentirse pecadora. Pero si reconoce la misericordia es porque ha errado, no puede sentirse objeto de misericordia sin que ello implique que se ha equivocado en algo. Esta experiencia será mucho más incisiva, amiga mía, cuanto más crezcas, es decir, cuanto más madures en el pensamiento de ti misma. Cuando por la noche, al percibir la misericordia —«De la misericordia del Señor está llena la tierra»<sup>26</sup>—, repitas esta frase con mayor atención... ¿Qué quiere decir que «La tierra está llena de la misericordia del Señor»? Que el Señor perdona todo lo que hacemos contra Él. Y ante todo el olvido: «Dios mío, hoy, en mí, ¡cuánto olvido! No te he ofrecido lo que podía ofrecer...». ¿Y luego? No te aconsejo insistir en este razonamiento; si procedes con él tendrías que decir: «¡Ay!, no he tratado bien a mi madre y he sido muy superficial con mis compañeros...», y harías una lista larguísima todas las noches. No, es mejor que digas: «De tu misericordia, Señor, está llena la tierra, gracias por tu misericordia conmigo»; pero debes decirlo teniendo presente que la misericordia es ser perdonados por algo que se ha hecho, aunque no te venga a la mente, ¿me entiendes? Entonces estarás agradecida, serás humilde. No sentirás un dolor puntual y preciso, como si hubieras ofendido a tu madre gravemente y ella hubiese llorado; este remordimiento te quedaría incluso por la noche y entonces te resultaría difícil pensar que Dios te perdona, te resultaría difícil pensar también en la misericordia. Para pensar en la misericordia debes realmente tener dolor; no es necesario ese tipo particular de dolor, sino el que nace de la conciencia de estar llena de límites. Porque tu vida podría ser una gran alabanza al Señor, tu vida podría ser entusiasta de Cristo, tu vida podría ser un reflejo de la mirada que dirigían Juan y Andrés a Cristo, tu corazón podría vibrar por esa Presencia que es el objeto de la fe, el objeto de la experiencia y, sin embargo, no lo es. Al constatar esta carencia tuya, te sientes, por fuerza, humilde, más humilde; el dolor apenas aflora en forma de humildad y dices: «Señor, te doy gracias porque tienes misericordia de mí».

La segunda pregunta. El perdón existe porque el Señor perdona. Y el Señor es tan

amante del hombre, nos ama tanto, que teniendo que esperar el final de los tiempos para mostrarse con toda evidencia –al estar ahora oculto en la raíz de las cosas, como decíamos en la Ascensión–, nos ha dado como ayuda para nuestra fidelidad a Él y sostén para nuestra confianza en Él, su Espíritu. ¿No habla San Juan en los capítulos 14, 15 y 16, del Espíritu? «No os dejaré huérfanos, os enviaré mi Espíritu».<sup>27</sup> Pero, ¿qué es su Espíritu? Es el que me permite ver a esta gente que me rodea de forma distinta a como la vería cualquier otro: todos vuestros compañeros la verían de otro modo –todos, incluso vuestro padre y vuestra madre–; yo no. Apenas estoy un poco atento pienso: «Estas son personas que el Señor me ha puesto cerca, que son parte de mí (el Bautismo nos hace formar parte de Su cuerpo misterioso, nos incorpora a Su persona, nos convierte en miembros de Su cuerpo)». Estar en nuestra compañía, es precisamente estar inmersos en la presencia de Cristo, físicamente testimoniada; porque no es algo habitual –es algo misterioso– el inicio por el que estáis aquí, quien lo ha creado, quien lo ha provocado, es Otro. Es Cristo quien ha movido vuestra vida y la ha traído hasta aquí, quien os llamó al Bautismo, quien os ha hecho encontrar algo que os ha impresionado, quien os ha reunido; es Cristo quien se manifiesta en nuestra historia. Y vosotros no me condenáis porque me equivoco –porque me equivoco igual que vosotros– no me condenáis; y el que vuestra presencia me abraza y me haga objeto de la atención de vuestra mirada misericordiosa y de vuestro corazón, es precisamente la señal de que Él me mira, de que Él me abraza, de que Él me lleva, de que Él me cambia, de que Él me llama: verbos todos ellos inherentes a nuestra compañía. En vosotros Cristo se hace sensible, palpable, como ha dicho el Papa en su discurso a la juventud romana:<sup>28</sup> se vuelve palpable, visible, audible. Pero, ¿dónde estaba escrito ya esto? En la primera carta de San Juan.<sup>29</sup> Vosotros formáis parte de Cristo, tanto que somos parte los unos de los otros, «¿No sabéis que sois miembros los unos de los otros?».<sup>30</sup> Esta realidad es la realización de la universalidad que todas las teorías revolucionarias han soñado, pero que, ciertamente, no han logrado. En la Iglesia se realiza: todos somos uno, «Todos los que coméis el mismo pan sois una sola cosa; los que habéis sido bautizados os habéis identificado con Cristo; ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, sino que todos vosotros sois *eis*, uno, una sola persona que es Cristo Jesús».<sup>31</sup>

<sup>26</sup> Cfr. Sal 32, 5. <sup>27</sup> Jn 14, 18.

Únicamente, amiga mía, te hace falta revivirlo; por eso las palabras más justas que has dicho han sido: «Tomar más en serio». Por ejemplo, debo relacionarme con una persona no sólo porque me resulte cómodo o me guste, sino porque «es»: esto vale sin comparación por encima de la comodidad y del placer, aunque queda el residuo de la comodidad y del placer.

Que la gracia del Espíritu nos conceda entender cómo el sentido último de lo que estamos diciendo se encierra en la palabra sacramento: la compañía en su verdad misteriosa es un sacramento, cuya fuente original es el Bautismo y cuya verificación

suma es el acontecimiento de la Eucaristía.

<sup>28</sup> Juan Pablo II, *Discorso ai giovani di Roma*, 24/3/1994, «30 Giorni», n. 4, abril 1994.

<sup>29</sup> Cfr. 1 Jn 1, 1.

<sup>30</sup> Ef 4, 25; Rm 12, 5.

<sup>31</sup> Ga 3, 27-28.

*Pero insisto, ¿por qué la confianza es segura?*

La confianza nace de la certeza de que el objeto de nuestra esperanza

—la felicidad— se nos dará, ya que Dios ha muerto por eso. La certeza de la esperanza coincide con la certeza de ese abandono que se llama confianza.

Un niño de Cerdeña se porta bien durante todo el año y al acercarse la Navidad escribe una carta al Niño Jesús: «Querido Niño Jesús: Me he portado bien todo el año; así que te pido por Navidad que me traigas el balón de Gullit y la raqueta de Laver». Llega la Navidad, y los dos regalos no. Entonces piensa: «Será la próxima Navidad». Se porta bien todo el año —a su manera, se entiende— llega otra vez diciembre y escribe una carta a Jesús: «Querido Niño Jesús: El año pasado no me escuchaste, pero este año me tienes que escuchar; también me he portado bien este año, así que, ¿me puedes traer el balón de Gullit y la raqueta de Laver?». Llega la Navidad y no aparecen tampoco los regalos. El niño sardo (¿de Cerdeña!) pasa irritado todo el año. Llega la Navidad; nueve días antes ponen el Belén, mira alrededor, no hay nadie, agarra el Niño que hay en la cuna del pesebre, se lo mete en el bolsillo y luego escribe otra carta: «Querida Virgen María: Si quieres volver a ver a tu niño, tienes que apañártelas para que reciba el balón de Gullit y la raqueta de Laver».

Aunque en campos distintos, utilizamos el mismo sistema. La certeza pertenece a la esencia de la fe. El que yo estuviera en clase y esperara a las cuatro de la tarde para volver a casa —en mis tiempos era así, mañana y tarde—, y estuviese seguro de volver a ver a mi madre, era una certeza absoluta. Aun más profundamente cierto es que Dios me ha querido, hasta hacerse como yo hace dos mil años, y hasta quedarse conmigo todos los días, hasta quedarse con los hombres todos los días de la historia.<sup>32</sup> No es necesario saber cómo lo hace, cómo está; lo importante es que no se puede encontrar una razón para decir lo contrario: lo decisivo es que está.

Y es tan importante que con esta hipótesis todo cambia lentamente y se llega a tener una sabiduría y un afecto humanos que los demás ni sueñan. Por ejemplo, Albert Schweitzer —como leeréis en el libro de Cesbron<sup>33</sup>— se dedicaba a los demás de la mañana a la noche, con un esfuerzo inmenso, llegaba a la noche triste y tenía que desahogarse en el piano para aliviar la tristeza, o dialogar con su enfermera, y así ni siquiera aliviaba su tristeza, sino que la agudizaba. Y un día pasó por allí, como una sombra fugaz, el padre Carlos de Foucauld, que vivía como él entre los indígenas, un poco más lejos, entre los tuaregs del sur de Libia.

<sup>32</sup> Cfr. Mt 28, 20.

<sup>33</sup> G. Cesbron, *É mezzanotte dottor Schweitzer*, BUR, Milán 1993.

Schweitzer le preguntó: «Pero, ¿qué haces para estar tan alegre? ¿Y cómo te quieren tanto esos africanos mientras que a mí, que consagro toda mi vida a su bienestar, no me tienen afecto ni yo lo siento por ellos? Tú, en cambio, que no haces nada para ellos, que sólo estás junto a ellos, comes con ellos, vives con ellos, como ellos –de hecho, existe un libro con su historia que se titula *Como ellos*<sup>34</sup>–, ¿cómo puedes tener una postura tan distinta?». Es la envidia profunda y justa del hombre grande e inteligente que ve realizado su sueño en otro, delante de él, un sueño imposible para él.

Entonces, la certeza de la esperanza desemboca en el abandono de la confianza; por eso la confianza es segura, porque lleva consigo, arrastra consigo, una certeza que alegra el corazón aun en los momentos peores, que sirve de punto de referencia aun en medio de las lágrimas de una desgracia (como hemos leído centenares de veces en las cartas que llegan de nuestras comunidades, testimonio fascinante de la Presencia excepcional que actúa entre nosotros).

La certeza de la confianza no es más que un corolario, una consecuencia de la certeza de la esperanza. ¿Qué es la esperanza? La certeza de que acontecerá, la certeza del futuro. ¿En qué se fundamenta? En la certeza de algo presente. «Yo te digo: veréis abrirse los cielos y al Hijo del Hombre». <sup>35</sup> «Yo os lo digo», y por esta razón, todo se recompone y se asegura en la experiencia presente. Una experiencia presente que es un encuentro con algo impensable, no imaginable, no descifrable totalmente, porque Juan y Andrés no comprendían bien lo que decía aquel hombre al que veían hablar en la pequeña casa de Galilea y, sin embargo, era evidente que decía la verdad, tanto que, al volver a casa, repitieron a los demás ciertas frases que Él había dicho: «Hemos encontrado al Mesías». <sup>36</sup> Pero no comprendían qué quería decir «el Mesías», no lo comprendieron ni siquiera después de morir, porque cuando resucitó, lo primero que le preguntaron tras sufrir el extraordinario impacto inicial, fue: «¿Cuándo nos harás jefes de tu reino?». <sup>37</sup> Seguían teniendo la misma mentalidad que los demás. Y Cristo no responde: «¡Ni siquiera sabéis de qué habláis!», sino: «Esto nadie lo puede saber, ni siquiera el Hijo del Hombre, tan sólo el Padre que está en los cielos». <sup>38</sup> «Ese día» es un misterio –el día que soñaba Camus<sup>39</sup>–; la gracia que penetra en todo, el sol que esperamos, «ese día» no llega por nuestro afán, sino como una gracia grande.

<sup>34</sup> R. Voillaume, *Come loro*, Ed. Paoline, Roma 1979.

<sup>35</sup> Jn 1, 51.

<sup>36</sup> Jn 1, 41.

<sup>37</sup> Hch 1, 6.

<sup>38</sup> Hch 1, 7.

<sup>39</sup> A. Camus, *Carnets*, Losada, Buenos Aires 1963.

Perdonad una última cosa, ¿cómo puede un pobre hombre –como él, como yo– sostener algo así durante años y años, preocupándose de centenares y centenares de personas? ¿De quién es la fuerza? ¿Nuestra? No, es algo distinto: es un mundo nuevo que se ha insertado en el mundo viejo y camina como una corriente de agua que horada la tierra, abriéndose paso como un río hasta llegar al mar. Entonces ¡qué bello será nadar!, más aún, ¡haremos surf!

## TERCERA PARTE

### CARIDAD

#### Capítulo Séptimo LA CARIDAD

Vamos a hablar hoy del tercer pilar que mantiene en pie el templo de Dios, la realidad como templo de Dios, la realidad en cuanto vivida por el hombre, ya que la realidad es templo de Dios en la medida en que es vivida por el hombre. Lo hemos cantado antes en las Laudes: «La tierra celebra gozosa a Cristo que vence la muerte»:<sup>1</sup> es en nuestra conciencia donde la tierra celebra gozosa. La tierra no se mueve, la tierra no se ríe, la tierra no está alegre; tampoco los perros que, en todo caso, muestran sus dos ojos redondos con una especie de sonrisa dentro, en los que se ahoga quién sabe qué sensación (¿os acordáis de aquel pasaje de Miguel Mañara,<sup>2</sup> en el que, influenciado por Jerónima, se despierta, como si despertara tras una larga enfermedad?). El hombre no es un perro, por eso la tierra celebra gozosa a través de la conciencia del hombre. La conciencia del hombre es la capacidad que el hombre tiene de reunir todas las cosas en unidad con su destino, con su origen y su destino: une, y por eso, es el instrumento del Creador para cumplir su obra.

<sup>1</sup> «La luz de la aurora ya brilla», himno de las Laudes del domingo, *El libro de las horas*, o. c., pp. 44-45.

<sup>2</sup> «Sí Jerónima, decís la verdad, no soy como era. Veo mejor; y, sin embargo, no era ciego; pero quizás era la luz lo que faltaba; porque la luz externa es poca cosa, no es la que nos ilumina la vida. Vos habéis encendido una lámpara en mi corazón. ¡Aquí estoy como el enfermo que se duerme en las tinieblas, con la brasa de la fiebre sobre la frente y el hielo del abandono en el corazón, que después se despierta sobresaltado en una hermosa habitación en la que cada cosa está inmersa en la música discreta de la luz; soy el amigo que lloraba desde hacía largos años, soy el amigo que ha vuelto de tierras situadas más allá del océano y que sonríe con los ojos más serenos, más prudentes que hace un tiempo, y encuentra a toda la familia, a los ancianos con las cabezas blancas y a los niños vestidos con un resplandor de grano maduro, y encuentra al perro gordo y viejo, con sus ojos redondos, colmos de una tierna sonrisa, con las fauces abiertas y llenas de ruidos de alegría para festejar al hombre salvado del diluvio de las tinieblas! ¡Qué lugar de paz habéis hecho de mi corazón, Jerónima! Gracias, gracias infinitas». (O. V. Milosz, *Miguel Mañara*, Ed. Encuentro, Madrid 1991, pp. 35-36).

#### *1. La intimidad de una presencia que la fe reconoce*

La caridad, este tercer pilar que mantiene en pie el gran templo de Dios que es el mundo, señala el contenido más profundo, descubre lo íntimo, descubre el corazón de la Presencia reconocida por la fe.

Hay un capítulo en el Evangelio que, tras haberlo leído cincuenta y cuatro veces, quizás pueda penetrar un poco en vosotros, porque es la síntesis expresiva de lo que queríamos empezar a deciros; es el capítulo diecisiete del Evangelio de San Juan, el testamento de Jesús.

Ahora empezaremos a dar los pasos necesarios para poder entender algo, lentamente; después los retomaréis en casa, si bien estas cosas entran en nosotros más por ósmosis, por presión osmótica, que por una banal pretensión de análisis que las aclare; entran en nosotros si miramos el misterio de Cristo, como Juan y Andrés, que lo miraban hablar y no hablaban.

La caridad indica el contenido más profundo e íntimo de aquella suprema realidad que la fe nos hace reconocer. La fe nos obliga a reconocerlo; ¿por qué estamos obligados a reconocerlo? Obligados significa que no seríamos razonables si no lo reconociéramos. ¿Por qué? Porque la razón es la conciencia de la realidad según la totalidad de sus factores. Nos encontramos ante el factor que corresponde a las exigencias de nuestro corazón –es más, que las «yergue», como un hombre que se pone de puntillas para ver algo que quiere ver y todavía no ve, que estira el cuello y todavía no lo ve, pero lo que quiere ver está, porque se oye su voz– y es inexplicable, es decir, no es deducible a partir de lo que el hombre experimenta.

Está en la experiencia, porque se percibe, y al seguirlo produce un efecto, cambia las cosas; pero sobre todo dialoga imperiosamente con el corazón y responde a una exigencia, a otra, a otra, a las exigencias constitutivas de nuestro ser. No se puede entender cómo ni cuándo, pero su fisonomía excepcional, su Presencia excepcional, está allí; si no lo reconociera presente porque no lo entiendo, porque no entiendo cómo está presente, actuaría contra la razón. Porque la razón dice «está» o bien «no está». Decir «está» y añadir «no sé explicarlo», deja a la razón perfecta y dignamente coherente consigo misma. Otra cosa es que, desde el momento del encuentro, lo que la razón más desea llegar a comprender es esta presencia (¡ojalá lograra adentrarse en ella!, ¡ojalá pudiera caminar dentro!). Pero entiende que no logra ni siquiera indicar cómo puede suceder esto; debe seguir sencillamente lo que se le ha mostrado en su experiencia presente, no pensable, no previsible ni consecuencia de factores antecedentes, como dice *In cammino*.<sup>3</sup>

Sin «razones»

Antes de explicar los dos factores que hay que aclarar para empezar a comprender la palabra caridad, quizá sea adecuado recordar que ya la etimología de la palabra es significativa. Caridad deriva del griego *caris*, «gratis», «gratuidad». La caridad, por tanto, evoca la forma suprema de la expresión amorosa. La gratuidad –donde cualquier cálculo queda desterrado, cualquier espera de recompensa, cualquier previsible ventaja– implica la total ausencia de «razones» que pueda entender la razón, que la razón pueda

explicar. La caridad implica la ausencia de razones, es decir, de intereses, de cálculo, de medidas proporcionales a lo que se espera: en resumen, de cualquier devolución.

Normalmente, la razón de una acción es lo que se obtiene a cambio. Es una contrapartida: realizando tal acción gano dinero a final de mes; dando dinero a una persona, haciéndole regalos a otra, obtengo a cambio su apego a mí, del que siento necesidad como afecto o del que siento necesidad como colaboración para algo. La caridad, en cambio, es la abolición total –total en el sentido absoluto del término– de cualquier devolución. Es decir: la caridad actúa por puro amor, sólo por amor.

¿Sólo por amor? También actúa por amor uno que da dinero a otro calculando algo a cambio; la caridad actúa por puro amor en el sentido de: *dado, hecho*. Dado, hecho; no hay ningún otro apéndice, no hay nada más que añadir.

¿Y si el otro no me lo reconoce? No importa, lo hago igual. Y de hecho, ¿qué es el amor sino querer el bien del otro? No para obtener yo algo, sino por el bien del otro; y el bien del otro es la relación con su destino. La relación con su destino es la relación con una Presencia, porque su destino se ha hecho uno que camina por las calles, que toma en brazos a los niños, que mira a la sociedad y llora desde lo alto de la colina, que es tenido por un malhechor y crucificado, mientras el asesino queda liberado.

La caridad es amor puro –se dice–, consiste por entero en querer el bien del otro y lo que se quiere es el bien-bien del otro, es decir su destino, su relación con Cristo.

Puede darse que alguno de estos aspectos no sean conscientes en quien vive la caridad, pero están implícitos en él.

<sup>3</sup> L. Giussani, *En camino*, o. c., pp. 14-18. La razón de la caridad

También la caridad está sostenida por una razón, porque si no estuviera sostenida por una razón, no sería razonable; la caridad es un gesto humano, si no estuviera sostenida por la razón no sería razonable. Pero la razón que sostiene a la caridad es total y exclusivamente el objeto del amor, el objeto auténtico del amor. ¿Cuál es el objeto auténtico del amor? El bien del otro, el destino del otro, por tanto, su relación con Cristo. La razón de la caridad, es decir, de la gratuidad, es únicamente ésta, que es la razón más humana que existe, porque los cálculos también los puede hacer un animal.

## *2. Caridad: Don conmovido de uno mismo*

Puesto que éste es el tema que debe dominar en nuestra vida, hoy daremos, como he dicho, los primeros pasos, que después vosotros desarrollaréis en vuestros encuentros semanales, en vuestras conversaciones colectivas o en vuestra meditación personal, pero sobre todo en la súplica mendicante a Cristo que viváis.

Dos factores constituyen y caracterizan la caridad cristiana. Caridad es una palabra que



podemos utilizar todos: «Por caridad, señor diputado, ¡déme ese puesto en el ayuntamiento! ¡Por caridad, hágame este favor!». Sin embargo, hoy estamos hablando del concepto cristiano y auténtico de la caridad, es decir, del concepto verdadero de amor. ¿Por qué la caridad es el concepto verdadero de amor? Porque su razón es la razón total, única, exhaustiva, del amor: la razón del amor que identifica el objeto que quiere con el bien del otro, con el destino del otro. ¿Cómo se puede entender la figura de Cristo o leer con inteligencia y con emoción adecuada una página del Evangelio si no se tiene en cuenta esto? Pero, ¿por qué Jesús miraba a su alrededor? Perdonadme, ¿por qué Carlo se interesa por vosotros? Me acuerdo del día en que vino a decirme que su profesor le iba a dar la cátedra de Química en la Universidad de Palermo. Y él dijo: «Yo la rechazo, porque si la acepto, pierdo la vocación». Pero, ¿cuál era su vocación sino lo que le veis hacer? ¿Por quién? Por vosotros. Y, ¿quiénes sois vosotros para él? ¿Quién le obliga a hacerlo?

a) *Puro don de sí*. En primer lugar, la relación de Dios con el hombre, del Misterio con el hombre –lo llamamos Misterio porque Dios es misterio y es misterio Dios hecho hombre, Cristo–, se muestra al hombre como gratuidad, esto es, como caridad. Se puede decir con San Juan: la naturaleza misma de Dios es caridad.<sup>4</sup> La naturaleza es la hechura por la que uno actúa de una determinada manera; la naturaleza es el origen de las acciones, por eso, si uno actúa con caridad es porque tiene la naturaleza que da origen a la caridad. Y de hecho San Juan dice: «*Deus charitas est*», Dios es amor, pero amor en su sentido total y absoluto, es quien quiere el bien del otro.

La naturaleza de Dios se revela como gratuidad porque Él se ha dado al hombre. Don es la primera palabra con la que se identifica el término gratuidad, el término caridad o el término amor. Es puro don, sin nada a cambio –como ya hemos comentado–; sin nada a cambio quiere decir que se trata de puro don. La naturaleza de Dios es dar, se manifiesta al hombre como don, dar sin nada a cambio, puro don.

¿Qué te da? A sí mismo, es decir, el Ser. El Ser, porque sin Él nada de lo que existe habría sido creado: «Sin mí no podéis hacer nada».<sup>5</sup> Imaginad la escena de la noche del Jueves Santo. Todo estaba contra ellos y Jesús seguía hablando –aquel largo discurso que leemos juntos el Jueves Santo<sup>6</sup>–, aquellos hombres que estaban acostumbrados a oírlo hablar y que lo miraban mientras hablaba, observando todos sus gestos, le prestaban más atención de lo habitual, estaban totalmente absortos. Aquel hombre que, como de costumbre, había metido la mano en la fuente para comer con ellos, se detuvo de pronto y dijo: «Sin mí no podéis hacer nada...». Pero, ¡el único que puede hablar así es Dios!

La naturaleza de Dios se presenta al hombre como don absoluto: Dios se da, se da a sí mismo al hombre. Y, ¿qué es Dios? La fuente del ser. Dios da el ser al hombre: da al hombre ser, da al hombre ser más, crecer; da al hombre el ser completamente él mismo,

crecer hasta su plenitud, es decir, da al hombre el ser feliz (feliz, es decir, totalmente satisfecho o perfecto; como siempre he dicho, perfecto y satisfecho en latín y en griego son la misma palabra: *perfectus*, es decir perfecto o cumplido, un hombre satisfecho es un hombre que ha llegado a su plenitud).

Se ha dado a mí dándome su ser: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza».<sup>7</sup> Y más tarde, cuando el hombre menos se lo esperaba, cuando no podía ni siquiera soñarlo, cuando ya no se lo esperaba, cuando ya no pensaba en Aquel de quien había recibido el ser, éste vuelve a entrar en la vida del hombre para salvarla, vuelve a darse a sí mismo muriendo por el hombre. Se da por entero, don de sí mismo total, hasta llegar a: «Nadie ama tanto a sus amigos como quien da la vida por ellos».<sup>8</sup> Don total.

<sup>4</sup> 1 Jn 4, 16.

<sup>5</sup> Jn 15, 5.

<sup>6</sup> Se refiere al encuentro de los universitarios de CL que tradicionalmente tiene lugar en la Cartuja de Pavía con ocasión del Jueves Santo; durante la mañana se leen los capítulos 14-15-16-17 del Evangelio de San Juan.

<sup>7</sup> Gn 1, 26.

Pero aquí encontramos un último matiz: lo que Cristo nos da al morir por nosotros –al morir porque lo hemos traicionado– para purificarnos de nuestra traición, lo que nos da, es más grande que lo que se nos debía. Esto es como un ángulo abierto al infinito que hay que sondear y experimentar con el tiempo de la vida que pasa. Cristo nos da más de lo que era necesario para salvarnos: donde abundó el delito, sobreabunda la gratuidad. Hizo más de lo que era necesario para salvarnos. Para salvarnos hubiera podido decir simplemente: «Padre, perdónalos», bastaba con esto. Mientras comía recostado durante la última cena, podría haber dicho: «Padre, perdónalos». Bastaba con esto, es más, bastaba con decir: «Sí, Padre, envíame a mí», y entrar en el seno de María, haciéndose niño, haciéndose hombre. Bastaba sólo con esto. En cambio, no: «Donde abundó el delito, sobreabunda la gracia».<sup>9</sup> En resumen, el concepto fundamental que despliega todo el valor del término caridad o gratuidad –delineando de este modo la naturaleza de Dios, el modo de actuar de Dios que debemos imitar porque es el Padre– es el don de sí mismo. La moralidad es el don de uno mismo, como explica el capítulo octavo del segundo libro de la Escuela de Comunidad.<sup>10</sup> No sólo esto: perdona la traición del hombre, el renegar del hombre, su distracción...

Amigos, para entender qué es la traición tenemos que pensar en nuestra propia distracción, porque es una traición pasar los días, las semanas, los meses... por ejemplo, ayer por la noche, ¿cuándo hemos pensado en Él? ¿Cuándo hemos pensado en Él seriamente, con el corazón, el mes pasado, en los últimos tres meses, desde octubre hasta ahora? Nunca. No hemos pensado en Él como Juan y Andrés pensaban en Él mientras lo miraban hablar. Si nos hemos preguntado por Él, ha sido por curiosidad, por análisis, exigencia de análisis, de búsqueda, de aclaración, de claridad. Pero pensar en Él como

uno, enamorado de verdad, piensa en la persona de quien está enamorado (¡incluso en este caso es muy raro que suceda porque todo se calcula en función del interés!), puramente, de modo absoluta y totalmente desprendido, como puro deseo de bien... ¡tanto que si el otro no te lo reconociera, tú alimentarías todavía más el deseo de su bien!

<sup>8</sup> Jn 15, 13.

<sup>9</sup> Rm 5, 20.

<sup>10</sup> Cfr. L.Giussani, *Los orígenes...*, o.c., pp. 103-125.

b) *Conmovido*. El segundo factor –el primero es el esencial– es como el adjetivo al sustantivo, es adjetival; que sea adjetivo significa que se apoya, que se apoya en el sustantivo, por eso se considera secundario respecto al primero. Y, sin embargo, es el más impresionante, y nosotros –lo apostaría– jamás lo hemos pensado y no lo pensaríamos nunca si Dios no nos hubiera puesto juntos.

¿Por qué Dios se entrega a mí? ¿Por qué se dona a mí creándome, dándome el ser, es decir, a sí mismo (se da a sí mismo, esto es, me dona el ser)? ¿Por qué, además, se hace hombre y se me da para hacerme de nuevo inocente –como dice el canto de hoy<sup>11</sup> – y muere por mí (lo que no era en absoluto necesario: bastaba con un chasquido de dedos y el Padre habría tenido que actuar)? ¿Por qué muere por mí? ¿Por qué este don de sí mismo hasta el extremo de lo concebible, más allá del extremo de lo que se pueda concebir?

Llegados a este punto tenéis que buscar y aprender de memoria la frase del profeta Jeremías, en el capítulo treinta y uno, versículo 3 y siguientes. Dice Dios a través de la voz del profeta que en Cristo se realiza (pensad en la gente que estaba con aquel hombre, aquel hombre joven que obraba estas cosas): «Te he amado con un amor eterno, por eso te he atraído hacia mí [es decir, te he hecho partícipe de mi naturaleza], teniendo piedad de tu nada», yo siempre he traducido así esta frase. «Teniendo piedad de tu nada». ¿Qué significa? ¿De qué se trata? ¡De un sentimiento, de un sentimiento! De un valor que es sentimiento. Porque el afecto es un sentimiento; tener «afecto por» es un sentimiento, pero es un valor. Es un valor en la medida en que tiene razones; si no tiene razón alguna, no hay afecto que sea un valor, porque falta la mitad del yo, el yo está partido al nivel del ombligo, tan sólo queda una parte, la baja.

«Teniendo piedad de tu nada»: es bonito descubrir esta piedad en el Evangelio, por ejemplo, –y esto se relata dos veces–, cuando una tarde al ver su ciudad desde la colina, lloró por ella, pensando en su ruina.<sup>12</sup> Aquella ciudad lo mataría algunas semanas después, pero esto a Él no le importaba.

Y justo antes de que lo prendieran, frente al esplendor del oro del templo iluminado por el sol que se ponía, *edákruse*, dice el texto griego, sollozó ante el destino de su ciudad.<sup>13</sup>

Era una piedad como la de una madre que se aferra a su hijo para no dejarlo ir por el camino mortal que tomaría.

<sup>11</sup> «En esta alegría de Pascua, nos hace de nuevo inocentes» («La luz de la aurora ya brilla», himno de las Laudes del domingo, *El libro de las horas*, o.c., pp. 44-45).

<sup>12</sup> Lc 13, 34-35.

<sup>13</sup> Lc 19, 41-44.

En otro contexto, señalo primero un pasaje de San Lucas porque esta piedad se nota más en él que en el resto de los Evangelios (San Lucas con San Juan y San Marcos con San Mateo; Mateo era un hebreo, Lucas, sin embargo, era un pagano): va por el campo con sus discípulos que arrancan unas espigas porque tienen hambre; llegan al pueblo de al lado y ven pasar un cortejo fúnebre. Él pregunta: «¿Quién es?». «Es un joven –*adulescens*, un adolescente– que ha muerto y su madre es viuda. Ha perdido a su único hijo y es viuda». De hecho, detrás del féretro va la madre llorando y gritando. Jesús se adelanta y le dice: «Mujer, ¡no llores!», que era algo inconcebible. Aparte de que está entre lo ridículo y lo absurdo, ¿cómo se puede decir a una mujer que sigue en aquellas condiciones al féretro de su hijo: «No llores»? Era el rebotar de una piedad, una compasión desbordante.<sup>14</sup>

O bien, podemos imaginar cuando pasa bajo aquel árbol en el que está agazapado Zaqueo –el jefe de la mafia de todo el nordeste de Jerusalén, de Jericó–. Se para: lo último que habría pensado Zaqueo era esto. Él se para y lo mira: «Zaqueo [dice su nombre], Zaqueo, baja enseguida, voy a tu casa».<sup>15</sup> ¡Entre nosotros no existe una posibilidad de ternura como ésta! Somos sórdidos, zafios, somos piedras frente a esto: «¡Zaqueo!».

O bien, y son los casos más sintomáticos, cuando se entera de que un amigo suyo, Lázaro, ha muerto: «Entonces rompió a llorar»; todavía estaba a tres días de camino, un viaje largo por hacer. Apenas lo supo, lloró. Tanto es así que los judíos que estaban allí cerca dirán más tarde: «¿Él, que ha curado al ciego de nacimiento, no podía haber impedido que muriese su amigo?».<sup>16</sup> ¡Fijaos qué vínculo afectivo!

Quiero decir que esta caridad de Dios por el hombre, este don de sí mismo está hecho de una emoción, de una conmoción. Se puede tener compasión por un animal que se está muriendo, pero no se puede tener conmoción por él; ¡por el hombre sí!

La caridad de Dios por el hombre es una conmoción, un don de sí mismo que vibra, que se agita, que se mueve, que se realiza como emoción, en la realidad de una conmoción: se conmueve. ¡Dios que se conmueve! «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él», dice el salmo.<sup>17</sup>

Pero hay un pasaje en el Evangelio que no es muy conocido –lo hice leer por primera

vez este año en Semana Santa—; es el capítulo doce de San Juan. Cuando lo iban a prender —sabía que por la noche lo prenderían, pero seguía paseando entre la gente—, había allí en Jerusalén un grupo de paganos que habían acudido por Pascua a curiosear. «Entre los que habían ido para el culto durante la fiesta, había también algunos paganos griegos. Éstos se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea... [desde el punto de vista histórico esta anotación tiene un valor enorme —como deberíais saber si habéis leído alguno de los artículos del *Il Sabato* y *30 Días*,<sup>18</sup> pero sobre todo por los libros de historia y de exégesis acerca de los textos evangélicos y su origen— porque Betsaida era el punto de confluencia de las caravanas que provenían de todo el horizonte geográfico, y por eso en Betsaida todos conocían el griego. Pero aquí el evangelista lo da por supuesto, no tiene que demostrar nada a nadie]. Se acercaron a Felipe que era de Betsaida de Galilea, y le dijeron: ‘Señor [incluso el uso de esta palabra, en el vocabulario griego, pagano, era una palabra de respeto], queremos ver a Jesús [¿Queremos ver a Jesús? ¿Quién es este Jesús?!]’. Felipe fue a decírselo a Andrés [a otro que no sabía qué hacer], y luego Andrés y Felipe fueron juntos a decírselo a Jesús. Jesús respondió: ‘Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado [era la primera vez que aquellos por los que había venido —el mundo entero, la realidad pagana del mundo, la realidad no estrictamente judía del mundo— deseaban verlo]. En verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, se queda solo; si en cambio muere, da mucho fruto [es necesario morir por el destino del hombre, por el bien del hombre]. Quien ama su vida en este mundo la pierde [quien se queda apegado a sí mismo se pierde], y quien odia su vida [quien usa su vida para darla: odia es un término hebreo que no tiene el mismo significado que para nosotros], la conservará para la vida eterna. Quien me quiera servir que me siga, y donde yo esté allí estará también mi siervo. Y será honrado como el Padre me honra a mí. Ahora [en este momento] mi alma está turbada [mi alma de hombre está turbada, tiene miedo: sabía que iban a prenderlo]. Y ¿qué voy a decir? Pero, ¿si para esto he llegado a esta hora! [¿si he venido para morir! Ahora mi alma está turbada, pero ¿qué voy a decir? pero, ¿si he venido para morir!]]’».

<sup>14</sup> Lc 7, 11-17.

<sup>15</sup> Lc 19, 1-10.

<sup>16</sup> Jn 11, 1-44.

<sup>17</sup> Sal 8, 5.

He aquí el punto: Dios se ha conmovido por nuestra nada. No sólo esto: Dios se ha conmovido por nuestra traición, por nuestra tosca pobreza, olvidadiza y traidora, por nuestra mezquindad. Dios se ha conmovido por nuestra mezquindad, que es más aún que estar conmovido por nuestra nada. «He tenido piedad de tu nada, he tenido piedad de tu odio hacia mí. Me he conmovido porque tú me odias», como un padre y una madre que lloran de conmoción por el odio de su hijo. No lloran porque los hiera, lloran de conmoción, es decir, con un llanto totalmente determinado por el deseo del bien de su hijo, del destino del hijo: que el hijo cambie, por su destino; que se salve. Es una

compasión, una piedad, una pasión.

<sup>18</sup> El semanario *Il Sabato* y la revista mensual *30 Días* han propuesto con numerosos artículos, desde el año 1991, el problema de la historicidad de los Evangelios y de la apostolicidad de la tradición romana.

Ha tenido piedad de mí, que era tan mezquino en mi olvido. Si nuestra vida se desenvuelve normalmente, es difícil que podamos encontrar en el día que hemos pasado, pecados particulares, pero *el* pecado es la mezquindad de la distracción y del olvido; el pecado es la mezquindad de no traducir en novedad, de no hacer que resplandezca de luz nueva lo que hacemos, como una aurora: lo dejamos opaco, así como viene, sin impactar a nadie, sin ofrecerlo al esplendor del Ser.

Ha tenido piedad por mí y por mi nada y me ha elegido; me ha elegido porque ha tenido piedad de mí, ¡me ha elegido porque se ha conmovido de mi mezquindad!

Lo que caracteriza la entrega del Misterio –el Misterio supremo y el Misterio de este hombre que es Cristo, Dios hecho hombre–, lo que cualifica la dedicación del Misterio a nosotros, la entrega con la que el Misterio crea el mundo y perdona la mezquindad del hombre –y lo perdona abrazándolo; mezquino, inmundo, y Él lo abraza– es una emoción, es como una emoción; es una conmoción, contiene una conmoción.

La observación que exalta la maternidad de Dios –como dice Juan Pablo I<sup>19</sup>–, el aspecto maternal de Dios, el aspecto femenino de Dios (sin enfatizarlo como ahora hacen hasta vaciarlo de contenido serio y reducirlo a la nada) es justamente ésta.

Fijaos que la entrega de Dios al mundo y al hombre es una teoría que puede encontrarse en cualquier religión panteísta. En cualquier religión panteísta Dios se une al hombre y al mundo para llevar a cabo el orden del mundo, para realizar el orden del hombre, para realizar la armonía del todo. Es la frase que me dijeron los bonzos budistas de Nagoya, en Japón, cuando fui a dar una conferencia: «Para llevar a cabo la armonía del mundo». Yo di entonces mi conferencia describiendo el concepto de armonía –que exaltaba todos los particulares, hasta los cabellos de la cabeza (ellos exaltan las flores, las plantas, pero no los cabellos; ¡pero los cabellos son como las flores!)–, concepto que es común al cristianismo, que el cristianismo comprende y afirma. Pero en los últimos tres minutos dije que esta armonía ha entrado en las entrañas de una muchacha y de allí nació un hombre: un hombre. Un hombre es la armonía de la totalidad.

<sup>19</sup> Cfr. Juan Pablo I, *Angelus* del 10/9/1978, en «Avvenire», 29/9/78, inserto especial, p. 4.

En todas las demás concepciones esta unidad de Dios con el mundo o con el hombre se explica de un modo árido y mecánico. Es como en el caso del doctor Schweitzer: debes dedicarte, «debes»; como los terciaristas del postconcilio y de la postguerra: ir allá, sacrificarse por la humanidad; debes ir allá, esto no es conmoción.

La conmoción nace de un juicio

Pero hay que prestar atención a un particular: esta conmoción y esta emoción entrañan, conllevan, un juicio y un palpar del corazón. Es un *juicio*, por eso es un valor – digámoslo así– racional, no tanto porque pueda ser reconducido y reducido a un horizonte abarcable por nuestra razón, sino racional en el sentido de que da razones, lleva consigo su razón. Y se convierte en *un palpar del corazón* por esta razón. La emoción o conmoción que no lleve consigo este juicio y este estremecerse del corazón no es caridad. ¿Cuál es su razón? «Te he amado con un amor eterno, por eso te he hecho partícipe de mí, teniendo piedad de tu nada»: el corazón se estremece por la piedad de tu nada, pero la razón es que tú participes en el ser.

Ante la nada, como ante un animal, se puede usar el término compasión; pero ante el hombre –así concluimos, retomando lo que dije antes– no puede utilizarse otro término más que conmoción, porque el hombre está llamado a la felicidad, el hombre es grande y está llamado a la felicidad, el hombre es grande como Dios y está llamado a la felicidad de Dios. Que esté aplastado por la mezquindad, destruido por la distracción, vaciado y devuelto a la nada por una pereza sin medida, esto genera realmente compasión.

Hemos dado la definición de caridad y descrito los dos factores principales que la constituyen. Es un don de sí (entrega, don de uno mismo) hasta la muerte: la muerte de Cristo revela, nos desvela, la totalidad de la entrega con la que el misterio de Dios se dona para nuestra salvación. La conmoción por lo que es Cristo convierte de repente en humano

–imprevisible e incomprensiblemente humano y, aun sin comprenderlo, nos hace percibir de inmediato como humano– el don de sí que el Misterio realiza, que Cristo cumple. La conmoción por nuestra vida destinada a... como dice Thomas Mann en su primera página de *José y sus hermanos*: «Esta vida humana, por naturaleza feliz y contra natura tan infeliz»; las palabras no son exactas, pero sí el concepto;<sup>20</sup> Thomas Mann puede escribirlo como emoción estética, ¡Dios lo ha vivido hasta la muerte, por una conmoción de madre!

### 3. «Perfectos como vuestro padre»

Llegamos a un tercer punto o, si queréis, a una segunda parte de nuestra meditación. Hemos dicho que la palabra caridad indica la naturaleza misma de Dios y, por tanto, desvela la naturaleza de todas las acciones que Dios realiza y de las relaciones que Dios establece: tierna comunicación de sí mismo, da el ser a todo, con conmoción.

Recuerdo que en Varigotti, hace cuarenta años, vi a un gatito que, al tropezar con una cuerda para colgar la ropa, cayó de un segundo piso y se despanzurró; a dos palmos de allí se encontraba otro gatito de su misma camada; se quedó mirándolo fijamente durante un instante y luego se fue lentamente... las relaciones entre los hombres son así. Sólo Dios traspasa esta extrañeza y se entrega a su criatura sacándola de la nada por piedad y,



por conmoción, reconstituyéndola continuamente en una inocencia donde asoma la alegría.

Entonces, primera carta de Juan 4, 11-21: «Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. En esto conocemos que permanecemos en Él y Él en nosotros: en que nos ha dado su Espíritu. Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo como Salvador del mundo. Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios. Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en Él. Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él».

También nosotros debemos amarnos unos a otros: la moral es imitar a Dios en esto, es seguir a Jesús, es decir, imitar al Padre.

Es curioso el Evangelio cuando dice: «Sed perfectos como vuestro Padre es perfecto».<sup>21</sup> Perfecto como nuestro Padre; pero, ¿quién es capaz? Como recomendación es desconsiderada, como recomendación produce el efecto contrario: el miedo. Sin embargo, hay en San Lucas un paralelismo que explica lo que quiere decir: «Sed misericordiosos como el Padre que está en los cielos es misericordioso».<sup>22</sup> La perfección es esta conmoción en acto por las necesidades del hombre: necesidad de felicidad y de ser; de felicidad y de destino; de ser, de destino, de felicidad.

Es la conmoción por la necesidad última del hombre: el «para qué» nace el hombre. Sería injusto traer al mundo a los hijos si no existiese el destino de felicidad —esto ya lo decía desde el primer año que daba clases de religión en el *Liceo Berchet*, y desafiaba a los chicos a que me dijeran si esto no era cierto y todos se callaban, todos, incluso los mayores adversarios, incluso los actuales exponentes de la Mondadori, incluso Angelo Rizzoli, incluso Del Pennino, de los Republicanos, Strik Lievers, que eran todos de la misma edad. Y decía: «¿Tenéis algo que decir?» y ellos se callaban—, sería injusto traer al mundo a los hijos si no fuese para la felicidad, porque dar a luz significaría poner al hijo ante el peligro de los dolores más atroces. El primero de estos dolores sería la ausencia de sentido de su existencia, del que escaparía sólo siendo inconsciente, tonto; el ideal del hombre para salvarse sería, por tanto, ser tonto.

Debemos seguir a Jesús y debemos participar en la misericordia del Padre. Cuando el Papa describe en su encíclica la misericordia de Dios

—que es esta conmoción con la que Dios se da al hombre, se entrega a sí mismo al hombre hasta morir por él—, dice que esta misericordia en la historia tiene un nombre: Jesucristo.<sup>23</sup>

Por eso, después de la primera carta de Juan que he citado, tenéis que leer la primera carta a los Corintios de San Pablo, el famoso capítulo trece: «Aunque hablara las lenguas de todos los hombres, si no tengo caridad soy como bronce que suena o címbalo que retiñe [no soy factor de universalidad, de ecumenismo; aunque hablara las lenguas de todos los hombres y sostuviera las ideas de todos, no sería ecuménico]. Aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia [pudiera explicarlo

todo], aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas [una fuerza de fe como para transportar montañas], si no tengo caridad, nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes y entregara mi cuerpo a las llamas [¡cual precursor de Jan Palach!], si no tengo caridad, de nada me sirve».

¿Pero entonces qué te sirve? ¿Qué moralidad es ésta, que incluso dar tu cuerpo a las llamas por un ideal no sirve para nada, y ser un «Einstein» no sirve de nada, y ser un «Gandhi» no sirve de nada? ¿Qué caridad es ésta sin la cual no somos nada? El primer objeto de la caridad del hombre se llama Jesucristo. El primer objeto del amor y de la conmoción del hombre se llama «Dios hecho carne por nosotros», y, porque existe este Cristo, ya no hay ningún hombre que no me interese. ¡Habría que leer ciertas notas de Madre Teresa y de sus hermanas! Especialmente una que siempre leía hace años, que habla de cuando una hermana de Madre Teresa encontró a un hombre a punto de morir, en una cloaca al aire libre; lo tomó consigo, lo llevó a casa, lo lavó, lo arregló y aquel hombre dijo: «He vivido como un desgraciado y muero como un rey». ¡Sólo un cristiano puede hacer esto!

Amar a Cristo y en Él, es decir, según su modalidad, a los hermanos; dedicación de uno mismo (don de uno mismo) y conmoción por los demás, por el otro. En conclusión, se trata del yo que afirma al tú, es el yo que se realiza exhaustivamente al afirmar al tú, es el yo que se consume, que muere por el tú. El drama queda resuelto.

Coki me ha recordado este texto conmovedor de Péguy: «Así como su libertad fue creada a imagen y semejanza de mi libertad, dice Dios, / Así como su libertad es el reflejo de mi libertad, / Me gusta encontrar en ellos como una cierta gratuidad / Que sea como un reflejo de la gratuidad de mi gracia, [gracia es cualquier acción con la que Dios crea, porque el acto de Dios es creador]. Que sea como creada a imagen y semejanza de la gratuidad de mi gracia. / Me gusta que en cierto sentido recen no sólo libremente, / sino como gratuitamente. / Me gusta que caigan de rodillas no sólo libremente, sino como gratuitamente. / Me gusta que se entreguen y que entreguen su corazón y que se repongan y que se muestren y que aprecien no sólo libremente, sino como gratuitamente. / Por último, me gusta que amen no sólo libremente, sino como gratuitamente. / Pues bien, en eso, con ciertos hombres estoy bien servido. / Es un pueblo que ha venido al mundo con la mano abierta y el corazón liberal. / Que da, que sabe dar. Es gratuito por naturaleza. / Ése, cuando da, no vende, y no presta contando la calderilla [no espera ninguna vuelta, no espera nada a cambio, es más, si le devuelven algo, lo da por otro lado, porque si no se encuentra a disgusto] / Da a cambio de nada. De otro modo, ¿sería eso dar? / Ama a cambio de nada. De otro modo, ¿sería eso amar?». <sup>24</sup>

La verdad de la vida es, por tanto, afirmar el ser –también el objeto de cualquier filosofía es afirmar el ser, incluso cuando lo niegan por algún prejuicio introducido al inicio– y esto conlleva un afecto, un apego, que puede ser duro como una piedra. Esta afirmación del ser, este afecto al ser puede ser duro como una piedra: «Haré tu rostro duro como la piedra», <sup>25</sup> dijo Dios al profeta Isaías; es duro como la piedra y no puede no convertirse en conmoción.

Un inciso: no existe apego a uno mismo si no está lleno de conmoción. La conmoción

une, dejando separado. Una persona enamorada, para conmoverse verdaderamente, debe permanecer a un metro, incluso a dos, del rostro amado, y sólo al mirar así aquella cara, se conmueve. No existe devoción hacia uno mismo si no está llena de conmoción, porque de algún modo uno «se ve» salir de sí mismo, abandonarse a sí mismo para moverse por amor. De otro modo no verás el amor en el rostro de la persona de la que estás enamorado; ni siquiera en ese caso.

¿De qué fuente, de qué *spring*, nace esta emoción y conmoción de la que hemos hablado y que hemos subrayado como necesaria incluso para amarse a sí mismo, para afirmarse? La fuente de esta conmoción en Cristo, como en mí mismo, es el Espíritu. La fuente de la compasión y de la conmoción es el Espíritu de Cristo; por eso Cristo lo llama el Consolador.

Tu entrega y conmoción pueden ser duras como la piedra; duras como la piedra y, sin embargo, llenas de secreta consolación. Leeréis, en relación con esto, el capítulo octavo de la carta a los Romanos; y luego los pasajes en los que San Pablo describe su vida en los capítulos cuarto, quinto, sexto y séptimo de la segunda carta a los Corintios, y me diréis luego si hay alguien que tenga una grandeza como la de este hombre, si puede existir alguien así. ¡Puede existir!, porque Madre Teresa es así, ¡puede existir!, si está lleno de conmoción por Cristo y, por tanto, mira al hombre como lo mira Cristo, con conmoción, pensando en su destino y entregándose por su destino, por el destino del hombre, por tu destino.

<sup>20</sup> En T. Mann, *José ...*, o.c., p. 5, se lee: «Profundo es el pozo del pasado, ¿no deberíamos llamarlo insondable? Insondable, y quizás más que nunca cuando se habla del pasado del hombre. De este ser enigmático que encierra en sí mismo nuestra existencia, por naturaleza alegre, pero más allá de lo natural mísera y dolorosa».

<sup>21</sup> Mt 5, 48.

<sup>22</sup> Lc 6, 36.

<sup>23</sup> Juan Pablo II, *Redemptor Hominis*, cap. IX, 4/3/1979.

<sup>24</sup> Ch. Péguy, *El misterio de los santos inocentes*, o. c., p. 57.

#### 4. La moral es imitar a Dios en la caridad

Hasta aquí hemos visto la caridad en su valor original, que se identifica con las entrañas de Dios, con la sangre de Dios, con la vida de Dios. La caridad es Dios.

Primer punto: Nosotros nacemos de Dios, «La fuente en Ti del ser está».

Intentad imaginar a un niño apenas concebido en el vientre de su madre. Pongamos una paradoja: si el pequeño feto fuera consciente de que todo lo que él es, todo –hasta la mínima gota de sangre, hasta la última célula de su incipiente estructura–, todo en él proviene del cuerpo de su madre y, de hecho, es parte del cuerpo de su madre como la nariz de su madre es parte del cuerpo de su madre, como los pulmones de su madre son parte del cuerpo de su madre; si este pequeño feto pudiera ser consciente, se sentiría fluir por completo del organismo de su madre... Fijaos qué clase de dependencia total –en el

sentido absoluto del término— tendría su autoconciencia, la conciencia que tiene de sí este grumo de realidad de un milímetro cúbico de tamaño. «La fuente en Ti del ser está». Podría decirle a su madre: «La fuente de mi ser está en ti».

<sup>25</sup> Cfr. Is 50, 7.

Al proceder de Dios, la ley del yo es el amor

Por consiguiente, si la caridad es la ley dinámica, el dinamismo de ese movimiento sin fin y sin orillas que es Dios —Dios se mueve entregándose a sí mismo, por una conmoción que lo determina, por una conmoción de la que vive—, todo lo que naciera de este mar de don y de conmoción, el agua que manase de esta fuente infinita, tendría su mismo método, tendría su misma vibración, su mismo movimiento, su ley dinámica, tendría la misma ley: sería caridad.

Por eso, dice San Juan en su primera carta citada la vez anterior: «Si Dios nos ha amado, también nosotros tenemos que amarnos los unos a los otros».<sup>26</sup> No hay relación si no es de amor, no existe relación *verdadera* si no es de amor. Es a lo que Jesús nos invitaba en el Evangelio: «Sed perfectos como vuestro Padre es perfecto», donde hemos visto que perfecto significa misericordioso: sed también vosotros don de vosotros mismos lleno de conmoción, como misericordia es el fluir inmenso del agua de Dios, el flujo inmenso de la sangre de Dios.<sup>27</sup>

¿Cómo se explica la naturaleza de Dios, cómo nos la ha explicado Él, más allá de todas las imágenes que hayan podido construir las filosofías humanas? Una fuente del ser que se da por entero, generando de este modo al Hijo y desbordándose de esta relación una energía amorosa y conmovida idéntica a la suya, que es el Espíritu Santo. Y, de hecho, San Juan dice que *Deus charitas est*, Dios es amor.<sup>28</sup>

¿Qué significa para nosotros, nacidos de Dios —en quien está la fuente de nuestro ser, infinitamente más de cuanto una madre sea fuente del ser del niño que lleva en su seno—, qué significa que también nosotros tenemos que amarnos los unos a los otros? Si la caridad se revela como don de uno mismo movido por una conmoción, don de sí lleno de conmoción, lo mismo debe ser para nosotros.

<sup>26</sup> 1 Jn 4, 11.

<sup>27</sup> Cfr. Mt 5, 48; Lc 6, 36.

<sup>28</sup> 1 Jn 4, 16.

La ley del yo —ley es la descripción del dinamismo estable con el que una realidad tiende hacia su destino; la ley es la descripción del mecanismo estable con el que algo que está en movimiento tiende hacia su objetivo—, el dinamismo propio del yo y que deriva, por tanto, directamente del dinamismo de Dios, es amar, es decir, darse al otro, conmovidos. No existe dinamismo del yo sin esto.

¿Os acordáis de la frase de Séneca? «Si quieres vivir para ti mismo, tienes que vivir para otro», es decir, si quieres vivir para ti mismo, si quieres realizar tu dinamismo, tienes que vivir para otro, tienes que darte a otro, conmovido, no *a la fuerza*. Era la intuición verdadera de un pagano.

Este es el concepto fundamental, ¿está claro o no? El hombre proviene de Dios —«La fuente en Ti del ser está»— infinitamente más que un niño que nace de las entrañas de su madre; y mientras apenas es un indicio en sus entrañas, su madre es todo, todo, en el sentido literal de la palabra. Si el niño tuviera autoconciencia diría: «tú eres todo para mí».

El yo, procediendo de Dios, tiene como ley el amor. No hay otra ley humana: podemos comprender que el Evangelio es divino justamente porque es el único texto de moral... no es un texto de moral, pero es como si fuera el único texto de moral en el que toda la moral se reconduce al amor. «Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer?», le pregunta el doctor de la ley. Y Jesús responde: «¿En qué se resume toda la ley?». «Ama al prójimo como a ti mismo».<sup>29</sup> La ley del yo es sólo una: amar. Y esto podemos entenderlo, porque es la misma ley que tiene la fuente de la que nace el yo: «La fuente en Ti del ser está». Dios, que es la fuente del ser, tiene sólo un dinamismo, que se puede describir exclusivamente como don de sí, conmovido.

Así nosotros hemos entrado a formar parte, nos hemos asomado al umbral del gran Misterio que hace todas las cosas, al Misterio del Dios Padre que ama generando a su Hijo, haciendo fluir en esta relación la realidad del Espíritu que es idéntica a cada uno de ellos.

La ley del yo es el amor, la ley del yo es darse.<sup>30</sup> Cuando era *Prefecto* en el seminario, me ponía en un banco delante de la clase y la vigilaba; había dos chicos a los que tenía mucho afecto —dos preferencias— y yo me ponía a escribir cuadernos enteros de notas sobre estos temas. Que la ley del yo sea amar significa que no existe el yo, que el yo no se realiza, sino en el amor. Y, de hecho, si no se realiza en el amor, como amor, el yo está insatisfecho, rabioso consigo mismo, hostil a los demás, incapaz de beber y asimilar la belleza de la realidad, aburrido, fácilmente irritable, etcétera... ¡buscad en el diccionario de la Real Academia sinónimos de estas palabras!

<sup>29</sup> Cfr. Lc 10, 25-27.

<sup>30</sup> Cfr. L. Giussani, *Los orígenes...*, o.c., pp. 118-121.

Don de sí hasta el fondo

Segundo punto: la medida de esta ley. La caridad es don de uno mismo hasta el fondo. Si no existe disponibilidad a darse hasta el fondo, no se aplica la ley.

Por eso el amor es verdadero cuando es eterno, cuando se puede concebir, aceptar y

desear como eterno: «Nadie ama tanto como aquel que da la vida por sus amigos». Cuando se aplica la ley del amor en una relación de modo auténtico, verdadero, es decir, dispuesto a ir hasta el fondo, abierto de par en par, disponible hasta el final, dispuesto a la muerte y, por tanto, a la eternidad, cuando alguien se dona así al otro, para el otro él es todo, *todo*. Si el otro supiera reflexionar, al mirar al amigo en esta disposición amorosa hacia él, le diría: «Tú eres todo para mí». Es exactamente lo que San Pablo le decía a Jesús: «No soy yo quien vivo, eres Tú quien vive en mí».<sup>31</sup>

### Moverse por el otro

Tercero. Pero el amor al otro no es algo genérico, como un aire caliente que se levanta de repente en ciertos días primaverales y que hace decir: «¡Ya está aquí el verano!». La dedicación al otro no es algo genérico, es muy concreto. ¿Por qué? Porque el yo vive, no como un nubarrón abstracto, vive como acto; el yo vive como acto, se mueve como acto. Mi yo se levanta, pide, come, va al trabajo. Una realidad de la naturaleza que pueda decir «yo» es algo que se mueve; si se mueve, pasa de una postura a otra, realiza un acto, precisando la evolución de su ser.

Por eso si la ley del yo es darse, el amor es entregarse al otro, darse al otro significa *moverse* por otro.

Se puede estar ahí, encantados, mirando la preciosa pintura de Santo Domingo del Beato Angelico en la pared del fondo; pero si aquel monje estuviera sentado aquí delante y, Luca, jugando a la pelota, al recular con velocidad estuviera a punto de llevarse por delante a Santo Domingo meditabundo, si yo quiero a este buen hombre, corro para parar a Luca, ¿me explico? Querer a alguien significa moverse. Una madre que «quiere» a su hijo, si el niño enferma y ella no da ni siquiera un paso porque «es un poco vaga», el niño podría morir... ¡aunque la madre «lo quiera muchísimo»! Para darse a los demás es necesario moverse por ellos.

<sup>31</sup> Ga 2, 20.

Para hacer que sea, para salvar

Ahora es más fácil entender la pregunta fundamental: ¿moverse para qué? En el caso anterior era para salvar al menos la espalda de fray Domingo de las furias de Luca. ¿Moverse para qué? ¿Para qué se da uno al otro? ¿Qué decía Séneca? «Si quieres vivir para ti mismo, debes vivir para otro». ¿Qué significa vivir para otro? ¿*Vivir para otro*, para qué? ¿Qué significa *para sí mismo*? Entendería si uno dijera: vivir para otro con el fin de llenar el bolsillo con un millón y medio al mes... aparte que después de diez meses, no sabría qué hacer con ello, ¡salvo pasarme todas las noches contándolo!

¿Para qué se da una madre a su hijo? «Come más, come más fruta...», para que sea más consistente su dedicación al hijo, pero, ¿para qué? Para que crezca, ¿no? Pero crecer ¿para qué? Para que sea él mismo, ¡para que se haga un hombre! ¿Y luego? En el

lenguaje religioso se diría: para redimirlo. ¿Qué quiere decir que una madre redime a su niño? Redimir quiere decir hacer que sea, es decir, salvar; en latín salvar significa conservar. Conservar, ¿para qué? Para que llegue a su plenitud, para que sea él mismo por entero y, por eso, para que sea eterno; sin la palabra eterno el yo no llega a ser él mismo y mucho menos a su cumplimiento.

Resumamos todo lo que hemos dicho en todos estos puntos, cada uno de los cuales nos invita a dar un paso específico. El hombre existe para afirmar a Otro que se llama Dios. Ésta es la verdad que conmueve el corazón, conmueve y mueve a actuar. El amor verdadero, es decir, la realización verdadera de la ley del hombre, que es la finalidad del vivir, es afirmar al Ser, afirmar a Otro, «afirmarTe, oh Dios». De manera análoga, dedicarse a un hermano, a otro hombre, existir por otro, actuar por otro, conmovirse por otro, es amor verdadero en cuanto desea que el otro conozca la verdad y viva la verdad de su ser de manera completa. El amor verdadero es mirar al otro y tratarlo con el deseo de que se realice, de que se cumpla su destino. Sin amor al destino no hay amor, sin amor al destino del otro no hay amor a él.

Hemos comentado ya muchas veces algo realmente conmovedor: una madre que nunca haya mirado a su hijo desde dos o tres metros de distancia y, viéndolo jugar o viéndolo escribir en la mesa donde hace los deberes, no haya pensado nunca: «¿Qué le espera a este niño? ¿Por qué he traído al mundo a este niño? ¿Por qué estudia este niño? ¿Por qué juega este niño? ¿Por qué come este niño? ¿Por qué crío a este niño?» y no haya percibido nunca, sobrecoyida, que hace todo esto por la felicidad de su niño, es decir, por el destino eterno de aquel niño, nunca ha amado como una verdadera mujer, como verdadero ser humano, a su hijo.

Querer tu destino: ¡cuántas gradaciones puede tener la emoción con la que pronuncias esto! Pero todas tienen un término común, el deseo del destino del otro; tanto que quien más ha amado a los hombres ha muerto en la cruz por su destino.

El año pasado, en los apuntes que se tomaron para esta lección, hay una frase que hay que cambiar. La frase decía: «Una persona quiere realmente a otra persona cuando se separa de ella y ve en ella la posesión de Otro, es decir, de Dios». No «se separa de ella», sino «va hasta el fondo de ella», porque el amor, si desemboca en lo eterno, no pierde nada, ni siquiera un cabello, como decía Jesús, ni siquiera un ligero soplo.

Se ama cuando, de algún modo, se desea el destino. Como cuando le das quinientas pesetas al africano que está en la acera de la calle y se las das por su destino, pensando en su destino. O si le compras la rosa que te ofrece por la noche en la plaza no es, como se imagina sonriendo quien te la vende, para dársela sencillamente a la chica que te lleva en coche, sino para darle el dinero a él... ¡también porque no es muy astuto darle a la que está conduciendo el coche una rosa con espinas!



## Un tipo de vida distinta

La aplicación de la ley del amor, esta imitación suprema de Dios, tarde o temprano, determina un tipo de vida distinta.

Este tipo de vida distinta no significa impecabilidad: uno se puede equivocar mil veces, pero su vida es distinta. En primer lugar le duelen sus equivocaciones, sufre por sus olvidos. En todo lo que hace lleva consigo el indicio de un cambio en el que el dolor por un amor que no se ha realizado bien representa el ejemplo más acuciante y que nadie tiene en el mundo. Fuera de quien tiene la conciencia de estas cosas que Jesús trajo, y que los apóstoles llevaron por el mundo, nadie conoce, de hecho, este dolor.

Detallamos a continuación los aspectos de esta nueva modalidad de relaciones entre las personas, los aspectos del cambio que puede acontecer, de la diversidad de vida que se produce.

Primero. *La afirmación del otro porque existe, y tal y como es*: no por obtener algo a cambio nosotros, no por un cálculo nuestro, o como nosotros querríamos. Afirmación del otro tal como es, porque existe: ésta es la verdadera estima del hombre.

Segundo. *El compartir las necesidades*: el hombre es impelido hacia su destino a través de la necesidad; a través de la necesidad aprende que le falta algo. Mientras compartimos la necesidad, nos convertimos en una presencia amorosa a la que le interesa el destino del otro como el propio.

Tercero. *Perdón*, capacidad de perdón, que significa volver a dar espacio y libertad al otro en uno mismo. Alguien que te ofende queda excluido de tu círculo. El perdón es dejar que vuelva a entrar: le devuelves un espacio y una libertad.

Cuarto. *Apego al otro*, afecto por el hombre; sea como devoción (respeto), sea como fidelidad (continuidad del respeto).

En la medida en que surgen estas actitudes nuevas en el hombre, se dan, además, otros dos frutos, que constituyen la síntesis expresiva del posible cambio del hombre.

En primer lugar, se produce un *cambio de mentalidad*. Quien asume estas actitudes nuevas —en el autobús, ante la ventanilla del funcionario, desde la tarima de profesor, o bien sea padre o madre—, demuestra una mentalidad distinta de los demás. Quien actúa así, realiza un cambio de mentalidad cuya descripción más bella puede encontrarse en la carta a los Romanos, en el capítulo doce, versículos 1 y 2, que nosotros, los mayores, recordamos conmovidos, porque el comentario a estos dos versículos de San Pablo fue objeto de una «Carta abierta a los cristianos de Occidente», escrita por un gran teólogo checoslovaco, perseguido por el régimen y encarcelado durante doce años, que se llamaba Zverina.<sup>32</sup> De este fragmento, él analiza el alcance de los verbos en griego:

cambiad

—dice—, cambiad la cabeza, cambiad el *nous*, el modo de razonar, las categorías del razonar, de modo que cambie vuestro corazón: se realizará una metamorfosis de vuestro corazón.

El principal fruto de este cambio de mentalidad —la mentalidad corriente, del mil por mil de los hombres, ¿cuál es? Ganar, acumular, gozar, gustar, tener éxito—, el vértice de este cambio de mentalidad es el *ofrecimiento de la propia vida*: el ofrecimiento de la vida, si el amor es su ley, constituye el culmen del amor.

<sup>32</sup> «‘¡No os conforméis’ En griego: *mè suskematizesthe*. El verbo contiene la raíz de la palabra ‘esquema’. Resumiendo: ¡todo modelo exterior, todo esquema está vacío! Debemos tender a mucho más que esto. El Apóstol nos lo impone: ‘Transformaos renovando vuestra mente’. Con la plasticidad de sus expresiones, Pablo nos dice: no se cambia según un modelo cualquiera (que en cualquier caso siempre está fuera de moda), sino introduciendo en nosotros la riqueza de una novedad sustancial», (J. Zverina, *Carta a los cristianos de Occidente*, en «Litterae Communionis», n. 6/1995).

## LA CARIDAD ASAMBLEA

Para retomar nuestras lecciones es necesario agarrar el discurso en su totalidad, no de un modo analítico, sino en su palabra completa: comprender las razones de los pasajes particulares y comprender frase por frase; después mirar hacia atrás y decir: «¡Qué bonito! Nadie dice estas cosas de este modo».

Si, por el contrario, os ponéis a leer un texto, aunque sea juntos, y leéis frase por frase, y ante una frase uno levanta la mano y pone una objeción, fragmentáis, corréis el riesgo de fragmentar en lugar de unificar; en lugar de crear un mundo, en lugar de asombraros ante un mundo nuevo, producís sólo muchos escombros imposibles de recomponer en un puzzle. Mientras que la palabra es algo que abraza muchas cosas y es una voz.

*Has hablado de la conmoción que Dios tiene hacia el hombre y de cómo ésta conlleva un juicio. Quería entender mejor qué es este juicio.*

Primera parte de la respuesta: Dios sabe que estamos hechos, que el hombre está hecho para la felicidad. Es como ir a un hospital y ver a un niño que está en cama con una de sus piernecitas destrozada por un coche. Aquel niño está hecho para tener dos piernas y correr por las calles. Uno pasa entonces por delante de aquella cama y se conmueve. Ésta es la razón, ni siquiera se expresa, pero es ésta: este pobre niño tenía dos piernas para correr y jugar, y ahora tienen que amputarle una. La *compasión* que Dios tiene por el hombre conlleva una razón. La razón es ésta: el hombre está hecho para la felicidad y su estado mezquino o de pecado o de fatiga o de ignorancia se lo impide, tiende a impedirselo. Por eso Dios tiene una piedad llena de razón. «Dios tiene piedad por el hombre», el amor de Dios por el hombre está lleno de *conmoción*, esta conmoción tiene una razón: Dios ve al hombre que, hecho para la felicidad, es víctima de tentaciones, debilidades y confusiones que le impiden esto, que lo retrasan en el camino, se lo hacen

más difícil. La compasión por el hombre se convierte entonces en conmoción; se le acerca y le dice: «Venga, ánimo, que yo también voy contigo».

*Pero, ¿no se debe también al hecho de que la conmoción es la actitud más original y, por tanto, más razonable frente a la realidad?*

Si una actitud es razonable, debe tener una razón. ¿Cuál es esta razón? Tú dices –no para oponerte, sino usando una expresión diferente de la que hemos utilizado nosotros– que la conmoción es el primer sentimiento que se tiene hacia la realidad. Yo digo que el primer sentimiento que se tiene hacia la realidad es la curiosidad, no la compasión. En todo caso, ante algo más grande se produce un estupor, no una compasión, que se da hacia algo más pequeño.

*¿Qué debe suceder para que el estupor se convierta en conmoción?*

El estupor se convierte en conmoción –es asombroso que el hombre esté hecho para la felicidad completa– cuando hay algo que podría impedir esto, que es enemigo de esto (convirtiéndose, por tanto, en una compasión que ayuda al hombre a superar este obstáculo).

El estupor se convierte en conmoción cuando el corazón de Dios, o de quien está juzgando, se ensimisma con el corazón del hombre y siente dentro de sí todo el deseo del hombre. No se trata ya de estupor sino de la emoción de participar en un deseo que le supone un justo esfuerzo al hombre, por el que el hombre sabe esperar con paciencia.

Si ves a un mendigo que está en la acera de la calle, en un cruce, y siempre está allí con una pierna apoyada contra la pared y la mano tendida... pasas por la mañana y lo ves allí, pasas por la tarde y lo ves allí. Por la mañana dices: «Pobre hombre, él también tiene derecho a tener dinero»; pero cuando pasas por la tarde te viene un nudo de conmoción al pensar que ha estado ahí todo el día. ¿Me he explicado?

El hombre empieza un camino y este camino despierta estupor porque su meta es la felicidad, el destino; pasan los días, pasan los meses, pasan los años y este hombre tiene que superar numerosas dificultades, numerosos problemas, numerosas confusiones, numerosos errores, tiene que superarse continuamente a sí mismo. Entonces, tú no sientes únicamente admiración porque está hecho para un destino eterno, sino que además te conmueves porque le cuesta un esfuerzo.

Mi pobre padre, cuando hacía los primeros dibujos, que nunca me salían muy bien (¡en contraste con los genios que los hacen enseguida!), cuando volvía a casa del trabajo, se ponía allí, alto y erguido, detrás de mí, y me miraba dibujar... su primer sentimiento seguramente era éste: «¡Tiene que conseguir hacerlo!, porque si debe hacerlo, lo tiene que lograr». Yo luego dibujo, borro, dibujo, borro, borro, borro... si mi padre me quiere, pensará: «¡Pobrecillo!». Y entonces entrará y dirá: «Esta línea trázala así, no así». ¿Me

explico? Entra cuando siente compasión, mientras que lo primero era un juicio: «Tiene que hacerlo».

*Usted ha dicho que la caridad actúa por puro amor al otro y por su destino. Voy a poner un ejemplo muy sencillo, banal: trabajo con gente algo mayor que yo; de vez en cuando, como soy más joven, se aprovechan un poco de mí y suele suceder que alguno me dice: «Haz esto», porque no le apetece hacerlo a él. En ese momento pienso: ¿cómo se juega la caridad ante una persona así en el trabajo?*

No en ese momento, sino ¡siempre!

*Porque el primer sentimiento es el de decir: «No, ¡ni hablar!».* Y esto sería la justicia humana.

*Por otro lado, ¿qué significa para mí puro amor al otro, es decir, amor a su destino? Me doy cuenta que no siempre es fácil tener claras las razones cuando suceden estas cosas...*

Es más, esas razones no existen, no existe una razón por la que otro a quien le toca hacer una tarea te diga: «Hazlo tú». «¿Por qué? ¿Por qué tengo que hacerlo yo?». Justamente porque no hay razones, si lo haces, se convierte en caridad; se puede convertir en una estupidez o puede convertirse en caridad.

En la relación con otro se vive la caridad cuando no existen razones, cuando no existe ningún cálculo, cuando no existe devolución posible —como es corriente que suceda en cualquier iniciativa que un hombre toma hacia otro—. La única razón es que es un hombre amado por Dios. Este «amado por Dios» puede estar implícito o explícito, pero es un hombre que, en el caso referido, se abandona a la pereza.

Está bien, hasta cierto punto lo ayudo; si me lo pide la segunda vez le digo que sí, la tercera vez le digo que sí, a partir de la tercera vez haría falta ser el padre Kolbe, ¡tendría que tener la aureola! ¿Se puede seguir avanzando del mismo modo hasta el infinito? Sí, si se sabe que se repite el camino de Cristo.

La caridad es un servicio sin cálculo, sin recompensas posibles, que haces para facilitar el camino al otro. Pero, por ejemplo, si te pide hacer un trabajo porque él quiere ir a ver una película, entonces le dices: «¡Oye mira, hazlo tú!» (de otro modo no sería facilitar su camino).

Facilitar el camino de alguien significa ayudarlo a sentir más su destino, ayudarlo a que no se sienta solo en el esfuerzo. Por ejemplo, una señora que murió ayer por la tarde, muy conocida para muchos de nosotros (fue una de las primeras de Gioventù Studentesca), estaba siempre rodeada de amigos. ¿Qué beneficio sacaban de ello? Nada.

Es algo gratuito, ¿me explico? Esto es la caridad. Si el marido abogado hubiera dado a cada uno de los que estaban allí treinta y cinco mil liras, entonces las características del valor de su presencia habrían cambiado.

*Usted decía que el primer objeto de la caridad, del amor, de la conmoción del hombre, es «Dios hecho hombre por él», y que el motivo por el que ya no hay ningún hombre que no me interese es que Cristo existe. Quisiera entender un poco más qué significa que el primer objeto de la caridad es Cristo.*

¿Qué *partner*, qué encuentro puede dar razón del don total de uno mismo? Supongamos que alguien pensara: «Si yo encontrara una mujer hermosa, pero tan hermosa, tan hermosa, que no existiera otra como ella, sería justo que yo dijera: ‘¡*Madame!*!, señorita, le dedico a usted mi vida’»; entonces acabaría como un perro con la correa puesta. Pero aquí no se trata de una señorita que, pasados cuatro años se marchita, y «hay que leerla entre las arrugas», como dice Clericetti en una de sus expresiones más tristes.<sup>33</sup>

La conversión de San Francisco de Borja en España ocurrió de este modo: había muerto la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, una de las mujeres más inteligentes y poderosas del mundo español de entonces. Tuvieron que exhumar el cadáver para llevarlo a la catedral y Francisco de Borja, al ver aquel criadero de gusanos, se convirtió.

Si en lugar de una Isabel de Portugal, Dios —la «Belleza» con B mayúscula, diría Leopardi, la fuente de toda belleza— se hiciera hombre, ¿qué hombre, a no ser un hombre de este tipo, sería digno de una atención que abriera de par en par nuestro estupor, de una manera tan activa, hasta el punto de desear consagrarle la vida, que toda la vida fuera para Él? Era lo que sentían algunas personas cuando miraban a Cristo; ¡mirándolo pensaban esto! Por eso, el primer objeto de la caridad, como don de uno mismo y como conmoción... porque es una conmoción tomar conciencia de que entre nosotros está la persona más bella del mundo (volved a leer la primera parte del salmo 44); y no sólo es la belleza más grande, hecha hombre, encontrable en la calle, que está con nosotros como compañía todos los días... además de la belleza, tiene una bondad tal que da la vida por los hombres, da la vida por mí y, como da la vida por mí, da la vida por ti, y da la vida también por el conductor del tranvía a quien no conozco, y da también la vida por el alemán de las SS que mató a los partisanos en el lugar de las *Fosse Ardeatine*: da la vida por todos.

Por una parte, la primera caridad es hacia Él; por otra, esta caridad hacia Él tiende a alcanzar a cualquier hombre: uno se apiada más fácilmente de cualquier hombre.

*En este período, trabajando sobre lo que he oído aquí, he percibido dos aspectos de mi experiencia. Primero, una energía interior exaltada; y segundo, que en mi vida tengo un único criterio de fondo: allá donde me encuentre y sea cual sea el momento que viva, mis exigencias siempre están presentes. Y ello me ha sorprendido mucho.*

Nuestro amigo nos ha dado un precioso testimonio, porque cultivar este pensamiento, mejor aún, vivir esta memoria de Cristo, en primer lugar da ganas de vivir –él ha utilizado una palabra exagerada, energía exaltada–, un deseo intenso de vivir; y, en segundo lugar, genera una unidad de vida, y la vida tiene una unidad cuando tiene una meta: un camino está hecho de millones de pasos, pero es «un» camino si tiene «una» meta. Por tanto, el testimonio de un determinado pensamiento –tal como nosotros lo hemos expresado– sobre lo que Cristo es para el hombre y sobre cuál es la mayor virtud del hombre –la caridad–, hace, ante todo, que la vida sea más rica en afecto, en afectividad –aquel «exaltada» significa con una carga afectiva– y, en segundo lugar, más racional, porque es una. Y, de hecho, todo nuestro discurso se dirige justamente a esto –sea la Escuela de Comunidad, sea lo que decimos en el movimiento desde hace cuarenta años–: siguiendo a Cristo se obtiene la vida eterna y cien veces más aquí, cien veces más en afecto y cien veces más en razón, como unidad de razón.

<sup>33</sup> «Cumpleaños. Te leo entre las arrugas» (G. Clericetti, *Clericettario*, o. c., p. 30).

*La pregunta es sobre la carta a los Corintios. Me gustaría comprender mejor el pasaje en el que Cristo dice: «Sin la caridad no soy nada, sin la caridad nada me aprovecha». ¡Ah no, lo dice San Pablo!*

Es lo mismo.

Si yo no tengo esta apertura llena de estupor y, por tanto, de disposición a la entrega, de presteza en el ofrecimiento, de intensidad conmovida ante el Ser hecho hombre –el Misterio del Ser que hace las estrellas, el mar, todo, y que se ha hecho hombre–, si no tengo esta emoción profunda, todas las cosas dejan de tener significado, nada me sirve; podrían impresionarme momentáneamente, pero un momento después... como decía la poetisa que siempre cito: «Lo que ávida aferré, en la mano cerrada se deshizo, como la rosa bajo la bóveda de la eternidad»,<sup>34</sup> como la rosa bajo la bóveda de la eternidad que se marchita día tras día y que por la tarde ya no es como por la mañana; lo que aferré ansiosa en la mano cerrada se ha deshecho, no lo he «poseído», lo he destruido. Por el contrario, para no deshacerlo, haría falta tomar la rosa por el tallo, mirarla con ojos admirados y que estuviera empapada de rocío y alimentada por las misteriosas corrientes del Misterio del Ser; entonces esa rosa se mantendría para la eternidad, idealmente permanecería para siempre, no se marchitaría. Del mismo modo, ante lo que nos cuesta –y cada día está lleno de momentos que nos resultan duros–, alguien que piense en lo que hemos dicho, mirando a los demás, comprenderá las penas que deben pasar: las entiende, ¡mientras que ellos ni se dan cuenta! Cuando vas en tranvía o en tren y miras a la gente con todo el peso que deben soportar, tú los ves y ellos ni siquiera se dan cuenta, ni siquiera lo piensan, porque si pensarán en ello blasfemarían.

*Cuando usted ha explicado la caridad, he caído en la cuenta de que la gratuidad es lo que más me ha impactado de todo lo que he oído este año, es decir, que es lo que realmente quiero: un modo de estar con las personas y las cosas que sea gratuito. Al*

*mismo tiempo he visto esta semana que es de lo que soy menos capaz. Parece que, en última instancia, la gratuidad se convirtiera en un no amar, en un no tener afecto para poder ser gratuito, casi en aridez. Por el contrario, entiendo que lo que usted decía era más bien un poder amar con mayor energía a la persona que tengo delante, y yo no soy capaz.*

<sup>34</sup> O. Mazzoni, *Noi peccatori...*, o. c., p. 72.

Ninguno de nosotros es capaz de ser él mismo, es decir, de ser verdadero, si no extiende la mano y mendiga a Dios que, después de haberlo creado, lo lleve a plenitud: «Señor, tú que has iniciado esta obra buena que lleva mi nombre y apellido, llévame a cumplimiento».<sup>35</sup> Ser capaces de caridad significa ser capaces de mirar a las personas, de tratar a las personas, de mirar a las cosas, de tratar las cosas como las mira y las trata Dios, por eso es difícil. Has dicho dos cosas muy justas y muy hermosas. La primera es que el tema de la caridad es lo más bonito de todo este año (si bien, por debajo, en la oscuridad en la que acontece, el tema más impresionante es la fe: tú percibes una Presencia en la oscuridad. Si aceptas esta Presencia en la oscuridad, te vendrá también la idea de la caridad). Pero nosotros no somos capaces de caridad más que con la ayuda de Dios, por eso el acto mayor que el hombre puede realizar es ser mendigo, en la acera de la calle, con la pierna apoyada contra la pared y la mano tendida hacia delante, desde la mañana a la noche y desde la noche a la mañana (un poco como intuyó Pascoli, aunque de forma negativa, en su respuesta al ciego, ¿os acordáis del ciego de Pascoli?).<sup>36</sup>

*Necesito entender una cosa.*

Pedir entender es signo de inteligencia; una oca nunca pide entender.

<sup>35</sup> Cfr. Flp 1, 6.

<sup>36</sup> «De dónde vengo no sé; ni me es dado / saber a dónde voy [...] // En el claro sueño, en un zumbido de abejas, / rompióse el tenue hilo. Y después de abiertos los ojos, / busco las dos asideras sueltas/ en vano. [...] Y palpo en vano/ el aire negro, y también la tierra, y toco/ quizás la correa, que la mano dejó // adormecida. [...] /El se ha escapado; ¡Es inútil que le siga/ a través de la sombra el sonido de mis palabras! / ¡Oh, la larga sombra que no se desvanece nunca /por la siempre esperada alba de un sol, //que más allá brilla! Vano el grito, vano/ el llanto. Yo soy el único de los vivientes, / lejos de todos y lejos también de mí mismo./ [...] Pero quizá uno me escucha, uno me ve,/ invisible. Su ser dentro de sí esconde./ ¿Sonríes? ¿Lloras? ¿Me amas? ¿Odias? Siéntate/ ante mí. Seas lo que seas revela/ quién eres; ¡Dime si tu corazón se complace/ o se compadece de mi petición!/ Él me mira inmóvil, y calla. // Oh quizás una me ve, una me escucha invisible. Es grande, horrible: el viento/ corre entre su densa cabellera./ Se sienta y me mira. Oh tú a quien ignoro y siento,/ ¡dime si tienes en tus ojos guerra o paz!/ ¡dime dónde estoy! / Y ella está allí, con el mentón/ en la palma de su mano, me mira, y calla/. Quien quiera que seas, a quien yo no veo, que me ves/ habla pues: ¿dónde estoy?», G. Pascoli, «Il cieco», en *Tutte le poesie*, o.c., pp. 278-281.

*Usted ha dicho que es un don sin recompensa alguna. Me he acordado de la lección sobre la obediencia, cuando se nos dijo que de ella resultará un más para mi vida; y luego nos hizo leer aquel fragmento del Evangelio de la oración de Cristo que pide su gloria. Quería entender cómo se relaciona esto con la ausencia de recompensa.*



Lo que haces con caridad, no lo haces por obtener una recompensa –ni siquiera piensas en el beneficio–, lo haces por don de ti y por conmoción, por estupor y por conmoción. La recompensa es algo que viene al final y que demuestra que la caridad es algo razonable y justo: la caridad es justa, tanto es así que te da cien veces más aquí; pero tú no lo haces para obtener el ciento por uno: si calculas para conseguir el ciento por uno, pierdes incluso lo poco que tienes. De cualquier modo, lo que movía la petición de Cristo era el amor a la verdad establecida por el Padre, no su vanagloria.

*¿Qué diferencia hay entre la compasión y la conmoción?*

Yo he puesto una comparación. Cuando estaba enfermo –acababa de ser ordenado sacerdote y estuve enfermo durante tres años– vivía en un pensionado de monjas junto a un pícaro amigo mío, que también se hizo sacerdote, ¡y perseguíamos a los gatos! El caso es que una vez vi dos gatitos recién nacidos. Uno estaba abajo en el jardín, el otro estaba arriba; se cayó desde allí –¡no lo hicimos caer nosotros!– y se despanzurró contra el suelo. El otro gatito, su compañero, se quedó así, no sé... siete u ocho segundos mirándolo, luego se fue lentamente, indiferente. Esto es compasión: una reacción igual y contraria a algo negativo que sucede. Vas por la autopista como una bala a ciento setenta por hora y ves en el arcén –hay mucha gente en el arcén– a una mujer tendida en el suelo, pálida, muerta: tienes compasión, una reacción igual y contraria a la tragedia que ha sucedido.

La conmoción es algo que te afecta a ti, te mueve y, en la medida de lo posible, te obliga a hacer algo. Si hubieras parado el coche y hubieras corrido allí: «¿Necesitan de mí? Soy médico, ¿necesitan algo? ¿Han llamado a la policía?» «No». «¿Nadie tiene un teléfono portátil?». «Yo tengo uno». Agarras entonces el teléfono y te quedas allí, pierdes una hora, dos horas, tres horas: ésa es una conmoción real. Por eso he hablado –para simplificar– de compasión hacia los animales y conmoción hacia el hombre. ¿Se puede hablar de conmoción ante un perro que se mete debajo del coche? No, de compasión sí.

*Nos ha dicho: el palpar del corazón no es caridad sin la razón y la razón es que yo participe en el ser. ¿Qué quiere decir participar del ser?*

Partícipe del ser... participación en el ser indica el objeto de un reconocimiento, de una conciencia, porque eres, existes. Existir significa participar en el ser: tú no te has dado la existencia, se te ha dado, tú eres un don del ser. Probablemente cuando tu madre te esperaba, alguna que otra vez habrá dicho –digo probablemente porque todo es posible en este mundo de perros, o cínico, que significa canino–: «Es un don de Dios»; si no lo dijo –perdona por la hipótesis– porque no cree en Dios, de cualquier modo fue un reconocimiento de algo, del universo, del misterio de las cosas. Tú participas del ser, existes porque has sido hecha partícipe de otra cosa que ya existía. ¿Qué era lo que preguntabas?

*Quería entender qué quiere decir que el palpar del corazón no es caridad sin la razón,*

*y que la razón es que yo participe en el ser.*

Siendo consciente de que tú participas del ser, entonces estoy preparado para sentir emoción y conmoción cuando te encuentro o si te ocurre algo. La emoción o la conmoción se dan hacia algo que existe y, si algo existe, es que existe Otra cosa. Nada se hace a sí mismo. Ésta es la razón del vivir, la razón del vivir es aquello para lo que estamos hechos y de lo que estamos hechos: la razón del vivir es Otro. Si utilizas el lenguaje corriente, a este Otro te dirigirás con el tú; la palabra «tú» expresa de manera suprema, sintética y suprema, la conciencia de una Presencia que te hace, porque no existías y no te haces a ti misma: «Yo soy Tú-que-me-haces», dice el décimo capítulo de *El sentido religioso*,<sup>37</sup> que es el mayor descubrimiento, el más tranquilizador, el más conmovedor, el más asombroso, el más bonito que pueda hacer el hombre.

*Usted decía que...*

Este usted es un tú. El «usted» si no suple al tú separa, no alcanzaría nunca al otro, por eso no lo entendería bien.

*...decía: la caridad es el contenido más profundo y misterioso de aquella Presencia que la fe nos hace reconocer; y uno no lo puede entender, por eso debe seguir. Luego decía: la caridad es efectiva y cambia la experiencia, y, sobre todo, dialoga de manera imperiosa con el corazón y responde a las exigencias constitutivas de nuestra humanidad. Quería entonces entender esto: ¿cuál es la experiencia más elocuente, que más nos hace comprender la caridad? Y luego, ¿qué significa que la razón «debe» seguir lo que esta experiencia conlleva?*

Lo que nos hace entender en grado sumo la caridad es adentrarnos en el misterio y esto tiene una longitud de onda que se llama eternidad; de hecho, en la eternidad, el paraíso no será un aburrimiento mortal en el que se repita siempre lo mismo, sino un camino largo en el que cada momento es distinto del otro, cada momento es novedad. El comentarista de Péguy hablando de «acontecimiento» afirma: el acontecimiento coincide con una novedad, y el acontecimiento es fundamental para el fenómeno del conocimiento: se conoce cuando se llega a saber algo nuevo.<sup>38</sup>

<sup>37</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, o. c., pp. 131-132.

Por lo tanto, la caridad, en última instancia, es una experiencia que tiene como término el infinito, la eternidad: comienzas desde niña y ya no acabas. La caridad da la medida de tu destino, aquello para lo que has nacido.

¿Cuál era la segunda pregunta?

*Quería entender bien qué quiere decir en este caso que la razón debe seguir. ¿Qué es la razón? Es la capacidad que el hombre tiene de tomar conciencia de la realidad. ¿Quiere decir que la realidad viene de él, quiere decir que es capaz de crearla él? No. Quiere*

decir tomar conciencia de algo que él no hace. Lo mismo en el caso que planteas. La obediencia te hace consciente de una Presencia tan misteriosa que tú, para saberla, para conocerla, deberías seguir a quien ya la conoce, paso a paso, a lo largo de toda tu vida. La obediencia como seguimiento de aquel que ya conoce es una inteligencia: ir a la montaña siguiendo a uno que no sabe es de idiotas.

Pero, ¿quién conoce ya la perspectiva sin confines a la que puede aplicarse con verdad la palabra amar (el puro amar, sin cálculos, sin recompensas, sin medidas)? Es Dios que se ha hecho hombre: Cristo y aquellos a los que Cristo ha puesto cerca de ti para que tú Lo sigas, iluminándolos para que te ayuden a seguirlo.<sup>39</sup>

*Has dicho que la verdad de la vida es afirmar el ser y que esto conlleva un afecto, un apego que puede ser duro como una piedra, pero que no puede no convertirse en conmoción.*

¡Qué frase más bonita!

¿Por qué os reís? ¿Porque digo que es bonita y es una frase que he dicho yo? No, ¡no la he dicho yo! También a mí me ha sido dictada. A medida que uno crece entiende que todo lo que hay de verdadero en él le es dado. Sólo queda el gran cometido: que la libertad lo acepte, lo acepte con todas las consecuencias que implica y que se revelan paulatinamente. Porque puedes querer mucho a una persona, incluso de manera apasionada y pura, adecuada; pero a medida que avanzas, emerge el sacrificio que estaba implicado, se impone, hasta llegar a un determinado momento –cuando Dios lo quiere–, en el que abarca la escena, cubre toda la escena. Es el momento en el que está cerca la resurrección, es decir, en el que la estabilidad de lo verdadero se hace segura y, por ello, se puede aprovechar y gozar por entero.

<sup>38</sup> A. Finkelkraut, *Péguy: la forza dell'evento*, en «30 Giorni», n. 11, noviembre 1992.

<sup>39</sup> Cfr. L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Tomo II, o. c., pp. 13 ss.

*Quería entender bien qué significa que el apego, que puede ser duro como una piedra, no puede no convertirse en conmoción.*

La verdad de la vida es afirmar el ser: afirmar que aquel hermoso crisantemo existe; aquel hermoso crisantemo, que mide más de un palmo, existe y su peciolo vacila al sostenerlo de lo grande que es; ¡es tan verdadero, es tan hermoso!, lo miras con conmoción. Si tú estuvieras allí mirando el crisantemo diciéndote: «Buah, quizá no exista, quizá sea una impresión mía, quizá sea mi madre, quizá sea mi hijo», no amas ya nada... sólo una «doctrina» puede siempre decir «¡quizá!».

*¿Es eso lo que decías acerca de la filosofía de hoy, que reniega de lo concreto del ser, de lo concreto de lo real y, por tanto, lo relega a sueño porque se presenta como enemigo?*

Sí. ¡Sí! La realidad puede ser distinta de lo que se nos presenta con evidencia; hoy la

realidad es una mentira, es un enemigo. Lo real parece lleno de trampas, como cuando en 1912, en Libia, los árabes, que no tenían nuestros cañones, hacían enormes agujeros recubiertos de follaje, de tal modo que nuestros soldados llegaban allí con sus tanques y se hundían dentro. Lo que se presenta con evidencia y no es verdad, es un engaño, y el engaño es el resultado de una enemistad.

*La acción puede ser árida como primera percepción y, por tanto, dura como una piedra; el apego puede ser duro, pero, con el tiempo, se convierte en conmoción. Entonces, ¿se preocupa uno si no se conmueve inmediatamente?*

En primer lugar, se preocupa de saber si ha de amar o no lo que tiene delante. Si es una mentira no puedo amarla; no hay ni duro ni blando. Es más, ante una mentira uno será blando, porque la mentira se presenta con características propias más fáciles; mientras que si tu madre te quiere y te encarga algo justo, que a ti te fastidia, estarás delante de ella con la cara rígida como una piedra; pero si haces lo que te pide, con el paso del tiempo, aprendes y dices: «Qué razón tenías, mamá» (ahora que ha muerto).

*El otro día llegué un poco tarde a trabajar y una compañera me había dejado una nota sobre la mesa en la que ponía: «Quiero decirte que para mí lo mejor del día empieza cuando nos encontramos y, como no te he podido ver, te lo escribo». Me alegré de que hubiera intuido la posibilidad de una correspondencia más profunda en una relación, ya que las conversaciones con ella casi siempre son un poco superficiales. Pero quería entender por qué decía usted que la caridad obra por puro amor, como si pudiera no esperar esta correspondencia, cuando para mí es importante que el otro la reconozca.*

Tú has llegado tarde y ella no te ha visto.

*No, ella me ha dejado una nota escribiéndome: «Buenos días, porque para mí lo bueno del día empieza con el hecho de que nos veamos, que nos encontremos»...*

¡Por llegar con retraso no te ha visto!

*Sí, pero esto...*

Esto tiene que ver mucho más de lo que parece. De hecho, luego te dice...

*Me deja esta nota «Quiero decirte...», y yo me conmuevo porque comprendo que es la posibilidad de una correspondencia más profunda en nuestra relación, porque yo sé que esto, aunque ella no lo reconociera y quizás no lo entienda bien, es el comienzo de una posibilidad más verdadera de la relación, de una correspondencia.*

Ha supuesto el descubrimiento de la posibilidad de una correspondencia entre tú y una compañera de la que no te lo habrías imaginado. Que hayas llegado tarde, ha sido la ocasión para que te dijera eso y, sin embargo, es una señal extremadamente importante. Es lo mismo que si tu amiga te hubiera dicho: «Puedes tener muchas razones para llegar

tarde; si llegas tarde me impides empezar bien el día». La manera mejor de responder a la correspondencia que ella manifestaba hubiera sido demostrarle que a ti también te importaba volver a verla, es decir, llegar puntual. Tu contento es válido a medias, falta aquel sacrificio de uno mismo que lo cumple, que lo hace útil, y por el cual tu contento coincide con el *puro amor*.

*Usted nos había dicho: «Si se pertenece a Otro, la vida es dramática». Me gustaría entender mejor qué quiere decir dramático.*

En primer lugar se trata de una palabra, igual que decir «silla». («Me gustaría entender bien qué es una silla». «¡La silla es algo sobre lo que te sientas y en lo que te apoyas hacia atrás!»).

«Dramático» indica un fenómeno preciso, el fenómeno por el cual un yo se dirige a otro yo y dice tú. Un yo que dice tú a otro tiene que superar todas las diferencias para poder poner un pie dentro de una beatitud inicial; la alegría de relacionarse tiene que purificar primero la relación de aquello que no es correspondiente.

Dado que la ausencia de correspondencia es algo normal –es normal que no exista correspondencia entre uno y otro–, la correspondencia debe ser querida para poder entrar en la amistad y en la paz de la relación con el otro. Querer esta correspondencia es una lucha, un esfuerzo. En este sentido, toda relación entre uno y otro es dramática y el contenido más duro de este dramatismo es la diferencia, que tiene que ser reconocida, lealmente, y aceptada y quemada dentro de la voluntad amorosa. Son muchos fenómenos: reconocer, aceptar, quemar (¡hay hasta un incendio!).

Entre Dios Padre, el Verbo y el Espíritu Santo no existe dramatismo, excepto desde el punto de vista del resultado en la creación, desde el punto de vista de su relación con la creación; no existe dramatismo entre ellos porque la unidad del amor es tan total que no puede permitir ninguna diferencia: idéntico al Padre, idéntico al Hijo. Desde el punto de vista de la energía expresada en la creación, el dramatismo empieza, no entre ellos, sino a nuestro nivel. Seguían al Hijo con la boca abierta, deseosos de conseguir algún que otro milagrito; pero el milagro se producía o no se producía según el Padre quería. La relación entre Padre e Hijo, a nuestros ojos y en nuestra experiencia, es dramática, porque es una relación que provoca y genera un contraste, no una correspondencia. Uno debe tender a la correspondencia, a aquella correspondencia que existe entre el Padre y el Hijo. La existencia del hombre es dramática como origen –en su originalidad– y dramática en su proceder hacia el destino; este dramatismo se resuelve únicamente en el destino.

*¿Cómo se hace posible la caridad hacia uno mismo? Si reconozco que Cristo me ha amado tanto que ha muerto por mí, debería ser inmediato tener caridad hacia mí misma y, en cambio, me cuesta.*

¿Os acordáis de la frase de Dante? «Esta querida alegría en la cual toda virtud se funda, ¿de dónde te vino?». <sup>40</sup> En ti se da una alegría que procede de algo por lo cual tu virtud se

pone en movimiento, tu deseo de bien se pone en movimiento. Esta alegría, ¿qué es y de dónde te viene? Esta alegría es el deseo de felicidad, ¿y de dónde viene? Procede de tu origen mismo, de Aquel que te crea. Por eso el deseo de felicidad radica en que has sido creada para la felicidad; quien te ha creado te ha dado la vida para la felicidad, por eso tú no puedes no desear la felicidad.

*Quisiera entender mejor qué significa que «El principal fruto del cambio de mentalidad es el ofrecimiento de la propia vida», porque durante el día, o voy detrás de mis ilusiones, o bien estoy ante Jesús.*

Ella ve que, en todos los momentos de su vida, o va detrás de sus ilusiones –es decir, aquello que piensa y hace está equivocado, es vano, está vacío–, o lo que hace, lo hace por Jesús. O lo que hace es inútil, o vale. Si es importante, si tiene consistencia, si valía en el año 1220 y vale en 1994, es porque pertenece a Jesús. O es inútil, porque podía valer para diciembre de 1111 y ya no vale nada para febrero de 1112, o bien es para Jesús. Cuando se hace algo por Jesús, resiste y permanece útil para el hombre, ilumina su camino y anticipa ya la leticia y la alegría finales.

<sup>40</sup> O. c., Paraíso, canto XXIV, vv. 89-91, p. 593.

¿Qué me has preguntado entonces?

*Que me explicase bien esta frase de la lección...* ¡No como la vez anterior!

*¡No, no es eso, en absoluto!*

No rectifiques porque es correcto, de otro modo, ¿de qué servirían el tiempo y la repetición de las cosas? De nada. El tiempo que pasa y la repetición, si son por Jesús, crean.

*El principal fruto del cambio de mentalidad es el ofrecimiento de la propia vida.*

El cambio de mentalidad es el factor más imponente y significativo de la vida concebida como algo que pasa. Cuando mi pobre padre me arrastraba por las iglesias de Lombardía en las que el domingo había música polifónica (de Palestrina o de quien fuera), yo iba realmente a disgusto, porque la música polifónica –que espero que sepáis qué es: ¡la música en la que todo se confunde!– me parecía un enorme barullo de palabras, de notas. Cuando en octavo de E.G.B., en el seminario, escuché, el Viernes Santo, el comienzo del *Caligaverunt* de Tomás Luis de Victoria –el mismo que hoy cantamos nosotros– en cuanto entró la segunda voz, no volví a percibir confusión, entendí qué era la música polifónica. Y cuanto más entraban el resto de las voces, la tercera y la cuarta voz, más bonito se hacía, no era ya un enredo: esto es lo que significa cambio de mentalidad. Si escuchas la música de forma inmadura, no entiendes nada, escucharla de un modo más maduro es empezar a entender. Y cuanto más insistes, más entiendes, y es algo realmente prodigioso: cuanto más complejo es un fragmento y más insistes en él, más se te manifiesta, se te desvela. Si tiene seis voces, cuanto más insistes y piensas en él, más se desvelan las seis voces –oyes la primera voz, la segunda, la tercera, la cuarta, la cuarta

que se repite, la quinta—; esto es madurez, así lo entiende el músico. Pero dejemos a un lado al músico; el hombre adulto, para quien está hecha la música (porque la música está hecha para el hombre, no para el músico), ¡lo entiende!

Cambio de mentalidad quiere decir entender mejor la naturaleza de un fenómeno y sus factores constitutivos, y percibir con mayor claridad la función de todos estos factores en relación a su finalidad. La cumbre suprema del espíritu humano es el sentido del objetivo último. Al igual que el Mont Blanc acaba en una cima —toda aquella masa está en función de un punto final—, todo está destinado a un objetivo. Es lo que decía antes: cambio de mentalidad quiere decir profundización, conocimiento más detallado de todos los factores que constituyen una realidad en función de su significado único y último. Pensad en el mapamundi de Ptolomeo y pensad en el actual; son completamente diferentes: el de hoy representa un desarrollo de mentalidad. Cambio de mentalidad quiere decir, por tanto, el introducirse con más detalle en el corazón de los factores que constituyen un fenómeno y la percepción más aguda del único fin hacia el que todo confluye, por el que todos esos factores han sido hechos (porque todo lo que no confluye hacia un único fin es igual que basura, hay que tirarlo).

¿Qué quiere decir ofrecer el día al Señor? El hombre, es decir, la expresión suprema de la naturaleza —la máxima expresión de la naturaleza, incluidos firmamento y estrellas, incluidos los jardines de rosas blancas y marchitas, cielos y tierra—, el hombre es el culmen del cielo y de la tierra. Cuando cantamos, especialmente en la liturgia de los prefacios: «La tierra entera grita tu gloria», ¿dónde está la tierra que grita? El hombre es quien grita, quien da voz, es la conciencia de toda la tierra —ofreciendo su jornada, el hombre demuestra haber alcanzado una conciencia más profunda de los factores que constituyen la realidad y de su único destino. El único destino para el que están hechos es la gloria de Cristo: «Padre, ha llegado la hora [es uno de los pasajes más hermosos del Evangelio, y lo decía una hora antes de ser prendido], glorifica a tu Hijo».<sup>41</sup> La grandeza de la realidad, que es como la cima del Mont Blanc, es la gloria de Cristo; todos los factores de la realidad de los que eres consciente... cuanto más maduras más comprendes que el único fin de todos ellos es la afirmación de Cristo.

¿Por qué la afirmación de Cristo es el único fin de todos los factores que constituyen la realidad? (El Cantar de los Cantares diría que incluso un cabello es importante: «Me robaste el corazón con uno solo de tus cabellos»<sup>42</sup>). ¿Por qué es tan importante? ¿Por qué el fin de todo es la gloria de Cristo? De niño me asombraba cuando, al ver los bosques en la montaña, pensaba: «¡Cuántas agujas tiene este pino!»; yo las contaba, diez, veinte, cuarenta, cien (¡cuando llegaba a cien me hartaba!), pero cien suponía un trocito así. Pues bien, sólo en un árbol había millares, ¿y en todos los pinos del mundo? Millares de millares de agujas. Y éste es sólo un factor, sólo uno; pensad en los granos de la arena del mar... ¿Por qué el conjunto de las cosas que componen la realidad tiene como cumbre, como término último, como fin último la gloria de Cristo? Porque todo está hecho por Cristo. Tus cabellos no existían, mucho menos «aquel cabello» por el cual —incluso sólo por él— tu corazón se estremece. Tus cabellos no existían, tampoco existían



tus ojos –¡por tanto si no existían tus ojos...!–; pero, sobre todo, ni siquiera existía tu corazón, es decir, no había nada. Todo lo que eres, ¡todo!, consiste en Él, está hecho para algo, no surge de la nada. Y, si no surge de la nada, existe el Ser y el Ser es uno sólo: el Misterio de Dios que se ha hecho hombre. Por eso, todo es gloria de Cristo, porque todo está hecho de Él. Siempre hemos dicho que ofrecer algo a Dios significa: «Dios, te ofrezco el estudio de esta hora» (como nuestra querida Anna que se ve obligada a estudiar en el tren, en las iglesias y en los mesones mientras espera el tren; además de dar 24 horas de clase semanales, estudia medicina y va aprobando poco a poco, examen tras examen, ¡incluso la Fisiología!). ¿Qué significa «Te ofrezco esta hora de estudio en el tren» (siempre así, ¡qué trajín!)? Que lo que hago consiste en Ti, está hecho de Ti, que consiste en Otro. Todo está hecho de Otro, consiste en un Tú y el fin último de todo es la gloria de este Tú. Su gloria es que este Tú se manifieste en la forma misma de mi acción, porque gloria significa reflejo de Su rostro en un particular. ¡Las estrellas existen para revelar el rostro de Cristo! ¡Para revelar el rostro de Cristo existen, gracias a Dios, no sólo rosas marchitas y blancas!

El cambio de mentalidad es un acontecimiento de madurez, por el cual llega a ser habitual, con el tiempo, la conciencia de aquello en lo que consiste cada cosa (y cuanto más bella es, más consiste en Otro) y del fin último para el que está hecha (que es el revelarse en ella del rostro de Cristo, del rostro del Verbo). Para un niño no es habitual comprender la música, toda la música, pero sí lo es cuando se hace mayor; a un niño no le dice nada lo que a su padre le conmueve, pero cuando el niño se hace mayor también él es capaz de conmoverse. Por eso, el valor culminante del cambio de mentalidad está en el ofrecimiento de todo a Cristo: «Reconozco que todo consiste en Ti y que está hecho para revelarTe». No hay nada que llene el corazón y que alegre el alma más que esto, incluso en el dolor, incluso ante la muerte. Como el padre de mi amigo Vannini que, mientras moría, rodeado de todos sus familiares, con la mano a duras penas levantada, decía: «Hasta luego». ¡Cuántos casos de éstos hay entre nosotros!

Cambio de mentalidad significa pasar de niño a mayor, comprender el mundo y gozar del mundo, del ser. Nada hace entender la verdad del mundo y gozar de ella como el ofrecimiento: llegar a la madurez plena que es el ofrecimiento a Dios. Ofrecer a Dios quiere decir reconocer que lo que tenemos entre manos está hecho de Él, que nuestra acción consiste en Otro, no consiste en mí, que no soy nada, porque todo me ha sido dado. Mi acción es «para», para que resuenen las voces de la música polifónica, para que se desvelen, uno tras otro, los rasgos del rostro de Cristo.

Mientras se es pequeño, no se entiende nada y todo parece abstracto: para el niño pequeño, salvo la comida y quien se la da, todo es abstracto. Cuando llega a los seis años, a los diez años, a los catorce años, a los veinte años, a los cuarenta años... hasta esa edad puedes ser todavía un poco niño –estoy pensando en mi gente, ¡hasta los cuarenta años pueden ser todavía infantiles!–, pero luego se supera el bloqueo: o uno se destruye o, lo que es lo mismo, se duerme (pero dormir todo el tiempo, ¡no se puede!) y las cosas lo aplanan, el tiempo lo frustra, los acontecimientos lo tumban, o bien, ¡empieza a entender!

<sup>41</sup> Jn 17, 1.

<sup>42</sup> Cfr. Ct 4, 9.

*Usted ha dicho que la ley del yo es el amor. Y el yo no es abstracto, sino que se mueve, se expresa en actos; por tanto, darse a otro significa moverse por otro. Quisiera preguntar: ¿cuándo vivir esto se reduce a medida y esfuerzo, es decir, a moralismo?*

Cuando el motivo de la acción que realizas no es el amor al otro, sino una ley que has aprendido, que te han hecho aprender, una fórmula que has asumido.

Mi madre venía todas las noches a arroparme en la cama, y hasta los diez años cuando me fui al Seminario –entonces ya no hubo más madres, los curas no son madres– todas las noches, mientras me arropaba, me decía de una forma cada vez distinta: «Acuérdate – si fuera llovía– de los niños que no tienen techo como nosotros, que no tienen la habitación caliente», o bien, «de los pobres» o «de los niños que han muerto hoy». A medida que pasaba el tiempo, estas frases (que en aquel momento yo repetía compungido, sin entender), adquirieron intensidad, se cargaron de sentido para mí. Aun sin entender lo que significaban, sentía la emoción que provocaban, que inspiraban; sólo más tarde llegué a entender también lo que decían; pero fue después, con el tiempo.

Por eso, si la acción que realizas proviene de algo impuesto, es de niños; si proviene de la conciencia conmovida por la presencia de un hombre que tiene un destino eterno, entonces no es ya algo de niños. Durante estos años habéis tenido un ejemplo trágico, el de toda la gente que se ha ido al Tercer Mundo por los enfermos, los leprosos, los enfermos de SIDA. También la Madre Teresa ha ido al Tercer Mundo, pero cuando le preguntaron: «¿Por qué se dedica usted al dolor de los hombres?» «Por amor a Jesús», contestó al periodista estupefacto; porque Jesús es el motivo de la existencia de cada hombre.

De cualquier modo, mis respuestas son la expresión de una madurez de experiencia que vosotros todavía no tenéis y, por esta razón, permanece en vosotros un residuo de abstracción. Pero repitiendo continuamente lo que os digo, a medida que pasa el tiempo, la abstracción también pasa y se llega a entender que lo que, en verdad, es abstracto es lo que antes nos parecía concreto.

*¿Qué permite que el don de uno mismo que se nos pide todos los días no sea un gesto de generosidad, sino que esté cargado de verdadera conmoción?*

Un gesto de generosidad nace de ti misma, es un impulso que nace de ti, cuyo motivo es llegar a expresar algo tuyo. Un acto de amor nace fuera de ti, nace de la presencia que tienes delante y tú te rindes a la emoción, a la conmoción, que aquella presencia despierta.

La generosidad nace de ti como ímpetu tuyo y, por eso, se convierte en un desahogo: si dos buenos esposos no dan algo a la Cruz Roja o al asilo de enfermos, les parece que son

unos tacaños, y por eso dan; y si en lugar de cien liras, como se les pide, dan mil liras, creen ser mejores. En cambio, actuar por amor tiene un origen exactamente opuesto, nace de fuera, nace de una presencia que tienes allí, que te impacta, que te conmueve cuando te pide algo; y tú –con mayor esfuerzo, quizás con mucho esfuerzo, quizás después de muchas tergiversaciones– finalmente das.

Por eso, los *Mémores Dómini* representan un tipo de vida mucho más complejo y fatigoso que la vida de un monasterio, aun siendo posible vivir la vida de los *Mémores Dómini* de un modo burgués y rutinario: la rutina corroe el esmalte, el brillo de la gratuidad.

¡Qué distinción más imponente! San Pablo la describía con la comparación más terrible: yo puedo dar mi cuerpo a las llamas y no servirme de nada si no tengo caridad.<sup>43</sup> Dar el cuerpo a las llamas puede ser un impulso –como el de Jan Palach, en Praga, tras la invasión rusa–, mientras que la caridad es dar la vida por una presencia, dar incluso la vida: se produce un giro de ciento ochenta grados, un giro impresionante, es una diferencia como entre el polo Norte y el Sur. ¿Entendéis qué diferencia mental hay entre nosotros y los demás? Es suficiente mirarnos a nosotros mismos, ver la diferencia mental que existe en determinados momentos con respecto a otros.

*A veces me parece que decir: «Cristo ha muerto por los hombres», no tiene que ver conmigo.*

Porque resulta abstracta. Que Cristo haya muerto «por los hombres» es una palabra abstracta. Que Cristo haya muerto «por mí» es algo tan concreto que me obliga a hacer todo por Él; me obliga a entender que todo nace de Él, me obliga a entender que el fin último de todo lo que hago es Él, que la cima de la montaña es Él. Lo que no impacta al yo no es ni misterio ni nada: es nada, aquella nada que ni siquiera es la nada ontológica. En los Ejercicios de la Fraternidad dije que el yo es la encrucijada entre el ser y la nada, entre la relación con el misterio y la relación con la nada.<sup>44</sup>

Que Cristo haya muerto por todos podría ser una ideología. En cambio, que haya muerto por mí, es otra cuestión: plantea el problema en términos existenciales, no teóricos, sino existenciales. Si soy castigado, lo seré porque no Te he respondido a Ti que has muerto por mí, no a Ti que has muerto por los hombres. Si comprendo que ha muerto por mí, entenderé que ha muerto también por mi madre, comprenderé que ha muerto también por el hombre a quien quiero, por la mujer a la que quiero, por el hijo, por el amigo; entonces entenderé todo lo demás.

Si parece abstracto lo que la memoria de los siglos ha realizado, ha sostenido durante milenios, es porque nosotros estamos vacíos, somos niños, somos bebés, incapaces de hablar: *infans* (incapaz de hablar). Existe una incapacidad para hablar que es propia del niño que no tiene nada dentro, y existe la incapacidad para hablar que es propia del rostro del hombre que está lleno del asombro por la grandeza del misterio que le hace: si habla, tiene que balbucear, porque no puede definir, como decía Dionisio el Areopagita: «¿Quién podrá hablar del amor al hombre, propio de Cristo, rebosante de paz?». <sup>45</sup> Esto es propio de un hombre que está «demasiado lleno»; el niño de tres años no puede

hablar, pero porque está «demasiado vacío». En el cien por cien de los casos, la impresión de abstracción ante lo que los siglos han traído hasta nuestro corazón y nuestra memoria, es síntoma de vacío, de corazón vacío, de mente empequeñecida, todavía no desarrollada.

<sup>43</sup> 1 Cor 13, 1-13.

*Se ha dicho que la esperanza se fundamenta en la fe. Del mismo modo, ¿cómo la caridad se fundamenta en la fe?*

¿Qué es la fe? El reconocimiento de una Presencia, una Presencia en la que apoyar todo lo que haces, todo lo que eres y lo que serás. ¿De qué está hecha esta Presencia? De caridad. Por eso, sin llegar a la caridad no se llega a entender realmente cuál es el objeto de la fe. La fe afirma una Presencia, te revela una Presencia, te hace afirmar una Presencia en la que se funda toda tu vida presente y futura (esperanza). Pero, ¿de qué está hecha esta Presencia? La respuesta a esta pregunta es la caridad: esta Presencia está hecha de amor. Fijaos cómo, en esta respuesta, resulta claro que una cosa es la generosidad –que es una exigencia tuya, una exigencia expresiva tuya– y otra cosa es el amor, que es una exigencia impuesta por una Presencia, inspirada por una Presencia (no puedes quedarte parado). Por generosidad, si no eres un neurasténico, te pararás en algún momento; pero por una presencia irás hasta la muerte.

Una vez, el pobre don Zeno, hizo una analogía muy apropiada. Pensad en el *Naviglio*.<sup>46</sup> El Naviglio es un canal que hay junto a una calle por donde pasan los autobuses; suponed que un autobús frene mal y que alguien que estuviera allí esperándolo se caiga al agua. Los pasajeros del autobús empiezan a maldecir: «El gobierno de aquí, el gobierno de allá, deberían hacer una parada más grande, deberían poner una marquesina, deberían poner...». Cada cual opina y, mientras tanto, aquel hombre muere. Frente a la vida ya no hay teoría o abstracción. La abstracción se inspira en una exigencia de justicia abstracta y, por eso, para unos era necesaria la marquesina, para otros una calle más ancha, para otros... Todo el mundo razonaba imaginando lo que era necesario para que nadie se cayera al Naviglio. En cambio, uno que estaba allí, cerca de la puerta del autobús, sale corriendo y se tira al Naviglio y lo salva: un hombre así no tiene ya ninguna teoría delante, sólo los hechos.

¿Sabéis cuántas personas, de ciento cincuenta mil con vuestra edad, escuchan estas cosas? ¿Sabéis cuántas? Dos. Haced vosotros los cálculos.

<sup>44</sup> *El tiempo apremia*, Cuaderno de «Litterae Communionis», n. 7.

<sup>45</sup> Dionisio el Areopagita, *Una strada a Dio*, ed. P. Scazzoso, Jaca Book, Milán 1989, p. 58.

<sup>46</sup> Canal de Milán. Capítulo Octavo EL SACRIFICIO

Quisiéramos comprender de golpe, quisiéramos comprender enseguida, quisiéramos comprender las cosas tan de inmediato que pudiéramos sentirlas enseguida. Sin embargo, hace falta repetirlas; y aun repitiéndolas parece que no se comprenden; más aún, muchas veces, al repetirlas parece que se comprenden menos, lo cual es una forma

de impaciencia. Porque si uno se ve obligado a repetir las cosas para entenderlas, o desea ardientemente la verdad (tiene pasión por lo que estudia), o bien resopla, en un momento dado da un bufido; y resoplar coincide con comprender menos.

Pero si algo es verdadero y uno resiste, repite y fija su mirada en ello, en un momento dado es como si, sin preverlo, comenzase el aire fresco de la mañana, el amanecer, y se empieza a comprender. De ahí en adelante se convierte en un triunfo, porque es como el sol después del amanecer: triunfa. Y aunque haya muchas objeciones, muchas oscuridades, muchas barreras que obstruyen la visión directa de las cosas, el triunfo de la verdad está en el fondo del corazón; uno comprende que la verdad está ahí, lo entiende. Y además, existen otras implicaciones, aunque están en las manos de Dios y es inútil describirlas ahora.

La madurez en este camino puede traer consigo un gozo, una conmoción, una ternura tal por la verdad, que uno siente que el amor a Cristo no es distinto –es distinto, pero sólo en el sentido de que es más profundo, más incisivo– del afecto que puede experimentar por una u otra de las personas que conoce...; pero estas consecuencias vienen después.

Lo importante es comenzar, y es tan importante comenzar que le toca a Dios: si estáis aquí es porque ha empezado Dios. No estáis aquí porque hayáis comenzado vosotros, sino porque Dios ha comenzado. Hace cinco años, hace diez, ninguno de nosotros podía imaginar que estaría aquí y mucho menos podía imaginar que pudiera resistir y permanecer aquí.

Para mí –tal como lo he dicho, espero que lo comprendáis todos, porque es de todos– es todavía peor, ¡por lo menos trece veces peor, por usar un número mágico! ¿Por qué? Porque quisiera haceros comprender enseguida, quisiera hacer que sintierais enseguida, quisiera iluminaros enseguida, quisiera que el otro no tuviera que hacer el esfuerzo que debe hacer, quisiera que pudiese saltarse la fatiga. Y ello caracteriza el aspecto esencial del afecto, el que tienen los padres y las madres. Porque el ideal no es el afecto que se da entre hombre y mujer; entre el hombre y la mujer este afecto se verifica al final, si se recorre bien el camino. Originalmente el afecto nace cuando se es padre o madre, pues el padre o la madre querrían, al mirar al hijo pequeño de dos palmos, que hiciese su camino sin esfuerzo, querrían que no tuviera que dar todos los pasos que han tenido que dar ellos, les duele que tenga que pasar por ellos.

No obstante, uno hace lo que puede. No lo que puede, ni siquiera hace lo que puede, sino aquello que Dios le permite, considerando lo disponible que está su libertad. Así, juntos, con vuestra fidelidad, si permanecéis aquí, y con mi fidelidad, si hago lo que Dios me permite hacer, caminaremos.

### *1. El valor del sacrificio*

He puesto esta premisa porque el tema de hoy es muy importante. Todos los demás temas se comprenden incluso humanamente –la fe, la esperanza, el amor–, pero éste, desde el punto de vista humano, en primer lugar repugna, y en segundo lugar, parece injusto, parece como «escupir sangre». Y un padre o una madre, al pensar en esto, dirían: «¡Cómo quisiera yo escupir sangre por ti!». No; lo que le toca a cada uno, le toca, es decir, lo que Dios quiere de ti, tienes que hacerlo tú. Pero es imposible dejar de colaborar, no ayudar, cueste lo que cueste.

## Watershed

El tema de hoy, en efecto, es el que parece menos humano de todos los temas que hemos desarrollado y, sin embargo, es el *watershed*: el punto en que confluyen las aguas, donde todo confluye, el punto de confluencia de todo, de todo... No hay fe, ni esperanza, ni amor, no hay belleza, bondad o justicia, no hay nada sin sacrificio.

Así pues, el sacrificio es el *watershed* de todos los temas que hemos expuesto, es el punto de confluencia de aguas que corren como un torbellino: es un terremoto, lleno de fragor y peligro como una gran catarata. El sacrificio es en nuestra vida un momento de tanto fragor y peligro como una gran catarata en la que se juntan y chocan las corrientes de diversos ríos.

Vamos a distinguir tres puntos, y para no morir en el número tres, para no ahogarnos con el número tres, añadiremos un corolario.

*a) El sacrificio parece contrario a la naturaleza.* Ante todo, el sacrificio, desde el punto de vista natural, es algo inconcebible. No hay nada que naturalmente desee el sacrificio, o al menos parece que nada humano lo desea, que nada lo exige: es como *contra natura*. Pues nuestra naturaleza está hecha para la felicidad, para la plenitud, para la belleza, para la verdad. Nuestra naturaleza está hecha para la felicidad y el sacrificio es contrario a ésta; por ello es –digamos–, al menos, incomprensible. El sacrificio es incomprensible desde el punto de vista natural y, si uno se irrita un poco, se vuelve también intolerable, porque es algo que va contra aquello para lo que estamos hechos: parece una injusticia. Por eso Pavese en su diario, cuando era todavía joven, a los diecisiete años, escribía que el sacrificio es algo inconcebible, «bestial» decía él.<sup>1</sup>

*b) Cuando se ha vuelto interesante.* ¿Cuándo comienza el sacrificio a convertirse en valor? Un valor es aquello que vale la pena; la palabra valor relaciona lo efímero –el tiempo efímero, la circunstancia efímera– con su destino, y por eso deja de ser efímero, ya no pasa: *vale la pena*. Valor quiere decir que vale la pena y vale la pena lo que no pasa, lo que no es inútil y, por consiguiente, permanece, es decir, lo que te conecta con tu destino, porque es la palabra destino la que domina soberanamente en todas partes, en cualquier lugar, en cada pelo, en cada fibra del corazón.

¿Cuándo deja el sacrificio de ser algo intolerable, incomprensible, «bestial», y se convierte en valor? A vuestro juicio, ¿cuándo? *Cuando es un acto de amor.*

¡Bah, eso es una bonita flor al aire!

*Cuando es un acto libre.*

¡Un acto libre es también un puñetazo que te hace un moratón en un ojo!

*Cuando se hace con un objetivo.*

*Cuando se hace por otro.*

<sup>1</sup> C. Pavese, *El oficio de vivir*, Bruguera, Barcelona 1980.

Eso sí, nos hemos acercado: «Cuando se hace por otro». Pero no es una razón, porque el otro desaparece como desaparecen las hojas secas del otoño. Las hojas desaparecen, también las flores desaparecen, y el otro desaparece: si vas a verle cinco días después a su casa, huyes, por varios motivos. «Hacer por otro» tiene un objetivo, puede ser algo bueno, pero triste; una cosa buena y triste. ¡Cuando paso por Redipuglia y veo allí las decenas de millares de soldados muertos, muertos «por la patria»! La guerra tenía un objetivo, aunque ellos no lo quisieran, pero había un objetivo; un objetivo que nos impulsaría a hacer pedazos a quienes les mandaron a la guerra para que los mataran.

El sacrificio vale la pena cuando se hace por «algo distinto» que no se marchite como las hojas de otoño, que no se corrompa como un hombre al morir; algo diferente que desafíe el tiempo, algo que se vuelva más bello con el tiempo, que resista, y que, de este modo, te haga resistir también a ti. En caso contrario es algo «bestial» o, con palabras menos juveniles, triste; pero triste en el peor sentido del término, amargo. Bueno, ¿no me decís nada más? Estas son las cosas más gordas de la vida... La gente va al bar que hay aquí delante a beber un vaso de vino y es la única satisfacción que tienen en su jornada, o tal vez, se pasean del brazo juntos por el campo durante una o dos horas, y eso es todo. Todo es arrastrado por un viento terrible que vacía cada cosa, que la convierte en nada; un viento tan fuerte, tan vencedor que lo anula todo.

Históricamente, la palabra sacrificio comenzó a convertirse en una palabra grande desde que Dios se hizo hombre... Nació de una joven mujer, fue niño, caminaba con pequeños pasos, y luego empezó a hablar (hablaba en hebreo), y más tarde comenzó a ayudar a su padre que trabajaba de carpintero, y finalmente se hizo mayor y empezó a marcharse de casa sin que su madre comprendiera por qué; decía: «Me voy»; y ella respondía: «Vete» y no sabía por qué... Luego oía que gritaban en la plaza, eran muchos quienes gritaban contra él porque había hablado, algunos lloraban y muchos otros, en cambio, estaban llenos de rabia contra él. Luego volvía a casa triste y su madre no se atrevía ni siquiera a decir: «¿Por qué? ¿Qué ha pasado? Pero, ¿qué has dicho?». Puede ser que alguna vez se lo preguntara, aunque comprendía que era inútil preguntarle, porque no hubiera entendido tampoco ella... Comenzó a hablar al pueblo, éste parecía seguirlo cuando realizaba gestos extraños (o milagros); pero al día siguiente lo había olvidado —Él estaba allí solo— y por eso crecía el número de los que estaban contra él, hasta que, finalmente, lo apresaron y lo mataron.



Desde que Dios se hizo hombre y desde que mataron a aquel hombre... Clavado en una cruz gritó: «Padre, ¿por qué me has abandonado?»

—que es el grito de desesperación más humano que se haya escuchado jamás vibrar en el aire de la tierra—, y luego dijo: «Perdónalos porque no saben lo que hacen», y más tarde exclamó: «A tus manos encomiendo mi vida»... Desde aquel momento, desde que a aquel hombre lo tendieron sobre la cruz y lo clavaron, desde aquel momento la palabra sacrificio se ha convertido en el centro, no ya de la vida de aquel hombre, sino en el centro de la vida de «cada» hombre, y el destino de cada uno de los hombres depende de aquella muerte.

Se ha convertido, por consiguiente, en el centro de la historia, hasta el punto de que calculamos los años desde que Él nació: «antes» o «después». Se enumeran los años de la historia así, no es que sea esencial, pero es significativo.

Desde que aquel hombre murió en la cruz, la palabra sacrificio se ha convertido en una palabra gigante, grande, y ha desvelado —como cuando el sol se levanta, como un sol naciente— que toda la vida de los hombres es un entramado de sacrificios, está llena de sacrificios estremecedores, como si estuviera dominada por la necesidad de sacrificarse: la madre para alumbrar al hijo, el padre para mantener a la madre y a su hijo, para ser verdaderamente amigo de otra persona, para continuar el camino con una persona a la que se ama, para ir a trabajar y ganar el sueldo del mes, para subir al Mont Blanc y ver uno de los espectáculos más bellos que se puedan ver. En resumen, sacrificio por aquí, sacrificio por allá —para estar atentos ahora durante una hora, para hablaros ahora durante una hora—... es imposible evitar el sacrificio, y además se cierne sobre todo el mayor sacrificio que se pueda concebir: morir.

La palabra sacrificio es una palabra repugnante, hasta el punto de que los griegos, que tenían como culto supremo el culto de la belleza del cuerpo —si no se cree en nada, lo único bello que hay en este mundo, digno de veneración y admiración, es la belleza del cuerpo—, ellos que sólo creían en la belleza del cuerpo, la palabra que no pronunciaban nunca, a no ser con odio, era la que indicaba a los dioses —esos poderes extraños— en cuanto fuente de muerte. La muerte era lo peor que se podía concebir, porque ahí no hay nada que hacer.

El sacrificio era inconcebible, repulsivo; pero hay un punto de la historia en que el sacrificio comenzó a volverse interesante —es decir, concernía al interés del hombre, al destino del hombre—: cuando Cristo murió en la cruz para que los hombres pudieran ser salvados de la muerte, es decir, a fin de que las cosas pudieran salvarse de la corrupción, de convertirse en gusanos pequeños y numerosos. Desde ese momento la palabra sacrificio se volvió interesante; manteniendo todas las reservas a las que nos referíamos antes, el hombre comprendió que su vida no podía prescindir del sacrificio.

Jesús, al morir, no sólo nos ha hecho comprender que el sacrificio era significativo,

interesante para el destino del hombre –murió para que los hombres pudieran alcanzar su destino y salvarse de la muerte, atravesar la muerte–, sino que también nos reveló, nos hizo ver que no era algo extraño, que era algo interesante, pero no extraño, porque toda tu vida es así. Si consideras tu vida, toda ella está hecha de sacrificios, desde que te levantas por la mañana.

La cruz de Cristo ha revelado, por una parte, cómo el sacrificio domina la vida de todos los hombres y, por otra, que su significado no era necesariamente negativo; más aún, que tenía un significado misteriosamente positivo, que era la condición para que los hombres alcanzaran su destino: «Con tu cruz has salvado al mundo». ¡Con tu cruz, oh Cristo, has salvado al mundo!

*c) Cuando se convierte en valor para la vida del hombre.* Aquí tenemos que dar un paso intermedio: en nosotros –en mí, en ti–, ¿cuándo se convierte en valor el sacrificio? Ánimo, respondedme, porque no tiene la misma lógica que antes. Antes dije que el sacrificio adquirió valor cuando Cristo murió. Pero murió Él.

El sacrificio adquiere un valor moral, es decir, un valor en la vida del hombre, cuando se vuelve correspondiente, es decir, corresponsabilidad, respuesta a la muerte de Cristo para salvar la propia vida y la vida de los hombres, cuando se llega a aceptar que el único modo para alcanzar el destino, para vencer la muerte, es subir también nosotros a la cruz de Cristo, participar en la muerte de Cristo. Corresponsabilidad, responsabilidad consciente, respuesta consciente a la muerte de Cristo: «Tú, Cristo, mueres por mí. Yo me adhiero a ti en tu morir». ¿Cómo? A través de los sacrificios que me pide hacer. «Mi vida acepta los sacrificios que me pides como adhesión a tu muerte». Por eso se llama también ofrecimiento: ofrecimiento a Cristo de la propia vida, como participación en su muerte. Y entonces, todo mi sacrificio de levantarme por la mañana, tolerar a mi padre, a mi madre, a mi mujer, a mi marido, a mis hijos... todo se convierte en bien.

Los viernes santos cantamos el himno de la cruz: *Crux fidelis inter omnes*, cruz fiel, árbol verdadero entre todos los árboles, árbol que no muere. El sacrificio de Jesús –que es el gran valor que salva al mundo de toda su miseria y de la muerte– se torna un valor nuestro al participar nosotros en él, al aceptar de Cristo el modo que él establece de hacernos participar en su sacrificio, por ejemplo: me envía una enfermedad, hace que me traten de manera injusta, que me desilusione un afecto, que tenga que sacrificar un afecto.

El sacrificio se convierte en un valor moral para el hombre, cuando éste, por medio de él, participa en la iniciativa que toma Dios para liberarnos de la muerte y del mal. ¿Cuál es la iniciativa que Dios toma para salvarnos de la muerte y del mal? La muerte de Cristo. ¡Es realmente increíble!, ¡pensar que Dios se ha hecho hombre y ha muerto asesinado para volver a hacer posible la felicidad de quien le asesinaba!

Puesto que el sacrificio consiste en aceptar las circunstancias de la vida, tal como vienen, porque nos hacen corresponsables, partícipes de la muerte de Cristo, el sacrificio se convierte en la clave de toda la vida

—la vida vale por el sacrificio que se vive—; pero también en la clave para comprender toda la historia del hombre. Toda la historia del hombre depende de aquel hombre que murió en la cruz, y yo puedo influir en la historia del hombre —puedo influir en la gente que vive ahora mismo en Japón, en la gente que está en el mar ahora mismo en peligro; puedo intervenir para aliviar el dolor de las mujeres que están perdiendo a sus hijos ahora mismo, en este preciso instante—, si acepto el sacrificio que en este momento se me impone.

Por el pecado original

El dinamismo de la vida tiene su ley más profunda en el sacrificio, tiene como meta la felicidad, pero como ley condicionante el sacrificio; para llegar a superar los exámenes tienes que hacer esfuerzo, y esfuerzo y sacrificio son lo mismo. ¿Cómo es posible que el sacrificio sea la ley del dinamismo de la vida? ¿Es justo que Dios se haya hecho hombre y haya muerto en la cruz precisamente para revelar a todos los hombres que los sacrificios de la vida son condición para que ésta crezca, para que la vida sea verdadera? ¿Cómo es posible?

En primer lugar no se le puede decir a Dios «¡te equivocas!». ¿Qué hombre puede decirle a Dios «¡te equivocas!»? Todo eso es verdad: Cristo murió en la cruz para la salvación de los hombres, y todos nosotros podemos colaborar en la salvación del mundo aceptando el sacrificio de las circunstancias a través de las cuales se nos hace pasar, porque la existencia de todos y cada uno tiene algo así como un peso enorme en su origen, tiene en su origen como una montaña gigantesca, trágica, que pesa y lo frena todo. La naturaleza del hombre es trágica debido a este comienzo terrible que se llama pecado original, un hecho que no podemos explicarnos; pero sin este misterioso fenómeno no se explica nada. No se puede explicar el sacrificio, pero tampoco se explicaría ya nada. Hay quien es más afortunado y quien lo es menos; ésta sí que es una injusticia intolerable: uno desafortunado y otro no, ¿por qué? El pecado original: leed el capítulo siete de la carta a los Romanos.

## *2. En qué consiste el sacrificio*

Segundo paso. El primer paso quería indicar, antes que nada, el carácter incomprensible del sacrificio, puesto que parece estar en contra de la naturaleza. El sacrificio comienza a volverse significativo cuando Dios muere en la cruz, y esto no solamente empieza a revelar que la palabra sacrificio tiene un significado, sino que hace ver que todo, toda nuestra vida, todas nuestras jornadas, están llenas de un infinito número de sacrificios, grandes o pequeños. Y si uno acepta estos sacrificios para cooperar a la muerte de Cristo, para colaborar con la muerte de Cristo en salvar al mundo, entonces ése, que hace

el sacrificio aquí, ahora mismo, ayuda quizás, sin darse cuenta, a una pobre madre que está perdiendo a su hijo en Yugoslavia por una granada: no hay tiempo ni espacio. Para aquello que está más allá del tiempo y del espacio

—como el valor del sacrificio, de Cristo o nuestro— no existe tiempo ni espacio, el tiempo y el espacio no lo detienen. El sacrificio que yo hago por amor a Cristo, ahora mismo, puede ayudar a una o a muchas personas que están naufragando en el golfo de Tonkin en este momento, ¿quién sabe?

Veamos ahora, en segundo lugar, en qué consiste el sacrificio. Este sacrificio, ¿en qué consiste? No consiste en la muerte de cruz, porque también es sacrificio para mí estar aquí ahora mismo hablando, cuando estoy molido (es un decir; no: no es un decir...); es un sacrificio para vosotros estar aquí escuchándome; es un sacrificio coger el libro en las manos y decir «Señor, date prisa en socorrerme»; si no es sacrificio es sólo porque estamos repulsivamente distraídos, pero ¡si pesáramos o pensáramos lo que decimos! Intentemos darnos cuenta, pues, de en qué consiste este «monstruo» que es el sacrificio.

La Biblia —dice *El sentido religioso*<sup>2</sup>— usa una palabra precisa para indicar lo que el hombre adora como Dios, aunque no lo sea: el ídolo. Afirmar o buscar la verdad donde no está, afirmar o buscar la idolatría, es una mentira, una falsedad. Lo que llamamos pecado es una mentira; es pecado porque es mentira, ¡no es la verdad! Y el salmo, muy agudamente, dice: «Mira las características que tiene el ídolo: tiene ojos y no ve, tiene oídos y no oye, tiene boca y no habla».<sup>3</sup> ¿Qué quiere decir? Que no mantiene las promesas que hace. Lo que no mantiene sus promesas es una mentira. Dios mío, ¡qué tristeza en la mayoría de las bodas!: la mayor parte de las bodas producen una tristeza profunda porque, salvo un hilo que Dios sostiene, son promesas falsas.

El sacrificio es ir contra la mentira. Ir contra la mentira, hacer las cosas con verdad, de manera leal, sincera, justa: esto es el sacrificio. Para obrar con verdad hace falta sacrificio: tienes que separarte de la mentira, tienes que arrancarte de la mentira, tienes que resistir a la corriente o, mejor aún, al alud de la mentira; tienes que aguantar ahí, hasta que pase toda la basura.

<sup>2</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, o. c., pp. 169-170. <sup>3</sup> Cfr. Sal 115, 4-8.

En efecto, sin sacrificio no puede haber verdad en una relación. Tenedlo en mente, porque estas frases definen toda la vida, son importantes para toda la vida, son invencibles. No hay Donadoni que aguante —¡en mis tiempos era Meazza!—, no hay bomba atómica que aguante. Sin sacrificio no hay verdad en una relación.

Pensad, por ejemplo, cuando sentís apego hacia una persona: la relación se reduce a una mentira si no está continuamente sostenida por el sacrificio. Sin sacrificio no hay verdadera relación, lo que quiere decir que al otro —sea un objeto o una persona— no se le

valora conforme a su naturaleza (peor aún, se invierte el sentido de la naturaleza), lo afirmas por tu gusto, según tu instinto, porque quieres agarrarlo con violencia como el avaro agarra el dinero. ¡Qué falsedad! «Porque me gusta»: creo que es la excusa más normal para mentir... un pretexto, en definitiva. Identificamos el afirmar algo con aferrarlo: afirmar a una persona es amarla, es afirmar al otro; aferrarla quiere decir doblegarla, hacerla tu esclava.

Por eso el sacrificio no es cesar en la voluntad de obtener algo, no es suspender el amor a alguien o a alguna cosa, no es eliminar nada, sino frenar la voluntad que se está comportando contra la naturaleza de esa cosa.

Si no puedes usarla conforme a su destino, si no puedes utilizar esta relación afectiva conforme a su destino, eres un delincuente: ¡es un delito! «Pero, ¡el sacrificio es imposible!»: el sacrificio es necesario, tan necesario como no cometer un delito.

El sacrificio no es cesar en la voluntad de obtener algo, sino frenar la voluntad que no actúa conforme a la naturaleza de la cosa. Por eso todas las relaciones prematrimoniales son erróneas, todas, e imponen caminos torcidos que ya no se enderezan, porque afirman el egoísmo como criterio último —«lo que me apetece» como criterio último de la relación—, un egoísmo que ya no se redimirá. Leed en *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, las páginas 453 y 454.

### *3. El sacrificio más verdadero es reconocer una presencia*

Tercer paso. ¿Cuál es el sacrificio más verdadero? ¿Cuál es el sacrificio que conduce más a la verdad? ¿Cuál es el sacrificio que aleja más del error, del mal, de la mentira? ¿Cuál es el sacrificio que nos vincula más a la verdad?

Ahora es cuando se entiende que todo está relacionado. La respuesta a esto es el punto en que se comprende que el sacrificio es idéntico a la dramaticidad y la grandeza del amor.

El sacrificio más verdadero es reconocer una presencia.

Sé muy bien que no entendéis nada, pero si no entendéis nada,

¡pobre de vuestra vida! ¡comprenderéis, estad tranquilos que comprenderéis!

El sacrificio más verdadero es reconocer una presencia. ¿Qué quiere decir reconocer una presencia? Que el yo en lugar de afirmarse, te afirma a ti. Afirmar el tú es la mayor entrega: «Nadie ama tanto a un amigo como quien da su vida por él». <sup>4</sup> Es lo mismo que dar la vida. Afirmarte a ti para afirmarme yo, para hacer que viva yo, afirmarte a ti como meta de mi obrar; afirmarte, es tenerte amor a ti. Por eso se trata incluso del sacrificio de uno mismo: no de un dedo, del pelo, del resultado de un año académico... ¡no, no, no, no! Es el sacrificio total de uno mismo: afirmar al otro implica olvidarnos de nosotros

mismos, que es lo contrario de estar apegados a nosotros mismos; entonces nos sacrificamos al otro.

El sacrificio más verdadero es reconocer una presencia, lo que equivale a decir que el sacrificio más verdadero es amar.

Tristeza y petición

¿Cuál es el verdadero sentimiento que el sacrificio afirma como el más fuerte de la vida? El sacrificio afirma como sentimiento más intenso, más serio y noble de la vida, la tristeza, porque la presencia que quiero afirmar no consigo afirmarla. Yo amo a una persona, quisiera afirmarla con todo lo que soy y no lo logro: muere, dos días más tarde, muere. No logras jamás afirmar el objeto del amor –una presencia es el objeto propio del amor– completamente, adecuadamente: por eso las relaciones humanas no pueden dejar de ser tristes.

Por esa tristeza frente a la presencia incompleta irrumpe la última petición de la Biblia: «¡Ven, Señor Jesús!»,<sup>5</sup> ven, Tú, porque Tú que has muerto en la cruz, sólo Tú, puedes hacer que sea feliz –puedes constituir el destino completo–, puedes hacer feliz a la persona que amo; y de ese modo, hacerme feliz a mí, ¡pero como consecuencia!

Os voy a contar un hecho impresionante de mi vida. Un chico y una chica, estupendos, jovencísimos, se habían hecho novios en un pueblo de los Abruzzos, y tenían que casarse unos meses después. Fue allí un cierto padre Sémini, comboniano, a predicar una semana sobre las misiones. Una noche, mientras volvían a casa, el chico le dice a su novia: «Oye, si yo no me sacrifico para ir de misionero –porque hay mucha gente que vive sin conocer a Dios, infelices–, si yo no me sacrifico, no me sentiré digno de ti, me avergonzaría ante ti, tendría vergüenza de decirte que te quiero» Y ella: lamentos, llantos y otros ayes resonaron por el aire sin estrellas.<sup>6</sup> Pero la conclusión fue impresionante: él se fue de misionero y ella, pocos meses después, entraba en un convento para hacerse monja misionera; ahora los dos son misioneros, él en un lugar y ella en otro. A propósito: las familias todavía están litigando entre ellas ¡porque rompieron su noviazgo!

<sup>4</sup> Jn 15, 13. <sup>5</sup> Hch 22, 20.

Este hecho sucede pocas veces en la vida, pero es la realización del ideal: el ideal que uno piensa de una cosa se realiza precisamente porque en semejante sacrificio sucede lo que dije al comentar la canción de las *Sevillanas del adiós*. El destino humano es que mientras el amigo se aleja, la barca se hace cada vez más pequeña, hasta que desaparece en el horizonte; en cambio aquí sucede lo contrario: hay un puntito en el horizonte que se acrecienta cada vez más, se hace cada vez mayor y más cercano.

4. *El carisma y el sacrificio de la fe*

Corolario. Debéis leer en el Evangelio de Juan todo el capítulo primero. La primera mitad es la teoría suprema y la segunda mitad es el hecho más impresionante que se pueda narrar, lo de Juan y Andrés... Me puse contento cuando, después de los últimos Ejercicios de la Fraternidad, donde había 150 trabajadores españoles, por la noche me llamaron por teléfono desde Madrid, y Carmen me dijo: «¡Aquí todo el mundo habla de Juan y Andrés!», pues esa vez insistí en ello casi durante media hora.

En esto reside el problema: para mí, la presencia de Cristo, ¿cómo resulta reconocible, amable hasta el sacrificio (es el sacrificio de la fe, la fe en cuanto sacrificio)? ¿Por qué estamos juntos, amigo mío? Estamos aquí porque Cristo está entre nosotros. Cristo, después de dos mil años, te ha puesto aquí, conmigo a quien no conocías y estamos juntos por esto; no sabemos cómo, pero estamos juntos por esto, y todo el cúmulo de razones que tenemos para estar aquí no agota para nada la solución... ni siquiera da un pequeño atisbo de solución a esta pregunta: «¿Por qué estamos aquí? ¿Cómo puede estar Cristo aquí, entre nosotros?». El amor que cada uno de nosotros tiene al otro, el interés que tiene por el destino del otro es porque *Cristo está entre nosotros*, se debe a que Cristo está entre nosotros, es una afirmación de que Cristo está entre nosotros.

<sup>6</sup> O. c., *Infierno*, canto III, vv. 22-24, p. 41.

Sabemos que Cristo está aquí por muchos motivos que no se explicarían más que aceptando esta hipótesis: la gran posibilidad de que se halle entre nosotros algo diferente, más grande que el hombre. Es inconcebible, a todo el mundo le resulta inconcebible, que haya un grupo de gente que se reúna el sábado por la tarde de la forma en que lo hacemos aquí. Entre nosotros hay algo más grande que nosotros mismos; y reconocer la presencia de algo más grande que uno mismo –que la razón no logra identificar bien con todos sus razonamientos, pero que no puede negar si no es corriendo el riesgo de cometer la irracionalidad más gorda que se pueda cometer–, es la fe: «Creo, Señor».

Cristo permanece presente entre nosotros: «Estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo»; por esto conozco a María, a Genoveva y a Silvia, por esto conozco a todos los que conozco y también a todos aquellos a quienes no conozco. Cristo permanece presente con nosotros, todos los días, hasta el fin del mundo, dentro de las circunstancias históricas que establece el misterio del Padre, circunstancias históricas a través de las cuales el misterio del Padre te hace reconocer y amar la Presencia de algo distinto, de Cristo. Estas circunstancias históricas mediante las cuales el Padre nos hace captar la presencia de otra Presencia, de algo diferente, más grande, pertenecen a eso que se llama carisma: son las circunstancias históricas que crean nuestro movimiento o nuestro Grupo Adulto.

Carisma quiere decir gracia, don, don de sí mismo que hace el Infinito, e indica la modalidad existencial de temperamento, mentalidad y ambiente por la cual ese don asume para ti una determinada fisonomía, un acento y una mirada particulares. En Asia



pueden ser gordos, delgados, pequeños, altos o bajos, acatarrados, con la voz ahogada, con el rostro feo o bello... ¡Y qué impresionante es poder decir que «eso no importa»! Uno quiere siempre a cualquiera: ¡sucede realmente así! como, por ejemplo, nuestros amigos que van a Kampala, en medio de los rinocerontes y los cocodrilos, o de los enfermos de sida a los que nuestra Rose cuida como si fueran hermanos, y ello hace que la conozcan, al menos, en media Kampala.

El que es alcanzado por un carisma, ya no puede seguir a Cristo abandonando el carisma: sería una traición. Toda la gente que me ha dicho: «El movimiento tiene todos estos defectos, así que lo dejo»; todos esos que se han marchado, lo han perdido todo, no han comprendido ya nada, hasta el punto de que en un momento dado muchos vuelven. Cualquiera de vosotros, si se marchara, no entendería ya nada; si has sido llamado a través de estas circunstancias, es a través de ellas como alcanzarás tu felicidad, como ayudarás a los hombres, amarás a la gente y amarás a Cristo; si Cristo ha hecho que lo conocieras a través de las circunstancias que representan estos rostros, es a través de estos rostros y de esas circunstancias como te va a cambiar, como hará crecer tu corazón, tu alma y tu cabeza.

«¡Si pudieran ver a Jesús de cerca y tocarlo! —dijo el Papa hace tres semanas— Tocar, ¿dónde? Ver, ¿dónde? Si lo ven en vosotros dirán: ‘Señor mío y Dios mío’, como Santo Tomás». <sup>7</sup> En nuestras personas: Cristo se hace presente por medio nuestro, a través de nosotros: es como se toca a Cristo, a través de nosotros es como se le ve. En cambio, si nos abandonas no verás ya nada. «Si continuas, verás cosas tan grandes como éstas —decía Jesús— y mucho mayores aún». <sup>8</sup> Yo pienso siempre en estas palabras de Jesús al recordar los inicios de mi sacerdocio y las clases de religión en el Berchet: eran tres o cuatro chicos los que me seguían; mi último pensamiento era que aquello creciera: ¡ahora me viene un temblor de espanto si lo pienso!

[

«El que permanezca en mí, el que se mantenga fiel en la pertenencia y me pertenecéis por medio de la unidad entre vosotros, de la compañía que hay entre vosotros, porque yo estoy presente ahí], realizará obras como las mías y las hará aún mayores». <sup>9</sup>

«Tocar, ¿dónde? Ver, ¿dónde? Si lo ven en vosotros, dirán: ‘Señor mío y Dios mío’». El sacrificio parece muerte —mortificación—; en cambio, es el principio de la vida, el principio de la verdadera vida, la que vence al tiempo y al espacio, la vida que no cede a la mentira, pues no hay ninguna experiencia de sacrificio que no nos haga ser mejores si se acepta: «Está, porque cambia». <sup>10</sup>

Para comprender estas cosas es necesario que se nos conceda una gracia, hace falta que Dios nos ayude. Dios, únicamente Dios, puede hacer comprender el ser tal como es, y el

sacrificio es la condición fundamental del ser en el tiempo y en el espacio.

Menos mal que fuera del tiempo y del espacio, amigos, será una gran gozada: «En el reino celeste, / que cumple toda fiesta / que el corazón ha deseado»,<sup>11</sup> en el paraíso donde se cumplirán todas las imágenes festivas que el corazón desea. Por eso, en los ejercicios de Rímini,<sup>12</sup> dije que el yo humano, es decir, el corazón humano, es una encrucijada entre la relación con lo eterno (con el infinito) y la nada: no hay alternativa. La dificultad –dificultad grandísima que debe vivirse con temor y temblor– para imaginarse cómo es el infinito es comprensible, pero la nada no es comprensible.

<sup>7</sup> Cfr. Juan Pablo II, *Discorso ai giovani di Roma*, 24/3/1994.

<sup>8</sup> Jn 14, 12.

<sup>9</sup> Cfr. Jn 14, 12; Jn 15, 5-16.

<sup>10</sup> Cfr. L. Giussani, *Está, porque actúa*, o. c.

<sup>11</sup> Jacopone da Todi, «O novo canto», in *Laudi, Trattati e detti*, F. Ageno, Florencia 1953, v. 74, p. 264.

<sup>12</sup> L. Giussani, *El tiempo apremia*, o. c.

¿Dónde se dice esto en *El sentido religioso*? En la página más bella:<sup>13</sup> el comentario a la poesía de Montale.<sup>14</sup> Es inútil que diga que, al volverse hacia atrás, percibe la nada, es decir, que las cosas no permanecen, mueren, desaparecen; no puede decir «así pues, todo es nada», porque las cosas existen. Si existen, aunque sea un sólo instante, no se puede decir, no se puede concluir, que «todo es nada». «Todo es nada» es una simple metáfora desesperada.

<sup>13</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, o. c., pp. 93-94.

<sup>14</sup> E. Montale, «Forse un mattino andando», en *Tutte le poesie*, Mondadori, Milán 1977, p. 61.

## EL SACRIFICIO ASAMBLEA

«Estoy cansado de sufrir, Señor, dame vida según Tu palabra»:<sup>15</sup> ¿cómo se pueden leer todas las semanas semejantes frases sin aprender nada? «Estoy cansado de sufrir»: en esto estamos de acuerdo, ¿no? Todo el mundo está hartos, por la noche todos están hartos, a mediodía están hartos, a las tres están hartos... Entonces: «¡No suframos más!». No; no sufrir más significa no vivir más, porque es necesario estar muertos para no sufrir. Sufrir es inevitable. Es como si yo dijera: «Hay que comer para vivir». ¡Es algo evidente!

Siempre estamos cansados de sufrir, porque el sufrimiento no pertenece a la naturaleza del destino del hombre, no es «según Su palabra». Según Su palabra el hombre no está hecho para la infelicidad, dice un versículo del Libro de la Sabiduría: «Dios ha hecho al hombre para la felicidad».<sup>16</sup> Cuando leéis una frase tan verdadera –esto me interesaría–, ¿en qué pensáis? ¿Cómo respondéis a esta contradicción? «Estamos cansados de sufrir», justamente porque el sufrimiento no pertenece al destino del hombre. «Según Tu palabra» quiere decir conforme al destino que has dado al hombre. En cambio, «Dame

vida», hazme vivir, es conforme a Su palabra. ¿Dónde estriba el equívoco? En oponer el sufrimiento a la vida, cuando el sufrir es una condición de la vida hasta tal punto que cuanto más sufre alguien y más capaz de sufrir es, más vida es la suya. En efecto, aunque nunca se piense en él, el mejor ejemplo es bien conocido por todos: es Jesús, que ha padecido más que nadie porque ha dado a todos la vida.

«Estoy cansado de sufrir», por esto, hazme comprender la razón y el amor del sufrimiento, concédeme comprender por qué es humano sufrir, hazme entender el amor al Ser que encierra el sufrimiento, concédeme comprender por qué participa en el amor a Cristo, muéstrame, oh Misterio, el amor a Ti que se encuentra en el sufrimiento. Entonces, ya no me escandalizo. «Estoy cansado de sufrir» es el escándalo del sufrimiento que parece contrario a «Dame vida», y, sin embargo, es la condición para la vida.

«Según Tu palabra», cambia de significado: según Tu designio (palabra), el sacrificio se convierte en motivo de vida. ¿En qué sentido el sacrificio se convierte en motivo de vida, como lo fue para Jesús? ¿Por qué sufrió Jesús? «Nadie puede establecer un fundamento distinto del que ya tenemos, que es Jesús».<sup>17</sup> Nuestra vida no puede ser ni intensa ni valiosa, ni viva para nosotros ni útil para los demás, si no imita a Jesús. En la raíz de nuestra vida está el dolor de Cristo, Su gloria igual que Su dolor: «Habéis recibido gratuitamente, dad gratuitamente».<sup>18</sup> Y así se comprende la oración: «Para que podamos servir a la comunidad humana con la experiencia del Espíritu y para la construcción del Reino».<sup>19</sup> La construcción del Reino: para hacer del mundo la gloria humana de Cristo, para convertir el mundo en templo de Cristo, es necesario que la vida nazca del sacrificio. El sacrificio es como el abono –mi pobre madre, cuando estábamos de vacaciones y caminábamos por el campo repetía siempre esta observación: «¡Qué misterio! ¿Cómo nace el pan?, ¿de dónde viene la comida? De la tierra, donde se pone el estiércol»; no era un ejemplo banal, era una observación que no hacemos ninguno de nosotros–, el estiércol es el sacrificio, la vida que no parece vida.

<sup>15</sup> Sal 118, 107.

<sup>16</sup> Cfr. Sb 1, 13-15.

<sup>17</sup> 1 Cor 3, 11.

*Usted dijo que la tristeza es el sentimiento que el sacrificio afirma como más verdadero. Esto fue lo que más me costó comprender porque, ¿acaso se vuelve uno más triste a medida que avanza? Luego pensé en la relación con mis amigos y lo entendí así: si trato yo de decir a mis amigos en qué consiste su felicidad, me equivoco por partida doble, porque, de un lado, no soy capaz de saber cuál es su felicidad, y, de otro, soy violento al tratar de restarles libertad para afrontar su vida.*

Muy justo.

*Si por lo que yo comprendo la tristeza es el sentimiento que me lleva a pedir «Señor, no soy capaz, haz Tú lo que yo no puedo hacer», entonces esta tristeza es buena, me devuelve a la relación con el otro, la relación con él se pone en marcha de otra manera.*

La tristeza es una nota inevitable y significativa de la vida, porque en cada momento –y más cuanto más intenso es el momento– percibes que hay algo que todavía te falta, la tristeza es una ausencia que sufrimos.

¿Qué hace que la tristeza sea buena? Reconocerla como instrumento significativo del designio de Dios. El designio de Dios supone que la vida esté siempre, en cualquier caso, sujeta a la percepción de que algo falta, y más cuanto más comprometida está, cuanto más aparentemente satisfecha. Esto resulta providencial para hacernos entender que, como decía Pär Lagerkvist, no hay nadie que responda a la voz que clama en el vacío del mundo; pero entonces, ¿por qué existe esa voz, por qué existe ese grito?<sup>20</sup> Que la vida sea triste es el argumento más fascinante para hacernos comprender que nuestro destino es algo grande, es el mayor misterio. Y cuando este misterio nos sale al encuentro, al hacerse un hombre, entonces esa fascinación se vuelve cien veces mayor. No te quita la tristeza, porque Dios se hace hombre de un modo tal que lo tienes sin tenerlo, que lo tienes ya y no lo tienes todavía. A nosotros nos parece así porque no lo vemos –yo no lo veo a Él como te veo a ti–; sé que Él está aquí porque estás tú, porque estamos nosotros. Pero también para los primeros discípulos era exactamente igual: para los primeros Cristo era un hombre cualquiera, un hombre como los demás. La tristeza es la condición en la que Dios ha puesto al corazón en la existencia humana, para que el hombre no sufra jamás tranquilamente la ilusión de que lo que tiene le puede bastar.

<sup>18</sup> Mt 10, 8.

<sup>19</sup> Oración de la Hora Intermedia del sábado, en *El libro de las horas*, o. c., p. 181.

<sup>20</sup> P. F. Lagerkvist, «Se credi in Dio e non esiste un Dio», en *Poesie*, o. c., p. 63.

Yo había explicado así el tema. Todo lo demás, como lo que tú nos has contado, es justo; pero la razón verdadera de la conexión entre la tristeza y la vida es que la tristeza forma parte integrante de la existencia del hombre, del camino hacia su destino, y está presente en todos nuestros pasos, pero no es la naturaleza del destino del hombre. Cuanto más amas el paso que estás dando, cuanto más bello es para ti, cuanto más encantador, cuanto más tuyo, tanto más comprendes que te falta lo que verdaderamente esperas.

*El año pasado habías dicho que si uno no siente el miedo al sacrificio, hasta el punto de que se refugie en Cristo como única esperanza, ¿qué clase de hombre es? Esto me impresionó porque, al hablar con la gente, nunca se habla del miedo al sacrificio. Y me digo: ¿No será porque somos tan abstractos que vivimos un poco alejados de la realidad?*

Es muy justo. Cuando ya has eliminado de antemano tu voluntad de aceptar, tu

capacidad de valorar y tu juicio acerca de la pertinencia de algo, esto te parece abstracto. Si yo te preguntara: «¿Es justo o no lo que digo?» (justo o no quiere decir: ¿hay razones para decirlo o no?), y tú respondieras: «Sí, hay razones pero son abstractas», ello indicaría una impostura en ti. Porque si hay una razón, no puedes decir «pero es abstracta», ya que la razón reconoce lo que corresponde a la necesidad del corazón, lo que corresponde al destino de tu persona. Ya os he respondido así una vez y habéis reaccionado con escepticismo –¡justamente!– porque es una condena de vuestra superficialidad. Considerar abstracto un valor cuya razón de ser se ve, contra el cual no se tienen razones, considerarlo abstracto porque no se puede tocar como los cabellos, como la punta de la nariz o un rostro que se acaricia, quiere decir ser falaces, ya que es negar el nexo con nuestro corazón, con el sentido de nuestro destino que ese valor revela. La razón revela la relación que tiene una cosa con nuestro destino, la razón establece la relación con nuestro corazón, con las exigencias de nuestro corazón y, por ello, con nuestro destino.

No debemos tener miedo del sacrificio. Debemos tener miedo de lo abstracto. Lo abstracto es la condena de nuestra dignidad humana. Abstracto es lo que elude tu conexión con el destino y, por consiguiente, es lo que elude aquello para lo que está hecho tu corazón y tiende a identificar lo concreto con la punta de la nariz que se toca, con los cabellos que se peinan, con la tripa que duele, con el helado que gusta, pero todo esto es tan irónicamente concreto que termina en la podredumbre de la tumba.

*Entonces, ¿la abstracción es una distracción?*

Sí, lo abstracto es una distracción buscada; por eso he hablado de impostura. Es una distracción de la razón, es decir, de tu naturaleza, que es exigencia del destino que asoma en tu razón.

*A propósito de la tristeza, usted nos había dicho que leyéramos el pasaje del libro de II Sabato donde dice que «no hay que tener miedo del sacrificio porque es la condición para que permanezcan la ternura y la alegría».<sup>21</sup> No logro comprender bien esta conexión entre tristeza y alegría.*

La permanencia de la ternura y, por consiguiente, de la alegría que nace de ella –la ternura es el crepúsculo de la posesión, el crepúsculo de la mañana o el crepúsculo de la tarde– exige que se trate de una verdadera ternura; debe ser realmente una ternura verdadera para resistir, para permanecer. Para ser verdadera ternura tiene que amar de modo verdadero su objeto y tiene que percibirlo tal como es en verdad. ¿Cómo puedes sentir ternura hacia un ser que te da la vida, como tu madre, y luego te abandona, porque en un momento dado muere? Es una ternura que, si lo piensas bien, ya se está ahogando desde hoy en un bidón de tristeza. Tú quieres especialmente a una persona, pero ¿cómo puedes quererla intensamente, sentir ternura por ella, pensando que mañana ya no la verás, que mañana morirá o que mañana se irá a Kamchatka, que está allá lejos, al este de Rusia? ¿Cómo podrías? Únicamente si percibes la eternidad de la compañía con esa

persona, solamente si percibes que lo que suscita en ti la relación con ella es signo de tu relación con lo eterno; entonces la relación con ella es una relación eterna, y el amor a esa persona es un amor eterno.

El sacrificio, en el presente, permite que permanezca la ternura. Si sientes ternura hacia una persona y piensas que mañana la puedes perder

—porque un marido que abandona a su mujer ¿qué diferencia tiene con una madre que muere antes que tú?— esa ternura permanece, por decirlo de algún modo, pero es triste. Si aceptas, en cambio, esta condición del camino —los dos estáis, tú y tu madre, destinados a un umbral feliz, realizando un viaje distinto pero igualmente doloroso, duro, lleno de trabajo, de sacrificio—, si aceptas este sacrificio, si aceptas que el viaje sea tan duro, que la distancia que tienes que cubrir sea tan fatigosa, si lo aceptas, ello te permitirá sentir ternura, te permitirá tener la evidencia de que el amor permanece, y permitirá que no sucumbas a ninguna circunstancia.

<sup>21</sup> L. Giussani, *Un inizio e una storia di grazia*, en «Un Avvenimento di vita, cioè una storia», o. c., p. 453.

¿Es tan difícil comprender estas cosas? Es difícil comprenderlas tan sólo en dos casos: que jamás se haya amado a nadie intensamente, o que se haya dejado de amar a alguien (pues se había amado de tal manera que el amor tenía que acabar, es decir, no se quería, porque no se puede concebir un «te quiero» que dure veintitrés años. Por eso el divorcio es la reducción obscena del amor entre el hombre y la mujer: «Te amo intensamente, perdidamente, mientras tenga ganas, o sea, tres años». ¡Bellísimo!).

*La vez pasada dijo que el sacrificio adquiere para nosotros valor moral cuando se convierte en correspondencia, es decir, corresponsabilidad, respuesta, a la muerte de Cristo. Entonces, ¿podría también faltar la respuesta de la libertad?*

Sí, porque si el sacrificio, a través de la libertad, no se traduce en coincidencia o compañía con Cristo, en respuesta a Cristo que nos llama, nada hay más estúpido y bestial —como decía Pavese— que el sacrificio. Por otra parte, si adoptas como sistema evitar a toda costa el sacrificio, tendrás que pararte en el charco en que estás, porque apenas muevas la proa te encontrarás una roca delante y cambiar el rumbo supone sacrificio.

Sin sentido, el sacrificio sería, en primer lugar, perder el tiempo, realizar cosas incompletas y, en segundo lugar, una verdadera bestialidad: el animal, la bestia no tiene razón.

¿Cuándo la razón logra aceptar, abrazar un sacrificio? Cuando lo acepta porque pertenece al designio que Dios tiene sobre la vida, porque forma parte de ese designio. El designio que Dios tiene sobre tu vida se llama Cristo, y el dolor es parte de la compañía de Cristo.

Al seguir a Cristo, te adhieres a su compañía, aceptando los sacrificios que ella impone. Y Cristo, con su sacrificio, salva al mundo; de modo que tú tienes que ver con la salvación del mundo. ¿Qué quiere decir, entonces, que tu padre o tu madre o, mejor aún, un amigo tuyo al saberte en este camino, te diga: «Oye, por favor, reza algún Ave María por mí»? Quiere decir que reconoce, *bon gré, mal gré*, que tú tienes que ver con su camino hacia el destino, con su felicidad, que tienes que ver con su felicidad de manera distinta a cuando te quería; distinta quiere decir que «verdaderamente tienes que ver».

*¿Por qué hablabas del carisma en la lección sobre el sacrificio?*

Si la vida es históricamente un carisma –si es don del Espíritu, participación del misterio del Ser, participación en el alma creadora del cosmos, participación en la felicidad de cada individuo que es el destino supremo de la historia–, en la medida en que supone un sacrificio (cruz), lo hace sólo porque lo requiere el mismo carisma. La obra del Espíritu es un designio dramático y el sacrificio forma parte inevitable de este drama.

¿Qué es el carisma? Carisma es una palabra que viene del griego, y quiere decir don. Y don es la comunicación del Ser, del misterio del Ser a nuestra vida: el carisma es otorgado por el Espíritu Santo, *donum Dei Altissimi*. El Espíritu Santo se comunica a la vida de Ana a través de determinadas circunstancias. Por eso, es siempre original, porque no sigue nuestra lógica sino que nos lleva a consecuencias cien mil veces más bellas que toda nuestra lógica. El Espíritu Santo se comunica a la vida del señor Luca, a la vida del señor Guido, comunica su Ser como vida de Ana, como vida de Guido, como vida mía, de maneras distintas unas de otras. No hace un rostro igual a otro –todos nuestros rostros han nacido del don de la creación; el gesto de la creación crea rostros totalmente distintos; no hay ninguno idéntico a otro–, no crea un yo igual a otro (una conciencia de sí igual a otra). ¿Cómo Dios me ha hecho a mí y te ha hecho a ti? A través de circunstancias distintas cuyo epifenómeno, cuyo aspecto material más evidente, son nuestro padre y nuestra madre. Ha creado a Cecca, te ha creado a ti en circunstancias distintas, me ha creado a mí en circunstancias distintas, para que el gran poema de su creación se compusiera con toda esta diversidad.

Reciben el nombre de carisma las circunstancias a través de las cuales el Espíritu nos comunica el conocimiento de Cristo, a ti y a mí, de tal manera que nos lo da a conocer conforme a una determinada modalidad; a otros se lo da a conocer también de un modo adecuado, pero a través de otro método. Carisma es el método con el que el Espíritu –mediante las circunstancias de la vida, del temperamento, la instrucción, la compañía, las sugerencias inmediatas, los descubrimientos realizados– nos da a entender, a ti y a mí, qué es Cristo. Por eso, porque Cristo es todo en nuestra vida, nada nos une más que el carisma, ya que es el acontecimiento decisivo: por medio del él puedes reconocerte a ti mismo; por medio del él yo me reconozco a mí mismo, por medio del carisma reconozco quién eres tú. El carisma representa el primer espacio donde el misterio de Dios se convierte en don para el hombre, un espacio modelado por Cristo que se caracteriza por



circunstancias particulares que constituyen el yo, que forman el contexto en el que vive el yo, que crean siempre una compañía, es decir, una experiencia de Iglesia: la Iglesia está formada por muchas realidades que son otros tantos carismas.

Pero, entonces, no puedes decidir cómo debes comportarte con la doctrina cristiana, con el conocimiento de Cristo, no puedes decir: «Me lo invento yo, elijo a quien quiero». ¡No! «Escojo a ese cura porque es guapo, robusto, habla bien y además se pone gomina en el pelo, o porque tiene una voz bonita»: no puedes razonar así. El Espíritu te puede haber asignado una circunstancia difícil, una situación que te impida aliviar o aligerar el peso de tu camino por medio de una compañía más fácil y bella, más lúcida y transparente; pero puede ser a través de la compañía de un párroco anciano y desaliñado, con una voz penosa, con gente pueblerina y distraída en la iglesia, puede ser ése el camino que te asigna.

En resumen, puesto que todo deriva de la forma con la que el Espíritu determina vuestra fisonomía, vuestra vida, vuestro camino, tenéis que adecuaros a esas circunstancias; y adecuarse a esas circunstancias es un sacrificio, es renunciar a las que preferiríais. Por eso alguien que haya conocido CL, ya no puede ser un buen cristiano si lo olvida. Teóricamente es libre de ir adonde quiera; pero objetiva, histórica, y existencialmente, si no responde, si no obedece, si no toma en consideración, si no se deja iluminar por la forma con la que Cristo le ha impactado, por las circunstancias de un determinado encuentro, si no se adhiere a esto, no será jamás cristiano en serio, nunca estará contento, nunca alcanzará una postura adecuada para ser útil a los demás. Simplemente: siempre estará descontento, porque es una traición. En el ejército te entregan un lanzallamas, porque perteneces a la compañía de lanzallamas, y dices: «¿Lanzallamas a mí? ¡Ni soñarlo! Yo cojo un puñal». Y sigues con tu puñal en la compañía de lanzallamas: ¡te quemarán a ti el primero de todos! Si te asignan a una compañía de lanzallamas, ¡lanza llamas!

Entonces, ¿por qué el sacrificio es inherente a cada carisma? Porque el carisma es un conjunto de circunstancias que no fijas tú, y tú debes seguirlas y valorarlas. Una flor que nazca con los pétalos altos y estrechísimos, llegará a tener una corola magnífica y deslumbrante si secunda su propia naturaleza y no dice: «¡Yo quiero tener sépalos pequeños, ser de color amarillo...!» Tienes que seguir unas circunstancias que no fijas tú. Si supierais... ¡pero cuando lo sepáis, comprenderéis! No se puede querer a una persona, un hombre no puede amar a una mujer, sin pasar a través de estas condiciones, no puede; pues si quiere amar a la mujer como él quiere, la destruirá o la perderá, que viene a ser lo mismo. Es más sano perderla, ¡porque al menos caerá en la cuenta! Se puede destruir sin darse cuenta.

*¿Qué significa que el sacrificio más verdadero es reconocer una presencia? ¿Que en vez de afirmarme a mí te afirmo a ti, te amo? ¿Qué significa que el sacrificio más verdadero es amar?*

La gran cuestión es que el fenómeno del sacrificio alcanza el máximo de su intensidad, de su herida, de su peso, pero también de su utilidad para el mundo, en el reconocimiento de una presencia.

Voy a poner dos ejemplos –¡no creo que se puedan poner tres!– a los que me parece que se puede reconducir todo.

Cuando un chico quiere a una chica –es inútil buscar otros: los ejemplos que se pueden poner se reducen todos a la relación entre el niño y sus padres, entre el hombre y la mujer, porque son las dos imágenes originales del reflejo que el misterio de la Trinidad tiene en la vida del hombre, en la vida de la creación–; cuando un hombre quiere a una mujer, o no piensa en ello (entonces, pobrecillo, reduce la relación, goza una centésima parte; los hombres se afanan hasta perder el alma, en reducir, en no engrandecer, no en hacer más grande, no, sino en reducir, en empequeñecer, para poder agarrar más, creyendo que así poseen más), o bien, si uno piensa en ello, comprende que todo lo que hace, en casa o fuera, está obligado a hacerlo, a llevarlo a cabo, conforme al temperamento y la voluntad de la persona amada: se ve movido a hacerlo todo como otro quiere. Si le parece que no hay sacrificio en ello es porque tiene la cara amortiguada, oscurecida por un efímero placer, por un goce efímero, por el gusto efímero de una ternura que no es consciente de sí, que no conoce sus raíces, sus motivos, su destino. ¿Creéis que alguien puede querer a otra persona haciendo todo lo que le parece? ¿Creéis que sí? ¡No! ¿Y entonces? Entonces no hay ninguna fuente de sacrificio mayor que reconocer una presencia.

Pero esto es simplemente un aviso, una escaramuza –una escaramuza natural, humana y, por tanto, efímera– de la gran cuestión que atañe al misterio de Dios y al misterio de Cristo. ¿Por qué fue un hombre grande Cristo? «Yo hago siempre lo que quiere mi Padre», «Lo que el Padre me manda, Yo lo hago»,<sup>22</sup> «Mi Padre obra siempre y Yo también obro»,<sup>23</sup> «No busco mi voluntad sino la voluntad del Padre»,<sup>24</sup> «Hecho obediente hasta la muerte».<sup>25</sup> ¡Entrad en la conciencia de Cristo, hombre, como Mario es un hombre o como lo soy yo, hombre como nosotros! ¡Es un hombre! La grandeza del hombre-Cristo consiste en haber vivido reconociendo que el valor de todo radica en la voluntad de Otro, del «Padre que está conmigo»,<sup>26</sup> «El Padre está siempre conmigo», «Padre, Yo te he glorificado en la tierra, ahora ha llegado el momento: glorifica a tu Hijo»<sup>27</sup> (pero éste es el signo del fin de los tiempos). Es preciosa la frase «glorificar al otro» para decir que el otro es el criterio de mi obrar. Si el criterio de mi obrar es el otro, tengo que sacrificar lo que a mí me parece: «Padre, si es posible, haz que no muera, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya».<sup>28</sup> Es el instante en que emerge más imponente, aunque todavía sin cumplir, la mole del dolor que Cristo aceptó y abrazó. Para Cristo, reconocer la presencia del misterio del Padre constituía la fuente más aguda de dolor en su vida, de sacrificio de sí. Pensad que vino para salvar al mundo –«He venido a traer fuego a la tierra y, ¿qué quiero, qué puedo querer, sino que arda?»<sup>29</sup>–, y sin embargo, el Padre le mandó que permaneciera entre los judíos, mientras que a pocos kilómetros

había ciudades como Tiro, con mayor población pagana, que lo habrían recibido cien veces mejor.

No fue allí, pero a la mujer que le tocó el vestido para verse sanada, le dijo: «¿Quién me ha tocado?»; y los discípulos dijeron: «¡Maestro, con toda la gente que se agolpa a tu alrededor, todos te tocan!». «No, Yo he sentido que salía de mí una energía». La mujer, al verse descubierta, postrándose dijo: «He sido yo, Maestro».<sup>30</sup> La idea se completa pensando también en la cananea: «Da también un poco de pan a tus otros hijos». Y Él dice: «No, yo he sido enviado para los hijos de Dios, los israelitas»; y ella dice: «Danos al menos las migajas que no se niegan ni siquiera a los perros». «Mujer, tu fe es grande; que te suceda como desees».<sup>31</sup>

Perdonad, os reto a que encontréis un sacrificio más grande de uno mismo –sacrificio de la propia inteligencia, de la necesidad de amar, de la pasión para que todo el mundo Lo conozca–, que reconocer que en la iglesia de al lado está Cristo, reconocer que está ahí, bajo el aspecto de un pan, dentro del signo de un pan, el hombre que vivió, murió y resucitó en Palestina hace dos mil años.

A los pocos meses de empezar G.S. vino a mí un padre que tenía a su hija en el Instituto Virgilio, un señor muy distinguido, y en la misma puerta comenzó a sollozar diciendo: «Padre, ayúdeme, salve a mi hija, porque no puedo más; cuando mi hija me agarra la mano –su hija tenía 17 años y estaba muriendo de cáncer– y me dice: «Papá, ¿por qué no me curas?», se me rompe el corazón, porque no sólo no sé responder, sino que ya no quiero ni vivir». Le tuve que responder: «El Señor sabe por qué sucede esto. Es por un bien suyo y de su hija, es parte del designio de Dios». Decir así le obligaba a aceptar, a afirmar la presencia de Otro más importante, más decisivo que el amor a su hija, que el deseo de salvarla, que su misma vida.

Reconocer la presencia de otro es siempre el comienzo de una historia de sacrificios, siempre: cuando una madre da a luz a un niño es el comienzo de una historia de sacrificios; cuando un joven se casa con una mujer es el comienzo de una historia de sacrificios. Pero es el amanecer de una jornada cargada de mayor intensidad: cuando el hombre tiene que reconocer presente, presente en su vida, a Dios hecho hombre.

¿Recordáis el ejemplo que ponía? Si el presidente Scalfaro fuera a nuestra casa de vía Monte Rosa, ante todo, se harían grandes preparativos, se limpiaría todo, etc.; y luego, cuando llegara, todo giraría en torno a Scalfaro.

Si Dios se ha hecho hombre y está presente aquí, contigo y conmigo, su Presencia determina y define todo, tiene derecho a poner en tensión toda mi vida, todas mis relaciones, a determinar todo lo que hago. Aquí irrumpe el sentido de la desproporción, una desproporción que, con certeza, se corregirá con su ayuda: es el mayor gozo que pueda percibirse en la vida, la seguridad de que mi debilidad será vencida por Aquel a quien deben servir mi voluntad y mi libertad.

El sacrificio más grande es reconocer una Presencia: es algo «del otro mundo», es «el otro mundo». Todo el drama de la persona o converge en el sacrificio o bien... todo se deshace, ya no hay forma de recomponerlo, lo agarras por una parte y escapa por otra. No hay fuente de sacrificio más grande que la relación con una persona, que reconocer a

una persona. Esto es verdad también en la relación de la madre con su hijo, del hombre con la mujer, del amigo con el amigo. El primer año en el Berchet, los primeros días de clase, decía: «Lleváis juntos cinco años, sentados en el mismo banco durante cinco años, y no sois amigos; como mucho estáis en connivencia los unos con los otros».<sup>32</sup> Para que la amistad no sea complicidad, para que sea real la amistad entre nosotros, tiene que pasar primero a través de Cristo, hay que reconocer antes que Cristo es la fuente de dolor más grave en nuestra vida, la mayor fuente de sacrificio en nuestra vida. Como Él murió, también nosotros debemos morir. Y, sin embargo, el reflejo humano y existencial de este sacrificio es la alegría, como Él dijo: «Os he dicho esto para que mi alegría esté en vosotros y vuestro gozo sea pleno».<sup>33</sup>

<sup>22</sup> Jn 14, 31.

<sup>23</sup> Jn 5, 17.

<sup>24</sup> Jn 5, 30.

<sup>25</sup> Fil 2, 8.

<sup>26</sup> Jn 16, 32.

<sup>28</sup> Cfr. Mt 26, 42; Mc 14, 36; Lc 22, 42.

<sup>29</sup> Lc 12, 49.

<sup>30</sup> Cfr. Mt 9, 20-21; Mc 5, 25-27; Lc 8, 43-44.

<sup>31</sup> Cfr. Mt 15, 21-28; Mc 7, 24-30.

<sup>32</sup> Cfr. *La comunione come strada*, en «Tracce», n. 7/1994.

## Capítulo Noveno LA VIRGINIDAD

Voy a exponer los puntos esenciales en torno a los que se desarrolla todo el planteamiento de la virginidad.

### 1. *Llamados para una tarea*

a) *La elección de algunos.* Hay una premisa, un dato previo, que no es poca cosa: Dios se ha hecho hombre. Acordaos de monseñor Manfredini, mi compañero, aquella tarde mientras íbamos con retraso hacia la iglesia y bajábamos corriendo las escaleras, los tres o cuatro tramos de escaleras. Él iba detrás de mí y, de pronto, me agarró por el brazo y me dijo: «Oye, —teníamos veinte años, o ni siquiera—, oye, ¿pensar que Dios se ha hecho hombre es algo del otro mundo!». Este «algo del otro mundo» ha sucedido y divide al mundo. La primera elección que Dios hace, por medio del Bautismo, es la elección de hombres que están llamados a comprender que Dios se ha hecho hombre. Pero esto es la premisa, el antecedente.

El primer punto de hoy es que Cristo, para llevar a cabo su obra en el mundo, elige a algunos. Imaginaos aquella noche a Él y a los doce, a la luz de las antorchas, antes de morir —lo que no hemos experimentado todavía debemos hacerlo objeto de nuestra imaginación, tratando de ensimismarnos con ello, de darnos cuenta de ello—; Él y los doce alrededor de la mesa, en silencio, mirándolo hablar, escuchando lo que aquel

hombre decía: «Sin mí no podéis hacer nada»; un hombre, un comensal como ellos que decía: «Sin mí no podéis hacer nada».<sup>1</sup> «Pero éste es...»; ellos no decían: «Es Dios», pero sentían que lo era: no lo pensaban, no lo comprendían, pero lo sentían. Para comprenderlo iban a tener que esperar al Espíritu Santo.

Para llevar su obra a cabo eligió a algunos... a cuyo elenco ha añadido, con el paso del tiempo, nuestro nombre, vuestro nombre; si estáis aquí es porque de algún modo os ha tirado de los pelos, de alguna manera ha rozado, al menos, vuestro vestido; si estáis aquí es porque os ha tocado, sea cual sea el modo en que lo haya hecho, os ha tocado y os ha llamado.<sup>2</sup>

*b) Para dar testimonio de Él.* ¿Para qué os ha llamado? Para ser eco de su testimonio en el mundo, para hacerLo presente en el mundo. En las escaleras del seminario, a las diez y media de la noche, aquel año, aquella vez, Manfredini, al agarrarme por el brazo, me hizo presente a Cristo. Era algo distinto lo que me agarraba el brazo, no era una lógica humana, no, no era una lógica que hubiera previsto mi compañero. Porque, ¿quién puede decir una cosa semejante? Ciertamente, si Dios se ha hecho hombre, ¡es algo del otro mundo! Es algo del otro mundo que está entre nosotros aquí, ahora. ¡Y hay que decirlo! Dentro de mi cansancio o de esta serie de palabras hay algo diferente; ni siquiera se podrían decir todas estas palabras si no hubiera algo diferente. Estamos llamados a dar testimonio de Él.

*c) Viviendo con Él.* ¿Cómo se da testimonio de Él? Viviendo con Él. Alguien que lee todos los días el Evangelio, que recibe la comunión todos los días, que dice: «Ven, Señor», que mira a determinados compañeros suyos para quienes esto ya se ha hecho más habitual, puede comenzar a sentir qué quiere decir vivir con Él. Vivir con Él se puede decir de otro modo: vivir como Él.

*d) Para el destino de los hombres.* ¿Cómo vivió Él? Concibiendo la vida –y la vida son todos sus actos, incluido el dormir, el despertarse (esta mañana me han venido a despertar a las nueve), el comer, el beber, en resumen, todo el vivir y el morir– para el mundo, para el designio de Dios en el mundo, es decir, para todos los hombres; por los hombres, por la gente que está en Japón, por la gente de Australia, por la gente del Polo Norte, por la gente que no conocemos y que empezamos a percibir como parte de nosotros mismos: uno entiende que debe dar la vida por todos ellos. Todo lo que se hace es para la vida de los hombres, para el destino de los hombres, para que alcancen su destino. Ya meditamos esto cuando hablamos de la caridad: concebir nuestra vida –te levantas por la mañana a las nueve... (¡pero empecé a dormirme a las cinco y media; vi las cinco y media en el reloj y me dormí!)– para el destino de los demás, es algo que comienza a no ser abstracto porque se trata del destino de tu padre, de tu madre, de la chica por la que sientes afecto, del amigo que te gusta, de los compañeros que tienes alrededor: se trata del destino de toda esta gente. Un hombre que mire a la mujer de la

que se ha enamorado y con la que se va a casar sin pensar jamás en su destino, es un pobre desequilibrado que *esquizofreniza* su vida y la vida de ella, y, en efecto, vivirán como esquizofrénicos. ¡Y cuántos están así!

<sup>2</sup> Cfr. Mc 3, 13-18.

## 2. *A través del sacrificio, el ciento por uno*

### El sacrificio de la reacción inmediata

Para poder pensar en tu vida (en ti, a quien no conozco), para poder pensar en el destino de tu vida, tengo que sacrificar algo. Para pensar en tu vida (en ti, a quien conozco de vista), para amar tu destino, para amar tu felicidad, para amar tu alegría, para amar la eternidad de tu vida, para tratarte así, tengo que sacrificar algo. ¿Qué tengo que sacrificar? Tengo que sacrificar la reacción inmediata, de gusto o extrañeza, de simpatía o antipatía; tengo que sacrificar la impresión inmediata. La impresión inmediata al ver a una bella mujer... Tengo que sacrificar esto. La impresión inmediata cuando pienso en una vida «en mi pequeña casa entre árboles»... Como Pierre de Craon que, de pie, frente a la catedral que está levantando, mientras dirige toda la obra, piensa en su casita humeante... ¡Dios, qué distancia! A esta distancia nos ha llamado Dios, a vivir el mundo con esta distancia: eso hace que la casita sea casita y que el templo sea templo y que el pueblo sea pueblo (al que pertenece también la mozuela que iba a ser su esposa en aquella casita).<sup>3</sup>

<sup>3</sup> En la obra de Claudel, Pierre de Craon es el arquitecto, el genio que construye la catedral, mediante la cual el pueblo vuelve a hallar su unidad, lo que equivale a decir que encuentra su morada: en la morada está el ideal y en ella se hospeda el hombre acogido con todo su error. Y el pueblo entero se encuentra igual frente a la infinitud del ideal y ante la miseria de sus errores. De este modo, el arquitecto constructor de las catedrales es el genio por excelencia, porque el templo constituye el mayor símbolo de la unidad entre los hombres que jamás se haya concebido. Pierre de Craon –intenso, tan pasional como genial– frente a la vocación que Dios le ha dado, tiene un momento de vacilación: «¡Tantos remates sublimes! ¿No veré nunca el de mi pequeña casa entre árboles? ¡Tantos campanarios cuya sombra al girar escribe la hora sobre toda una ciudad! ¿No podré nunca hacer el dibujo del horno y de la alcoba de los niños?» (P. Claudel, *La Anunciación a María*, Ed. Encuentro, Madrid 1991, pp. 41-42).

Hace falta un sacrificio: el sacrificio de lo inmediato. Lo inmediato no es verdadero; tanto es así que muere, que hace morir. Sobre todo, hace que envejecamos, traba la lengua, nos produce reumatismos, a uno le cuesta mantenerse en pie: hace morir, lo inmediato hace morir, lo inmediato muere entre tus manos. Por la mañana estás entusiasmado con tu mujer, pero por la tarde la mandarías a paseo; mandarla a paseo quiere decir que la desecharías: «¡Si pudiera librarme de ella!».

Lo inmediato ata, encadena, hasta que uno se ahoga (como en el cine, cuando un asesino estrangula a su víctima, se ve que el otro chilla y gesticula como un desesperado hasta que... ¡paf!, muere). Lo inmediato nos ahoga. Es necesario este extraño fenómeno que es el desapego. Para amar verdaderamente a una persona hace falta una distancia. ¿Adora más a su mujer un hombre cuando la mira a un metro de distancia, maravillado por el ser

que tiene delante, casi arrodillado aunque esté en pie, casi arrodillado delante de ella, o cuando la toma? ¡No! No. Cuando la toma, acaba.

¿Poseyó más a la mujer de la calle, a la Magdalena, Cristo que la miró un instante mientras pasaba delante de ella o todos los hombres que la habían poseído? Algunos días después, cuando ella lavó, llorando, sus pies, estaba respondiendo a esta pregunta.

No se puede establecer una relación con nada –ni con los hombres, ni con las flores del campo, ni con las estrellas del cielo–, si no se hace con una distancia dentro. Si no te distancias de las estrellas, no entiendes nada; si te fijas en una estrella sin desapego, no comprenderás que se trata de una estrella entre la infinitud estelar: es el sacrificio lo que permite que se desvele la verdad de la «cosa» o «persona» que está presente ante nosotros.

Un anticipo de la ternura eterna

Último punto. Esta verdad que Cristo tenía en su modo de amar asombraba a quienes lo miraban: se quedaban con la boca abierta. Ese hombre, sin tocarlos... sólo tocaba a quien tenía sus ojos ciegos, tocaba la boca del mudo o los oídos del sordo, para curarlos, sólo eso; sin embargo, cuando uno se acercaba a veinte metros de Él, se veía traspasado por esa Presencia y volvía a su casa llevando dentro aquella figura que tardaba días en desaparecer, ¡habría tenido que hacer un esfuerzo para arrancarla de sí! De esta manera, Cristo entraba en relación con las personas realizando un amor más útil, un amor más *compañía* para el camino, un amor que hacía más ligero el camino, un amor que anticipaba, como un temblor incipiente, la ternura eterna, un amor que anticipaba en todo la relación que tuvo con Juan antes de morir, cuando Juan tenía la cabeza reclinada en su hombro.

Este anticipo ya en este mundo, este pregonar en la relación que tengo contigo –aunque te haya visto una sola vez–, este anticipo que presiente en la relación contigo cómo te veré para siempre en la transparencia eterna, en la transfiguración eterna, en la seriedad de lo eterno, se llama el ciento por uno aquí. Estamos llamados a preguntarnos cada día, por la noche, cuánto hemos vivido de este ciento por uno. Y no puede ser –como dicen algunos que vienen a mí para quejarse– que no se experimente cien veces más aquí; ciertamente, no lo experimentas porque imaginas el ciento por uno como tú quieres, lo imaginas como una expansión de la instintividad; y, en cambio, es otra cosa, algo que es más bello, más seguro, más fascinante, más humano, que te vuelve hermano y hermana del pobre hombre que está casi convertido en un despojo, en la cloaca, en la calle, que está a punto de morir y al que la hermana de la madre Teresa de Calcuta recoge sin repugnancia y lo lleva a casa. Lo bañan, lo revisten... Y él, antes de morir, pocas horas después, dice: «He vivido siempre como un desgraciado, pero muero como un rey». Tratado como un rey, ¡tratado como un rey!: ¡el ciento por uno aquí!

Puede ser que hayáis comprendido palabra por palabra, frase por frase; pero lo que os falta es la experiencia del nexo que tienen estas palabras con vuestra carne viva, os falta la experiencia de la vida: que estas palabras lleguen a ser el contenido de algo que se siente, que se vive, que mueve, que conmueve.

## LA VIRGINIDAD ASAMBLEA

Hoy tenéis que decir no solamente vuestras reflexiones sobre la lección de esta mañana, sino sobre todo el año, sobre la situación a la que apuntan, que señalan estas palabras: vuestras dificultades, las objeciones que sentís, lo que no conseguís entender... Y yo os diré: «¡No se puede entender!». Pero, amigos míos, queda todavía otra cosa: ¿Qué tenemos que hacer? Está, porque actúa, y, en efecto, cambia, te cambia; no lo comprendes, pero te cambia.

*Las lecciones sobre el sacrificio y la virginidad han sido para mí una fuerte provocación dada la profunda contradicción que suponen; me preguntaba cuál es el porqué de esta condición tan misteriosa, que pide una modalidad de relación contradictoria con lo que nos parece.*

Para hacer que el mundo viva cien veces más. Has planteado la pregunta más bella que se podía hacer. Dios venido a este mundo es algo del otro mundo; Jesús es algo del otro mundo. Quita a Jesús y todo se derrumba, todo se nivela; y aun cuando arde, cuando se inflama, al final queda la paja quemada.

En cambio, con Jesús, ya no se pierde nada. Hasta nuestro mal, al quemarse, deja un poso de gratitud; hasta el propio mal, aunque se repitiera cien veces, tendría como resultado el abrirte a otra nueva posibilidad, abrirte a la esperanza de una superación; porque la superación de nuestro mal llega cuando Dios quiere. No puedes responder: «¡Ah, bueno!, entonces hago lo que me parece, porque cuando Dios quiera me cambiará» ¡No! Tengo que desear, tengo que desear más. En fin, un hombre no puede mirar a una mujer y decir: «¡Qué bella!», y desearla, si no es deseando ser perfecto como ella es hermosa; si no desea ser perfecto como ella es hermosa, no es verdad que la ame, abusaría de ella y basta.

*Una de las cosas que me ha impresionado más durante este año ha sido mi trabajo en el hospital. Los enfermeros y también los demás médicos me decían continuamente: «¡Qué distinto eres!» y me preguntaban por qué.*

Tenéis que admitir que éste es el signo del Misterio; la señal de que hay un Misterio en este hombre es que los demás se ven obligados a decir: «¡Qué distinto eres!». Misterio es algo distinto. Alguien no ve, sin estar curado va a tomar el agua de Lourdes, y ve: es algo distinto. No hay nada más consolador, nada que entusiasme más, más asombroso, más misterioso, que el que los demás digan: «¿Por qué eres tan distinto? Tú eres



distinto».

*Me impresionaba, sobre todo, porque muchos decían: «Con los demás médicos tan sólo trabajamos, pero contigo, además, es como si fuéramos amigos».*

Este «tú eres distinto» se refiere a su humanidad, a la totalidad de su persona, no a una técnica operatoria. Nuestro Enzo de Bolonia es un fantástico cirujano, especialmente para ciertas operaciones difíciles, pero nadie le dice «tú eres distinto» por eso; le dicen: «tú eres distinto» por el modo en que se comporta. Lo diferente se refiere al yo, al hombre. Las hermanas de la madre Teresa no podían curar a aquel pobrecillo, no podían curarlo, pero eran distintas; y él lo dijo: «Vosotras sois distintas y por eso muero como un rey». Lo que es distinto es la humanidad; la humanidad de Cristo es diferente.

Cuando Juan y Andrés fueron con Él y lo miraban hablar, aquella tarde, quién sabe en qué casucha perdida de Judea, decían: «Nadie es como este hombre». Es la voz del pueblo: «Es un hombre, ¡un hombre!». Para comprender que existe el más allá hace falta tener una experiencia en el más acá; no un sueño, ni una imagen (el más allá), sino una experiencia en el más acá, más precisamente, la experiencia del carácter incompleto de las cosas que hacemos, la cual produciría una rabia impotente si no hubiera esperanza y dulzura en el abandono.

¿Queréis decirme si hay una tarea más bella y más grande que ésta en la tierra: llevar por el mundo esta ternura y esta certeza? ¡Decídmelo, decídmelo! ¿La labor de madre? La labor de madre... hoy, en la mayoría de los casos, ya no miran a sus hijos ni una sola vez pensando en su destino: ¿es eso amor? No es más que un apego instintivo. Además, una madre que esté atenta a su hijo, que no duerma nunca, que esté siempre vigilante ante cualquier señal, en primer lugar, se agotaría ella, enseguida; pero aparte de esto, el niño crece y ya no hace caso de su madre, le interesan otras cosas, tiene cosas distintas que hacer, lo que le apremia es otra cosa; y la mujer se desespera, se amarga y puede llegar a tener actitudes de resentimiento inimaginables.

En Milán, una vez vino a confesarse un hombre de treinta años: «Hace diez años que tengo relaciones con una mujer». «¡Cátese, después de diez años!», «¡Eh, pero es que mi madre...», «¿Cómo su madre?», «Mi madre me paga las mujeres que quiero, les hace venir a casa, con tal de que yo no me case, para no perder a su hijo, y es una mujer que hace la hora de adoración al Santísimo Sacramento todos los días». Jesús, para esa señora debía ser el sonido de un címbalo, en el mejor de los casos, si tenía imaginación y gusto musical; pero es bastante improbable que lo tuviera, porque quien tenga gusto musical no puede no sentir la disonancia de su actitud. De hecho, con Jesús, ¡o se acaba cantando o se termina la relación! Con Jesús no se puede sino acabar cantando, hasta el que desafina, hasta el que tiene la voz ronca, ¡porque se canta con el corazón!

*Usted decía que la verdad de una relación coincide con mantener el atractivo de esa relación. Y yo estoy empezando a comprender, en este último período, que cuando prevalece en mí, en las relaciones o en el trabajo, el aspecto de renuncia, parece como si algo no funcionara, parece que hubiera algo equivocado; sin embargo, usted dice que*

*la verdad en una relación mantiene todo el gusto de esa relación.*

No de la misma manera.

*Entonces quisiera comprender por qué se tiene la tentación de pensar que las dos cosas no están unidas.*

Porque se piensa en la relación con una tonalidad que no se quiere abandonar (¿quién de nosotros no ha experimentado esto alguna vez?) y que, sin embargo, hay que abandonar –lo cual es un momento dramático– para poder poseer. La estima y el amor únicamente se mantienen si te distancias del modo inmediato y habitual en el que sientes las cosas; si quieres seguir con el modo en que sientes habitualmente las cosas, las perderás. ¡No es culpa mía, es así! También es así en la naturaleza: si quieres subir a la cima del Monte Rosa tienes que abandonar el valle, ¡y el valle es tan bonito! Pero mantendrás la mirada en la belleza del valle con una tonalidad de visión distinta, que le hace ser distinta; no la abandonas, subes. Cuando vas hacia el destino, no abandonas nada, arrastras contigo todo hacia el destino: «Me has fascinado con uno solo de tus cabellos» diría el Cantar de los cantares;<sup>4</sup> «Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados».<sup>5</sup> Y os recuerdo el cuento de Guareschi, en el semanario de posguerra *Il Candido*. Una pareja de ochenta años, él y ella, sentados en la galería de la casa, están mirando el paseo después del mediodía. Y él dice: «¡Qué bonito es tu pelo!»: ¡y tenía tres! «¡Qué bonito es tu pelo!»: al decir esto lo decía con una verdad, con una poesía y con una perennidad que no poseía cuando se enamoró y ella tenía su melena rubia. Entonces era pequeño, estaba encogido. La fidelidad guardada lo mantiene todo; pero guardar fidelidad es un sacrificio. Porque uno se enamora: está con su esposa y ve a una mujer en la otra acera de la calle, y vuelve la mirada;<sup>6</sup> debe arrancarse de ello, debe renunciar, y la fidelidad a su mujer se verá premiada, no enseguida, sino con el largo transcurso del tiempo; mientras que con el largo transcurso del tiempo, aquella otra, si la hubiera seguido, ¡se habría volatilizado treinta y cuatro años antes!

*Quería contar algo que atañe a la vocación y que me ha pasado en el camino de este año. Soy muy amigo de esa mujer que va a morir de cáncer y que escribe:*

<sup>4</sup> Cfr. Ct 4, 9.

<sup>5</sup> Lc 12, 7.

<sup>6</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, o. c., p. 44.

*«Sin vosotros no habría conocido el rostro bueno del Misterio que hace todas las cosas». Me he quedado muy impresionado con esto, porque cuando pienso en mi vocación, no puedo dejar de pensar en ella y en lo que está viviendo; y pensando en ella no puedo dejar de pensar en su vocación. Me doy cuenta de que esta persona había dispuesto su vida de una cierta manera, había construido una familia; pero en un momento dado le ha sucedido algo a lo que puede responder como a una vocación que el Señor le ha pedido...*

O se pone frente a una circunstancia con virginidad, porque la virginidad es la vida como vocación...

*...o bien sólo queda la desesperación. Me resultaba realmente claro cuando decías que no hay alternativa entre Cristo y la nada. Podemos pensar en nuestra vida de cualquier modo; pero sólo si pasamos a través de la respuesta a la vida como vocación, sólo respondiendo afirmativamente a esta llamada, podremos realizar por completo nuestra vida.*

La virginidad es la profesión de la presencia de Dios en el mundo, de Cristo, de este hombre, aquí y ahora. Fuera de esto no hay nada, todo termina en la nada. Las cartas de Mounier a su mujer<sup>7</sup> son páginas de virginidad, donde el ideal del matrimonio es la virginidad, hasta el punto de que se habla de castidad matrimonial, ¿no? Así pues la vocación del hombre es, esencialmente, la virginidad; a esta virginidad Dios le da una tarea u otra. Pero la vocación es una; si da una cierta tarea, como es la familia, entonces, considerándolo todo, San Pedro dirá: «Si las cosas están así, ya no conviene casarse».<sup>8</sup>

*Alguien puede encontrarse en este camino, haberlo recorrido durante todo el año y, sin embargo, puede persistir o surgir en él la hipótesis de un camino distinto, por ejemplo, la clausura. Quisiera entender qué significado tiene esta idea.*

¿Es que te das tú la vocación? Es necesario distinguir el reconocimiento de una vocación –y esto es un hecho objetivo– de la afirmación de una imagen nuestra, de nuestra propia imaginación. La primera característica que tiene la afirmación de nuestra propia imagen es que siempre es vacilante; la segunda característica es que no nace como algo que irrumpe, con claridad, sino en oposición. Vosotros estáis aquí, y no hay ninguna otra idea, ningún otro hecho más claro y sencillo que éste, que este dato: que estáis llamados. ¿Dónde están vuestros compañeros? ¿Dónde están vuestros amigos? No están aquí. ¿Y por qué no están aquí? Flo tenía muchos amigos en la Universidad Católica, ¿y dónde están? ¡En la Universidad Católica! Es un dato; la relación con Cristo es siempre un dato de hecho, un hecho. Enseguida puede verse acompañado por un gran halo de claridad, de sentimiento, de ternura, de fuerza, fidelidad y sacrificio; y el sacrificio se vuelve como una poesía, asume el ritmo de una poesía, de un canto; pero la primera palabra, la palabra fundamental, la piedra basal, es un dato de hecho: si estás aquí es porque de algún modo algo te ha tocado, ¡lo siento, no es culpa mía! Sería culpa mía no hacer nada por manteneros aquí; para eso vamos a decir algún Ave María a la Virgen por nuestro médico portugués que trabaja en Inglaterra.

<sup>7</sup> E. Mounier, *Lettere e diari*, Città Armoniosa, Reggio Emilia 1981. <sup>8</sup> Mt 19, 10.

Igual que la vocación te ha sido dada, lo que la mantiene frente al mundo es la misma cosa, la misma mano, el mismo rostro de Cristo que te ha dicho «ven», y que ha dicho «ven» a gente que es como todos los demás.

*Anoche leímos que Violaine estaba toda dispuesta a seguir la mano que la guiaba;<sup>9</sup> esto es justamente lo que más deseo; pero también me da miedo. ¿Qué debo hacer?*

Eliminar el miedo como puedas. Si no lo consigues, sigue de todos modos la mano. Seguir la mano con miedo tiene el mismo efecto que seguirla sin miedo; lo esencial de la cuestión es seguir la mano. Mientras la sigues di: «Escucha, haz que tenga menos miedo, haz que tenga menos miedo, haz que tenga menos miedo». Cuando lo digas quince veces descubrirás que ya no tienes miedo. ¿Miedo, de qué? De la nada; pero la nada no es «nada»: es mentira.

¿Sabéis que es mentira, al menos en un aspecto, siempre que se le dice a una mujer: «Te quiero»? En cambio al decir «Señor, te quiero» es más difícil que haya mentira, porque alguien que dice esto comprende más fácilmente todos los errores que lleva encima. Cuando San Pedro respondió, furtivamente, a Jesús que le preguntaba, también furtivamente: «Simón, ¿me amas?», «Sí, Señor, sabes que te amo»,<sup>10</sup> ¡qué presentes tenía todos los errores que había cometido!

*Usted nos dijo una vez que el yo humano es la encrucijada de la relación de lo eterno con la nada que es la abstracción. Lo que más estoy pidiendo es que estas palabras se conviertan en contenido de mi vida.*

Dije en Rímini que el yo es la encrucijada entre lo eterno y la nada, y esto se traduce existencialmente, históricamente, en el reconocimiento o no de Cristo.<sup>11</sup> Decir que no a Cristo, no decir Cristo, es igual que decir: «Todo es nada». Decidme lógicamente si puede terminar de manera distinta, ¡decídmelo!; tanto es así que el sumo ideal humano, que parece ser el budista, concibe la solución de todo como una gota que entre en el mar, que se confunda con el mar, el mar armónico de la totalidad. ¡Qué bella armonía! ¡Que el yo desaparezca!! ¡Que desaparecer sea lo que te urge!

<sup>9</sup> «Es por eso que Violaine sigue prontamente la mano que toma la suya» (P. Claudel, *La Anunciación...*, o. c., p. 151.

<sup>10</sup> Jn 21, 15 ss.

<sup>11</sup> L. Giussani, *El tiempo apremia*, en «Cuadernos de Litterae» n. 7.

*Usted nos dijo el sábado pasado que parece abstracto aquello que hemos eliminado ya previamente al juzgarlo como no pertinente.*

Sí. Lo que sentimos abstracto es algo a lo que de antemano hemos dicho que no. Porque si no he dicho que no, aunque me parezca abstracto, comprendo que tengo que hacer todo el esfuerzo necesario para que se vuelva concreto, para que se convierta en experiencia. Os juro que todo lo que hemos dicho se convertirá en experiencia, ya se ha convertido para nosotros: es el motivo por el que estamos aquí. ¡Con qué descaro reuniríamos a tanta gente así para contarles mentiras! No se puede tener ese descaro; haría falta ser políticos o proxenetas: y siempre sería cuestión de dinero, porque el poder

es sólo para tener dinero.

Algo es verdadero o no lo es. Decir de una cosa verdadera que es abstracta significa que previamente ya habías dicho que no: parece abstracto aquello de lo que de antemano hemos renegado. Si te dicen algo que te parece abstracto, debes comprometerte en ver cómo puedes hacerlo concreto, y al intentar hacerlo experimentable, tú lo aprendes, ¿me entiendes?

*Es la diferencia que hay entre una amenaza y una promesa.*

Deciros una cosa abstracta que no es verdadera, es una amenaza, sería teneros bajo el terror de una amenaza. La mayoría del clero no se da cuenta de que tiene a la gente amenazada. La mayoría del clero, de los padres, o de los políticos... todo el que no ama a tu persona y a su destino te tiene bajo amenaza. Por el contrario, lo que te parece abstracto es una promesa, no una amenaza; no es la amenaza de que desaparezca la relación que tienes con el chico o la chica a la que quieres, es la promesa de que crecerá. ¡Es bonito ver estas cosas desde la cima de los setenta años, como yo...! El alboroto de la gente que has conocido cuando tenías quince años, así como los has conocido, con los deseos que te han despertado, con tus errores, con los errores que has cometido, con los errores cometidos... todo este bullicio y, al mismo tiempo, el volver a identificar los rostros que ya no puedes olvidar y por los que entiendes, sin darte cuenta, y dices: «Oh Padre, ¡que podamos reunirnos todos! (pides por ellos, comprendiendo lo que puedes comprender de lo esencial), ¡que también ellos puedan alcanzar su destino!». Entonces te encuentras cien veces mejor de lo que te encontrabas cuando tenías veinte años.

De cualquier modo, se puede hacer tal número de preguntas que podríamos estar aquí todos juntos hasta junio del año que viene. Toda nuestra vida es cuestión, *quaestio*, búsqueda de la respuesta. Y, ¿cuál es la condición más importante para buscar una respuesta? No tener prejuicios. Cuando uno está en este camino y continúa dudando, pensando que haya otro camino para él (¡lo que ciertamente no es pedir el cambio!), comete un error fundamental, puesto que superpone un prejuicio a los datos de la realidad, mediante una imagen. La realidad tiene todas las razones de su parte, todas. Dadme un solo argumento en contra, ¡dádmelo! Desde que empecé a dar clase de religión, hace cuarenta años, jamás he escuchado una objeción que yo no me hubiera ya planteado y a la que no hubiese respondido; porque necio si soy, pero hasta cierto punto, es decir, necio por Cristo. En el seminario formamos un pequeño grupo, con Manfredini y Biffi, que se llamaba «los necios de Cristo», conforme a una expresión que utilizaba la piedad rusa del siglo XIX. En todo caso, éste es un testimonio que tengo que dar: jamás me han planteado una pregunta, tampoco en clase, que no me hubiera ya hecho yo y a la que no hubiera contestado. Si me hubieran hecho una pregunta sobre el *De magnetite*, no la hubiera sabido responder; sobre cosas no verdaderas no hubiera sabido la respuesta. Bueno, seguimos.

*Esta mañana se decía que Cristo nos ha elegido para estar con Él y a mí me parece como si estuviera teniendo la experiencia de los primeros discípulos cuando decían:*

*«¡Qué bueno es estar aquí! No volvamos con la gente». Pero, entonces, ¿dónde queda el mundo, dónde queda el «para el mundo»?*

Muy justo, y, en efecto, no debemos quedarnos aquí, tenemos que ir a todo el mundo. Tan sólo de Italia viven ya como misioneros amigos nuestros en veintiséis naciones, así que ponte en fila para ir de misionera.

*Has dicho que cuando se nos dice algo que nos resulta abstracto, es porque lo habíamos rechazado ya de antemano. Quisiera comprender bien la razón.*

Cuando te digo algo que te parece abstracto, deberías tratar de comprender las razones y no decir: «Es abstracto». Decir que «es abstracto» es afirmar un sentimiento, no una razón. ¿No me explico? Cuando os decimos una cosa que os parece abstracta, deberíais preguntar, buscar con nosotros, su razón de ser; son las razones las que unen una afirmación con la vida; la razón vincula a la vida, a la realidad. Buscad, pues, las razones que tenemos. Esto requiere trabajo, trabajo continuo, paciencia, reflexión, media hora de silencio al día, implica estudiar la Escuela de Comunidad, estudiar nuestros textos, supone trabajar: encontrar las razones conlleva un trabajo. Por el contrario, decir que es abstracto algo de lo que decimos, sin este trabajo de búsqueda de las razones, es afirmar un sentimiento, un estado de ánimo, es una reacción puramente sentimental. Cristo está presente, y, ¿dónde está presente? Aquí, aquí ahora mismo. Cristo está presente aquí. Reacción sentimental: «¡Pero no, hombre, no!» Esto es el proceso de abstracción. En cambio, si yo te digo que está aquí, y tú preguntas «¿Por qué dices que está aquí? ¿En qué sentido está aquí? ¿Cómo puede estar aquí?». Entonces yo te daré una serie de razones y tu razón te hará descubrir mejor la realidad. Es la razón lo que te hace descubrir mejor la realidad, no la sensación que tengas de abstracción o de falta de abstracción.

*Poner como objeción que «es abstracto», ¿no es negar también la evidencia? La evidencia procede de las razones que se intuyen, que se comprenden, que se siguen intuitivamente. La evidencia no es otra cosa que el resultado de ese mecanismo del corazón que se llama razón; lo evidente es resultado de una razón. La razón es la encrucijada de la verdad, la mina de la verdad. Decir que las cosas que afirmamos son abstractas es confirmar la propia imaginación, conceder privilegio a una reacción psicológica, no a una razón.*

Es lo mismo que cuando decía en clase: «¿Tenéis algo que objetar, tenéis razones contrarias? ¡Decídmelas!». Y callaban. «Entonces, ¿por qué no venís conmigo?». En esto consiste la impostura del hombre: en la traición de la verdad. El gentío que seguía a Jesús, siete días antes lo quería hacer rey porque les había quitado el hambre gratuitamente; pero siete días después gritaban «¡crucifícalo!», siguiendo la sugerencia de los fariseos: es irracional, carece de razón.

O Cristo o nada. Si Cristo no es verdad, entonces no hay nada, todo se reduce a la nada. Es la imagen budista de la realidad entendida de forma panteísta, imagen en la que todo refluye y se disuelve. ¡Bonita

—digo, perdón, fea— fantasía!: no explica nada; únicamente vuelve a decir que todo es vano. Sin Cristo todo es vanidad; si no hay Presencia sólo hay vacío.

*Todo lo que hemos dicho suscita siempre en mí un deseo mayor; pero me pregunto: «¿Cómo puedo responder a Cristo mejor, para llegar a ser más hombre?».*

Mira, ¡síguenos! Te ha puesto con nosotros, ¡Dios Santo!, el Dios Santo te ha puesto con nosotros. No es culpa nuestra que el Señor te haya dado la vocación, más aún, los primeros que nos vemos pillados somos nosotros. Y Carlo, que no quería interesarse por nadie, que sólo quería interesarse por sus asuntos e ir adonde le apetecía, se ve obligado a estar aquí, ¡obligado! En cambio yo, gracias a Dios, siempre me he alegrado, ¡porque lo que vivimos es verdad! Carlo: cuenta tu primera impresión en clase de religión.

*Pensé que no era posible usar la razón de este modo. Yo no hacía una comparación consciente con lo de antes; lo que sucedía es que este uso de la razón me hacía comprender que hasta entonces jamás la había usado y que jamás la había visto usar. Y entonces recuerdo que la primera cosa que me dije fue: «Si él cree en esto, también tengo que creer yo, tengo que tomármelo en serio también yo». Desde la infancia me había quedado la impresión de que todo el mundo hablaba sin ton ni son y no creía que pudiera haber una manera distinta de pensar.*

Ya era malo desde pequeño. Es impresionante que la inteligencia de un chico tenga ya la impresión de que todos hablan sin ton ni son, vacíamente. Si un muchacho tiene esta impresión... tiene que ser verdaderamente inteligente.

*A menudo me parece que lo que escucho y de lo que mis amigos me dan testimonio no forma todavía parte de mi experiencia, y esto me bloquea. Nos dijo que recordáramos por la noche nuestra jornada y nos preguntáramos cuánto habíamos vivido el ciento por uno. Yo tengo tendencia a medir; pero me parece que no es cuestión de medida. En lugar de eso usted nos ha indicado que la actitud de los apóstoles frente a Cristo es la postura verdadera. Quería preguntar cómo se puede permanecer en ella.*

Imaginaos la actitud de los apóstoles. Imaginemos que Jesús está aquí, y que todos le estamos escuchando. No se comprende lo que dice, yo no comprendo lo que dice; pero estoy atento, porque lo dice de tal modo que se comprende que Él ve, que Él sabe, que Él siente, que Él vive eso. Entonces estaré atento a Él porque también yo quiero comprender algo; alguna parte de una frase la entiendo, algo de una palabra lo entiendo, y al final pido: «Jesús, hazme comprender lo que has dicho». Los apóstoles hicieron eso con las parábolas. No comprendían lo que querían decir las parábolas; pero al final lo rodeaban y le decían: «Maestro, explícanos lo que quiere decir esta parábola». Así pues, por la noche, no te midas. Pide: «Venga tu Reino, hágase tu voluntad», «¡Ven, Señor Jesús!», que es el grito con el que termina la Biblia.<sup>12</sup> La Biblia termina con este grito, ¿no debe, pues, terminar mi jornada también con él? Quien hace así todas las noches está vivo (no es como nosotros demasiadas veces), es alguien cambiado. Si pides todas las

noches, cambiarás; y debes hacerlo con fuerza y sin pretensiones, porque no sabes cuando vendrá el Hijo del Hombre a tu vida, te tomará por el cuello y te cambiará, te obligará a cambiar o te dará el *charme* irresistible que te cambie.

<sup>12</sup> Hch 22, 20.

Si no es por una mirada más profunda, por esta esperanza fascinante, ¿por qué vives? Aunque encontraras una mujer, bellísima a tus ojos –por citar el ejemplo que nos obliga a poner el Señor al haber hecho a Adán y Eva: tuvo compasión de Adán porque no era bueno que estuviera solo y le dio a Eva como compañera–, ¿y después? ¿Y después? ¿Y después? Después te deseo que vivas cien años, ¿y después? Sin este «¿y después?» no hay humanidad, se renuncia al cerebro, queda abolida la razón, se agosta el corazón: el que no tiene esta esperanza tiene el corazón árido. Por eso el hombre europeo, a pesar de que toda su historia ha sido cristiana, trata a Bosnia como la trata, trata a Ruanda como la ha tratado, como trató al Vietnam, como trató a Corea: con odio, con violencia, destruyendo con sus armas todo lo habido y por haber. Sin Cristo se destruye.

Una verdad sobre la vida debe conllevar también las heridas de la vida. No se puede responder a la vida imaginándola sin heridas cuando está llena de heridas; sin embargo, es verdadera la palabra o la mirada sobre la vida que la abraza con todas sus heridas. Eso hace que una mujer, madre de tres hijos, que está muriendo de cáncer, escriba: «Sin usted y sin el movimiento jamás hubiera conocido el rostro bueno del Misterio que hace todas las cosas». Tendría que estar desesperada y, en cambio, no lo está. Como esa madre de un amigo mío, a quien se le murió de improviso su hijo y escribió una carta llena de faltas, porque era casi analfabeta, en la que, en un momento dado, ponía un punto y decía sin lógica: «Pero estoy contenta, porque Dios es grande».

La virginidad es la profesión que lleva por el mundo esto, que no da tregua a la impostura, al mal, aunque llevemos nosotros la impostura dentro, aunque llevemos el mal. Por eso, el primer resultado es que cambiamos nosotros: está, porque actúa; está, porque cambia; existe, porque cambia.

Por eso, la respuesta que hay que dar a nuestro amigo inglés es de nuevo la respuesta de la razón. Frente a las incertidumbres y contradicciones, buscad las razones: «Tú me dices que Cristo está aquí; ¿qué razones das?». Estáte atento a mis razones y no digas que no a la razón que todavía no comprendes; di: «No entiendo», y yo te diré: «Pide comprender, mendiga comprender». Pedir es adecuado al hombre, porque el hombre, que es nada, es creado como sed de ser, es decir, mendigo del ser, mendigo de la vida, sed de vida.

*¿Qué tiene que ver la promesa del ciento por uno aquí con que, en los momentos en que estoy más lúcido, encuentro en mí un velo de tristeza?*

¿Qué es lo que produce el velo de tristeza? Ésta es la indagación racional. El velo de



tristeza, ¿lo produce la promesa del ciento por uno o algo que tú dejas que falte? Por ejemplo, si tú no mendigas, si no Lo sigues, si no sigues a Cristo en tu vida, si no nos sigues en tu vida, no oíremos juntos, no buscaremos juntos; y, ¿cómo podrás tener tu ciento por uno? ¿A qué se debe ese velo de tristeza? Es porque permaneces apegado al tener, al poseer inmediatamente, tal como tú lo sientes, en lugar de desear sentir como se debe, sentir lo que es verdadero, sentir la verdad, llevando la cruz como Cristo, como todos los hombres. «Cuando nací –yo estudié cuando tenía diez años una poesía que empieza así–, cuando nací me dijo una voz: has nacido para llevar tu cruz»<sup>13</sup> (ahora ya no os hacen estudiar estas poesías, y, sin embargo, era una poesía muy bella). Ahora bien, la palabra cruz no es la *finis rei*, no es el final de la cuestión; la cuestión no termina con la cruz, comienza con ella: la cruz es una condición: «¿Quieres subir al Monte Rosa: pues tienes que hacer este camino, dar estos pasos». «Tengo miedo». «¿Si cedes al miedo no irás al Monte Rosa?».

Amigo, síguenos. Puesto que tenemos la misma carne, el mismo corazón, puesto que somos hombres, lo que hemos hecho nosotros, también lo puedes hacer tú, ¿no? Yo te digo que lo que hemos hecho es cien veces más bello que lo que vemos hacer a todo el mundo, hasta tal punto que todos, al final, recurren a nosotros.

Nada más entrar en el *liceo*, la primera vez que entré en clase, mientras me dirigía a la mesa del profesor, vi al fondo a uno que levantaba la mano: «¡Ay, Dios! ¡Todavía no he hablado y ya hay uno que tiene una objeción!». Se llamaba Pavesi. Me escribió cuando se casó diciéndome que durante veinte años el nombre que había tenido siempre más cercano era el de su profesor de Religión. Y en su boda les dije: «Seguidme ahora en aquello en lo que no me habéis seguido hasta este momento, porque tendréis hijos, así que ahorrades a ellos las penas que no os habéis ahorrado a vosotros mismos».

*En estos últimos tiempos me ha ocurrido varias veces el sentirme casi obligada, con insistencia, a comparar lo que me sucedía con lo que le había escuchado decir a usted. Me daba cuenta de que aceptar todo por Cristo no basta si no hay un punto seguro en el que hacer experiencia de ello. Y me pregunto si este punto seguro existe para mí.*

No comparto la pregunta, porque el sacrificio, para poder aceptarlo, requiere que nosotros tengamos un punto seguro, ¡pero no seguro frente al sacrificio! No se puede estar seguros del sacrificio; se está seguro de Cristo, no del sacrificio. Si estás segura de Cristo, la cuestión es sencilla: si crees, tendrás el ciento por uno.

Frente a los sacrificios, el único recurso que tienes es percibirlos como parte de Cristo que sube a la cruz, que muere por el mundo. Tu sacrificio vale para el dolor de todos los hombres, alivia el dolor de todos los hombres; a lo mejor hay una persona que está sufriendo en Japón y que al final del mundo te dirá «¡Gracias!», porque tu sacrificio le ha ayudado en ese momento. No existe ningún gesto nuestro que no implique al mundo entero. Para esto nos levantamos cada mañana: para ayudar a Cristo a salvar el mundo, con la fuerza que tenemos, con la luz que poseemos, pidiendo a Cristo que nos dé más

luz y más fuerza.

<sup>13</sup> G. Panzanese, en *Per la scuola per la vita*, texto escolar.

Esta mañana hemos leído una bellísima oración: «De tal modo que amándote en todo y por encima de todo»,<sup>14</sup> amando a este hombre, Cristo, en todo y por encima de todo... «En todo» está claro (en cada cosa, incluso en un sólo pelo de la cabeza) y «por encima de todo» –dice el libro *Un avvenimento di vita, cioè una storia*<sup>15</sup>– no quiere decir que Cristo esté encima, «por encima» quiere decir «dentro» de cualquier aspecto visible de la cuestión, más adentro que todo lo que podemos ver, más adentro que cualquier posibilidad visible, más adentro, más profundamente que cualquier razón y consistencia visible. Una profecía de ello se encuentra en el amor que tiene la madre por su hijo y en el amor que tiene el hombre por la mujer, cuando son verdaderos. Cuando el amor es verdadero se produce este presentimiento; sin embargo, no se sabría decir, humanamente, la razón no sabría decirlo: sólo cuando Cristo vino el hombre comprendió.

*Lo que más me ha impresionado de todo el año ha sido el darme cuenta, verdaderamente, con asombro, de cuánto quiere el Señor mi vida, y lo comprendía tanto durante la jornada como cuando nos veíamos con los mayores. Así me ha resultado más fácil poder decir Tú a Cristo al final de la jornada. Hace poco tiempo, a lo mejor decía a los amigos: «Recemos una oración al Señor»; en cambio ahora, por la noche, me resulta más fácil decir: «Señor, te doy gracias porque me has puesto cerca a estos amigos».*

Por la noche te resulta ahora más fácil decir Tú. Decir Tú, ¿a quién podemos decir tú más que a este Tú? Únicamente por este Tú cobra consistencia también el tú que decimos a la persona amada, a todos los demás; ese Tú personaliza también nuestra relación con todos.

Recemos una oración a la Virgen para que nos custodie durante estas vacaciones. Que la vanidad no venza a la razón, que lo aparente no venza a lo verdadero, que lo que no tiene nombre no venza al único nombre claro y netamente vencedor, que es el de Cristo. Todos estamos sin nombre; si no estuviera Cristo, todos estaríamos sin nombre: todo sería un soplo.

<sup>14</sup> Oración del XX domingo del tiempo ordinario.

<sup>15</sup> L. Giussani, *Qui salvandos salvas gratis*, «Litterae Communione», n. 1/1992. *Algunas notas para la lectura*

Este libro recoge las conversaciones con un grupo de jóvenes que empiezan su camino vocacional en la Asociación Eclesial *Memores Domini* (denominada corrientemente Grupo Adulto), una experiencia de dedicación total a Cristo que ha nacido en el

movimiento de Comunión y Liberación (cfr. Apéndice 2).

Estas reuniones se desarrollaron semanalmente entre octubre de 1993 y Junio de 1994, alternando momentos de lección con momentos de diálogo (asambleas).

Las lecciones que tratan como tema principal las virtudes teologales tienen la finalidad de recuperar las palabras fundamentales de la personalidad cristiana, que coinciden con las características de la verdadera personalidad humana. La sinceridad de las dificultades y de los momentos embarazosos durante la discusión se ha redactado con una inmediatez que se traduce a veces en palabras impropias, tolerando que aparecieran estas imprecisiones siempre que no hubiera por medio conceptos de fe.

Cada reunión empieza con el rezo de las *Horas* y con un cántico; a menudo se hace referencia a ellos en el diálogo.

La Escuela de Comunidad es la catequesis –texto, meditación personal, encuentros comunitarios– del movimiento de Comunión y Liberación.

El manifiesto pascual (*volantone*) es un texto de meditación acompañado por una imagen que, cada año, –desde 1982– imprime y difunde

Algunas notas para la lectura

el movimiento de Comunión y Liberación con ocasión de la Santa Pascua.

La sigla *GS* indica el nombre *Gioventù Studentesca*, es decir, el primer grupo de estudiantes que reunió don Giussani y del que nacería más tarde el movimiento de Comunión y Liberación.

### *Del Estatuto de la Asociación Ecclesial Memores Domini*

La Asociación *Memores Domini* es una asociación eclesial privada universal, dotada de personalidad jurídica en el ordenamiento canónico por decreto de la Santa Sede.

La Asociación ha nacido en la Diócesis de Milán como Asociación laical de hecho desde 1964, desarrollando la experiencia del Movimiento de Comunión y Liberación conforme a la radicalidad exigida por la entrega a Cristo en virginidad.

Habiéndose extendido en varias Diócesis, obtuvo el decreto de erección canónica como «Pía Asociación Laical» del Ordinariato de Piacenza, Mons. Enrico Manfredini, el 14 de junio de 1981.

La Asociación, erigida según las normas del Derecho Canónico (cfr. can. 298-311; 321-329) y del Estatuto aprobado por la Santa Sede, se compone de laicos que se comprometen ante Dios a vivir la Memoria de Cristo en el trabajo. Son dos, pues, los factores que se pueden identificar en el proyecto espiritual de la *Memores Domini*:

a) La contemplación, entendida como Memoria, en la medida de lo posible continua, de Cristo. En efecto, Cristo es la consistencia de todas las cosas (cfr. Col 1, 17) y está presente en la historia a través de la personalidad del bautizado y de la comunión entre los hermanos (cfr. Gal. 3, 26-28).

b) La misión, es decir, la pasión por llevar el anuncio cristiano mediante la propia persona transformada por la Memoria.

La Asociación se propone llevar a cabo una presencia misionera para devolver la fe a la vida de los hombres, saliendo a su encuentro en cualquier ámbito, pero particularmente en los distintos ámbitos del mundo del trabajo: escuela, oficina, fábrica.

Por esa razón, el campo de apostolado es esencialmente el mundo del

## Apéndice 1

trabajo. La Asociación reconoce que el trabajo es la condición normal de la vida de cualquier hombre. En el mundo del trabajo se da con frecuencia una mentalidad de orientación atea, que hace del trabajo un medio de afirmación exclusivamente egoísta. Por lo tanto, cumplir la obra de Dios («La obra de Dios es que creáis en quien Él ha enviado» Jn. 6, 29) en la condición habitual del trabajo, constituye la dimensión decisiva de la misión cristiana y es respuesta al signo de los tiempos por excelencia. Todo asociado se compromete a la misión viviendo su trabajo o profesión como el lugar de la Memoria de Cristo, es decir, convirtiendo toda actividad en Ofrecimiento, según las enseñanzas del Concilio Vaticano II: «Los bautizados son consagrados para formar una morada espiritual y un sacerdocio santo para ofrecer, mediante todas las obras del cristiano, sacrificios espirituales y dar a conocer los prodigios de Aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable» (Lumen Gentium n.º 10; cfr. n.º 34).

Las conversaciones que recoge este libro son diálogos vibrantes que nos permiten descubrir la vida como vocación. Reproducen un año de encuentros entre el autor, Luigi Giussani, y un centenar de jóvenes decididos a comprometer su vida con Cristo en una forma de dedicación total que la Iglesia llama "virginidad". Un libro en el que el genio del autor brilla especialmente, en un recorrido humanamente razonable y atractivo a través de los conceptos principales que describen la existencia cristiana: fe (libertad, obediencia), esperanza (pobreza, confianza) y caridad (sacrificio, virginidad).

«En este camino, a medida que lo recorráis, estáis destinados a encontrar, a descubrir y a comprender aquello para lo que está hecha vuestra vida. Por eso es razonable empezar, porque es razonable todo lo que corresponde al deseo de la vida».

ISBN: 978-84-7490-842-8



9 788474 908428

www.ediciones-encuentro.es

EE  
ENCUENTRO

RELIGIÓN

# Índice

NOTA INTRODUCTORIA	5
INTRODUCCION CUANDO EMPEZAR ES RAZONABLE	6
PRIMERA PARTE FE	9
Capítulo Primero LA FE	9
Capítulo Segundo LA LIBERTAD	40
Capítulo Tercero LA OBEDIENCIA	73
SEGUNDA PARTE ESPERANZA	96
Capítulo Cuarto LA ESPERANZA	96
Capítulo Quinto LA POBREZA	143
Capítulo Sexto LA CONFIANZA	152
TERCERA PARTE CARIDAD	180
Capítulo Séptimo LA CARIDAD	180
Capítulo Octavo EL SACRIFICIO	214
Capítulo Noveno LA VIRGINIDAD	235
Apéndices	251